

Revista española del Pacífico

Asociación Española de Estudios del Pacífico (A.E.E.P.)

N.º 1. Año 1. Julio-Diciembre 1991

SUMARIO

PRESENTACIÓN

ARTÍCULOS

Las pinturas rupestres en Australia.

Gustavo A. Martín Montenegro

Estudio de nuevas copias de planos de la isla de Pascua (Rapa-Nui) de 1770.

Francisco Mellén Blanco

Los grabados en la obra «El Viagero Universal».

Jesús Paniagua Pérez

Esquemas de pronunciación de algunas lenguas del Pacífico.

Carlo A. Caranci

Las grandes potencias y el Pacífico español: los intentos de los países hegemónicos en la colonia de las Carolinas.

M.ª Dolores Elizalde

Un símbolo de la estética del arte de Extremo Oriente.

Sue-Hee Kim

La creación de instituciones benéficas filipinas: El Monte de Piedad, de Manila.

Leoncio Cabrero

Filipinas y las publicaciones periódicas madrileñas de la segunda mitad del siglo XIX: notas para un análisis estadístico.

Carlos García-Romeral Pérez

Taiwán y el medio ambiente: el «dragón» que devora su futuro.

Pedro Costa Morata

De la rima y el mangostán: un sueño frustrado de Carlos III.

Belén Bellas Llanos

Un enigma de la historia antártica: el descubrimiento de las islas Shetland del Sur.

Jorge Berguño

NOTAS

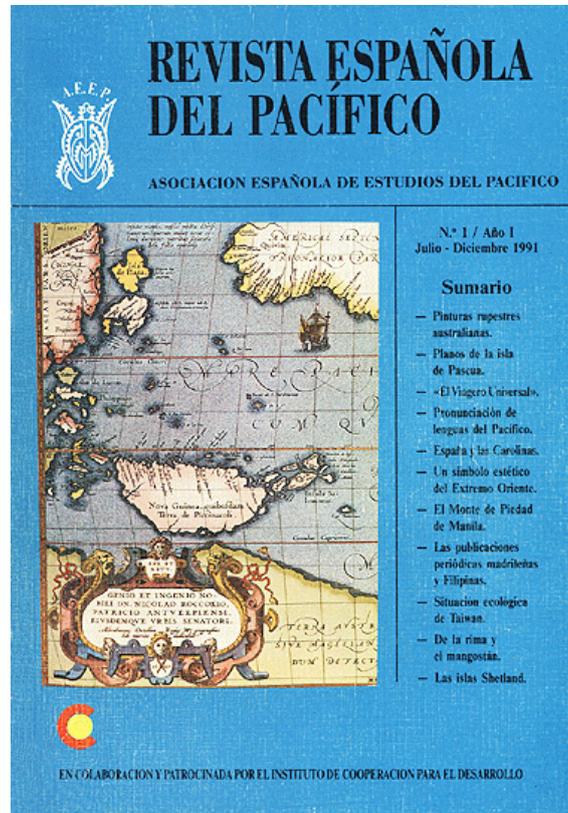
Octava Conferencia de la Asociación de Historia del Pacífico, Guam, 4-7 de diciembre de 1990.

José Luis Porras

Aproximación a los estudios sobre Japón en España y Portugal.

Florentino Rodao

RESEÑAS



... [7]

Presentación

La Revista Española del Pacífico (REP) nace como órgano de la Asociación Española de Estudios del Pacífico (AEEP).

Con ella se pretende abrir un cauce de expresión para la investigación y la divulgación, y establecer un punto de referencia para todos los interesados en Oceanía y el Pacífico en general.

Esta es la primera vez que una publicación dedicada específicamente al Pacífico aparece en España. Aquí, en términos generales ha sido y es escaso el interés por esta parte del mundo, incluso en los medios académicos, por no mencionar los oficiales. El Pacífico queda, al parecer, demasiado lejos, pese a su interés intrínseco, y pese a que fueron españoles o europeos al servicio de España muchos de los que los recorrieron y lo hicieron conocer en Europa, ya a partir del siglo XVI, y durante dos siglos largos, dejando numerosos testimonios escritos de sus viajes y contactos, e informes, memorias y otros documentos.

Sin embargo, la mayor parte del esfuerzo de los estudiosos españoles que se han acercado o se acercan al Pacífico se queda en sus tierras periféricas, situadas en otros continentes y en otros ámbitos geográficos: en Filipinas -sobre todo-, y, en mucha menor medida en las Molucas, Japón, o en las costas orientales asiáticas, o en las occidentales americanas. Sus trabajos son los más numerosos y, sin duda, los mejores.

Relativamente numerosos son también los estudios españoles sobre la penetración y el colonialismo español en el Pacífico. Con todo, su nivel no siempre ha ido parejo con esta relativa

abundancia -muchos de estos trabajos han adolecido de una fuerte politización, en el sentido de que han estado dirigidos a satisfacer intereses oficiales-, pero hay algunos resultados relevantes.

En cuanto a los estudios y estudiosos españoles sobre Oceanía, habrá que decir que éstos, prácticamente, brillan por su ausencia: apenas unos nombres, y escasísimos resultados.

Resumiendo, el panorama de la investigación y de la divulgación sobre el Pacífico y Oceanía es modesto.

De ahí que la finalidad de la AEEP y de su Revista sea, como se ha dicho antes, la de fomentar la investigación y la divulgación sobre este océano y sus tierras. Por eso la REP pretende mantener una perspectiva [8] abierta, multidisciplinar e interdisciplinar. Su ámbito abarca todo el Pacífico. Aunque no se desea establecer compartimentos geográficos demasiado rígidos, la Revista se centrará en tres espacios diferentes: el primero cubre lo que puede considerarse el «centro» del Pacífico, lo que le imprime carácter, esto es, Oceanía, como tal -Melanesia, Micronesia, Polinesia, Australia y Nueva Zelanda-. Y cubre la expansión europea, y en concreto la española, en ese océano.

El segundo se centrará en las tierras asiáticas a caballo de Asia y Oceanía, es decir, Indonesia, Malaysia y, de manera especial, Filipinas. Se incluirán también otras regiones del Pacífico asiático, como Japón o Taiwan. Y tendrán cabida también, eventualmente, las regiones del Asia continental ribereña del Pacífico.

El tercero incluirá, cuando sea pertinente, las tierras del Pacífico americano. Y no se olvidará a la Antártida, como tierra también bañada por el Pacífico.

La REP tratará de cubrir todas las realidades de Oceanía y del Pacífico en general: desde la historia a la ecología, pasando por la antropología, la geografía, la política internacional, el pensamiento, la literatura y el arte, etc.

Asimismo, la REP tratará de cubrir un amplio espectro de estudios y trabajos, desde la investigación y la especialización a la alta divulgación y a la información.

En este primer número de la REP, fieles a nuestro espíritu, reunimos trabajos muy variados sobre el Pacífico.

Las pinturas rupestres de los aborígenes australianos son muy abundantes todavía hoy, se las preserva y restaura, son objeto de culto y referencia cultural y política para los aborígenes actuales -e inspiración de muchos pintores modernos, aborígenes o no-. Gustavo A. Martín Montenegro ha realizado un trabajo sobre estas pinturas, las técnicas, la significación, los estilos y las regiones artísticas.

En el siglo XVIII la febril actividad viajera y científica de los europeos en el Pacífico dio lugar a una no menos febril actividad cartográfica. Fruto de ella son los muy numerosos mapas existentes y los que se siguen descubriendo. Francisco Mellén estudia los nuevos mapas de la isla de Pascua, de 1770, aparecidos en Estados Unidos o conservados en Francia.

Algo semejante ocurre con los grabados: los libros de viajes proliferan en el siglo XVIII, y muchos de ellos van acompañados de ilustraciones y láminas, que ofrecían visiones más o menos fieles o fantásticas de la realidad. Algunos de éstos, sin embargo, tienen un más que aceptable valor científico: por ejemplo, los grabados de «El viagero universal», estudiados por Jesús Paniagua.

Las lenguas oceanianas no nos son tan familiares como otras más próximas o con mayor número de hablantes. Es frecuente que incluso el estudioso no sepa cómo pronunciar los topónimos, etrionimos, etc., que va encontrando en sus lecturas o investigaciones. De ahí que se haga necesario un sistema de pronunciación adaptado a la lengua española, que facilite al lector la pronunciación aproximada de las distintas lenguas [9] del Pacífico: Carlo A. Caranci establece un sistema de pronunciación de cuatro lenguas oceanianas, fidyano, maorí, samoano y tahitiano.

M.^a Dolores Elizalde analiza el papel de las grandes potencias -Gran Bretaña, Alemania, Estados Unidos, Japón- con respecto a las Carolinas españolas a fines del siglo XIX, sus intereses

en el archipiélago, la actividad de los ciudadanos extranjeros residentes, y las maniobras y presiones de las potencias que ambicionaban controlar y eventualmente ocupar esa colonia española.

Durante el siglo XIX fue grande la atracción ejercida por determinados aspectos y elementos de las civilizaciones extremo-orientales sobre Occidente, las cuales, más o menos estereotipadas, entraron a formar parte de la cultura europea. Kim Sue-Hee estudia esta atracción y su influencia en la literatura española a través de un símbolo estético, el crisantemo, y de dos escritores, la Pardo Bazán y Alexandre de Riquer.

Leoncio Cabrero hace la historia de la creación, tras intentos infructuosos, por parte de la administración colonial española, del Monte de Piedad de Manila en 1882, a imitación del existente en la metrópoli ya desde el siglo XVIII y del de La Habana.

Carlos García-Romeral se centra en el impacto de Filipinas en la Prensa madrileña de la segunda mitad del siglo XIX, que actúa como un «termómetro» del mayor o menor interés por Filipinas según los intereses e ideologías de los distintos diarios.

El crecimiento económico de Taiwan ha sido considerado ejemplar y modelo para otros países en desarrollo. Sin embargo, como afirma Pedro Costa Morata en su trabajo, en los últimos años se ha constatado que este crecimiento, sin frenos adecuados, ha provocado un deterioro general del medio ambiente y de la calidad de vida de los taiwaneses.

En el siglo XVII y sobre todo en el XVIII los europeos han sopesado ya las ingentes posibilidades de la explotación de las riquezas de sus colonias asiáticas, americanas y oceanianas. En esta línea, algunos Estados, y en particular España, tratan de aclimatar especies animales y vegetales en otras latitudes. Belén Bañas ilustra los repetidos y siempre fallidos intentos de España de aclimatar dos especies vegetales del Pacífico, la rima y el mangostán, a la América Tropical.

El último artículo de este número 1 de la REP se centra en lo que puede considerarse un enigma de la historia antártica: quién descubrió las islas Shetland del Sur, mérito disputado durante largo tiempo por holandeses y españoles.

Completan el número la sección de Notas -con dos comunicaciones, la primera sobre la VIII Conferencia de la Asociación de Historia del Pacífico en Guam, en 1990, y la segunda sobre los estudios japoneses en España y Portugal- y las Reseñas de libros.

FRANCISCO UTRA Y SARDA Y EL CONSEJO DE REDACCIÓN

PRESIDENTE DE LA A.E.E.P.

12 de octubre de 1991

[11]

Artículos

[13]

Las pinturas rupestres en Australia **Gustavo A. Martín Montenegro**

INTRODUCCIÓN

Las pinturas rupestres en cavernas y refugios de albergue son una de las manifestaciones más comunes realizadas por los aborígenes australianos. Ellas superaron en cantidad a los trabajos de grabación y tallado sobre rocas.

Las pinturas fueron hechas por distintas razones, aun cuando la mayoría tiene una intención religiosa. No fueron confeccionadas para permanecer como tales, ya que su objetivo religioso era lo fundamental y no se albergaba el propósito de mantenerlas como obras artísticas

independientes del contenido que procuraban expresar. En miles de rocas pintadas en toda Australia ha quedado el testimonio silencioso de la presencia de los primeros habitantes. Es una obra de miles de años, que no sólo da cuenta de su presencia física, sino que también recoge a través de estilos, motivos y propósitos, las historias que hablan del patrimonio cultural, de sus creencias y de sus formas de vida. Peter White dice, en 1974, que la mayoría de las pinturas «expresaban actividades ocurridas en tiempos de la Creación». De esta forma, el acto de pintar trascendía el placer estético, ya que cada pintura permitía transferir cualidades espirituales al conjunto de la comunidad. Así se renovaba el vínculo con los Seres de la Creación, que penetraron en la masa oscura e informe para crear todas las cosas vivientes. Para los aborígenes de hoy continúa siendo importante la supervivencia de estas pinturas. Su interés por cuidarlas y restaurarlas es asumido con devoción, permitiendo que a través de estas tareas los espíritus sagrados, contenidos en las siluetas de los dibujos, mantengan su presencia fresca y renovada en medio de la comunidad en que habitan.

Las pinturas están realizadas con tierras de colores y sustancias obtenidas de los más increíbles recursos naturales. Normalmente, éstas estaban en las vecindades, pero se han observado casos en que los colores usados han debido ser transportados desde muy distantes lugares, por lo que su adquisición debió significar largos y sufridos viajes.

Para los aborígenes estas obras no proceden del intelecto humano, sino que fueron inicialmente impresas por los «Grandes Héroe» del pasado, por lo que asumen la responsabilidad de restaurarlas en sus colores [14] originales. Sus ancestros emergieron de un sueño eterno antes de tomar la decisión de viajar para crear las cosas que hoy existen. Baldwin Spencer acuñó la expresión de «dreamtime»¹ para este tiempo previo a la creación, cuando todo dormía o descansaba en situación pre-creada.

Si bien este arte plasmado en formaciones rocosas existe en toda Australia, el que ha sobrevivido por más tiempo en mejores condiciones se encuentra ubicado en el Territorio del Norte, en la llamada Tierra de Arnhem, región observada con mayor detenimiento y cuidado.

En 1938, el explorador George Grey fue el primero en descubrir la espectacular figura de Wandjina en Kimberley, en el noroeste del continente. Desde ese momento, se inició una ininterrumpida peregrinación por toda Australia para ubicar los sitios que contienen pinturas rupestres, documentar, para encontrar su significación y reconstruir la historia y establecer las características de sus estilos, los materiales y los métodos usados en su confección. Ronald y Catherine Berndt, en 1988, citan un informe de la Sociedad Antropológica de Australia Occidental, que en 1960 realizó un catastro sobre el número de cavernas pintadas, teniendo como base las afirmaciones de Frederick McCarthy, ex-director del Museo de Sydney, quien estimó su número en aproximadamente diez mil pinturas. El reportaje, junto con confirmar este número, expresa que «sin ninguna exageración, existen muchos cientos de lugares que aún no han sido documentados, y que pueden ser incluso de mayor importancia que los que ya han sido visitados».

En la Enciclopedia Histórica de Australia, editada con motivo de la celebración del bicentenario de la colonización europea («Australians to 1788», de la página 104 a la 114), se establece que las más importantes y significativas muestras del arte rupestre están ubicadas en el norte de Australia, tanto en el Estado de Queensland como en el Territorio del Norte. La publicación también se refiere a la Tierra de Arnhem como el lugar de las más espectaculares y hermosas colecciones. En el área se ha logrado establecer documentación sobre más de mil lugares, desde pequeños motivos hasta enormes paneles que contienen dibujos pintados, cuya confección habría demandado varios años en terminarse. Hoy existen grupos de especialistas que

¹«Tiempo del sueño».

se han hecho cargo de estos sitios para estudiar sus secuencias y cronologías. Las conclusiones aún no son definitivas, pero existe consenso en que algunas son de gran antigüedad, especialmente aquéllas que reproducen condiciones del medio ambiente, utensilios o decoraciones que escapan a la memoria de los ancianos del sector.

En un documento que sobre la cultura aborígen en Australia preparado en 1973 por un comité de especialistas para la UNESCO se sostiene que en algunos lugares es posible aún estudiar el arte de las cavernas con la ayuda de las comunidades aborígenes del lugar, quienes las refieren a las costumbres de los antepasados, cuyo contenido ha sido transmitido a través de decenas de generaciones. [15]

En general, se afirma que el arte de pintar sobre las rocas ofrece un valioso antecedente para reconstruir ambientes y culturas pasadas. Dicha afirmación se basa en que este arte es de corte naturalista, documental respecto al medio ambiente, al estilo de vida y del quehacer comunitario en distintos períodos de tiempo.

Este arte es, entonces, una expresión utilitaria, inseparable de las condiciones culturales y regionales en que estas comunidades se han desarrollado. Por eso, para la antropología y arqueología australiana, esta herencia contenida en miles de pinturas a lo largo y ancho del territorio representa una valiosa fuente de investigación, ya que su riqueza interesa no sólo a la religión y al simbolismo, sino a las raíces mismas de la cultura aborígen, que por más de 40 mil años han desarrollado los habitantes de esta parte del mundo.

SIGNIFICADO DE LAS PINTURAS

Los dibujos y pinturas de las figuras simbólicas de sus ancestros fueron hechos para conseguir algún efecto, directo o indirecto, tanto en su medio físico como en el espiritual. Hubo momentos en que, seguramente, se pintó sin un definido propósito ritual, pero en la mayoría de los lugares el acto de pintar, el producto terminado y la vinculación con sus ceremonias tienen un significado ideológico, basado en una visión cosmológica.

Para Berndt, en 1982, el significado del arte está relacionado con la tierra, siendo un reflejo de ella, un canto de propiedad y de pertenencia a la extensión territorial que ocupa la comunidad o grupo aborígen. Además, como la naturaleza está protegida por sus concepciones religiosas y por el ritual que les permite revivir las grandes epopeyas de la creación, las pinturas representan la existencia de estos seres espirituales que actuaron en el pasado y dejaron sus huellas estampadas en la superficie de las rocas para indicar su omnipotencia y su omnipresencia, en otras palabras, su poder y presencia en la vida diaria de la comunidad.

Edwards, en 1979, refiere el significado de estas pinturas y grabados a lo que nos cuentan de ellas los mismos aborígenes, para quienes cada lugar donde se encuentran las pinturas tenían originalmente un nombre y estaba bajo la soberanía particular de una comunidad o grupo familiar. Esta ejercía el derecho de ocupación y tenía la responsabilidad de mantener las pinturas y de celebrar las ceremonias litúrgicas que les eran propias. Por lo tanto, las pinturas no pueden ser observadas separadamente del mundo espiritual y religioso que inspira las convicciones y normas de conducta de los nativos australianos.

Para el profesor Adolphus Elkin, en 1983, el significado de las pinturas tiene varias fuentes de motivaciones e interés: están las intenciones religiosas, que son la mayoría (pinturas que expresan la presencia de los héroes de la creación, y las acciones benéficas que de aquéllos emanan), la presencia de espíritus malignos que buscan el quebrantamiento de las leyes comunitarias o civiles y que son los portadores de las enfermedades, [16] desgracias y preocupaciones. Por último, están las pinturas referidas a la magia y a la hechicería.

En el contexto religioso

Los investigadores australianos resaltan el vínculo mitológico entre las pinturas y la vida

religiosa de las comunidades aborígenes. Sería mejor establecer esta relación entre sus conceptos ideológicos de carácter cosmológico con la vida diaria. Edwards, por ejemplo, sostiene que las pinturas fueron confeccionadas como manifestación permanente del tiempo de la creación, pues incluso allí donde se observan escenas de pesca o de caza no se puede pensar simplemente que fueron hechas por gusto, o tan sólo para documentar un acto particular. El elevado nivel de abstracción de las imágenes permite asociaciones amplias: una escena puede corresponder a un momento del pasado, del presente o del futuro del tiempo, o ser el vínculo totémico indispensable para adquirir dominio sobre el pájaro o animal representado. No se excluye la idea que las variadas especies plasmadas en la roca sean una petición de abundancia a sus Seres Ancestrales. Sin lugar a dudas, el acto de pintar implicaba un reforzamiento con los fenómenos físicos y geográficos de la tierra y con las especies vegetales y animales que en ella habitan. Ha sido una forma de preservar los lazos de la comunidad con su medio ambiente. Esta expresión de los deseos y creencias de los pintores permite en la actualidad alcanzar una comprensiva información de la vida del pasado, mantenida inalterable por muchos cientos de años; sobre todo entender en su verdadera profundidad la relación de armonía entre los seres humanos y la naturaleza.

No hay nada en el conocimiento de las concepciones religiosas de los aborígenes que permita suponer que el significado de las pinturas, realizadas indistintamente en cavernas y refugios de albergue o asentamiento, difieran de un sector a otro. Elkin afirma rotundamente que en todas las regiones de Australia, incluso en aquéllas donde los aborígenes han desaparecido antes de iniciarse la documentación, se puede observar la misma y similar significación, a pesar de la diversidad de comunidades, lenguas y costumbres.

Así como Elkin y Berndt sostienen, en 1983 y 1988 respectivamente, que los nativos mantienen una filosofía de armonía entre el hombre y la naturaleza que centra la relación personal y espiritual con ella, Edwards, en 1979, agrega que además de pintar, el hecho de celebrar ritos o liturgias en relación con determinadas pinturas le permiten al hombre aborígen aumentar su energía, purificar su sangre y captar con mayor sensibilidad los símbolos usados por su comunidad. El artista, por un momento, llega a convertirse en el héroe o antepasado o se transporta a la presencia de Dios, quien fue el que hizo que el mundo prehistórico fuera así. El [17] mismo Edwards añade que mientras Ronald y Catherine Berndt estuvieron trabajando en la Tierra de Arnhem, visitando refugios y piedras pintadas, recogieron la impresión de que este arte «es más que meras pinturas o cuadros, ellos representan la esencia misma de los espíritus de los antepasados; los dibujos son sus seres sobrenaturales, los que permanecen junto a sus criaturas». Por eso, los primeros australianos, cuando acuden a ellos, los restauran y los limpian, recobrando ellos sus fuerzas, irradian la vida, envían los espíritus de niños al vientre de sus mujeres, hacen crecer las plantas y aumentan las especies animales. Cada aborígen que acude periódicamente a cumplir la tarea de cuidado y preservación siempre dirá que esas figuras fueron hechas por sus ancestros y ninguno admitirá que ha sido el pintor original de ellas.

Los espíritus malignos o maléficos

En el despoblado y sobrecogedor territorio de la Península de Cabo York, en el extremo noreste de Australia, está ubicada la Habitación de los Quinkas. Allí existen figuras sorprendentes de la vida aborígen que parecen ocultarse detrás de las paredes frontales de las cavernas. Las imágenes, según la tradición, representan figuras humanas que han desobedecido restricciones comunitarias sobre el matrimonio o transgredido leyes y normas de conducta. Por eso están exageradas, desproporcionadas o, simplemente, deformes. Ejemplarizan la desobediencia, el individualismo, el capricho y la falta de solidaridad. Son imágenes que representan el rompimiento del equilibrio religioso, social y humano. Es la desobediencia al mandato original de los Seres de la Creación.

Estas pinturas, especialmente las de la región de Laura-Cooktown, en el Estado de

Queensland, parecen ser muy especiales comparadas con las existentes en otras áreas. Dibujos figurativos que incluyen seres humanos, peces, pájaros y reptiles, mezclados con dibujos de manos, pies, bumeráns y herramientas, aparecen deliberadamente superpuestos sobre algunas imágenes particulares, más que como parte del dibujo original. Estas figuras humanas han sido pintadas con sofisticados peinados, máscaras y deformaciones o exageraciones en el cuerpo, incluyendo brazos y piernas, la cabeza y los órganos genitales. Hasta estos lugares, según referencias hechas a Percy J. Trezise, en 1969, se conducía a los iniciados y allí, en presencia de las repugnantes figuras, se les instaba a la obediencia, al servicio y a la rectitud. De aquellos tétricos lugares debía salir el compromiso individual de responsabilidad social y de fidelidad matrimonial.

Las acciones de magia

Los aborígenes australianos, como todos los pueblos del mundo, han desarrollado actitudes y acciones para lograr efectos contrarios al ordenamiento [18] natural o a las leyes de la naturaleza. Generalmente, son acciones extraordinarias que tienen la particularidad de ser ocultas y misteriosas. Algunos autores vinculan la magia con la hechicería; otros las separan. La magia procura alterar las condiciones de normalidad sin producir daño en las personas. La hechicería, en cambio, busca la destrucción física y moral del contrincante. En este sentido utilizo esta terminología, y no en el uso despectivo que se atribuye cuando se habla de los pueblos nativos o de las culturas antiguas. Por lo demás, ambas prácticas constituyen en la actualidad modalidades en pleno uso en ciertos sectores de la sociedad moderna occidental.

Los socavones o corredores de pinturas documentadas por el matrimonio Berndt detrás de Oempelli, en la parte continental, en oposición a las de la Isla de Goulburn, contienen imágenes de mujeres con pechos exageradamente grandes, niños colgando de sus senos en actitud de alimentarse, madres con criaturas en el interior de sus vientres; algunas danzando junto a hombres y otras están en una posición que sugiere la del acto sexual. Son criaturas conmovedoras que fueron realizadas con hermosos colores rojos, amarillos y blancos, pigmentos negros y, en algunas ocasiones, con sangre. Se conservan muy tenuemente debajo de otros dibujos superpuestos.

Isaacs indica, 1984, que: «estos dibujos de magia y hechicería fueron una talentosa costumbre entre los artistas aborígenes. Que cuando ellos se decidían a realizarlos abrigaban la intención de embarazar a sus mujeres».

Los jóvenes buscaban, a través de las pinturas mágicas, un acercamiento de las mujeres que les interesaban como esposas. Este tipo de pinturas fue realizado antes de la llegada de los misioneros y en lugares distantes de los nacientes centros urbanos. Consistía en retirarse del lugar permanente de habitación o asentamiento, ya sea solo o en compañía de sus más cercanos parientes varones. En un lugar alejado, en una caverna o formación rocosa que sirviera de refugio, el pintor dibujaba a la mujer en una posición deseada sexualmente y luego se dibujaba a sí mismo en unión con ella. Luego regresaba a la comunidad manteniendo la obra realizada en el secreto y, esa noche, la mujer amada acudía a su sitio y juntos se trasladaban al bosque y consumaban la relación. Para retener el cariño de la mujer debía acudir frecuentemente al lugar donde la pintura permanece y repintarla.

Las pinturas de hechicería

En el Cabo York hay muchas pinturas que contienen motivos de hechicería. Las figuras son hechas y luego pintadas con tierra de color blando. En el estado de Nueva Gales del Sur, el significado del arte y la intención del artista no pueden ser establecidos tan claramente como en el área norte del país. Sin embargo, según informantes nativos, esta práctica [19] y su conocimiento eran muy normales, abarcando gran diversidad de comunidades distantes entre sí.

Es difícil distinguir entre las pinturas mágicas y las confeccionadas para efectos de hechicería. Estas son usadas para producir daño irreparable, como medio para dirimir peleas y obtener venganza, especialmente cuando el hombre siente celos de su mujer o la ha sorprendido in fraganti en delito de adulterio. En este caso, la hechicería usada procurará la enfermedad y la muerte de la mujer. El hombre agraviado se retira y aísla para dedicarse a pintar a su mujer sobre un muro o corteza de árbol. Ella debe quedar dibujada con la cabeza de un animal, de un pájaro o de un reptil. En la mayoría de los casos es la cabeza de un águila o de una serpiente; se les incrustan varios brazos y unas largas y puntiagudas uñas que deben rodear su cuerpo. Terminado el dibujo, el ejecutante llama a la mujer representada por su nombre, provocando de esa manera su enfermedad paulatina que culminará con su muerte.

Otro tipo de hechicería se relaciona también con la enfermedad y la muerte de la mujer que rehúsa mantener relaciones sexuales con el hombre. En la actualidad es una costumbre que ha desaparecido, pero que se mantiene en el conocimiento de muchas comunidades aborígenes; según los informantes, en muchas reservas se usa esta amenaza contra las mujeres que no muestran interés o deseo sexual. La frase común es: «Si tú no quieres venir conmigo al bosque, te voy a dibujar».

COLORES, MEZCLAS Y TÉCNICA

Es difícil precisar por cuánto tiempo se han usado las herramientas, ocre naturales y técnicas en el arte de pintar. Sin embargo, se ha determinado que todos los materiales se obtuvieron directamente del espacio físico y área ocupacional de la comunidad. Esto limitó y condicionó a los elementos disponibles el desarrollo del arte, originando en cada región un tipo de arte muy local. Hubo ocasiones en que se emplearon elementos que provenían de lugares distantes, ignorándose bajo qué condiciones fueron adquiridos.

Pigmentos o tierras de colores

Las pinturas usadas en sus trabajos de arte muestran una variedad de colores cuyo uso y localización permite suponer un avanzado conocimiento de recursos naturales, minerales y geológicos. Los colores provienen de la preparación de pigmentos de tierras de colores, que son mezclados o acondicionados de acuerdo a las tonalidades requeridas para las pinturas. El rojo, el café o marrón y el amarillo usados en distintas intensidades lo obtienen de arcillas o quijos, limonita, hematites y de elementos extraídos de otro tipo de arcillas ferrosas, como la laterita, arcilla roja y ferruginosa [20] abundante en la zona tropical, además de una variedad de cuarzo y de otras sustancias naturales.

El color blanco es obtenido del procesamiento de la tierra de pipa y del yeso. Se ha documentado, además, el uso de la greda natural llamada caolín, con lo cual se elaboran porcelanas finas. El color negro que se extrae es generalmente del carbón de leña u hollín. En algunas regiones el negro proviene del manganeso, que ocasionalmente se utiliza para el color gris perla.

Frederick McCarthy, en 1957, se refiere que el color azul se encuentra en pinturas del Territorio del Norte y en Queensland, en el Cabo York. Dicho color es obtenido del jugo de arándano, que se usa actualmente en la decoración de canastos. Otro de los recursos naturales para obtener el color amarillo procede de los nidos de hormigas, dato que se ha documentado en el Lago Macquarie y en la parte oriental de Australia.

Detrás de cada color hay una historia. Cada lugar donde se obtienen los distintos colores o pigmentos naturales está rodeado de leyendas, mitologías e interpretaciones. Su origen no obedece a meras causas geológicas, sino que está conectado con historias de los animales y hombres que jugaron un rol decisivo en su confección y localización. Uno de los tantos ejemplos está referido al color rojo, usado por los aborígenes en el distrito del Lago Eyre, en el estado de

Nueva Gales del Sur y en la parte suroriental del estado de Queensland. Los depósitos de estos pigmentos, ubicados en las extensiones de Flinders, se relacionan con la leyenda de Parachilna, que cuenta que un enorme dingo (el perro salvaje australiano) fue muerto por un emú gigante. La leyenda dice que la sangre del dingo fue absorbida por la tierra, originando los mismos pigmentos rojos usados para su arte ritual.

En diversos lugares de Australia se encuentran ricos depósitos de tierras de colores, que obedecen a una afortunada composición mineral de su territorio. Desde la antigüedad se usaron estos recursos por los primeros habitantes del país. En el distrito de Murchison, en la región occidental de Australia, existe una enorme mina de tierra de color rojo descrita por McCarthy en 1974. «Tiene un ancho de 15 a 20 metros y una profundidad de 20. En su interior se han descubierto profundas cavidades y túneles que siguen las vetas de ocre, de donde se sacaron enormes cantidades de piedras a mano que eran transportadas en bolsas confeccionadas en cueros de animales para despejar el terreno. Durante siglos se explotó la mina, usando incluso la instalación de andamios que facilitaron el trabajo de extracción.»

Mezclas y pegamentos

La gran variedad de tonalidades observadas en las pinturas y su capacidad de pegamento o adhesión a los muros rocosos se debe a un tratamiento de mezclas y combinaciones que incluyen la grasa animal, jugos [21] de diferentes frutos y las resinas provenientes del eucalipto, árbol originario de Australia, que segrega una especie de goma viscosa que, al mezclar con tierra de colores, cumple la función de engrudo o pasta que al contacto con el aire termina por solidificarse con cualidades de adherencia. Esta es la razón por la cual los australianos se refieren a este árbol como «gum tree» (árbol de goma). En algunas áreas se usa el jugo de orquídeas para este propósito. La sangre ha constituido un elemento importante en la preparación de las pinturas, ya que ella sirve también como factor de cohesión interna a los pigmentos usados.

Técnicas y tecnología

La tecnología usada estuvo regulada por los materiales naturales que estaban en el medio físico. Si bien es cierto que sólo algunos han sobrevivido a las evidencias arqueológicas, ha sido posible formarse un cuadro más o menos adecuado de los medios e instrumentos utilizados en el tiempo. Las piedras, la madera, los huesos sirvieron como eficaces herramientas para perforar o hacer incisiones en las rocas. La piedra, como en todas las civilizaciones antiguas, fue su herramienta favorita. Existe una gran similitud en todo el continente tanto en la selección de ellas como en la forma de usarlas, así como en sus dimensiones y características generales. Las herramientas de piedra eran utilizadas para raspar la superficie de la roca, trazar los dibujos y producir las profundidades requeridas antes de ubicar las pinturas en su interior (sin embargo, sólo una parte de las pinturas han sido hechas con este recurso técnico).

Aun cuando las piedras jugaron un rol importante en las tareas de pintar y de confeccionar herramientas y utensilios, se presume que otros materiales fueron también usados profusamente, como la madera, los huesos y otros objetos de origen vegetal que proporcionaba el ámbito natural. En este último caso se cuentan la enorme variedad de pinceles y brochas que se obtenían de las ramas de especies como la palmera y otras similares.

La Dra. Flood nos cuenta, en 1983, que en Wylie Swanip, en Australia meridional, fueron encontradas 25 herramientas de madera, completas algunas y fragmentos de otras. Eran palos filudos, estacas puntiagudas, lanzas confeccionadas con lengüetas que poseían en la parte superior incrustaciones de anzuelos utilizados para cazar; después nueve bumeráns, tres de ellos completos. La antigüedad del lugar fue establecida arqueológicamente entre 10.200 y 9.000 años, constituyéndose en la más arcaica de las muestras de este tipo encontrada en cualquier parte del mundo.

Una enorme cantidad de huesos han sido encontrados en refugios y cavernas habitadas durante la Época Glaciar. Ellos denotan un uso múltiple, no sólo para rayar o hacer incisiones en la roca, sino también [22] para confeccionar vestuario y otros elementos de uso doméstico, como canastos y bolsas para transportar agua.

En el norte de Australia, en la Tierra de Arnhem, fueron desenterradas hachas de piedra, cuyos mangos aparecían minuciosamente decorados con ranuras y motivos, y con la parte posterior del instrumento debidamente adelgazado para facilitar su sostenimiento. El refugio denominado «Malanganger» revela una ocupación de hace 23.000 años, por lo que estas herramientas constituyen las más antiguas evidencias de piedras usadas con técnicas decorativas.

La cantidad de herramientas encontradas en sitios de ocupación antigua muestran un origen común con las usadas en Nueva Guinea, situación que permite a la arqueología australiana hablar de la Gran Australia durante el período pleistocénico, cuando junto a Nueva Guinea y a la Isla de Tasmania formaban un solo continente, luego escindido al subir el nivel del mar, hace aproximadamente 12 mil años. Similares utensilios aparecen en el sureste asiático, desde donde habrían iniciado los aborígenes australianos su largo proceso de emigración, hace algo más de 40.000 años.

Las técnicas empleadas para pintar no varían significativamente de un lugar a otro. A principios del siglo, relata Isaacs en 1984: «...etnógrafos observaron que antes de hacer un dibujo, los aborígenes escogían cuidadosamente la superficie, frotando sobre ella granos o piedrecillas de ocre para suavizarla. Cuando querían estampar ciertas imágenes, como, por ejemplo, armas o manos, eran presionadas sobre la roca y luego esparcían encima pintura contenida en la boca del pintor, mezclada previamente con agua. Dos pintores fueron observados y se estableció que ambos usaban procedimientos similares: uno de ellos, llamado Jackie Bunggarnial, hizo un pincel mascando una fibra vegetal. Luego se introdujo en la boca yeso blanco y lo mezcló con agua, manteniéndola allí mientras hacía su dibujo. Hizo primero el trazado y luego con la pintura de su boca lo fue completando. El otro artista, llamado Mandarh, pintó los contornos de una Serpiente del Arco Iris con pinceles y luego relleno su interior desparramando pintura con sus manos. Finalmente, hizo puntos sobre la superficie de la pintura con una mezcla de pinturas y aguas que había preparado en su boca».

Actualmente, continúan trabajando en la restauración de muchas pinturas, para lo cual se han incorporado técnicas modernas. Además, las pinturas acrílicas y las brochas de fabricación industrial son herramientas ya conocidas y usadas por los aborígenes australianos, aunque para las pinturas de contenido religioso tradicional reservan sus antiguos sistemas heredados por varias decenas de generaciones.

LOS ESTILOS EN LAS PINTURAS

Cuando se trata de establecer el estilo de las pinturas de las cavernas o refugios, se entra en un terreno difícil y subjetivo. Se han acuñado [23] nombres y expresiones que buscan dar cuenta de las características de cada una de las obras y globalizarlas dentro de un esquema general que sirva de parámetro para referirse a ellas. Hemos hablado anteriormente de figuras geométricas, algunas pintadas y otras simplemente talladas. Hicimos mención a dibujos naturalistas que reflejan figuras de animales, peces y seres humanos. Comentamos el caso de las figuras «Quinkas», usadas en el arte visual de la hechicería y de la magia. Pero, además de estas caracterizaciones usadas generalmente por sus descubridores de origen europeo, se observan otro tipo de pinturas, cuyo simbolismo, al parecer, constituye el motivo central que sus creadores quisieron darle.

Los especialistas que se han internado en el estudio profundo del arte visual aborigen han recurrido a sus propias categorías para definir los estilos. En cambio, para los herederos de este arte la situación es mucho más simple: hay pinturas que fueron hechas por sus ancestros del

tiempo de la creación (o *dreamtime*) y otras, más recientes, que fueron realizadas por antepasados inmediatos que recibieron esta tarea de sus padres, abuelos y bisabuelos. Cuando alguna pintura escapa en el tiempo al recuerdo de su confección, es frecuente oír que fueron ejecutadas por los Seres Espirituales, los que se incrustaron en las rocas para permanecer junto a sus comunidades.

Desde la perspectiva europea, los autores y críticos se inclinan por usar la misma terminología aplicada a las distintas Escuelas del Arte de la civilización cristiano-occidental. De esta forma, se refieren a un tipo de pintura figurativo y a otro no figurativo. Dentro de ellos se establecen divisiones y categorías con nombres propios, que en la actualidad han concitado consenso en los especialistas de la materia.

La mayoría de las pinturas que se encuentran en el continente son expresiones de arte visual no figurativo, constituyen figuras que expresan fundamentalmente símbolos. Son, en otras palabras, siluetas o figuras macizas sin mayores detalles o intenciones decorativas. Por lo general, son dibujos que tienen la peculiaridad de estar incrustados o ranurados en la cara frontal de la piedra. Este estilo, similar al usado en las grabaciones de rocas denominado «paranamitee», se encuentra en las regiones áridas del centro y este de Australia. Dentro de este estilo no figurativo -McCarthy, Isaacs, Baglin, Godden, Sutton, por citar algunos- se establece una división entre un estilo simple y otro complejo, basado en el grado de complejidad de las imágenes, que van desde figuras geométricas, arcos, cilindros, hasta laberintos con líneas paralelas que expresan situaciones más complejas y difíciles.

Isaacs habla también de un estilo figurativo que se asienta principalmente en el Estado de Nueva Gales del Sur y que corresponde a pequeñas figuras humanas en color blanco y rojo. También estas expresiones visuales se extienden al noreste del continente, especialmente en la región de Laura, en el Cabo York, según constata Godden, 1982. Al igual que la división anterior, se determina un estilo simple y otro complejo, en razón del tipo de imágenes expresadas. [24]

Otros autores, como Edwards en 1979, hablan de una clasificación de pinturas de acuerdo a los colores usados en ella. De esta forma, se refiere a pinturas polícromas y a pinturas monocromas.

Sin embargo, fue Charles P. Mountford quien, luego de una observación minuciosa realizada en las Cavernas de Oempelli, definió los dos grandes estilos que hoy dominan la bibliografía referida al arte visual de los aborígenes australianos: el Arte Mimi y el Arte de Radiografía o Rayos X.

El Arte Mimi

Es una figura simple pintada de un solo color que, según los aborígenes, no ha sido hecha por el hombre sino por el espíritu de la gente llamada mimi. El artista, cualquiera que haya sido, tenía un fuerte sentimiento por la composición de imágenes en movimiento. Su principal motivo fue el hombre en acción, ya sea corriendo, peleando o lanzando flechas y lanzas. Sin embargo, los Berndt dicen en 1982 que «no existe una aceptación general para definir este tipo de pintura. Los criterios usados en los estudios son frecuentemente contradictorios. Algunos informantes aborígenes mantienen la idea de que estas antiguas pinturas rojas, en tierra de ocre o con sangre incorporada a la mezcla, son los espíritus Mimi sólo cuando ellas son pequeñas y bien dibujadas, mientras que otros afirman que la amplia variedad de ellas se inserta y origina en un pasado muy lejano que escapa a la memoria de sus recuerdos».

Es posible que el Arte Mimi se desarrollara a partir de las figuras lineales tan comunes en el arte de la cavernas australianas. Algunos han precisado que la característica de esta pintura es el uso del color rojo, desde el rojo pálido hasta el café marrón; pero hay otros autores que no ponen el énfasis en el color sino en las condiciones de la figura, como McCarthy en 1967. Esta opinión es compartida por muchos aborígenes, quienes sostienen que la característica central es la acción

que está desarrollada en la escena. Elkin, en 1979, precisa que «hay figuras mimis realizadas en dos colores, por lo que no sería entonces el color lo distintivo, sino más bien la escena representada por estos seres estilizados y dinámicos», dándole razón a su colega McCarthy.

Aunque se ha constatado la existencia de dibujos y pinturas superpuestas sobre las anteriores, se puede asegurar que las pinturas mimis no han sido alteradas, permaneciendo intocadas por el respeto y sentimiento religioso sobre ellas depositado.

Existen grupos de pinturas mimis que comprenden un número de hasta 30 figuras en un mismo panel, conectadas unas con otras de tal forma que revelan una capacidad de composición de gran calidad y refinamiento.

Edwards afirma, en 1979, que el Arte Mimi entrega importante evidencia de la vida y la cultura de los aborígenes, ya que «estas figuras ofrecen escenas de caza, lugares de ceremonias y artefactos que han sido [25] prolijamente documentados». Sostiene además que «este tipo de figuras se encuentran también en superficies rocosas de África y Europa».

No deja de ser interesante esa discusión académica del estilo de Arte Mimi, el cual también alcanza al llamado Arte de Radiografía, que es el que veré a continuación.

El Arte Rayos X

Se ha dado esta denominación a un tipo de arte visual que tiene la característica de expresar junto al dibujo todo aquello que permanece oculto a la mirada externa del observador. Con razón Edwards, 1979, sostiene que «este arte, además de ser visual, es un arte intelectual, ya que las figuras contienen no sólo lo que se ve, sino también aquello que está o debe estar presente». De esta forma aparece en el dibujo el esqueleto, el corazón, los pulmones, el estómago, los intestinos y otros órganos del cuerpo.

Mientras el estilo Mimi se encuentra ampliamente desarrollado en toda Australia, el estilo denominado Rayos X o Radiografía está limitado sólo a la zona norte del país y, más concretamente, a la Tierra de Arnhem.

De acuerdo a las figuras, el arte de estilo Rayos X es más homogéneo que el estilo Mimi, debido a su característica, representación de los detalles de la anatomía y de su interior. El artista enfatizaba esto en relación a las formas que realmente podían ser observadas. Por ello, Edwards sostiene que este arte es intelectual, además de ser visual. Las perspectivas de las figuras del estilo en Rayos X son marcadamente simbólicas. Las imágenes expresan un mínimo o ningún movimiento. Ubicadas de costado, no se aprecia conexión entre las figuras, que en su gran mayoría son animales (peces y canguros); cuando son humanas, generalmente son mujeres. Brandl indica en 1982 que «raramente se encuentran pinturas de alimentos vegetales, y que tampoco parecen estar en conexión con sus concepciones y prácticas mitológicas o totémicas». En cambio, se registran y documentan pinturas que representan imágenes con motivos adquiridos a raíz de la colonización europea, tales como barcos, caballos, hachas de fierro y armas de fuego.

Si bien es cierto que existe acuerdo en catalogar al Arte Mimi como fundamentalmente religioso, no ocurre así con el estilo Rayos X. Hay autores, como Peter Sutton en 1988, que sostiene que, en este caso, «el dibujo de los cuerpos de esa manera está concebido como una metáfora o una analogía de un tipo de conocimiento ceremonial, que ve más allá del exterior disponible a la percepción ordinaria, alcanzando una visión de lo oculto, cuya revelación se exterioriza como los interiores en las figuras». Esta interpretación del Arte Rayos X indica, entonces, que estaríamos en presencia de una forma de transmisión de un saber cultural antiguo y extraordinario, objeto de especial veneración y respeto. Para Howard [26] Morphy (1981), ambos estilos deben ser observados en este marco espiritual de la existencia, heredero directamente de los Seres Ancestrales de la creación, vale decir en una perspectiva también religiosa.

En definitiva, tanto las pinturas como los grabados representan un camino o una forma de

mirar el mundo y ordena las experiencias de la vida en términos de la relación entre el ser humano y el dominio ancestral. Las pinturas, según Morphy, «pueden ser entendidas completamente solo cuando son relacionadas con las canciones, danzas y eventos rituales que acompañan a su producción y revelación en el contexto ceremonial». Lo cierto es que, sólo cuando ellas son integradas dentro de la amplia construcción edificada por cientos de generaciones, se puede penetrar en el universo cultural que les ha dado vida y significado. El arte conlleva una significación, la cual ayuda a dotar a los eventos de cada día con un rasgo familiar, fundado en la Tierra con un sentido cósmico, por la referencia y conexión de las imágenes del pasado. Más aún, dentro del contexto general que alimenta el modo de vida de la sociedad aborigen, una visión continuada de la historia humana, similar a la perspectiva judía, es fácil concluir que todas sus actividades están insertadas en los principios o concepciones religiosas, de donde emanan las interpretaciones y acciones que asumen en su vida diaria.

LA ANTIGÜEDAD DE LAS PINTURAS

La mayoría de los autores preocupados por la prehistoria australiana (Mulvaney, White, Flood, Blainey y otros) se inclinan por sostener que el arte de las pinturas rupestres en cavernas y refugios de albergue posee la misma antigüedad que el arte de grabados y perforaciones en rocas, aunque hay estudiosos que rehúsan aceptar esta aseveración. Para los primeros, en la Tierra de Arnhem se encontrarían las evidencias. También en otros lugares donde se han realizado excavaciones se encontraron tierras de colores usadas en pinturas junto a depósitos de materiales orgánicos en los mismos niveles. Algunos elementos sometidos al sistema de radio-carbono 14 han entregado fechas de antigüedad de 18 mil años. Tizas de ocre desenterradas en la Caverna de Kenniff en el sur del Estado de Queensland proporcionan una antigüedad de 19 mil años. Una mayor antigüedad aún se descubrió en las tierras colorantes empleadas en ceremonias fúnebres y entierros en los alrededores del Lago Mungo, como lo demuestran las osamentas estudiadas, cuya antigüedad se establece alrededor de los 32 mil años.

La Dra. Josephine Hood precisa, en 1983, que el arte australiano durante el período pleistocénico o Edad de Hielo está muy claramente representado por grabaciones y perforaciones en rocas, y que el estilo dinámico expresado en numerosas pinturas rupestres del norte del país se ubica dentro de este tiempo, lo que demostraría que dichas escenas serían las más antiguas pinturas narrativas que se conocen en el mundo. Ella nos [27] dice: «Los estilos Macaroni pintados en murallas de refugios del sur de Europa y que expresan un estilo naturalista (Lascaux en Francia y Altamira en España) serían más recientes que los diseños y dibujos encontrados en la Caverna de Koonalda en Australia. Las pinturas de toros, caballos y ciervos de Lascaux, documentadas con una antigüedad de 28 a 22 mil años, y la mujer recogiendo miel en la Caverna de la Araña, en Valencia, España, con una data de 10 a 8 mil años, estarían muy por debajo del tiempo en que los aborígenes australianos empezaron a desarrollar y a dejar testimonio de su arte pictórico».

Como aún no existe un método científico adecuado que permita determinar con exactitud la fecha en que fueron confeccionadas las pinturas rupestres, se han adoptado dos caminos diferentes de investigación para aproximarse a un resultado. Uno de ellos es la asociación de las tierras de colores con los depósitos susceptibles de ser sometidos a alguna prueba de laboratorio. Este método dice que es perfectamente posible vincular los ocre y tierras de colores de una determinada pintura con los colorantes, tomados de otro lugar, que han sido encontrados en asociación con sustancias orgánicas. El otro camino de investigación se basa en los antecedentes estampados en las pinturas, que permiten, a través de una minuciosa observación, determinar las características culturales contenidas e inferir a través de ellas la antigüedad que poseen. En este caso, cuando aparece algún objeto en una pintura, se supone la existencia y uso de él al momento de la confección de la pintura. Si dicho objeto ha permanecido junto a elementos orgánicos

susceptibles de documentar es posible entonces aproximarse a la determinación de su edad. También en este caso es posible una aproximación ubicando ese elemento cultural dentro del contexto general de la información arqueológica de que se dispone.

Sin lugar a dudas de que los antecedentes disponibles son escasos. Pero la investigación no se ha detenido y el mundo científico se esfuerza por encontrar nuevos métodos que permitan penetrar en el pasado con mayor exactitud y obtener mejores resultados. La última palabra no se ha dicho y el último libro no se ha escrito.

LA INTERPRETACIÓN DE LAS PINTURAS

Los investigadores del arte aborigen no han cesado de recorrer lugares, entrevistar a sus moradores y documentar toda la información posible que emana de la tradición oral de los lugareños. Este enorme trabajo ha permitido recoger, en muchos casos, abundante y detallada interpretación de cada una de las obras que permanecen como testigos silenciosos de la vida cultural y religiosa de los aborígenes australianos.

Aun cuando las opiniones varían entre los intérpretes de las pinturas, la mayoría se muestra de acuerdo en que ellas expresan la visión cosmológica de los primeros australianos; la interpretación de su mundo y la justificación de las cosas vivientes. Pero, además de ello, se puede encontrar [28] la valorización de sus costumbres sociales, es decir, los valores éticos que asumen como norma y conducta de su vida personal y de sus relaciones familiares y comunitarias.

Con el objeto de ilustrar estos aspectos al lector, me detendré en tres áreas, que sin ser lugares más importantes que otros, reflejan en gran medida la tónica general de todo el país. El centro, el sur y el norte darán una idea de lo que se esconde detrás de las imágenes que se ofrecen al observador contemporáneo.

Las pinturas en Ayers Rock

En el centro de Australia existe la famosa roca conocida como Ayers Rock. Es una formación de piedra de una sola pieza. Tiene una altura superior a 300 metros y su diámetro alcanza los 9 kilómetros. Está ubicada al sureste de la ciudad de Alice Springs. Esta inmensa mole de piedra posee un extraordinario colorido que cambia desde el color naranja hasta el morado en la salida y puesta del sol. Su áspera formación contiene numerosas vertientes de agua, algunas de las cuales son permanentes. Allí se pueden encontrar muchas cavernas. La formación del macizo rocoso ha permitido que las lluvias crearan angostas y fértiles áreas, haciendo posible el crecimiento de bastante vegetación que atrae a los animales a beber y pastar.

Para los aborígenes este lugar se denomina Uluru y su configuración geológica está relacionada con un milagroso levantamiento de terreno proveniente de montes arenosos de color rojo. La relación entre la roca de Uluru y los aborígenes que rodean el desierto central está cargada de significación religiosa. La comunidad de Pitjandjara es una de las más vinculadas al sector, cuya visión de Uluru es explicada en ricas y profundas historias que se han transmitido de generación en generación. Todo lo que allí existe: grandes bahías, aberturas con sus caminos de acceso lateral, vertientes y riachuelos, superficies cinceladas y enormes cavernas, fue obra de sus seres ancestrales. El origen religioso de Uluru es explicado por los lugareños. Linga, un pequeño lagarto, mitad hombre y mitad lagartija, que vivía en las cercanías de Uluru había estado durante muchos días haciendo un bumerán. Cuando éste estuvo terminado, salió a comprobar su balance. Este objeto voló cada vez más alto en el aire, para luego girar alrededor del desierto hasta que se enterró por sí mismo en la arena suelta de los montes arenosos, los cuales se transformaron más tarde en roca. En el afán por encontrar el arma perdida entre las arenas se fueron formando las asperezas y características externas que hoy presenta Uluru.

En las sombrías cavernas existen numerosas pinturas que retratan a sus seres totémicos,

quienes explican a través de ellas sus actividades creadoras. Muchos diseños son abstractos, aun cuando contienen en su interior figuras de animales y seres humanos. Esto hace difícil su interpretación [29] si no se cuenta con un informante aborígen. El acceso a determinados sitios está prohibido porque son lugares sagrados donde se realizan las ceremonias de iniciación de los novicios nativos.

Existen doce cavernas que contienen pinturas. Todas ellas han sido minuciosamente documentadas por Charles P. Mountford en su libro *Ayers Rock, Its People, Their Beliefs, and Their Art*, publicado en el año 1965. Para él, «un examen de las pinturas de las cavernas revela que la mayoría de los diseños son abstractos, haciendo imposible su interpretación sin la ayuda del artista que las produjo. Sin embargo, es posible llegar a una conclusión sobre ellas si se establece una relación de analogía con otras pinturas hechas por los habitantes de la tribu de Pitjandjara».

En una de las cavernas, el sitio número nueve, la figura denominada B representa la personificación del Hombre de la Higuera, cuya cabeza convencional ha sido reemplazada por un amplio círculo con rayos que se proyectan desde la parte superior. El artista que pintó esta imagen en el año 1940 explicó a Mountford que se trataba de la figura del árbol en tiempo de la creación y que, en las ceremonias actuales, los actores lucen de la misma forma. Vestidos y decorados con sofisticadas y hermosas máscaras, pasan a ser parte de los poderes del Hombre de la Higuera en su ceremonial. En la época de la recolección de los frutos, hombres y mujeres danzan. El que personifica al Hombre de la Higuera sube al árbol y remece sus ramas para que sus frutos caigan. Las mujeres, con los ojos dirigidos al suelo (no pueden levantar la vista hacia el árbol), recolectan los higos y los ponen en sus recipientes de madera, llevándolos hacia el lugar de asentamiento. Después que las mujeres se han retirado del área, los hombres bailan alrededor del árbol y van haciéndose cortes en sus brazos; con la sangre que les emana pintan el tronco de la higuera, asegurando con ello la abundancia del fruto para la nueva estación, en cualquier parte del mundo.

En el sitio número dos está ubicada la caverna de Mutijilda, donde existe un refugio de más o menos 90 metros de largo en la muralla occidental de Ayers Rock. Entre otras figuras se observa la presencia de un dingo, de una curiosa ancla, de un gran número de seres humanos, dotados, en su gran mayoría, de máscaras exageradas. Una de las cosas que ha suscitado admiración son los caminos dibujados, especies de rutas que mostrarían los itinerarios seguidos por los héroes religiosos que actuaron en tiempos de la creación. Las múltiples líneas paralelas simbolizarían las rutas de sus seguidores y los círculos, los lugares de asentamiento de las comunidades del área. La mayoría de los signos no han sido descifrados aún por los estudiosos del arte aborígen. Sin embargo, a consecuencia del trabajo de Geoff Bardon en Papunya con los artistas aborígenes de la pintura acrílica del desierto occidental, donde han participado varias comunidades del área, se ha logrado establecer una aproximación bastante importante. Charlie Tjaruru señala en 1987 que la visión que entregan los artistas en la pintura acrílica tiene sus raíces en la pintura rupestre, a la cual representaría, en este caso, se refiere a los signos abstractos, a la observación [30] de un evento narrativo, cimentado y localizado en una topografía determinada. Serían cartas o mapas de tipo geográfico que documentan su medio físico con los lugares en que han acontecido los hechos de la creación.

Las pinturas en la zona sur de Australia

Las pinturas en la región del sur de Australia tuvieron un desarrollo mucho más tardío que los grabados en roca. De acuerdo con Carol Cooper (1982), lo más importante y significativo de esta expresión artística se localiza en la parte occidental del Estado de Nueva Gales del Sur, el énfasis está puesto en notables figuras en serie, las cuales, por lo general, son pequeñas y repetitivas. Una cantidad notable de figuras humanas pintadas en rojo, blanco y amarillo expresan danzas y

combates. Se observan también escenas de caza de canguros y emús. Las representaciones de tipo geométrico usadas en los grabados en roca se encuentran también en pinturas, donde círculos concéntricos, líneas paralelas y cilindros son trazados notablemente. Estas mismas figuras aparecen en tallados de árboles.

En el Estado de Victoria y en el sureste del Estado de Australia del Sur se han documentado fundamentalmente figuras pequeñas, la mayoría con características humanas. En el área de Sydney predominan las figuras hechas como arte invertido, es decir, figuras en negativo de mano de mujeres, niños, bumerán y lanzas que han sido ubicadas sobre las paredes antes de esparcir encima de ellas la pintura acumulada en la boca.

Aun cuando este arte es vigoroso y fuerte, no se compara con la gran variedad de imágenes y colores existentes en la zona norte del país.

En el interior del Estado de Nueva Gales del Sur se localizan los lugares más grandes de exposición. Cerca de la actual ciudad de Cobar, entre las montañas de Gundabooka y Grenfell, existen las galerías más importantes; en alrededor de 40 sitios se pueden observar delgadas figuras de 10 a 40 centímetros de alto, que generalmente están pintadas de negro.

En la Bahía de Jervis, dentro del Estado de Nueva Gales del Sur, pero bajo la jurisdicción del Gobierno Federal como consecuencia de una base naval instalada allí, habitan los aborígenes de la comunidad de Ngarigo. Allí está la pintura referida a Daramulan, quien posee poderes mágicos que transmite a los ancianos. Daramulan, de acuerdo a la versión entregada por los habitantes del lugar, vivió en la Tierra para enseñar a los hombres. Implantó la ceremonia conocida como «Kuringal», que contempla la remoción de un diente delantero de los jóvenes casados cuando son iniciados. Determinó cuáles alimentos podían comer. Es el guardián y protector de su gente y se enfada cuando ésta no obedece sus prohibiciones. Los Ngarigo creen en la existencia de una tierra detrás del cielo, lugar donde viven otra existencia, porque ellos piensan que el espíritu de una persona va hacia el cielo a reunirse y a ser cuidado por Daramulan. [31]

Las pinturas del norte australiano

Los sobrecogedores rostros pintados en el noroeste de Australia, conocidas como «wandjina», han llamado la atención de la gente interesada en las pinturas aborígenes por más de 150 años. Frecuentemente han sido relacionadas con otras tan distantes y lejanas como las pinturas rupestres de Oenpelli, Delamere, en el occidente de la Tierra de Arnhem, cerca del Río Victoria en el Territorio del Norte.

Las figuras de Kimberley están pintadas sobre una superficie blanca, retratando a unos gigantescos seres humanos, cuya longitud alcanza a más de 4 metros de altura. Aun cuando las figuras están pintadas en blanco, los detalles interiores han sido pintados con diversos colores. Los rostros están circundados por una aureola, excepto la parte inferior, a la altura de la mandíbula. La cabeza es un centro de radiación de líneas que semejan rayos. Una sola pestaña enmarca ambos ojos, que forman una unidad con la nariz. No poseen boca y sólo una figura tiene cuerpo. Predomina el color rojo, en diversas tonalidades, pero aparece el amarillo, el negro y el azul pálido. Cada una de estas figuras posee nombre propio, y resume en sí misma y en sus interrelaciones con las demás una gran complejidad significativa. Los diseños de las caras humanas están acompañados con una gran diversidad de signos y de otras imágenes referidas a seres totémicos.

Los wandjinas son extremadamente importantes para los aborígenes de Kimberley, ya que ellas serían sus espíritus creadores, que quedaron grabados en la roca cuando cambiaron sus características físicas. Ellos viajan a través de países creando las plantas, los animales y todo lo que existe y son responsables también de los truenos y relámpagos en las estaciones de lluvia.

Mucho se ha especulado en torno al origen de estas pinturas. Algunos piensan que derivarían de visitantes extranjeros procedentes de Borneo o de Indonesia. Otras vinculan su origen a

visitantes extraterrestres que habrían dejado estampada su presencia. Dichos comentarios generalmente provienen de personas que son deslumbradas por la belleza y solemnidad de los diseños, y extraños de su altísima calidad y de las técnicas empleadas en su confección. Para otros, las figuras serían astronautas que, inexplicablemente, fueron retratados en la antigüedad

La arqueología y la antropología australiana prescinden de estas consideraciones. Ronald y Catherine Berndt sostienen, en 1988, que pinturas de estas características están presentes en otros lugares, citando como ejemplo el caso de las pinturas de Los Hermanos del Relámpago, ubicadas en Delamere, en el Territorio del Norte. Para Mulvaney, en su artículo «El fin del Comienzo», insertado en la Enciclopedia «Australian to 1788», «estas imágenes no son seres espaciales con cascos de astronautas, sino la grabación y el dibujo de la imaginación de los pueblos indígenas, referida a sus antepasados, a los Grandes Seres de la Creación y a las [32] ceremonias religiosas que reviven toda la mitología dentro de su ambiente climático original».

Lo concreto es que las expresiones de arte visual fueron concebidas para retener y transmitir a los miembros de la comunidad el conocimiento ganado tras un largo período de tiempo. [33]

Estudio de nuevas copias de planos de la isla de Pascua (Rapa-Nui) de 1770 **Francisco Mellén Blanco**

En la Maggs Collection de la sección de Geography and Map Division de la Library of Congress, Washington, han aparecido dos nuevas copias del plano de la isla de San Carlos, hoy Pascua o Rapa-Nui, hecho por los pilotos españoles de la expedición del capitán González de Haedo en 1770.

Tuvimos noticias de ellos gracias a Dña. María Luisa Martín Merás, Jefe de Investigación Cartográfica del Museo Naval de Madrid, y mediante la colaboración de Mr. Jim Flatness (Geography and Map Division) y Mr. John R. Hébert, Assistant Chief de la Hispanic Division, obtuvimos unas fotocopias para hacer un estudio comparativo con los planos ya catalogados y estudiados en mi libro «Manuscritos y documentos españoles para la historia de la isla de Pascua»², págs. 57-101.

Están registrados de la siguiente forma:

South America

CHILE	Maggs Number
68. CHILE. San Carlos, 1770. b & w. Isla de Pascua.	277
69. CHILE. San Carlos, 1770. Lima, 5 M. ^{zo} 1803. b & w.	71

El primer plano corresponde al número 277 de la Maggs Collection y su transcripción es la siguiente:

Plano de la Y.^a de S.ⁿ Carlos descubierta por D.ⁿ Phelipe Gonzalez de Haedo, Capitán de Frag.^{ta} y Com.^{te} del Navío de S.M. nombrado S.ⁿ Lorenzo y Frag.^{ta} S.^{ta} Rosalia, a cuya Expedicion salió del Puerto del Callao de Lima el día 10 de octubre del año de 1770; de Orden del Exc.^{mo} S.^{or} D.ⁿ Man.^l de Amat y Junien, Cavallero del Orden de S.ⁿ Ju.ⁿ del Consejo de S.M., Gentil [34] Hombre de su R.^l Camara con entrada, Then.^e Gen.^l de sus R.^s Exercitos, su Virrey Governador y Capitan Gnral. de estos Reynos y Provincias del Perú y Chile, el día 15 de

²MELLÉN BLANCO, F. (1986): Manuscritos y documentos españoles para la historia de la isla de Pascua. Biblioteca CEHOPU (MOPU), Madrid.

Noviembre del mismo año a las 7 de la mañana se avistó dha. Y.^a y el día 16 a las 8 de la mañana dio fondo en la Ensenada q.^e nombro de González en donde se mantubo hasta el día 21 q.^e se hizo a la vela, haze juicio q.^e sus havitadores serán como de 900 a 1000 almas entre grandes y pequeñas; el número de Mujeres es mucho menos q.^e los hombres; estos son de buen cuerpo, color como de Quarterones, Pelo Lasio, buenos ojos, muy Agiles y nadadores assi hombres como mujeres, faciles a pronunciar el Castellano, andan desnudos con solo taparrabo, se pintan con distintas pinturas q.^e da el terreno, q.^e a no ser esto y andar vestidos serían como Europeos, toda la tierra es negra con algunas betas de distintos colores q.^e les sirve para pintarse. Sus Sembrados son Platanos, Yuca, Ñame, Calabazas blancas y Coloradas, caña dulce y una Raíz q.^e tiñe buen amarillo: el día 20 se colocaron tres Cruces en nombre de nuestro Soberano, en 3 cerritos q.^e ai en la punta del NE. y en el del medio ay un manantial de buen agua q.^e no se ha visto en toda la Y.^a y si ay en distintas partes Agua de Cazimba y muy poca leña:

Esta situada esta Y.^a en 27 grs. 6 m.^s de Latt.^d S. y en los 264 g.^s 36 m.^s de Long.^d segun el Merid.^{no} de Thenerife.

A.-Punta de S.ⁿ Lorenzo.

B.-Los Cerros donde se colocaron las 3 Cruces.

C.-Cerro de la silla de S.ⁿ Carlos.

D.-Ensenada de González.

E.-Punta de S.^{ta} Rosalía y Pan de azúcar.

F.-Arenal.

G.-Punta de S.ⁿ Ju.ⁿ y su caleta.

H.-Punta de S.^{ta} Ana.

Y.-Punta de S.ⁿ Juaquin.

J.-Punta de S.ⁿ Jsp.

K.-Morro Negro.

L.-Caleta de Langara.

LL.-Cavo de S.ⁿ Felipe.

M.-Punta de los Callos.

N.-C.^o de S.ⁿ Antonio.

O.-C.^o de S.ⁿ Xptoal.

P.-C.^o de S.ⁿ Francisco.

Q.-Farallon de Langara.

R.-Caleta de la Cueva.

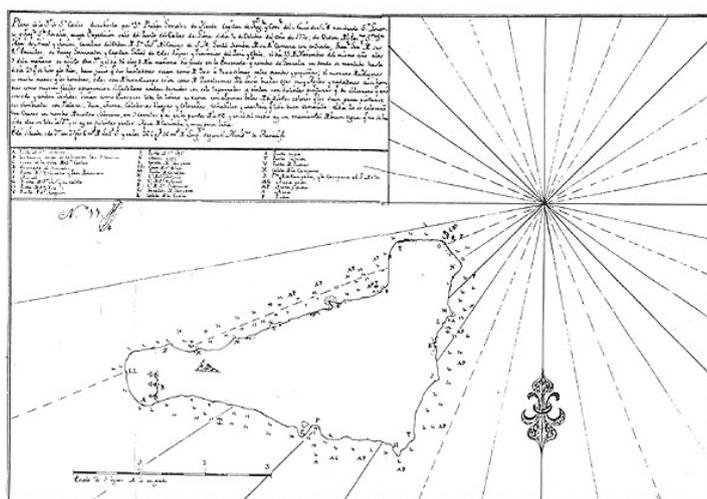
S. -Punta negra.

T.-Punta Verde.

V.-Punta de Piedras.

X.-Caleta de la Campana.

Z.-P.^{ta} de la Campana, y la Campana al S. de ella. [35]



Plano de la isla de San Carlos. Maggs Collection,

nº 277 (Library of Congress, Washington)

[36]

AG.-Arena gorda.

AP. -Arena y piedra.

A.-Arena.

P.-Piedra.

Escala de 3 leguas de 20 en grado

Con explicación, e indicación, por números, de la profundidad de las aguas.

Color: blanco y negro.

Proyección: plana.

Símbolos: nudo de 32 vientos prolongados, orientado por una flor de lis.

Dimensiones: (37 x 49 cm).

Escala: aprox. 1:119.000. (Gráfica de 3 leguas = 140 mm.)

Este plano es parecido a los del Archivo del Museo Naval de Madrid (Planos: L-D-11), Biblioteca Central de la Diputación de Barcelona (Ms. 400, f. 14) y del Servicio Geográfico del

Ejército, Madrid (Cartoteca Histórica. CHILE: pág. 17, n.º 83)³, en especial este último. Las diferencias son pocas. El plano n.º 277 de la Maggs Collection tiene orientado uno de sus radios con la flor de lis completa, mientras que los planos de los archivos españoles sólo hay dibujada media lis.

El plano de la Library of Congress lleva anotado en su parte izquierda en n.º 11 con una rúbrica ilegible, pero según Mr. Hébert pertenece a una persona apellidada Villena. Desconocemos si fue el copista o archivero del plano.

El segundo plano, n.º 71 de la Maggs Collection, tiene la transcripción siguiente:

Plano de la Isla de S.ⁿ Carlos, descubierta por D.ⁿ Phelipe Gonzales, Cap.ⁿ de Fragata de la R.^l Armada, Comandante de el Navío S.ⁿ Lorenzo, y Frag.^{ta} S.^{ta} Rosalía, con cuyos buques salió de el Puerto de el Callao el día 10 de octubre de 1770 de orden de el Ex.^{mo} S.^{or} D.ⁿ Manuel de Amat, Virrey actual de el Perú. La descubrió el día 15 de Novi.^{re} de el mismo año.

A.-Cabo de S.ⁿ Phelipe. Latit.^d Sur 27 g.^s 6 m.^s.

B.-Punta de S.ⁿ Lorenzo.

C.-Tres Zerritos donde se colocaron 3 cruces⁴.

D.-Zerro de la Silla de S.ⁿ Carlos.

E.-Encenada de Gonzales.

F.-Puerto de S.ⁿ Juan, bueno para Lanchas.

G.-Punta de S.^{ta} Ana. [37]

H.-Punta de Callos.

Y.-Cabo de S.ⁿ Christobal.

K.-Farallones de Langara, que el de tierra parece torre.

L.-Cabo de S.ⁿ Fran.^{co}.

M.-Caleta de la Cueba por una grande que tiene.

N.-Caleta de la Campana.

O.-La Campana.

Escala de 3 leguas de a 20 en grado

En su parte derecha existe un dibujo afiligranado con un corazón en su parte superior y dos pájaros afrontados en su parte central en cuyo interior hay la siguiente anotación:

Nota. Toda la Sonda es piedra y Arena y de 30 baras⁵ para tierra mui malo de Coral, y piedra.

En la parte inferior izquierda está escrito con letra diferente al texto del plano: *Lima, 5 M.^{zo} 1803. Y debajo: Sáquese copia en Mayoría y Secret.^a y devuelvaseme. De Rico* (rubricado).

Con explicación e indicación, por números, de la profundidad de las aguas.

³Ver MELLÉN, F. (1986): Obra cit., págs. 78-79, 82-83 y 90-91.

⁴En el plano aparece repetido la «Punta de S.ⁿ Lorenzo» con la letra C.

⁵Son *brazas*.

Los planos números 277 y 71 de la Maggs Collection fueron ofrecidos a la Library of Congress en 1927-28 por Maggs Brothers (Londres) con un lote de planos, en los que había muchos referentes a España e Hispanoamérica. Todos ellos pertenecían a la Real Escuela de Pilotos del Departamento de Cádiz y debieron ser expoliados de dicho centro por alguna persona sin escrúpulos que los debió vender a Maggs Brothers. Es de agradecer que hallan sido obtenidos por la Library of Congress, al menos están bien conservados y los investigadores pueden seguir realizando sus estudios.

En la exposición *Isla de Pascua: Avanzada del Destino Océánico de Chile*, celebrada en la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile, en mayo de 1988, se expuso un plano del piloto Aguera donde aparecían la isla de San Carlos, la «ensenada de González» y una perspectiva de la isla dibujada a bordo de la fragata *Santa Rosalía*, anclada en la citada ensenada, hoy conocida por Hanga Ho'onu.

Dicha composición cartográfica lleva en el texto el nombre del piloto Aguera, autor de la misma. Con ella se completa la colección cartográfica de los pilotos Hervé, del navío *San Lorenzo* y Aguera, de la fragata *Santa Rosalía*. Las composiciones catalogadas anteriormente en mi libro⁷ pertenecían al Museo Naval de Madrid, dos atribuidas a Hervé y una a la Biblioteca Central de la Diputación de Barcelona, de Aguera, pero copiada por Philipus Piedra en 1771, en Lima.

El plano presentado en la exposición chilena pertenece a la Biblioteca Nacional de Santiago y está ubicado en la sección Mapoteca José Toribio Medina, tomo 5, pieza 21 (fot. 1).

Su transcripción es la siguiente:

Perspectiva de la Ensenada vista desde el punto F, en que estubo fondeada la Fragata de su Magestad Santa Rosalia.



⁷MELLÉN, F. (1986): Obra cit., págs. 59, 70-77 y 84-86.

Plano de la Ysla de San Carlos descubierta el 15 de noviembre de 1770 por los Navios de su Magestad, del mando del Capitan de Fragata D.ⁿ Phelipe Gonzalez Haedo, de Orden del Exmo. Señor D.ⁿ Manuel de Amat y Junient, Virrey Gov.^{or} y Capitan General de estos Reynos. [40]

*Fot. 1. Composición cartográfica de la isla de San Carlos, hoy día de Pascua (Rapa-Nui), hecha por el piloto de la fragata **Santa Rosalía**, D. Francisco Aguera, en 1770 (Biblioteca Nacional, Santiago de Chile).*

[41]

A.-Punta de San Lorenzo.

B.-Los Cerros de las tres Cruces.

C.-La Silla de San Carlos.

D.-Ensenada de Gonzales.

E.-Punta de Santa Rosalia.

F.-Caleta de San Juan.

G.-Punta de San Juan.

H.-Punta de Santa Ana.

Y.-Punta de San Joseph.

J. -Caleta de Langara.

K.-Morro negro.

L.-Cerro de San Christoval.

M.-Cavo de San Francisco.

N.-Farallones de Langara.

O.-Caleta de la Queba.

P.-Punta negra.

Q.-Punta verde.

R.-Punta de Piedras.

S.-Caleta de la Campana.

T.-Cavo de San Phelipe.

ESCALA de una Legua de a 20 en grado.

Plano de la Ensenada de Gonzalez en la Ysla de S.ⁿ Carlos (alias de David), situada en los 27 gr.^s 6 minut.^s de Latit.^d Sur y en los 266 gr.^s 58 m.^s de Long.^d de Tenerife, levantado por el Alferes de Frag.^{ta} y primer Piloto de la R.^l Arm.^{da} D.ⁿ Fran.^{co} Aguera embarc.^{do} en la Frag.^{ta} de S. M. S.^{ta} Rosalia, su Cap.ⁿ D.ⁿ Ant.^o Domonte que salió del Puerto del Callao el 10 de Oct.^e de

770 en conserva del Nav.º de Guerra S.º Lorenzo a haser el descubrimiento de esta y otra en estos Mares.

A.-Punta de San Lorenzo.

B.-Ensenada de San Gavino.

C.-Ydolos llamados Moay de 52 pies de alto.

D.-Ensenada del Desembarco.

E.-Punta de Santa Rosalia.

F.-Fondeadero de la Fragata.

G.-Fondeadero de San Lorenzo.

H.-Los Cerros de las tres Cruces.

Y.-Monte alto de Aguera.

J.-Las tres hermanas.

K.-La Mesa de Domonte.

L.-Loma y Acampamento de Olaondo.

M.-Cerro de Moreno. [42]



Foto 2. D. Antonio Domonte, comandante de la fragata Santa Rosalía (Museo Naval de Madrid).

Foto 3. D. Buenaventura Moreno, capitán de Infantería, que participó en la ceremonia de toma de posesión de la isla en 1770 (Museo Naval de Madrid).

Los números de sonda son Brazas de a 6 pies castellanos y las letras significan: A. Arena P. Piedra. C. Cascajo. AP. Arena y Piedra, PCA, Piedra, Cascajo y Arena.

ESCALA de una Milla Marítima

Con explicación e indicación por números de la profundidad de las aguas.

Proyección: plana.

Símbolos: rosa de 16 vientos prolongados, orientados con una flor de lis.

Color: acuarela verde y sepia; texto en tinta negra.

Escala: aprox. 1:123.500. (Gráfica de una legua de a 20 en grado = 45 mm.)

Escala: aprox. 1:33.000. (Gráfica de una milla marítima = 56 mm.)

Dimensiones: (66,5 x 45, 8 cm.)

Aguera señala únicamente veinte accidentes geográficos en el plano de la isla, cuatro menos que en otros planos hechos por él⁸. En el de la [43] «Ensenada de González» es el único que anota la altura de las estatuas, denominadas moái, dando una cifra de 52 pies. Creemos se refiere solamente al moái Paro, del ahu Te Pito te kura, el primero que se ve a la derecha del plano y cercano a la ensenada del desembarco, conocida por Ovahe.

El piloto Aguera en su «Relación diaria...»⁹ recoge lo siguiente respecto a los moái: «Hemos aberiguado que los árboles que nos parecían Piramides son estatuas, ó Ymágenes de los Ydolos que adoran estos Naturales, son de piedra, tan elevados y corpulentos que parecen columnas mui gruesas, y segun despues aberigué, examiné y tomé su dimensión, son de una pieza todo el Cuerpo, y el Canasto es de otra. En este tienen construida una pequeña concavidad en su superficie alta en la que colocan los guesos de sus muertos, de que se infiere que tienen Ydolo y Pira en uno sin poder comprehender el modo con que habran erigido esta estatua tan soberbia, y mantenerla en un equilibrio sobre quatro pequeñas piedras que asientan en la Basa, ó pedestal que sostiene todo este gran peso. El material de la estatua es de piedra mui dura, y por consiguiente pesada, haviendola yo examinado con una picaza despidió fuego, prueba de su solidez: El Canasto es de otra piedra no tan sólida y de color de la vena de fierro, es bastante pesada, y se halla mucha en la Ysla, pero semejante a la Estatua, no la hé visto; su construzion es mui mazorrall.

En otra parte de la «Relación...» aparece: «Haviendo hecho la dimensión geométrica de la estatua mas alta que se halla a la orilla de esta ensenada hallé que tenía de alto cinquenta y dos pies, y seis pulgadas de Castilla¹⁰ incluso el canasto que tenía de alto quatro pies y ocho

⁸MELLÉN, F. (1986): Obra cit., págs. 66-67.

(Agradecemos a Don Miguel Cofre Troncoso, Jefe de Bibliografía de la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile, el envío de la fotografía del plano de Aguera, presentado en la exposición de Santiago.)

⁹MELLÉN, F. (1986): Obra cit., págs. 282-283. Corresponde al manuscrito de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, sig. D-91, fols. 124-142. La biblioteca del British Museum tiene una copia similar en el Ms. 53.049 (Eg. 902).

¹⁰1 pie = 0,279 m.; 1 pulgada = 23,25 mm. Según estas medidas, el moái con el sombrero de toba roja o pukáo alcanzaba 14,6 metros.

*pulgadas de la misma medida...». Este moái es efectivamente el que hemos citado anteriormente con el nombre de Paro, los dos restantes moái corresponderían posiblemente, el del centro, al *ahu* He Kii, y el de la izquierda del plano al *ahu* Motu Ariki.*

Hay que señalar también que en el dibujo de la perspectiva de la isla, «los cerros de las tres cruces» no las tienen pintadas, sin embargo en el plano de la isla sí aparecen. La conservación del plano es buena y el texto escrito se lee sin dificultad alguna.

* * *

En la Bibliothèque Nationale de París existen diez planos de la isla de Pascua, bautizada por los españoles como isla de San Carlos, de los cuales tuvimos noticias gracias a Mme. Orliac¹¹. Esta colección está depositada [44] en el Département des Cartes et Plans, carpeta 176, y su relación es la siguiente:

- Div. 6 p. 1: Ile St. Charles ou Ile de Pâques 1770 1 D.
- p. 2: Plan de l'Ile St. Charles 1770 1 D.
- p. 2/1: Idem.
- p. 2/2: Idem.
- 3: Ile St. Charles, plano de la ensenada de 1770 1 D.
- 3/1: Ile St. Charles, vue prespective de l'Ile St. Charles.
- 3/2: Vue de l'Ile St. Charles.
- 3/3: Idem.
- 4: Plan de l'Ile St. Charles.
- 5: Plan de l'Ile de Pâques.

Son copias similares a las de los planos de los españoles, pero con traducción al francés. Estos planos posiblemente fueron utilizados años más tarde por J. François de Galaup, conde de La Pérouse, que visitó la isla de Pascua en 1786. Dicho marino, al levantar nuevos planos, tuvo la ética profesional de respetar la toponimia dada por los españoles en 1770; así tenemos el ejemplo de que a la «Ensenada de González» la nombra «Baie des Espagnols» en agradecimiento a los primeros europeos que hicieron sus planos. Años después, personas con criterios diferentes al de La Pérouse suprimieron el nombre de los españoles, denominándola para las generaciones posteriores «Rada de La Pérouse», actual Hanga Ho'onu¹².

Queda, por tanto, la colección de planos de la isla de Pascua, hechos por los pilotos de la expedición de González de Haedo, de la siguiente manera:

Composición cartográfica: isla, ensenada y perspectiva.

Organismo

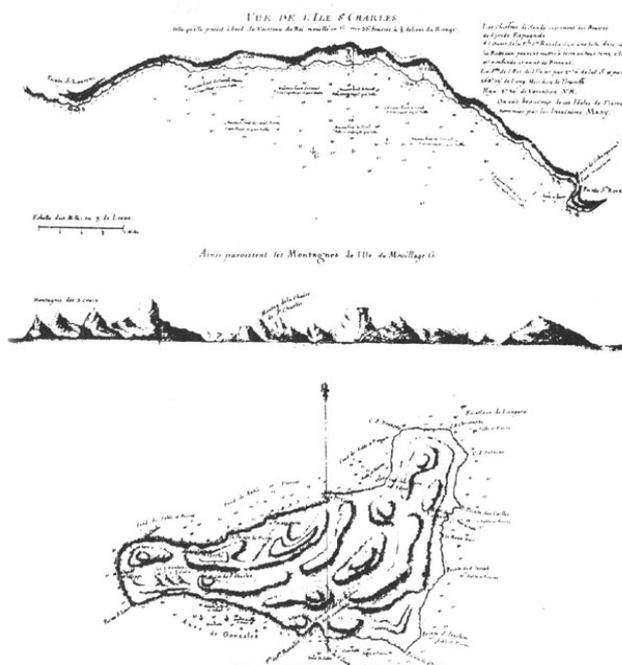
N.º de planos

¹¹Mme. Catherine Orliac, doctora en arqueología prehistórica e investigadora del C.N.R.S., ha tratado en su tesis las características de las viviendas polinésicas de fin del siglo XVIII y es experta en análisis micrográficos de la madera. Tiene publicados diferentes trabajos sobre temas pascuenses.

¹²MELLÉN, F. (1989): Cartografía histórica de la isla de Pascua en el siglo XVIII, acompañada de algunos datos etnológicos y arqueológicos. (Ponencia presentada en el Symposium: Stand und Perspektiven der Osterinsel-Forschung, Frankfurt, 30 agosto-3 septiembre).

Archivo Museo Naval (Madrid)	2
Biblioteca de Cataluña (Barcelona)	1
Biblioteca Nacional (Santiago de Chile)	1

[45]



Planos de la isla de San Carlos (isla de Pascua) con la toponimia española traducida al francés,

conservados en la Bibliothèque Nationale de París.

Plano de la isla de San Carlos

Organismo

Archivo General de Indias (Sevilla)	3
Archivo Museo Naval (Madrid)	1
Biblioteca de Cataluña (Barcelona)	1
Biblioteca de Palacio (Madrid)	1
Library of Congress (Washington)	2
Servicio Geográfico del Ejército (Madrid)	1

[46]

Plano de la «Ensenada de González»

Organismo

Archivo General de Indias (Sevilla)	2
Biblioteca de Cataluña (Barcelona)	1
Biblioteca Nacional (Santiago de Chile)	1
Servicio Geográfico del Ejército (Madrid)	<u>1</u>
TOTAL	18

BIBLIOGRAFÍA

MELLÉN, F. (1984): Derrota y Cartografía de la isla de Pascua realizada por la expedición española del capitán González de Haedo en 1770-71. I Congreso Internacional Isla de Pascua y Polinesia Oriental, Universidad de Chile, Hanga-Roa, 6-12 septiembre.

- (1986): Manuscritos y Documentos españoles para la historia de la Isla de Pascua. Biblioteca CEHOPU (MOPU). Madrid.

- (1989): Cartografía del Virrey Amat sobre el Pacífico Sur (1770-1775). Primeras Jornadas de Historia de la Cartografía. Soc. Española de Cartografía, Fotogrametría y Teledetección. Madrid, 9-10 febrero.

- (1989): Cartografía histórica de la isla de Pascua en el siglo XVIII, acompañada de algunos datos etnológicos y arqueológicos. (Ponencia presentada en el Symposium: Stand und Perspektiven der Osterinsel-Forschung. Frankfurt, 30 agosto-3 septiembre.)

ORLIAC, C. y Michel (1988): Des dieux regardent les étoiles. Les derniers secrets de l'Île de Pâques. Gallimard.

CARTOGRAFÍA

Biblioteca Nacional (Santiago de Chile): Sección Mapoteca. J. Toribio Medina, tomo 5, pieza 21 (1770).

Bibliothèque Nationale, París: Department des Cartes et Plans, portefeuille 176, Div. 6, p. 1-5 (1770).

Library of Congress, Washington: Geography and Map Division, Maggs Collection, South America, n.ºs 71 y 277 (1803). [47]

Los grabados en la obra «El Viagero Universal»

Jesús Paniagua Pérez

*El Viagero Universal*¹³ es una obra realizada por el presbítero Pedro de Estala entre los años 1796-1801 y firmado por este autor con las siglas D.P.E.P. Los 39 volúmenes originales, realizados en octavo, se subdividen en 116 cuadernos que se fueron publicando sucesivamente para ser encuadernados con posterioridad. Los cuatro tomos que forman el suplemento, a su vez, se subdividieron en 12 cuadernos. Cada uno de los cuadernos se compone de varias cartas, en los volúmenes originales el número de cartas suma 795, y son 76 las de los tomos del suplemento.

La idea de la obra parte de la que en Francia editó Joseph Laporte -conocido también como

¹³El título de la obra en francés fue *Le voyageur français ou Connaissance de l'ancien et nouveau monde*.

La Porte¹⁴. Este ex-jesuita francés escribió 26 de los 42 tomos que salieron a la luz entre 1765 y 1795. La primera publicación en español tuvo lugar en México, en 1788, en la *Gazeta de Literatura*; ese mismo año el *Memorial Literario* calificó la obra de falsa. A pesar de todo, el impacto causado en España fue enorme y el autor simplemente se propuso reproducir la obra del original francés «corregido de los muchos errores de que está lleno... y esto fue lo único que ofrecí...»¹⁵. Es a partir del tomo V cuando el español se plantea el abandono de la continuidad literal de Laporte a cambio de una continuidad metódica, sin pasar de una parte a otra del mundo como hace el francés. Recurre desde el tomo V a utilizar como fuente de información los mejores viajes que hasta entonces se conocían y no le fue difícil contactar en la corte con navegantes, viajeros y funcionarios que venían de las lejanas islas del Pacífico y que le facilitaron una valiosa información. El autor nos dice, también, «...Los viajes son hoy en día la lectura más general y apetecida de toda Europa, y con razón, pues ninguna otra de las obras de gusto ofrece [48] tanta instrucción y recreo. Conocer todos los países del mundo..., es, sin duda, después de la religión el estudio más digno del hombre»¹⁶. «...El viajar es el complemento de una educación esmerada», dice Don Pedro de Estala¹⁷, pero reconoce que no todo el mundo dispone de los medios suficientes y por ello parece hacerse necesarios los libros de viajes; pero la abundancia y diferente temática de éstos hace que se imponga una buena y completa recopilación, que se abordó en esta obra a partir del tomo V¹⁸. Los anteriores a éste, por haberse seguido lo hecho por Laporte, considera el escritor español que son muy superficiales¹⁹.

El precio al que se vendió originalmente esta obra ascendió a 116 ptas. en su versión en rústica y a 160,50 ptas. cuando iba encuadernada en pasta.

LAS ISLAS DEL PACÍFICO EN LA OBRA DEL *VIAGERO UNIVERSAL*

A pesar del título que ofrecemos en este trabajo, se ha de aclarar que, debido a lo anteriormente expuesto, solamente dos de los cuatro tomos en que encontramos referencias a las islas del Pacífico, exceptuando Japón, y de manera gráfica, pertenecen a la obra original en francés de Joseph Laporte. El resto corresponden ya a la propia organización que hizo el autor hispano, que nos ofrece tan importante documentación.

El tomo 4 trata, entre otros temas, de las islas de Java, Sumatra, Borneo, las islas de Macasar o Célebes, las Molucas, las Filipinas, las Marianas, Nueva Guinea y Nueva Holanda.

En el tomo 5 se trata en general de China; por ello, la última parte se ha dedicado a las islas adyacentes y de manera muy especial a Lo Kieou y Formosa. Aclara el autor español que Laporte obtuvo las informaciones sobre China de fuentes muy corrompidas, por lo que él mismo tuvo que

¹⁴Joseph Laporte había nacido en Belfort y murió en París en 1779. Después de abandonar la Compañía de Jesús destacó como un gran compilador y colaboró con hombres como Frénon y Hébrail. De sus obras citaremos *Histoire Littéraire des femmes françaises*, *France Littéraire*, etc.

¹⁵*El Viagero Universal*, v. 1, p. V.

¹⁶*Ibidem*, pp. V-VI.

¹⁷*Ibidem*, p. VI.

¹⁸A partir del tomo VI, dedicado a Japón, desaparecerá el nombre de Laporte en la portada de la obra. El tomo VI todavía da el nombre del autor francés, a pesar de lo que el español dice en la introducción.

¹⁹*El Viagero Universal*, v. 1, p. IX.

rectificar su relación con noticias más exactas²⁰.

En el tomo 16 el autor español no sigue ya la obra de Laporte. Es en éste cuando de nuevo volvemos a encontrar material gráfico sobre las islas del Pacífico. Las islas tratadas en este tomo corresponden al archipiélago de Chiloé, las islas de Juan Fernández, Tahití y Nueva Zelanda. Para Tahití el autor contó con un material inmejorable para el momento, [49] como fueron los viajes de Wallis, Bougainville y, especialmente, el de Cook²¹.

En el tomo 19 se tratan las islas de Palaos y otras pequeñas islas del Pacífico, como Mangia, Watio, Wenua, Hervey, Atooi, Onecheou, las Sandwich y Oanalaska. De todas ellas se presta especial interés a las Palaos y las Sandwich.

EL MATERIAL GRÁFICO DE LA OBRA

De todas las islas que hemos mencionado dentro del Océano Pacífico no existe material gráfico en la obra del *Viajero Universal*; por ello, se impone el hacer una relación de los grabados que podamos encontrarnos.

En el tomo 4

Isleño de Sumatra. Grabado n.º 75 de la obra.



Isleño de Sumatra

Isleño de Java. Grabado n.º 76 de la obra.

²⁰*El Viajero Universal*, v. 5, p. 5. Las rectificaciones las hace a partir de la página 348, diciendo que Laporte se ha fiado mucho de las relaciones jesuíticas. Él añade extractos de Lord Macartney (1793) y de Mr. Anderson, pp. 349-381.

²¹La figura de Cook es de sobra conocida, así como sus viajes al Pacífico que escribieron Hawkesworth, él mismo y J. King. Bougainville inició su expedición alrededor del mundo en 1766 y producto de ella fue su obra *Voyage autour du Monde*, publicado en París, en 1771. Wallis dio la vuelta al mundo entre 1766-1768; fue descrita por Hawkesworth en su obra *Voyages to the Pacific*.



Ystleño de Java

Isleño de Java. Grabado n.º 77 de la obra. Para la realización del grabado parece tenerse en cuenta la descripción que dice: «Todas las mujeres de Batavia, sean holandesas o mestizas, tienen la vanidad de distinguirse por la magnificencia de sus vestidos y equipajes: la seda, el oro, la plata y las pedrerías brillan en sus trajes»²².



Ystleña mestiza de Java.

²²*El Viagero Universal*, t. IV, p. 73.

4) *Salvaje de la isla de Borneo*. De él se dice que «...Va casi desnudo a excepción de algunas partes que cubren. Sus armas son cuchillos, flechas y mazas... se pinta la piel y lleva por adorno al cuello una sarta de dientes de tigre»²³.



Salvaje, o Príncipe, de la Isla de Borneo.

5) *Isleño Moluco*. Grabado n.º 79 de la obra. De él se dice que si es príncipe «...no se distingue de sus vasallos sino por un mayor número de pendientes en las orejas y un velo de corteza de árbol... Para suplir el vestido se pintan la piel con varias figuras de hojas y flores que imitan a las telas pintadas... y no salen de sus casas sin ir armados de dardos, espadas y flechas»²⁴.

²³*Ibidem*, p. 93.

²⁴*Ibidem*, pp. 108-109.



Isleño Moluca.

6) *Isleña Moluca.* Grabado número 80 de la obra.



Isleña Moluca.

7) *Isleña de Filipinas.* Grabado número 81 de la obra. El grabado se hace sobre la descripción de un Filipinas de Mindanao, del que la obra [50] sólo dice que «...llevan desnudos los pies y

piernas y un turbante en la cabeza»²⁵. Pero el grabador demuestra tener aquí más noticias y más fehacientes y añade algunos complementos muy realistas en el vestido y un fondo con arquitecturas que simula la realidad.



8) *Isleña de Filipinas*. Grabado de la obra número 82. «Las mujeres usan el cabello largo, atado, y pendiente por detrás: tienen la nariz tan pequeña y chata entre los ojos, que no se las distingue esta facción. Su frente no tiene elevación sensible: su traje consiste en una saya corta y un jubón»²⁶.

²⁵*Ibidem*, p. 123.

²⁶*Ibidem*, p. 124.



Mujer de Filipinas.

9) *Salvaje de Filipinas*. Grabado n.º 83 de la obra. A los que el autor denomina salvajes es a los montañeses o indígenas de las islas de Masbate, Ticao y Marinduque «...Su vestido es un pedazo de corteza de árbol rodeado al cuerpo... Sus armas son el arco y las flechas, cuyas puntas envenenan»²⁷.



Salvaje de Filipinas.

²⁷*Ibidem*, pp. 134-135.

10) *Mujer salvaje de Filipinas*. Grabado n.º 84 de la obra: «...y el de las mujeres un pedazo de lienzo con algunos brazaletes de junco y de caña... llevan a sus hijos en unos cestos de corteza atados a las espaldas»²⁸.



Mujer Salvaje de Filipinas.

11) *Hombre de las islas Marianas*. Grabado n.º 85 de la obra. «Los habitantes de las Marianas son casi todos de alta estatura, de cuerpo grueso y lleno, de temperamento robusto, y tan forzudos, que levantan grandes pesos... andan enteramente desnudos... no tienen más armas que unos palos largos guarnecidos de pelos humanos, los cuales pulen con mucho primor y les sacan puntas muy agudas»²⁹.

²⁸*Ibidem.*

²⁹*Ibidem*, pp. 160-164.



Hombre de las Islas Marianas.

12) *Mujer de las islas Marianas*. Grabado n.º 86 de la obra. «...Las mujeres no se cubren más que las partes naturales. Estas se tiñen los dientes de negro y se blanquean los cabellos con aguas preparadas»³⁰.



Mujer de las Islas Marianas.

13) *Hombre de la Nueva Guinea*. Grabado n.º 87 de la obra. «La mayor parte de ellos estaban

³⁰*Ibidem*, pp. 160-161.

desnudos y parecían muy pobres... Los hombres estaban armados con arcos, flechas, sables y lanzas guarnecidas de un hueso puntiagudo»³¹.



Hombre de la Nueva Guinea.

14) *Mujer de la Nueva Guinea*. Grabado n.º 88. «Las mujeres tenían una camisa de Colón con brazaletes adornados de cuentas azules y amarillas».



Mujer de la Nueva Guinea.

³¹*Ibidem*, p. 171.

En el tomo 5

1) *Isleña de Lieou-Kieou*. Grabado n.º 118 de la obra. Se define así el aspecto de estas mujeres: «...no usan de arbol ni de pendientes en las [51] orejas: llevan el pelo atado en rodete sobre la cabeza, atravesando grandes agujas de oro y plata»³².



Isleña de Lieou-Kieou.

2) *Isleño de Lieou-Kieou*. Grabado n.º 117 de la obra.



Isleño de Lieou-Kieou.

³²*El Viagero Universal*, t. V, p. 328.

3) *Montañesa de la isla de Formosa*. Grabado n.º 120 de la obra. «Las mujeres son pequeñas, gruesas y robustas»³³.

4) *Montañés de la isla de Formosa*. Grabado n.º 119 de la obra. «...El vestido de los hombres es un pedazo de tela... pero al norte de la isla tienen vestidos de pieles, parecidos a los pellicos de nuestros pastores... Los pendientes de las orejas, los brazaletes, sargas de cuentas y plumas de faisanes son el adorno ordinario de los dos sexos»³⁴.

En el tomo 16

1) *Hombre de Chiloé*. Grabado n.º 265 de la obra. «...Todos visten al estilo de aquel reino, que es como en España; pero los más de los hombres en vez de capas llevan ponchos»³⁵.



Hombre de Chiloé

2) *Mujer de Chiloé*. Grabado n.º 266 de la obra. «...Las mujeres usan el mismo vestido que las chilenas, que se reduce a camisa, fustán o enaguas, jubón, faldellín, saya y rebozo, o basquiña y mantilla...»³⁶.

³³*Ibidem*, p. 334. Véase también la descripción del montañés de Formosa. Pensamos que por confusión al encuadernar el grabado 118 antecede al 117.

³⁴*Ibidem*, pp. 334-336.

³⁵*El Viagero Universal*, t. 16, pp. 5-6.

³⁶*Ibidem*, p. 6.



Muger de Chiloe

3) *Otahitiana de luto*. Grabado n.º 271 de la obra: «...Las señales de luto son llevar sobre la cabeza un adorno de plumas de un color, que está consagrado a la muerte, y cubrirse el rostro con un velo.»



Otahitiana de Luto

4) *Otahitiana*. Grabado n.º 272 de la obra. «...Las mujeres llevan a veces unos turbantes llamados *tomu*... se compone de cabellos torcidos unos con otros, tan delgados que no se exceden del grueso de la seda de coser... Entre estos cabellos colocan flores de varias especies. El traje

de las mujeres más distinguidas se compone de tres o cuatro piezas; rodéanse la una al cuerpo, de manera que cuelgue hasta media pierna a modo de faldellín y la llaman *paru*: las otras dos o tres piezas tienen cada una un agujero en medio: ponen una sobre otra...»³⁷.



Tahitiana

5) *Otahitiano*. Grabado n.º 273 de la obra. «El traje de los hombres es lo mismo que el de las mujeres, exceptuando que en vez de dexar colgar como faldellín la pieza que cubre los riñones, la cruzan por entre las piernas... como es universalmente el mismo... las personas de clase distinguida se diferencian por la cantidad de telas que llevan...»³⁸.

³⁷*Ibidem*, pp. 261-263.

³⁸*Ibidem*, pp. 261-262.



Quilino.

6) *Hombre de Nueva Zelanda*. Grabado n.º 274 de la obra. «El traje... se compone de hojas de una especie de lirio... texen unas con otras [52] formando una especie de esterilla: las puntas de hojas que tienen ocho o nueve pulgadas sobresalen en punta del tejido... tienen un cinto del cual pende un cordelillo»³⁹.

7) *Mujer de Nueva Zelanda*. Grabado n.º 275 de la obra. «Las mujeres... llevan por lo regular los cabellos cortos. Sus vestidos están hechos de la misma materia y forma que los de los hombres; pero la tela de abaxo les rodea el cuerpo... Ambos sexos se horadan las orejas y ensanchan los agujeros... Meten... pedazos de tela, plumas, huesos...»⁴⁰.

En el tomo 19

1) *Hombre de las islas Palaos*. Grabado n.º 301 de la obra. «Los habitantes de estas Islas son robustos y bien hechos... Sus cabellos son largos y naturalmente se rizan... los hombres andaban enteramente desnudos... Hombres y mujeres tenían picada la piel... se llama tatúe... Las lanzas son las principales armas de esta nación, hechas de bambú, guarnecidas de una punta de madera muy dura, y harponadas transversalmente... También usan el dardo y la honda... Tenían hachas... anzuelos de concha de tortuga... cuchillos de concha de madreperla. Ninguno salía de su casa sin su cestillo o betel: la gente común llevaba un cañuto de bambú...»⁴¹.

³⁹*Ibidem*, p. 355.

⁴⁰*Ibidem*, pp. 356-358.

⁴¹*El Viagero Universal*, t. 19, pp. 128-136.



Hombre de las Islas de Palaos

2) *Mujer de las islas Palaos*. Grabado n.º 302 de la obra. «...Las mujeres llevaban solamente dos delantalillos, o por mejor decir, dos flecos gruesos, uno delante y otro detrás... estos flecos estaban hechos de filamentos de coco teñidos de amarillo. Este adorno, que era su única ropa, pendía de un cordón atado a la cintura...»⁴².



Mujer de las Islas de Palaos.

3) *Hombre de la tierra de Van Diemen tirando al blanco*. Grabado n.º 303 de la obra. «...Sin

⁴²*Ibidem*, p. 135.

más adorno que sus anchas cicatrices en varias partes del cuerpo... sin más arma que un palo»⁴³.

4) *Mujer de la tierra de Van Diemen*. Grabado n.º 304 de la obra. «...De los hombros a la cintura pendía una piel de canguro sin curtir...».

5) *Mujer de la isla de Watú*. Grabado n.º 305 de la obra. «...Mujeres jóvenes adornadas con plumas rojas... danzaban con un compás lento y grave...»⁴⁴.



Mujer de la Isla de Watú.

6) *Hombre de la isla de Watú*. Grabado n.º 306 de la obra. «...Un tonelete de tela o de estera les cubría desde la cintura hasta la mitad del muslo; algunos tenían una especie de chaqueta sin mangas... mezclado de blanco y negro: otros tenían sombreros de figura cónica, hechos de filamentos [53] de cocos, entretexida con trocitos de concha. Tenían horadadas las orejas y adornadas con flores olorosos o yerbas... casi la tercera parte de los hombres estaban armados de macanas y lanzas... de una madera dura y negra»⁴⁵.

7) *Hombre de la isla de Hervey*. Grabado n.º 307 de la obra. «Tenían suelto el cabello... Todo su vestido se reducía a una esterilla estrecha, que dándoles algunas vueltas a la cintura pasaba por entre las piernas... Vimos un sombrerillo muy lindo de plumas rojas... no tenían más adorno que un pedazo de concha de perla colgado al cuello...»⁴⁶.

⁴³*Ibidem*, pp. 150-151.

⁴⁴*Ibidem*, p. 225.

⁴⁵*Ibidem*, pp. 230-231.

⁴⁶*Ibidem*, pp. 235-236.



Hombre de la Isla Hervey.

8) *Hombre de las islas de Sandwich*. Grabado n.º 317 de la obra. «...se dexan crecer la barba... Hombre y mujeres llevan unos collares, que no son más que unas sartas de caracolillos... usan también una especie de abanico de fibras de coco... los más preciosos son los que tienen el mango hecho de hueso del brazo o la pierna de un enemigo... Acostumbran a picarse la piel... El vestido común de los hombres se reduce al *mari*, que es un pedazo de tela gruesa... que pasando por entre las piernas se sujeta a la cintura... Hay variedad en el tamaño de sus esteras, algunas de las cuales son muy bellas. Las llevan al hombro cogiéndolas por delante, pero hacen poco uso de ellas sino en la guerra...»⁴⁷.

9) *Jefe de las islas Sandwich*. Grabado n.º 318 de la obra. «...los xefes tienen otro de gala, que se compone de un manto de plumas y de un morrión tan bello y magnífico que en ninguna nación del mundo hemos visto cosa más pintoresca...»⁴⁸.

10) *Mujer de las islas Sandwich*. Grabado n.º 319 de la obra. «...Se rodean la cintura de un pedazo de tela que llega hasta mitad de los muslos, y a veces cuando hacía fresco traían sobre los hombros algunas bellas telas... Además de los collares de caracoles... usan otros de unas cuentas rojas, duras y brillantes. Tienen además guirnaldas de flores secas de la malva de Indias: usan también una especie de palatina compuesta de plumas entretejidas, que se ponen al cuello; usan también brazaletes muy variados...»⁴⁹.

11) *Bailarín Pantomímico de las islas Sandwich*. Grabado n.º 320 de la obra.

LOS GRABADORES

Cuatro son los grabadores que afrontan las láminas que nos encontramos en *El Viajero*

⁴⁷*Ibidem*, pp. 355-356.

⁴⁸*Ibidem*, pp. 356-357.

⁴⁹*Ibidem*, p. 359.

Universal, y los mismos tres son los que componen los temas referentes a las islas del Pacífico: se trata de A. Rodríguez, Manuel Albuerne, Francisco de Paula Martí y José Vázquez. [54]

Antonio (?) Rodríguez era valenciano de nacimiento. Había nacido en 1765 y murió después de 1823, sin que hasta el momento tengamos noticia del momento preciso.

Su nombre no está del todo claro, pues a menudo firma con A. R. o A. Rodríguez, etc., pero siempre sin que aparezca claramente su nombre. Deducimos el nombre de Antonio, puesto que en el grabado 305, correspondiente a la mujer de la isla de Watú, aparece una «O» alta junto al nombre, es decir, «A^o», lo que nos incita a pensar en «Antonio» sin otro especial motivo y con el consecuente riesgo de equivocarnos.

Su figura, sin embargo, llena toda una etapa del grabado español en torno a 1800, por las mismas fechas en que trabaja la impresionante figura del pintor zaragozano Goya. La importancia de A. Rodríguez parece demostrarla los colaboradores que tuvo en esta obra y en otras, como luego veremos; sin embargo, su nombre no aparece ni siquiera en la lista de grabadores de la época de Goya, que incluye el libro editado por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando⁵⁰.

Entre las obras más destacadas de Rodríguez tenemos la *Colección General de los trajes que en la actualidad se usan en España, principiada en el año de 1801 en Madrid*, dibujos para el *Observatorio rústico*, y la presente obra entre otras.

Manuel Albuerne colaboró en esta obra con Rodríguez; sin embargo, no es en la actualidad un grabador muy conocido, a pesar de su formación académica y de haber participado en obras de la envergadura del Quijote anotado por Quintana, en 1797, o de grabados, entre los que destaca el del Emblema del Real Instituto Militar, cuyo dibujo fue realizado por Goya⁵¹.

José Vázquez es otro de los grabadores que colaboró con Rodríguez. Nació en 1768 en Córdoba, hijo del también grabador cordobés Bartolomé Vázquez, al que se le había nombrado académico de mérito de San Fernando en 1785⁵². Su hijo llegaría a gozar del mismo privilegio en 1799. En 1787 obtuvo un premio de la Academia en un concurso de grabados de láminas. Murió en Madrid en 1804. Este autor pareció muy inclinado hacia los grabados de pinturas de renombre; así, grabó el retrato que de Bayeu hizo Goya, el de María de Inglaterra que pintó Antonio el Moro, el Santiago el Menor de Ribera, y resulta interesante para nosotros su grabado de la muerte de Antonio de Pineda en Filipinas⁵³. [55]

Tomó	N.º de grabado	Firma de la izquierda (dibujante)	Firma de la derecha (grabador)
4	75	R	R
4	76	R	R

⁵⁰*La Real Calcografía de Madrid. Goya y sus contemporáneos*, Madrid, 1984, pp. 135-141.

⁵¹Entre los grabados de Albuerne merecen destacarse los que reproducen el libro publicado por la Junta Iconográfica Nacional, *Guerra de la Independencia. Retratos*, Madrid, 1935.

⁵²*La Real Calcografía de Madrid...*, Madrid, 1984, 139.

⁵³Antonio de Pineda y Ramírez (1753-1792) nació en Guatemala porque su padre era oidor de aquella Audiencia. Pronto se inclinó por el estudio de las Ciencias Naturales, gusto que compartió con el de su vida militar hasta que halló protección en el conde de Floridablanca, que le encargó varias misiones científicas. Se embarcó como naturalista con Malaspina y murió en las Filipinas.

4	77	Rodrigz dib°	Albuerne ft.
4	78	Rodrigz dib°	Albuerne ft.
4	79	A. R.	J. Vazqz.
4	80	A. R.	J. Vazqz.
4	81	R	R
4	82	R	R
4	83	A. R.	Jf Vazqz.
4	84	A. R.	Jf Vazqz.
4	85	R	Martí fct.
4	86	R	Martí fct.
4	87	Rodrigz dib°	Albuerne ft.
4	88	Rodrigz dib°	Albuerne ft.
5	117	R	Martí ft.
5	118	R	Martí ft.
5	119	A. R.	Jf. Vazqz.
5	120	A. R.	Jf. Vazqz.
16	265	R	R
16	266	R	R
16	271	Rodz d°	Albuerne ft.
16	272	Rodz d°	Albuerne ft.
16	273	A. Rz.	Jf Vazqz.
16	274	A. Rz.	Jf Vazqz.
16	275	R	Mart. ft.
19	301	R	R
19	302	R	R
19	303	Rodrigz dib.	Albuerne ft.
19	304	Rodrigz dib.	Albuerne ft.
19	305	A° Rodrigz dib°	Albuerne ft
19	306	Rdrgz dib.	Albuerne ft.
19	307	R	Martí ft.

19	317	R	R
19	318	R	R
19	319	A. R.	Jf. Vazqz.
19	320	A. R.	Jf. Vazqz.

Francisco de Paula Martí había nacido en Játiva en 1762 y como grabador llegó a trabajar en la Imprenta Real de Cádiz, después de haber sido nombrado en 1791 académico supernumerario de la Academia de San Fernando. Murió en Lisboa en 1827. La fama de este hombre no procede [56] de los grabados, sino, sobre todo, de haber sido el introducir de la taquigrafía en España, llegando a ser director de la Escuela de Taquigrafía de Madrid, fundada en 1803.

De los grabados que encontramos en la obra *El Viagero Universal* referentes a la isla del Pacífico, el repertorio se reparte de la siguiente forma de acuerdo con los grabadores que hemos visto, y teniendo en cuenta que quien participa en todos ellos con su nombre a la izquierda del grabado es Rodríguez. Ello hace pensar que cuando este hombre aparece a la izquierda y a la derecha de las obras actuó en ellas como dibujante y como grabador; pero cuando sólo aparece en la izquierda el grabador fue el otro y él el dibujante, como así consta en alguno de los grabados del repertorio. De hecho, sabemos que era, además de grabador, pintor.

Como se puede comprobar de los grabados de las islas del Pacífico, los dibujos de los 36 corresponden a Rodríguez, 10 a Albuérne, 10 a Vázquez y 6 a Martí.

CARACTERÍSTICAS DE LOS GRABADOS

Los grabados se publicaron por separado de la obra con dos portadas diferentes. La primera decía «*Historia de los trages que todas las naciones del mundo usan actualmente. Con una brebe noticia del caracter y las principales costumbres de los naturales de cada país, extractada de los viageros mas modernos.* Por D.T.V. Madrid: en la imprenta de Vega y Compañía, calle de Capellanes. Año de 1804». La portada interior rezaba «*Colección General de los Trages que usan actualmente todas las Naciones del Mundo descubierto.* Dibujados y grabados con la mayor exactitud por R.M.V.A.R. Obra muy útil y en especial para los que tienen la del viajero universal. Madrid año 1799. Se hallará en la librería de Dn Antonio del Castillo, Calle Mayor frente a las gradas de Sn Felipe el Real; y en el puesto del Cerro, calle de Alcalá». Este título se halla grabado sobre una tela sostenida por pabellones colgantes florales, muy del gusto de la época, como se puede apreciar en estas obras⁵⁴.

Los grabados aparecieron en blanco y negro y en color. El colorido no fue obra de los propios grabadores y se debe al interés de los mismos coleccionistas y a una forma publicitaria para atraer más compradores de los cuatro volúmenes de octavo en los que se publicó primeramente, correspondientes a 400 láminas que tenía la obra completa; o seis volúmenes de las mismas características que incluían 512 láminas, de las que a nosotros sólo nos interesan los referidos a las islas del Pacífico. [57]

En las portadas aparecen dos fechas diferentes, 1799 y 1804. El último volumen del *Viagero Universal* se publicó en 1801, por lo cual es presumible que la obra se comenzara a trabajar en 1799, pero no pudo ser finalizada hasta que no concluyó la edición del libro para el que expresamente iba dirigida; por tanto, las dos fechas pueden tener algo de real: el inicio y el fin de la elaboración de los grabados.

⁵⁴Semejante a esta portada son las que se reproducen de Luis Fernández Noseret en la *Colección de las principales suertes de una corrida de toros*, y la que grabó Fernando Selma sobre un dibujo de Antonio Carnicero para *El Quijote*.

A pesar de participar cuatro grabadores, la homogeneidad de los dibujos puede venir dada por la existencia de un solo dibujante, A. Rodríguez. El esquema seguido para todos es sencillo. Una figura centrada y encuadrada por una doble línea, con un paisaje esquemático, que no ubica al personaje en un tipo de lugar determinado, y un recuadro en la parte inferior con la lectura.

Una cosa queda clara, ninguno de los grabadores conocía directamente nada sobre las islas del Pacífico. Las ideas que podían tener sobre aquellas gentes, salvo casos excepcionales, como el de Filipinas, de donde podían obtener una más veraz información, procedía de otros grabados o de las simples descripciones que ofrecían los mismos libros para los que iban dedicadas. En muchos casos, es fácil ver cómo el grabador recurre al texto para la aproximación al personaje que dibuja y que por lo habitual suele ir emparejado, es decir, junto a una lámina con un grabado masculino aparece la del grabado femenino o viceversa.

Resultado de todo ello son unos personajes totalmente alejados de la realidad e idealizados, con unos vestidos y utensilios que más tienen que ver con la imaginación del autor, que con la realidad. Por ejemplo, la desnudez del hombre de Nueva Guinea contrasta con su espada de empuñadura de bronce, representando un águila; o el montañés de Formosa, más semejante a los indios del Canadá.

Pero también hay que decir que estos grabados ayudaron a muchos españoles de aquella época a saciar su curiosidad. La deformación de la idea era secundaria. Pero ello tampoco era extraño; si a un español de nuestro tiempo le preguntamos por su idea de Thailandia pensará inmediatamente en sus templos, casas de masaje, etc., es decir, demostrará una captación de los estereotipos que se han difundido en las últimas décadas de aquel país: algo semejante a lo que se podía pedir a un hombre del siglo XVIII.

Los grabados de las islas del Pacífico lo que reproducen son estereotipos con validez en la segunda mitad del siglo XVIII. En ese siglo se había despertado el interés por lo descriptivo, a lo que hubo que añadir dibujos grabados que permitiesen una mejor visualización de los contenidos. Pero debemos pensar otra cosa. Hacia 1800 una buena parte de los españoles no sabían leer, por tanto la difusión de este tipo de libros había de hacerse entre las clases más acomodadas de los medios urbanos, que podían contrastar sus noticias con otras lecturas y deducían de antemano la falta de realismo en los grabados.

Esta línea ilustradora de obras fue común en torno a 1800 y en general en la segunda mitad del siglo XVIII. Los mismos grabadores, aunque con [58] mayores toques de realismo, como era de esperar, realizaron las ilustraciones de los trajes de España. Un autor famoso en la literatura, como era Antonio Porz, ilustró su propia obra *El viaje*.

Las características propias del grabado entran dentro de lo meramente costumbrista, pero no de un costumbrismo prerromántico, sino puramente neoclásico. Si nos fijamos en muchos de los grabados, a pesar del acusado gusto por lo exótico, propio de la materia a la que iban dirigidas las figuras, prevalece un gusto tremendamente clásico en las poses y en las interpretaciones del vestido. A veces parece que estamos ante reproducciones de estatuas del mundo clásico. La idealización del cuerpo es evidente, como se puede ver en general en todas las figuras masculinas y de una forma muy particular y que produce admiración en el lector en el caso del isleño de Sumatra, del salvaje de Filipinas, del hombre de las Marianas, del hombre de Nueva Guinea, del otahitiano y de la mujer de las Marianas.

Pero los grabados nos ayudan a comprender también la mentalidad de los ilustrados de finales del Setecientos, en lo que a España se refiere. Es la época del auge de una pequeña burguesía que empieza a nacer y que presume de cierta ilustración y se siente atraída por lo que sucede en Francia. Los grabados del *Viagero Universal* están hechos para dar gusto a ese hombre y a los intelectuales del momento. Cosmopolitismo y filantropía se entremezclan y dan lugar a este tipo de literatura de viajes. Entre los lugares exóticos, por tanto, no podían faltar las islas del Pacífico, donde el hombre todavía podía gozar de una naturaleza original, apenas transformada, como la

que añoraba Rousseau. El buen salvaje revivía en las modas de la época; por ello, el pintor idealiza las figuras, suaviza su posible aspecto rústico y le convierte en una verdadera estatua griega. Nada más lejos de la realidad de las islas del mayor de los océanos, pero nada más cerca en la interpretación de la mentalidad⁵⁵.

[59]

Esquemas de pronunciación de algunas lenguas del Pacífico

Carlo A. Caranci

En estas notas lingüísticas, y en otras que seguirán en números sucesivos, se pretende indicar al lector español cómo pronunciar los sonidos de algunas lenguas del Pacífico, utilizando el alfabeto y la fonética de la lengua española.

Comenzaremos con cuatro lenguas oceanianas, fidyiano, maorí, samoano y tahitiano, todas ellas pertenecientes a la gran o, mejor, gigantesca, familia lingüística malayo-polinesia. A la primera se la incluye a su vez entre las llamadas melanesias; a las otras tres, entre las polinesias.

El esquema utilizado es el siguiente:

en la primera columna se indica la ortografía de la lengua oceaniana en cuestión;

en la segunda, se indica la pronunciación de esa lengua según el Alfabeto Fonético Internacional;

en la tercera, se indica la pronunciación aproximada utilizando el alfabeto español y sus sonidos o, cuando esto no es posible, utilizando los de lenguas muy conocidas (inglés, francés, etc.);

en la cuarta columna se incluyen ejemplos de términos en la lengua oceaniana en cuestión. [60]

ESQUEMA DE PRONUNCIACIÓN DE LA LENGUA FIDYIANA (Fidy)

El fidyiano fue estandarizado a mediados del siglo XIX, a partir del fidyiano de Bau (minúscula isla al sureste de Viti Levu, próxima a la costa, al norte de la localidad de Cautata). Hoy a la lengua oficial se la denomina también «bauano», aunque su evolución como lengua estándar la ha alejado de aquél.

Fidyiano	Alfabeto fonético	Correspondencia aproximada	Ejemplo fidyiano
	internacional	de los sonidos en castellano	
a	a	«a» castellana en «ala»	mata = ojo
b	mb	«mb» castellano en «ámba»	bula = salud, vida

⁵⁵No debemos concluir el trabajo sin hacer una referencia bibliográfica sobre la gran figura de Antonio Rodríguez. BOZAL, V.: *A. Rodríguez. Colección general de los trajes que en la actualidad se usan en España...*, Madrid, 1982. GALLEGO, J.: *«Introducción a A. Rodríguez...»*, Madrid, 1973. Es de destacar el Tomo XXI del *Summa Artis*, la parte realizada por V. BOZAL, que dedica todo un apartado al grabador Rodríguez, Madrid, 1978, pp. 692-700.

c	q	«th» inglesa en « <i>thick</i> »	
		«z» castellana en «zona»	ca = malo
d	nd	«nd» castellano en « <i>anda</i> »	madua = vergonzoso
e	e	«e» castellana en « <i>eso</i> »	vale = casa
g	ŋ	«n» castellana en « <i>tengo</i> » (es decir, nasal)	tagane = hombre
i	i	«i» castellana en « <i>filo</i> »	io = sí
k	k	«k» castellana en « <i>kilo</i> »	koro = aldea
l	l	«l» castellana en « <i>lomo</i> »	levu = grande, mucho
m	m	«m» castellana en « <i>mano</i> »	marau = feliz, satisfecho
n	n	«n» castellana en « <i>no</i> »	nanao = ayer
o	o	«o» castellana en « <i>oro</i> »	lavo = dinero
p	p	«p» castellana en « <i>pan</i> »	papalagi = extranjero
q	ŋg	combinación de «ng» en inglés más «g» = ngg (como el grupo «ng» en « <i>tengo</i> » en castellano)	yaqona = kava
r	r	«r» castellana en « <i>aro</i> »	ratu = jefe de rango elevado
s	s	«s» castellana en « <i>soy</i> »	sega = no
t	t	«t» castellana en « <i>tú</i> »	tabu = prohibición
u	u	«u» castellana en « <i>uno</i> »	vatu = piedra
v	v	«v» francesa, inglesa, italiana	vinaka = ¡gracias!
w	w	«w» inglesa, «u» castellana en « <i>huevo</i> » (semiconsonántica)	wai = agua

y	j	«i» semiconsonántica en «piano» (casi una «y» castellana, pero más vocálica)	yalewa = mujer [61]
---	---	---	------------------------

ESQUEMA DE PRONUNCIACIÓN DE LA LENGUA MAORÍ (Nueva Zelanda)

El maorí, lengua de los polinesios autóctonos de Nueva Zelanda, se incluye entre las lenguas polinesias orientales.

Hay siete variantes principales, pero existe una forma estandarizada.

Maorí	Alfabeto fonético	Correspondencia aproximada	Ejemplo maorí
	internacional	de los sonidos en castellano	
a	a	«a» castellana en «amo»	tama = hijo
a=	a:	«a» larga (aa)	pa= = aldea fortificada
e	e	«e» castellana en <i>eco</i>	mere = maza de guerra
e=	e:	«e» larga (ee)	he= = erróneo
h	h	«h» aspirada («j» andaluza)	hoa = amigo
i	i	«i» en <i>ni</i>	ihi = autoridad, poder
i=	i:	«i» larga (ii)	hi=ta = «hermana»
k	k	«k» en <i>kilo</i>	kai = comida
m	m	«m» en <i>mano</i>	maori = normal, usual
n	n	«n» en <i>no</i>	manawa = corazón
ng	ŋ	«n» castellana en <i>tengo</i> («n» nasal)	karanga = llamar
o	o	«o» en <i>osa</i>	ora = sano, bien
o=	o	«o» larga (oo)	po= = noche
p	p	«p» en <i>pan</i>	pou = poste
r	r	«r» sencilla castellana en <i>era</i>	koro = anciano

t	t	«t» en <i>ata</i>	tika = directo, correcto
u	u	«u» en <i>uno</i>	utu = reciprocidad
u=	u:	«u» larga (uu)	tu= = de pie, erecto
w	w	«u» castellana en hueso o «w» inglesa en <i>want</i>	waka = canoa
wh	f, ʰ	«f» muy laxa, aproximadamente como «wh» inglés en <i>where</i>	wha=nako = robar

ai = se pronuncia a'i

au = se pronuncia a'u

eu = se pronuncia e'u

ou = se pronuncia o'u

uu = se pronuncia u'u

(es decir, entre ambas vocales hay una «parada» (*glottal stop* de los lingüistas), no pronunciándose como los diptongos, en una sola emisión de voz). [62]

ESQUEMA DE PRONUNCIACIÓN DE LA LENGUA SAMOANA (Samoa i Sisifo y Samoa estadounidense)

Incluida tradicionalmente entre las lenguas polinesias occidentales, hoy se tiende a subclasificarla dentro del grupo polinesio nuclear, subdividido a su vez en polinesio oriental y samoico: a éste último pertenecería el samoano.

Samoano	Alfabeto fonético	Correspondencia aproximada	Ejemplo samoano
	internacional	de los sonidos en castellano	
a breve	a	«a» castellana en <i>amo</i>	manu = animal
a larga	a:	«a» larga (aa)	pa = muro
e breve	e	«e» castellana en <i>eco</i>	'ese = diferente
e larga	e:	«e» larga (ee)	filemu = silencio
f	f	«f» castellana en «foca»	fafine = mujer

g	ŋ	«n» castellana en «tengo»	uiga = comprensión
h	h	«h» aspirada («j» andaluza)	(sólo en palabras de origen extranjero)
i breve	i	«i» castellana en «hijo»	'ita = yo
i larga	i:	«i» larga (ii)	ita rabia
k	k	«k» castellana en «kilo»	aokuso = agosto
l	l	«l» castellana en «ala» (a veces deriva hacia «r» sencilla)	lilo = secreto
m	m	«m» castellana en «mano»	magó = seco
n	n	«n» castellana en «no» (pero hay tendencia a pronunciarla en ciertos casos como la «g» samoana, es decir, como u)	nifo = diente
o breve	o	«o» castellana en «osa»	'ofu = prenda de vestir
o larga	o:	«o» larga (oo)	ola = vida
p	p	«p» castellana en «paso»	palapala = barro
r	r	«r» sencilla castellana (en palabras de origen extranjero)	resitara = registrador [63]
s	s	«s» castellana en «sapo»	solofanua = caballo

t	t, k	«t» castellana en «tú» (pero lo más frecuente es que la «t» se pronuncie como «k» castellana en «kilo»)	taofi = opinión
u breve	u	«u» castellana en «uso»	'umi = largo
u larga	u:	«u» larga (uu)	ulu = cabeza
v	v	«v» inglesa, francesa, italiana, «w» alemana	valu = ocho
(')	ʔ	pronunciación separada de dos vocales por una «parada» de voz (glottal stop)	fa'i = plátano [64]

ESQUEMA DE PRONUNCIACIÓN DE LA LENGUA TAHITIANA (Tahití y otras islas de la Polinesia francesa)

El tahitiano se impuso como lengua «oficial» y estandarizada, por ser la de la isla más grande, poblada e importante. Hoy parece ser que se habla en unas cien islas de esta posesión francesa.

Tahitiano	Alfabeto fonético	Correspondencia aproximada	Ejemplo tahitiano
	internacional	de los sonidos en castellano	
a	a	«a» castellana en <i>amo</i>	nana = adiós
e	e, e	«e» en <i>eco</i>	pepe = «baby»
f	f	«f» más bien laxa	fiu = disgustado
g	ŋ, ng	«n» castellana en <i>tengo</i>	geogeo = un arbusto
h	h	«h» aspirada («j» andaluza)	vahine = mujer
	ç	a veces, después de	

		«i» y antes de «o» suena	
		como «sh» laxa o como	
		«ch» alemán en <i>Ich</i>	iho = solamente
i	i	«i» en <i>ni</i>	iva = nueve
k (sólo en las Marquesas y Tuamotu)	k	«k» en <i>kilo</i>	koku = cotorra de las Marquesas
m	m	«m» en <i>mano</i>	maruru = ¡gracias!
n	n	«n» en <i>no</i>	tane = hombre
o	o, w	«o» en <i>ola</i>	ono = seis
p	p	«p» en <i>pan</i>	po = noche
r	r	«r» en <i>era</i> y a veces «rr»	fare = casa
t	t	«t» en <i>ata</i>	tupa = cangrejo de tierra
u	u	«u» en <i>uno</i>	
v	v	«v» inglesa o italiana	taravana = loco
(')	ʔ	pronunciación separada por una «parada» de voz de dos vocales sucesivas (glottal stop)	pua'a = cerdo

[65]

Las grandes potencias y el Pacífico español: los intereses de los países hegemónicos en la colonia de las Carolinas

M.^a Dolores Elizalde

Dto. H.^a Contemporánea

CEH, CSIC

Las islas Carolinas, aunque eran posesión de la Corona desde el siglo XVI, sólo estuvieron ocupadas de forma efectiva por España de 1885 a 1899. Sin embargo, durante los quince años

que duró la dominación la colonia española no fue un territorio remoto, un archipiélago perdido y olvidado en la Micronesia, sino que representó una auténtica encrucijada internacional, donde se encontraron y entrelazaron los intereses de varias grandes potencias.

No hay que olvidar que precisamente esos fueron los años del apogeo de la expansión colonial, por lo que aquellas Carolinas españolas tuvieron su importancia en la búsqueda de nuevos territorios con significación política internacional de fines del siglo XIX.

Veamos, pues, quiénes eran los extranjeros residentes en las islas, cuáles fueron las naciones interesadas en la colonia española en el último tercio de la pasada centuria, y qué representaron las Carolinas para cada una de ellas.

Los extranjeros residentes en Carolinas

En total los extranjeros establecidos en las islas eran unas quinientas personas, y su presencia en ellas se debía a diversos motivos:

El grupo más numeroso era el de los misioneros metodistas norteamericanos, que se acercaban a los trescientos entre religiosos, maestros y familias. Se asentaron en las Carolinas a mediados del siglo XIX motivados por el deseo de evangelizar el archipiélago y educar a sus naturales. Su impronta fue la más relevante y la que mayor influencia tuvo en el área oriental.

El segundo grupo fue el de los comerciantes alemanes, estadounidenses, británicos y japoneses, en número cercano al medio centenar, que incidieron decisivamente en la vida y evolución de las islas. El establecimiento de las distintas casas comerciales respondió a una misma razón: el interés por el comercio de la copra. En unas islas llenas de cocoteros se recogían los cocos en grandes cantidades y se ponían a secar al sol. Una [66] vez desmenuzada su carne se enviaban toneladas a Europa, América y Asia, y con ella se obtenía aceite vegetal e industrial, margarinas y piensos para el ganado. Junto a este comercio de la copra, negocio fundamental de las islas, había otros marginales con maderas, conchas de tortuga Carey, frutos tropicales y similares. Pero no eran el objetivo de una casa comercial, sino actividades complementarias de la copra.

Había también lo que podemos clasificar como un tercer grupo de extranjeros, más de un centenar de personas de muy distinta procedencia: marianos, filipinos, chinos, portugueses, etc., que llegaron a las islas en busca de trabajo, por naufragio, deserciones de barcos, afán de aventuras..., que no dejaron ninguna impronta en el archipiélago por no ser un grupo definido ni numeroso, pero que en muchos casos proporcionaron mano de obra responsable y muy apreciada por su escasez.

Finalmente, el último grupo de extranjeros que visitaban asiduamente las Carolinas, pero que no se asentaron en ellas, fueron los navegantes y comerciantes que surcaban aquellas aguas del Pacífico con diferentes objetivos; muchas veces eran barcos que transportaban productos del Extremo Oriente hacia Australia, América o Europa y viceversa; en otras ocasiones eran pequeñas goletas de tráfico local; y muy a menudo balleneros que acudían a aquellas latitudes en busca de cetáceos en los meses de noviembre a abril, y que recalaban repetidamente en Carolinas para abastecerse de todo lo necesario o para resguardarse en sus puertos de las inclemencias del tiempo; por esta razón eran habituales de los fondeadores carolinos barcos estadounidenses, suecos y japoneses. Observando los libros de registro de entrada y salida de buques extranjeros en las islas podemos observar que éstos pertenecían mayoritariamente a Alemania, Japón, Estados Unidos, Dinamarca, Noruega, Gran Bretaña y en rara ocasión a Francia⁵⁶.

⁵⁶Acerca de los distintos grupos de extranjeros residentes en la colonia española de las Carolinas hay abundante información en los legajos dedicados a las Divisiones Navales de Yap y Ponapé del *Archivo Histórico de la Armada*

Los intereses de las grandes potencias en Carolinas

Gran Bretaña.-La primera nación que tuvo intereses en Carolinas fue Gran Bretaña. En agosto de 1873 un barco de la Compañía Inglesa de las Indias, mandado por el capitán Wilson, se perdió en los arrecifes de Palaos durante un temporal, naufragando en Yap. Sus habitantes los recogieron, los trataron de forma hospitalaria y les ayudaron a construir un [67] barco con el que regresar a Inglaterra. En agradecimiento por el trato recibido un buque de la Compañía volvió a Palaos años más tarde llevándoles varias parejas de animales domésticos⁵⁷.

A raíz de este incidente nació en Gran Bretaña el interés por las Carolinas, y varios comerciantes se establecieron en ellas, ya en el siglo XIX. En 1860 las autoridades coloniales comenzaron a conceder licencias a las firmas británicas que trabajaban en las islas no ocupadas. La compañía Houlder Brothers & Company, cuyo principal empleado era John Arundel, consiguió permiso en 1871 para operar en las Carolinas, primero recogiendo guano y luego creando plantaciones de cocoteros para obtener copra. En la década siguiente Arundel formó su propia firma llamada Baker & Howland, con la que continuó comerciando con copra en Carolinas. En los años sesenta el inglés Andrew Cheyne también creó una compañía en las Palaos, islas donde años después se instaló Mr. O'Keefe, en los primeros años de la década de los ochenta⁵⁸.

La empresa O'Keefe & Co. llegó a ser la casa británica más importante de las islas. Contaba con cuatro factorías en Palaos, una en Yap y dos en Ulea, en las que obtenía copra que enviaba periódicamente vía Hong Kong, y gracias a las cuales dominaba el comercio en las Carolinas Occidentales. El director de esta compañía, David O'Keefe, provocó numerosos incidentes en sus relaciones con los demás comerciantes y con los indígenas, al querer obtener la preponderancia sobre estos últimos, indisponiéndoles contra el resto de los negociantes y procurando que no trabajaran para ellos. La situación llegó al punto de que en alguna ocasión un barco de la Marina británica tuvo que acudir para mediar en los conflictos y asegurar la paz.

Pese al establecimiento en Carolinas de estos comerciantes ingleses dedicados al comercio de la copra, el Gobierno británico no sintió un interés político ni económico a nivel nacional como para intervenir directamente en la administración de las islas. Simplemente procuró siempre que en ellas se respetase la libertad de comercio y actuó para defender los derechos de sus súbditos a establecerse, poseer tierras, explotar sus empresas y traficar libremente, así como para garantizar su protección. Por este motivo Inglaterra envió buques de su Marina Imperial a Carolinas en varias ocasiones antes de que se establecieran en las islas representantes de la autoridad española. En un caso fue para proteger a David O'Keefe, enfrentado a los demás europeos que tenían negocios en las islas. En otro momento, tras el naufragio de un barco inglés que sufrió el saqueo de los naturales de Palaos, el almirantazgo en Hong Kong mandó al capitán Grove a bordo del «Lily» para recuperar todos los enseres posibles, castigar a los culpables «y hacer ver a los nativos que el brazo de Gran Bretaña es largo y poderoso para infligir el castigo adecuado ante cualquier insulto a su bandera o daño a sus súbditos (...) obteniendo de ellos la solemne [68] promesa del rey Arrackhye de que nunca más se molestaría ni asaltaría ningún

en la Zona Marítima del Mediterráneo -a partir de ahora AHAM-, y concretamente para los libros de registro de buques y pasajeros consultar A Ii, Ll y A Ih, L4. También es interesante al respecto el Informe de Luis Bayo, comandante del *Manila*, el tomar posesión efectiva de las islas en 1886, Sección de buques, *Archivo-Museo D. Álvaro de Bazán, El Viso del Marqués (AV)*.

⁵⁷WILSON, H.: *An Account of the Pelew Islands* (London, 1803).

⁵⁸MORRELL, W. P.: *Britain in the Pacific Islands* (Oxford, 1960), pág. 26.

barco, persona u objeto inglés»⁵⁹. Esta comisión fue seguida al año siguiente por otra del «Comus» que obligó por la fuerza a los indígenas a cumplir lo pactado⁶⁰. Pero estos viajes estuvieron motivados únicamente por la celosa defensa de sus súbditos en el Pacífico. Una vez que éstos estuvieron protegidos por la presencia de una autoridad europea en las islas y siempre que fuera respetado su objetivo prioritario, el libre comercio, Inglaterra prefirió que las Carolinas estuvieran administradas por alguna otra potencia y no intervenir en su gobierno.

Sin embargo, las Carolinas sí presentaron un aliciente diplomático en tanto que gracias a apoyar en ellas la presencia alemana Inglaterra podría obtener el respaldo político de Bismarck en cuestiones europeas⁶¹. Por ello se comprometió en repetidas ocasiones con Alemania -1875, 1885, 1886, 1898- en considerar estos archipiélagos dentro del área de influencia germana, no interferir en ellos y no poner objeciones a su futura anexión por parte del Imperio centroeuropeo⁶².

Igualmente, las Carolinas interesaron a Gran Bretaña a fines del siglo pasado por su valor estratégico en cuanto pieza de cambio a la hora de repartir las colonias del Pacífico, con la que poder jugar para defender sus intereses en el área -China-, compensar a Alemania por la anexión norteamericana de Filipinas, equilibrar el reparto de poderes en la zona, y gracias a ello mantener su predominio en estos mares⁶³.

Alemania.-Este país mostró un interés creciente por las islas Carolinas, que comenzó muchos años antes de hacerse efectiva la ocupación de [69] la colonia por los españoles, y que le llevó a intentar hacerse con el dominio del archipiélago en varias ocasiones.

Su primera vinculación con las islas se produjo a través de los comerciantes que comenzaron a instalarse en ellas:

En 1857 la Casa Godeffroy, compañía de Hamburgo, empezó a comprar tierras en Samoa y dos años más tarde ya monopolizaba el tráfico en estas islas. Su representante, Theodor Weber, nombrado agente oficial de la Confederación de Alemania del Norte, expandió la firma por los mares del Sur comerciando con café, cacao, azúcar y organizando el negocio del aceite de copra

⁵⁹De los intereses británicos en Carolinas entre 1880-1884 trata el legajo FO 72-1666 del *Public Record Office*, Kew, Londres (*P.R.O.*). Dentro de él está el informe del capitán Grove sobre el resultado de la visita del «Lily» a Palaos, 12 de febrero de 1881.

⁶⁰*P.R.O.*, FO 72-1666, Carta del capitán del H.M.S. «COMUS» desde Korro, 23 de abril de 1882.

⁶¹PAUL KENNEDY en su obra *The Rise of the Anglo-German Antagonism* señala cómo en 1886 Salisbury necesitó el apoyo diplomático de Berlín en la cuestión de Egipto y en asuntos europeos tales como asegurar un mayor apoyo a Austria-Hungría y a Italia del que Inglaterra sola podría ofrecer. Por eso había otorgado su asistencia a Alemania en Carolinas esperando que Bismarck apoyara su política en Europa y en el Mediterráneo. Los compromisos de ambas naciones sobre la Micronesia permanecieron vigentes hasta 1899 (Londres, 1982), págs. 194-237.

⁶²Postura manifestada en la correspondencia diplomática cruzada entre Alemania y Gran Bretaña en 1875, 1885 y en los acuerdos del 6 y 10 de abril de 1886. *P.R.O.* FO 72, 1807, y *Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (AMAE)*, Política con Alemania, Leg. 2.286-2.295.

⁶³DE LA TORRE, ROSARIO: *Inglaterra y España en 1898*, Eudema, Madrid 1988, y ELIZALDE, M.^a DOLORES: *La venta de las islas Carolinas, un nuevo hito en el 98 español*, artículo incluido en *Homenaje a los Profesores Jover Zamora [69] y Palacio Atard*, Departamento de H.^a Contemporánea, Facultad de Geografía e Historia, UCM, 1990.

a gran escala, extendiéndose por Carolinas en la década de 1870⁶⁴.

Por los mismos años la Compañía Robertson & Hershheim, que tenía su casa centra en la isla Matupi, y que operaba en Nueva Bretaña, Nueva Guinea y las Marshall, abrió una sucursal en las Carolinas, donde pronto tuvo importantes intereses en el negocio de la copra⁶⁵.

Poco a poco los alemanes fueron haciéndose con el dominio del comercio en aquel área del Pacífico⁶⁶, y sus compañías fueron el primer [70] síntoma de una política colonial no organizada ni articulada. Estos comerciantes, deseando asegurar su posición y defender los privilegios adquiridos, e impulsados por el sentimiento nacionalista creado tras la unificación de 1871 y por las crecientes ventajas que iban encontrando con sus actividades, comenzaron a presionar cada vez con más fuerza para que el Gobierno alemán tomara el control de aquellos territorios donde tenían predominio económico⁶⁷.

Los cónsules españoles destacados en la zona empezaron a alarmarse ante la fuerza creciente de los alemanes en sus posesiones del Pacífico, y alertaron al Gobierno español, que decidió tomar medidas para ejercer una cierta vigilancia en el comercio en sus colonias. Por ello se comenzó a controlar el tráfico por estas aguas, y este celo provocó varios incidentes con barcos alemanes con carga británica que fueron obligados a ser inspeccionados o apagar cánones

⁶⁴Los cuarteles de la compañía estaban establecidos en Asia (Samoa), desde donde se extendió de Valparaíso a Cochinchina. En la época de la guerra franco-prusiana poseía ya estaciones en todo el Pacífico, y los ingleses llamaban a su director «el rey de los mares del Sur». La Casa Godeffroy fue comiendo terreno a los comerciantes británicos; en 1868 había en aguas de Samoa 34 barcos ingleses por 24 alemanes; en 1871 eran 26 ingleses y 36 alemanes. Ello da idea de la importancia de esta compañía. Sobre ella es muy interesante el libro de TOWNSEND, MARY EVELYN: *Rise and Fall of Germany's Colonial Empire 1884-1914* (Nueva York, 1966), pág. 48.

⁶⁵TOWNSEND, M. E.: *Op. cit. y Origins of modern German Colonialism* (Nueva York, 1921), HENDERSON, W. O.: *Studies in German Colonial History* (Londres, 1962).

⁶⁶Como ejemplo de ello veamos el cuadro publicado por M. E. TOWNSEND en *Rise and Fall of Germany's Colonial Empire*, pág. 49.

«Though, unfortunately, no definite trade statistics for the South Seas exist for these early years, the following figures compiled from English sources for the years from 1866 to 1870, and from the reports of German consuls from the years 1873 to 1878, will convey some idea of its growth and extent.»

Año	Número total de barcos que Comerciaban con Samoa y Tonga		Barcos alemanes	
1868	65		24	
1869	56		22	
1870	70		23	
1873	57		21	
1874	75		36	
1875	97		50 [70]	

Año	Importaciones		Exportaciones		Barcos Marcos
	Total marcos	Marcos alemanes	Total marcos	Marcos	
alemanes	Total	Alemanes			
1876	1,606,000	1,290,000	2,566,000	2,386,000	149 89
1877	1,587,420	1,247,420	2,503,400	2,216,800	136 65
1878	1,595,000	1,395,600	2,576,400	2,427,200	120 72

⁶⁷Pero Bismarck no había decidido aún entrar de manera oficial en la carrera colonial. Sin embargo, la prensa de Australia, Estados Unidos y España reflejaba en esos días su inquietud ante la propaganda colonialista alemana. La agitación llegó hasta tal punto que Bismarck consideró necesario en 1871 hacer una declaración asegurando que Alemania no contemplaba la posibilidad de ninguna anexión. TOWNSEND, M. E.: *Rise...*, pág. 61.

especiales⁶⁸. Por el mismo motivo se enviaron notas a Londres y a Berlín reclamando que los buques que comerciaban en Carolinas y Palaos debían pasar antes por Filipinas para obtener el debido permiso. Pero ambas naciones se negaron a reconocer cualquier derecho de España sobre dichos archipiélagos en tanto no estuviera sancionado por un tratado internacional, declarando que no aceptarían ninguna restricción al libre comercio. Ante esta actitud no hubo una respuesta oficial clara por parte de España⁶⁹, y durante la década siguiente los [71] comerciantes alemanes y británicos continuaron desarrollando sus actividades en las islas y sus barcos navegando libremente por sus aguas.

Diez años más tarde, en 1885, cuando llegaron a oídos alemanes las noticias de que buques de guerra españoles se disponían a ocupar Yap y otras islas vecinas, los comerciantes residentes en aquellos archipiélagos se alarmaron, temiendo que ello significara el fin del libre comercio o la imposición de barreras a sus actividades. Por eso pidieron el auxilio de su Gobierno, que decidió enviar un barco de la Marina Imperial a tomar posesión de las islas y defender así los intereses de sus comerciantes.

Este episodio dio lugar al conflicto hispano-alemán de 1885 en el que ambas naciones se disputaron la soberanía sobre las Carolinas, y que fue resuelto con la mediación papal en el Protocolo de Roma de diciembre de ese mismo año, en el que se reconocieron los derechos españoles sobre las islas y se concedió a Alemania plena libertad de navegación y comercio, autorización a sus súbditos para crear plantaciones y la posesión de una estación naval y de carboneo⁷⁰.

La posición de Alemania en Carolinas, ya ratificada por este tratado, se vio confirmada al año siguiente en los acuerdos firmados el 6 y 10 de abril de 1886 por Gran Bretaña y Alemania, en los que se repartieron las esferas respectivas de influencia en Micronesia y el Pacífico Occidental. En ellos se consideraban las Carolinas y parte de las Marianas dentro de la demarcación que definía el área bajo control alemán, y aunque se especificaba que no se intervendría de momento en las islas que estaban bajo el gobierno de España, se establecía un marco previo para el futuro, declarando estos archipiélagos asunto de Alemania en el caso de que se produjera un relevo en su administración, y asegurando que se respetaría en ellos la libertad de comercio y navegación, la posesión de tierras e industrias, así como las diferentes creencias religiosas⁷¹.

⁶⁸En agosto de 1873 las autoridades de Filipinas obligaron a que dos barcos alemanes, el «Gazelle» y el «M.^a Luisa», fueran inspeccionados por un barco de guerra. Parte de la carga de estos navíos iba a Gran Bretaña, por lo que Alemania e Inglaterra se unieron para protestar contra esa medida restrictiva del libre comercio. A fines de 1874 nuevamente con cónsul español de Hong Kong exigió que un mercante alemán, el «Corvean», pagara derechos aduaneros para comerciar en las Palmas, a lo cual su capitán se negó. El incidente provocó las protestas del diplomático por el hecho de que barcos extranjeros se dirigieran a los puertos de Carolinas sin ninguna autorización ni control. Este tema ha sido estudiado por el Investigador del CSIC, Luis ÁLVAREZ, y por Luis F. TOGORES, de la UCM.

⁶⁹Respecto al conflicto suscitado con Alemania y Gran Bretaña en 1874-1875 [71] por la libertad de comercio en estas aguas conviene consultar *P.R.O.* FO 72, 1666, así como las obras de LUIS ÁLVAREZ y JULIO SALOM, sobre la cuestión de Joló, así como COSTA, J.: *El conflicto hispano-alemán sobre la Micronesia* (Madrid 1886), 82 ss. PALACIO ATARD, V.: *La cuestión de las islas Carolinas: un conflicto entre España y la Alemania de Bismarck* (Santiago de Chile 1969); GONZÁLEZ ECHEGARAY, R.: *Las Carolinas*, *Revista General de Marina*, febrero 1962, 127; BROOKES, J. L.: *International Rivalry in the Pacific Islands* (Berkeley 1941); ELIZALDE, M.^a DOLORES: *Las islas Carolinas, colonia española 1885-1899* (Madrid 1988), 456-457.

⁷⁰AMAE, Negociaciones del siglo XIX, leg. 368.

⁷¹AMAE, Política con Alemania, 1890, leg. 2.286-2.289. Declaración entre los Gobiernos de la Gran Bretaña e Imperio Alemán relativa a la demarcación de los límites de intervención respectiva en la parte occidental del

Desde este momento la presencia de colonos y comerciantes alemanes en las Carolinas fue cada día mayor. El negocio de la copra pronto estuvo dominado por representantes de la Casa Jaluit Gesellschaft, compañía con sede en las Marshall creada en 1887 con el favor gubernativo para operar en las Marshall, Gilbert, Carolinas y otras islas menores de esta [72] zona del Pacífico, donde tuvo una importante implantación, llegando a controlar gran parte del comercio en estos mares y haciéndose cargo de la administración y gobierno de las islas bajo dominio alemán⁷².

En las Carolinas la Jaluit Gesellschaft fue la compañía que más volumen de copra facturaba. Compró los derechos de otras casas que estaban establecidas en las islas orientales con anterioridad (Crawford, Compañía de San Francisco, Henderson y Macferlane, Compañía del Pacífico). Favorecida por las factorías de estas compañías, además de las suyas propias, la Casa Jaluit se hizo con la primacía del comercio en el área oriental. Tenía su sede principal en la isla Lenger, junto a Ponapé, donde estaba representada por August Helgenberger y Zilgenbergen, y estableció unas diez sucursales por las Carolinas Orientales: en Ououne, Iben, Sotosn, Mortlock, Roser, Lukunor, Gosseman, Luasao, Lopore, etc., además de ramificaciones en Yap y Ulea. En todas estas factorías creó plantaciones de cocoteros, en las que obtenía copra que periódicamente era recogida por una de las pequeñas goletas de la empresa, que transbordaba los productos obtenidos a otros barcos de mayor tonelaje que los transportaban a Europa vía Marsella, Lisboa o Hamburgo, dejando en su lugar los recursos necesarios para el negocio y la subsistencia de sus empleados⁷³. [73]

A la par de ella estaba otra compañía de Hamburgo, la de Mr. Freilander, con sede en Yap y que operaba en el área más occidental de las Carolinas; su factoría principal estaba en Rumung y tenía sucursales en Ley, Toohay, Motalag, Ulea y Palaos. Junto a estas casas también estaban establecidos en las islas otros comerciantes independientes que operaban por su cuenta como

Océano Pacífico.

⁷²En 1878 un buque alemán, el «Ariadne», visitó las islas Ellice, Duke of York y Marshall, firmando tratados con los habitantes, que concedieron a Alemania el derecho de establecer una estación de carbón en Jaluit, capital de este último archipiélago. En octubre de 1885 el «Nautilus» tomó posesión formal de las Marshall, Brown y Providencia. A fines de 1887 se creó una nueva compañía, la Jaluit Gesellschaft, para operar en las islas Marshall, Gilbert y Carolinas. En enero de 1888 la Compañía firmó un acuerdo con el gobierno para hacerse cargo de la administración de las islas, con un equipo de ocho personas -un gobernador, un secretario y seis policías-, a cambio de lo cual podía apropiarse de las tierras no ocupadas, monopolizar el comercio de la copra, guano y la recolección de perlas, y beneficiarse de los impuestos que se acordaran. También se estableció el derecho de la compañía a ser consultados sobre las leyes que afectaran a las Marshall. Este acuerdo funcionó satisfactoriamente durante 18 años, hasta 1906. Y cuando Alemania compró las Carolinas a España en 1899 fue esta compañía la que se hizo cargo de su administración.

Fue una de las sociedades coloniales más prósperas. Mantenía correo regular con los demás mercados a través de los puertos de Sydney y Hong Kong. En 1888 comenzó su carrera con 10 estaciones comerciales. Tres años más tarde monopolizaba el comercio en esta zona del Pacífico. Al principio parecía que la principal fuente de beneficios vendría del guano y de la recolección de perlas, pero sería la copra quien produciría mayor riqueza. En 1903 tenía 4 estaciones principales y 93 agencias en Marshall, Carolinas y Gilbert, empleando unas 80 personas, con 2.480 hectáreas de plantaciones de cocoteros, unas exportaciones de copra que variaban de 3.000 a 3.500 toneladas por año, y unos beneficios netos de 179.798 marcos (capital: 1.200.000 marcos).

⁷³Acerca de la Compañía Jaluit consultar: HENDERSON: *Op. cit. Chatered Companies in the German Colonies*, págs. 20 a 33; TOWNSEND: *Rise...*, págs. 150-153, [73] y CHERADAME, A.: *La colonisation et les colonies allemandes* (París, 1905), 406. Para la presencia de esta compañía se puede consultar también la documentación que sobre ella está dispersa en el AHAM, A Ih.

Juan Kubary, Schmid, Hoen o Melander⁷⁴.

En 1895 Alemania volvió a plantear un nuevo conflicto en Carolinas cuando el Gobernador de la colonia de las Marshall, Dr. T. Irmes, en una visita al jefe de la División de Ponapé manifestó el convencimiento alemán de que las islas Providencia eran de su propiedad, afirmando que había una concesión reservada del Ministro de Estado en el sentido de que esos islotes se mantuvieran en propiedad de Alemania y no se hablase del asunto para no darle publicidad, y que incluso el cargo que él ocupaba se llamaba «Comisario Imperial alemán para las islas Marshall, Brown y Providencia». España protestó formalmente en Berlín, recordando su descubrimiento del archipiélago a las que conocían como Arrecifes, tal como aparecía en numerosos mapas, y recalcando especialmente su inclusión dentro de los límites que definían la soberanía española sobre las Carolinas en el Protocolo de Roma firmado por ambas naciones. España dio por concluido el asunto reafirmando su derecho sobre las islas y declarando no estar dispuesta a volver a plantear un tema que consideraba definitivamente resuelto desde 1885 en un acuerdo internacional⁷⁵.

Todo ello provocó que a fines del siglo Alemania fuera la nación que tenía mayores intereses económicos, estratégicos y políticos en el archipiélago. Dominaba el comercio de la copra y representantes de compañías alemanas estaban extendidos por todas las islas. Además, las Carolinas eran vecinas de la colonia establecida en las Marshall, estaban situadas en plena área de influencia alemana y eran parte clave dentro del sistema que Alemania pretendía crear en el Pacífico. Su posición estaba claramente definida desde tiempo atrás y la había manifestado repetidamente en el contexto internacional, mostrando su interés por hacerse con las islas cuando ello fuera posible; para ello contaba con el apoyo inglés en sus aspiraciones, reflejado en reiterados acuerdos y en la correspondencia diplomática entre ambas naciones⁷⁶. Por ello cuando se declaró la guerra hispano-norteamericana y se puso en cuestión la suerte de las colonias españolas en las Antillas y en el Pacífico, Alemania hizo valer sus derechos sobre las Carolinas, y tras varios meses de negociaciones y acuerdos [74] entre las grandes potencias, compró las islas a España por veinticinco millones de pesetas⁷⁷.

Estados Unidos.-Los Estados Unidos no tenían interés económico oficial ni a gran escala en las islas, pero varias compañías independientes operaban en el archipiélago. En la década de los años setenta la Casa Crawford, la Compañía de San Francisco de California y la Compañía del Pacífico se dedicaron a la explotación de la copra en las Carolinas, pero posteriormente vendieron sus derechos a la Sociedad Jaluit, y quedaron únicamente pequeños comerciantes independientes ligados de forma personal a las islas, que prefirieron continuar con su negocio; entre ellos James Smith en Piliw (Palaos), Crayton P. Halcomb en Yap, la viuda de un comerciante americano que decidió proseguir sus actividades apoyada por los misioneros, y una pequeña factoría en Truk⁷⁸.

Pero, por encima de los motivos económicos, los Estados Unidos estaban fuertemente

⁷⁴AHAM, A Ih y AMAE Ultramar 2.954.

⁷⁵AMAE Ultramar, 2.953, y «las islas Providencia en el Archipiélago de las Carolinas», Sociedad Geográfica de Madrid, 2.º semestre 1890.

⁷⁶Correspondencia recogida en el P.R.O FO 72, 1807.

⁷⁷ELIZALDE, M.^a D.: *La venta de las islas Carolinas... y Las islas Carolinas, colonia española*, Madrid, Ed. Complutense, 1988.

⁷⁸Las actividades de estas pequeñas empresas americanas quedan recogidas en los legajos A Ih y A Ii del AHAM.

implicados en la historia de las islas en merced a una destacada y numerosa misión metodista con una notable influencia sobre los naturales.

La primera misión norteamericana en Carolinas fue fundada en 1853 en Ponapé por Mr. Jorje, bajo los auspicios de una sociedad de Boston, la «American Board of Commissioners for Foreign Missions». Al año siguiente de su instalación se propagó por el archipiélago una epidemia de viruela que afectó a más de cinco mil personas. Los misioneros consiguieron detener la enfermedad al introducir con éxito la vacunación, lo cual evitó la despoblación completa de las islas y gracias a ello se ganaron el ánimo de los naturales.

En 1854 llegó a Ponapé el que sería jefe de la misión hasta 1890, Mr. Doane, que en años sucesivos fue auxiliado por Mr. Rand (1874), encargado de la educación de los varones y de los maestros, Miss Fletcher (1882), Miss Palmer y Miss Cole (1885), que se ocuparon de la escuela de niñas.

A fines de la década de los ochenta la misión de Ponapé contaba ya con cinco misioneros con sus familias, cuatro profesores, veinte maestros auxiliares indígenas, siete congregaciones en Chocach, Not, Oa, Kiti, Chapabat, Ronkiti y Aleman, veinticinco colegios, una escuela para adultos a la que acudían hombres y mujeres de toda la isla en número cercano a doscientos, una institución docente para formar nuevos maestros, un barco de vapor, de ocho a diez mil fieles, y unos gastos anuales en torno a quince mil peses⁷⁹.

De la misión de Ponapé su superior, Mr. Doane, decía: «Desde esta [75] fecha (1854) en adelante se llevaba con empeño y con éxito la obra de civilizar y cristianizar a los indígenas, sin que por parte de los jefes de las tribus se hiciese la menor tentativa para poner obstáculos, siendo las miras de los misioneros en todos los tiempos la educación de las tribus y la elevación del espíritu y conciencia del pueblo» y resaltaba como logros, tras más de treinta años de funcionamiento, que la mitad de la población de Ponapé estaba convertida al cristianismo, los naturales habían abandonado sus prácticas más salvajes y la poligamia, y vivían de forma civilizada. Habían creado numerosas escuelas, la vida y la propiedad eran entonces cosas seguras en las islas. Conocían los idiomas nativos, habiendo reducido tres dialectos a la escritura, y traducido el Nuevo Testamento y varias obras para lectura y para las escuelas indígenas⁸⁰.

De esta misma misión decía el comandante del «Manila», Luis Bayo, en ocasión de la toma de posesión de las islas en 1886: «La misión americana establecida en Ponapé hace más de treinta años y cuyo jefe es Mr. Doane ha conseguido ponerlos en estado de cultura. Sus escuelas, bien montadas a la americana y que quizá pasen de veinte, reúnen los domingos a casi toda la población de la isla y a mucha de ella los demás días. Además de la educación intelectual les hacen hacer ejercicios corporales, formando cuadros de muy lindo efecto; y, además, a los hombres ejercicios gimnásticos-militares con armas y sin ellas. Los misioneros, como es fácil suponer, ejercen gran influencia sobre los naturales y siguen la política tradicional desde el Padre Bartolomé de las Casas de querer que el indio rece mucho y trabaje poco»⁸¹.

El propio gobernador general de Filipinas, Ramón Blanco, reconoció su labor y su ascendencia sobre las islas: «Empezaron por asimilarse a los indígenas, aprendiendo su lengua, que redujeron después a idioma escrito, redactaron obras de primera enseñanza y establecieron escuelas, asistieron a los enfermos, procurando estimular y atraer a los jóvenes más aprovechados

⁷⁹Sobre la presencia de los misioneros americanos en Ponapé es interesante consultar AHAM A Ih L1, L4 y L6, y AMAE Ultramar 2.952 y 2.953, y CABEZA PEREIRO, A.: *Estudios sobre las Carolinas: la isla de Ponapé* (Manila 1896).

⁸⁰AMAE, leg. 2.952. Memoria de Mr. Doane sobre las misiones metodistas en Carolinas. 29 de julio de 1887.

⁸¹AV, Informe del Comandante del *Manila*, Luis Bayo, septiembre de 1886, Sección Buques.

y dispuestos, llevándoles a Estados Unidos para completar su formación, y fácilmente se comprende que después de cuarenta años de actuar de esa forma sobre aquellas tribus que encontraron en estado completamente salvaje, ejerzan hoy sobre ellos la preponderancia que es natural y lógica y sean los verdaderos dueños de aquellas islas»⁸².

En suma, los misioneros norteamericanos extendieron fácil y rápidamente su doctrina en Ponapé, creando iglesias para evangelizar a los naturales y al mismo tiempo escuelas orientadas a una educación práctica de los indígenas, que la aceptaron porque con ella mejoraba su vida cotidiana. Fueron muchos los carolinos que aprendieron con los metodistas a leer, a escribir, a coser, a cocinar, a conocer la naturaleza, a hacer deporte, [76] a cultivar la tierra y los rudimentos de la civilización occidental. Por todo ello, después de tanto tiempo de estancia en las islas su influencia sobre los nativos era grande.

Pero este ascendiente hizo que los naturales de Ponapé obedecieran en primer lugar a los misioneros americanos, y que cuando llegaron los españoles proclamando su soberanía, los carolinos recelaran de las órdenes de las nuevas autoridades y siguieran buscando el consejo y el apoyo de los metodistas antes de actuar, en vez de obedecer a los colonizadores. Esta situación creó problemas y tensiones entre ambos grupos, acusando los españoles a los misioneros de obstaculizar su acción de gobierno y de indisponer a los nativos en su contra, y los norteamericanos a los miembros de la colonia de impedir su labor religiosa y de explotar a los carolinos. Las relaciones entre ambos llegaron a un punto tan tenso que después de las rebeliones de 1887 y 1890, tras las cuales se sospechaba el aliento de los metodistas, éstos fueron obligados a renunciar a sus labores evangélicas, por lo cual decidieron marcharse de Ponapé⁸³.

Al dejar esta isla un segundo núcleo de metodistas americanos, compuesto por 190 personas, se asentó en la isla Kusaie*. Al frente de ellos estaba M. J. Chaman, que era auxiliado por el médico Rife y los profesores Wilson, Walkop y Peace. Establecieron misiones en varios puntos del grupo como en Puerto Coquelle, Ualan y Puerto Lela, y crearon un colegio para niños, otro para niñas y una escuela para maestro.

En las islas Truk se estableció una tercera misión metodista dirigida por Mr. Logan, que estuvo acompañado por su familia, un coadjutor y varios maestros al mando de Mr. Price y Mr. Loster que en la misión-escuela educaban a unos cuarenta alumnos de cada sexo.

Finalmente había un pequeño núcleo metodista en Pinguela, con un solo misionero americano, que llevaba la iglesia y la escuela y otro en Mortlock⁸⁴.

Cuando en 1898 se planteó la sucesión en el gobierno de las islas los Estados Unidos miraron con recelo la presencia de otra potencia que pudiera poner nuevos obstáculos a sus misioneros, ya constreñidos a Kusaie y a Truk. Por ello se extendió por Norteamérica una vigorosa propaganda en favor de la anexión de parte de las Carolinas y de la obtención de una garantía de libertad religiosa en todo el archipiélago⁸⁵, lo cual condujo a [77] que en la Conferencia de Paz

⁸²AMAE, Leg. 2.952, Carta de Ramón Blanco, gobernador general de Filipinas al ministro de Ultramar, 22 de julio de 1893.

⁸³Los problemas entre la colonia española y los misioneros metodistas han sido tratados por ELIZALDE, M.^a D.: *Las islas Carolinas...*; CABEZA PEREIRO: *Op. cit.*; ROBLES MUÑOZ, C.: *Los metodistas americanos en las Carolinas, un litigio de soberanía con los Estados Unidos* (Missionalia Hispánica, 1985), y RODAO, F.: *Conflictos con los Estados Unidos en Ponapé: prelude para 1898* (Jornadas sobre Filipinas e islas del Pacífico, 1988).

⁸⁴La documentación sobre las misiones metodistas en Kusaie, Truk, Pinguelap y Mortlock en AHAM, L4 y L6, y en AV, Informe de Luis Bayo.

⁸⁵PRATT, J. W.: *Expansionist of 1898* (Baltimore, 1936), cap. The Imperialism of Righteousness.

de París con España el Gobierno americano presionara para conseguir al menos el control de Kusaie, donde estaba la principal misión existente en aquellos años⁸⁶.

En tercer y último lugar las Carolinas interesaron a Estados Unidos por su estratégica situación que las convertía en un sugestivo lugar de escala y de cruce de comunicaciones. Sus puertos eran continuamente visitados por buques con el pabellón norteamericano, bien dedicados al tráfico local en el Pacífico, bien en ruta transoceánica desde los puertos asiáticos hacia el Oeste americano o hacia Australia, o dedicados a la captura de ballenas. Además, a fines de siglo las islas presentaron un nuevo aliciente. Comenzaba en esos años el naciente imperialismo yanqui y los norteamericanos empezaban a interesarse por los territorios del Pacífico. El 12 de agosto de 1898 se habían anexionado formalmente Hawaii, tenían también todo un rosario de pequeños enclaves enlazados en este océano, y dirigían ahora su mirada hacia el prometedor continente asiático. En esa ruta la Micronesia significaba una espléndida base de operaciones donde establecer una nueva estación naval y de carboneo, y donde erigir una central telegráfica y de comunicaciones integrada en la red del cable que un grupo de capitalistas querían tender entre San Francisco, Honolulu y Manila. De ahí vino el interés mostrado en la guerra del 98 por hacerse con Guam y Kusaie, objetivo que consiguió en el primer caso, pero no en el segundo por la oposición de Alemania y por la indecisión del Gobierno español, que no aceptó la cesión de Kusaie al ver que los Estados Unidos no le permitían retener ninguna parte de las Filipinas⁸⁷.

Japón.-Junto a estas fuerzas establecidas en las Carolinas, al hablar de las naciones y los intereses presentes en las islas, es necesario citar a [78] Japón como caso especial, porque aunque fue un país fuertemente interesado por Carolinas, que en repetidas ocasiones mostró su deseo de aumentar su influencia en el archipiélago, su presencia no fue bien acogida y tampoco contó con el peso necesario para que sus pretensiones fueran tenidas en consideración en el concierto internacional.

Principalmente hubo dos compañías japonesas operando en Carolinas: la de Seki, de Yokohama, que contaba con establecimientos muy pequeños pero muy extendidos en Truk, Ulea y las Palaos; y la Casa de Nonaka, que trabajaba en las Truk.

Los representantes en estas compañías fueron los residentes más incómodos y conflictivos para la colonia, pues procuraban vivir lo más lejos posible de las autoridades españolas, imponiendo sus leyes y su soberanía sobre el archipiélago, sin estar registrados ni inscritos en parte alguna, y sin cumplir con la ley de extranjería⁸⁸. Prefirieron no establecerse legalmente y

⁸⁶PRATT, J. W.: *Op. cit.*, y *America's Colonial Experiment* (Mass. 1964); TRASK, D. F.: *The War with Spain in 1898* (New York 1981); MORGAN, H. W.: *America's Road to Empire-The War with Spain and Overseas Expansion* (New York 1967); BRAISTED, W. R.: *The United States in the Pacific*; MOON, P. T.: *Imperialism and World Politics* (Nueva York 1947).

⁸⁷Sobre el naciente imperialismo norteamericano pueden consultarse los libros mencionados en la nota anterior, entre la amplia bibliografía sobre el tema.

Es interesante ver también cómo veían este proceso los políticos de la época. Valga como ejemplo el siguiente memorándum de Bismarck: «I said to Lord Salisbury that the Americans would have to be restrained in every possible way. They appeared now to interpret the Monroe Doctrine, as though the Pacific Ocean were to be treated as an American Lake; they wished to bring under their exclusive influence not only Hawaii (which was, as Salisbury said, of no interest whatever to England), but also Samoa and Tonga, as stages between the future Canal and Australia. There were even dreamers in America who imagined an eventual Republican brotherhood and a linking up of the various Australian Colonies with the United States». Memorándum del Canciller Bismarck, 24 de agosto de 1887, vol. I de *German Diplomatic Documents*, pág. 244, que es una traducción resumida al inglés de *Die Grosse Politik*.

⁸⁸La preocupación de la colonia española ante estos residentes japoneses se reflejó en varios informes de los oficiales: «Ninguno de los japoneses tiene cédula de extranjería ni está inscrito en parte alguna. Me permito llamar

comerciar por su cuenta en lugares no ocupados, sin estar sujetos a ningún tipo de control, dedicados libremente al comercio de la copra, y frecuentemente al tráfico ilegal de armas y alcohol⁸⁹. A menudo crearon problemas por estas actividades de contrabando y por sus reyertas con los naturales; con ocasión de alguno de estos conflictos pidieron protección a España, cuyos representantes les contestaron que no les habían autorizado a vivir en las islas, sino que solamente habían consentido su permanencia en ellas por su propia voluntad y a todo riesgo, y que si no estaban dispuestos a cumplir con la ley de extranjeros renunciaban a todo derecho de reclamación⁹⁰. [79]

A pesar de la difícil posición de sus comerciantes en el archipiélago, Japón estuvo muy interesado por ampliar su influencia y su radio de acción en las Carolinas. En primer lugar las islas presentaban aliciente como punto de escala para su comercio y como enclave estratégico en el Pacífico donde establecer una estación naval y de carboneo, puesto que el tráfico de barcos nipones que recalaban en ellas en sus travesías hacia Nueva Guinea, Nueva Zelanda o Australia era continuo. Por ello incluso propuso a las autoridades coloniales crear en Carolinas un depósito de carbón, que sería transportado por sus barcos desde Yokohama, y que ofrecía vender a 8,80 \$ la tonelada, lo cual podría haber interesado a los españoles que dependían de los envíos de Filipinas y que en ocasiones sufrieron escasez de este combustible⁹¹.

Asimismo, las Carolinas significaban un espacio hacia el que canalizar su exceso de población. Por ello intentó que España autorizara el establecimiento de una colonia de

la atención de Vd. hacia estos individuos porque creo que nos han de crear dificultades y han de ser un obstáculo a nuestra dominación en aquellas tierras...» Informe del comandante del «Villalobos» al gobernador político-militar de Yap tras un viaje a Palaos, 8 de marzo de 1898, *AHAM*, A Ii 1-2.

⁸⁹En los papeles de las Divisiones de Yap y Ponapé son continuas las referencias a japoneses que vendían armas, municiones y alcohol, a barcos detenidos por tráfico ilegal, a vigilancia de puertos y costas por este motivo, etc. De ello hay abundante información en los legajos dedicados a estas islas en el *AHAM*, por ejemplo el informe del viaje del «Villalobos» a Palaos en junio y julio de 1899 en A Ii 12, o el informe de un viaje a las Truk en 1896, A Ih L2.

⁹⁰«Un comerciante japonés, haciendo olvido completo de nuestra soberanía en el archipiélago Truk, puesto que no cumplió con ninguno de los requisitos marcados para estos casos por la vigente ley de extranjería, se establece en Param realizando comercio ilícito cual es el de contrabando de armas... entabló una acalorada discusión con un indígena... a resueltas de la cual murió... En las varias entrevistas que tuvimos con los japoneses insistieron en probar el deber de España de castigar a los asesinos de su compatriota. Para cortar les dije: ‘...Siendo bien sabido el estado salvaje de los habitantes de estas islas, España no ha autorizado a nadie a vivir en ellas y sí solo consentido la permanencia de extranjeros que por [79] su propia voluntad vienen a todo riesgo. Aprovechándose de la libertad de comercio que España concertó con Alemania se hace en estas islas un criminal negocio con la venta de armas y municiones y se hace muy difícil discernir en quién está la responsabilidad, si del indígena que disparó o del vendedor de armas. Si los japoneses se enfrentan con los indígenas habrán de meditar a lo que se exponen, pero si valiéndose de cualquier circunstancia hacen actos propios de la soberanía de España exclusivamente, podrán estar seguros que la inmediata medida que tomarán nuestras autoridades será el expulsarles de todo este territorio... Me resta, por último, hacer presente a V.E. que si el hecho de establecerse un extranjero en cualquiera de las islas que dependen de este Gobierno, ha de seguir siendo principio de derecho para una reclamación caso de muerte o agresión causada por los naturales o uno de aquéllos, y sea cual sea el origen de la misma, entonces habría que hacerles saber a dichos extranjeros la necesidad de cumplir con nuestra ley de extranjeros, o si por sus intereses no les conviniese el cambio de residencia a un lugar ocupado por nosotros, que firmen ante testigos un documento en que renuncien a todo derecho de reclamación... Es triste que estos extranjeros que no han tenido en cuenta nuestra soberanía en Truk para inscribirse en el registro de extranjeros, y que no hacen más que un falso acatamiento a esa soberanía, vengan a recordarla sólo cuando ven o suponen que en ello les va una seguridad de que necesitan en su provecho o una razón para solicitar reclamaciones de daños y perjuicios’.» Informe del gobernador de Ponapé al gobernador general de Filipinas, 19 de octubre de 1897, *AHAM*, RG IV.

⁹¹*AHAM*, A Ih L6, Informes de enero de 1895 y noviembre de 1896.

poblamiento, y la explotación de las tierras por una compañía que recolectara copra y cultivara algodón y café⁹².

Pero el Gobierno español, asustado ante el creciente poderío de Japón, en quien veía una amenaza para sus posesiones orientales, no autorizó ninguno de estos proyectos. Es interesante al respecto la actitud de las autoridades de la zona y la correspondencia cruzada entre ellas:

En febrero de 1892 el Ministro Plenipotenciario en Tokio informaba al Gobierno español que los japoneses -ignoraba si una sociedad o el gobierno- habían comprado a un alemán terrenos en Carolinas Orientales [80] con el propósito de enviar a ellas dos mil colonos, para lo cual el Gobierno japonés quería obtener las garantías necesarias de apoyo y aprobación por parte de los españoles. Sin embargo, el embajador recomendaba que se adoptaran las medidas necesarias para «contrarrestar los efectos de una influencia que podría ser de funestas consecuencias en el porvenir»⁹³.

El Gobernador General de Filipinas, preocupado por el desarrollo de Japón y por sus deseos de expansión en el Pacífico, a instancias del Gabinete de Madrid, en junio de 1892 decidió enviar una escuadra a tierras niponas «para calibrar las intenciones de esta potencia sobre nuestras posesiones en Oceanía». En el informe que el Comandante de la expedición, Pita da Veiga, elaboró reflejando sus impresiones, mostró su sorpresa y admiración por el tremendo desarrollo que había adquirido Japón desde 1858. Manifestaba que esta potencia quería recabar para su bandera el transporte de mercancías y pasajeros desde Japón y China hasta Australia, América y Europa. Por ello le interesaba conseguir en Carolinas y en Manila puntos de escala en su vía comercial donde crear centros desde los que distribuir directamente sus productos a dichos mercados y a los puertos del Extremo Oriente, evitándose así los tributos de los agentes extranjeros. Por estas razones Japón tenía interés por estrechar los lazos con España. Concluía advirtiendo que aquella nación sería pronto una potencia de primer orden en el concierto mundial y en el Pacífico, que tenía exceso de población y grandes proyectos comerciales, por lo que querían extenderse hacia el sur. Por ello era necesario prevenirse para defender la soberanía española en estos mares. España no estaba en condiciones de enfrentarse a Japón (recursos limitados, erario público escaso, poco potencial militar, territorios sin ocupar ni vigilar, dominación incompleta, naturales rebeldes, falta de fuerzas navales, costas desatendidas, etc.). Cualquier conflicto tendría un triste resultado. Por ello pensaba que era necesario poner en condiciones de hacerse respetar a las fuerzas de mar y tierra, adoptar medidas que contrarrestaran el empuje y las pretensiones de Japón, procurando mantener buenas relaciones entre las dos naciones y evitando cualquier enfrentamiento⁹⁴.

A su vez, el Gobernador Político-Militar de Ponapé se mostró totalmente contrario al establecimiento de japoneses en las islas. Frente a las ventajas que podía reportar la explotación de algodón y el café, tal como pretendían los nipones, pensaba que era preferible evitar las complicaciones que podría ocasionar una presencia notable de japoneses. Las islas no estaban totalmente dominadas y en ellas había aún núcleos hostiles a los españoles. Cualquier compromiso con una de las naciones vecinas más [81] potentes podría representar una amenaza y una dificultad más para el archipiélago.

⁹²AHAM, R Ia.

⁹³Informe del ministro plenipotenciario de S.M. en Tokio sobre el propósito del Gobierno japonés de formar una colonia en Ponapé. 11 de febrero de 1892, AHAM, R. Ia.

⁹⁴Informe del gobernador general de Filipinas sobre sus impresiones de un viaje a Japón, 13 de julio de 1892, AHAM, R Ia.

«El establecimiento de una compañía japonesa en Ponapé, colonia de por sí numerosa, sujeta por tanto a una organización dada, peculiar y privativa suya, contando con un número de individuos que en general no pertenecen a las clases más escogidas de la sociedad y garantizados o por lo menos amparados por la concesión que pudiera hacerseles, entiendo que vendría a ser como implantar en nuestro territorio un núcleo japonés de tanto más valor para ellos dada la isla donde tratan de establecerse, donde la división y corto número de habitantes y la escasez de nuestra fuerza podría quizá colocarnos a españoles y carolinos muy por bajo de ellos en cuanto a fuerza bruta se refiere. Suponiendo, que es bastante suponer, que no hicieran migas con los naturales, serían para nosotros un motivo de vigilancia constante y quizá difícil de dominar dado lo exiguo de nuestra fuerza, y excuso molestar la superior atención de Vd. con la suposición de que pudiesen hacer causa común con los naturales en contra de la dominación española, pues entonces las consecuencias son difíciles de prever. Ciertamente la primera sangre se vertería allí, pero mi imaginación no alcanza prever dónde se vertería la última gota y adónde nos llevaría el estruendo del combate y el humo de la pólvora... No tomo en cuenta los beneficios materiales... porque en el resto de las islas donde nuestros soldados no están de una manera permanente sería muy discutible, por no decir imposible, el establecer contribuciones en favor de nuestro país... El establecimiento de la colonia japonesa entiendo que desde luego, y aún cuando no fuera más que moralmente, vendría a menguar nuestro dominio y nuestro prestigio ante los naturales, y si accidentes fortuitos, aunque siempre de esperar, en colonias de esta índole hicieran intervenir la fuerza, podrían quizá en mi juicio dar pie al Japón para tratar de una intervención más o menos directa en aquellas aguas y en este caso ciertamente podemos contar con que los que entraron de colonos se convertirían en agresores, aumentando así el número de nuestros enemigos en beneficio de su propio país; y si los azares de la guerra nos hiciesen perder el dominio de Carolinas, poniéndolas en manos del Japón, casi se puede asegurar, sin temor a equivocarse, que las Marianas, situadas en la derrota forzosa entre el Japón y Carolinas, correrían la misma suerte que éstas, con notable merma de nuestro prestigio y de nuestro poder. Dadas las condiciones actuales de nuestra Patria, los valiosos intereses del archipiélago filipino y las fuerzas de los diversos extranjeros que nos rodean, entiendo que nuestra política, si bien firme, debe tender a alejar todo contacto inmediato que pueda producir disgustos o desavenencias ligándonos más de lo que estamos con vecinos que por sus condiciones puedan perjudicar nuestras miras y no haciendo concesiones que el día de mañana puedan traer complicación con una potencia extranjera, y máxime si éste es el Japón, cuyas tendencias expansivas son conocidas»⁹⁵. [82]

Es decir, para las autoridades coloniales españolas Japón era una potencia demasiado cercana, cada vez más poderosa, y con un exceso de población y unas pretensiones comerciales, estratégicas y políticas que le hacían volver los ojos hacia las islas de su alrededor. Las Carolinas podían convertirse en un objetivo de su política expansiva. Por ello no parecía deseable tener en el archipiélago una colonia de poblamiento importante, ni que poseyeran intereses económicos fuertes que pudieran dar lugar a un conflicto que justificara una intervención militar nipona, que podría causar graves perjuicios a España, e incluso la pérdida de las islas. Por consiguiente, nunca se autorizó una presencia significativa de japoneses en las Carolinas, aunque debe considerarse a esta nación como la cuarta potencia implicada en la colonia española.

Finalmente, hubo un quinto país que mostró su interés ocasional por las Carolinas. En 1897 Holanda reclamó sus derechos sobre las islas San David, situadas en el área más meridional del archipiélago, muy cerca de las Indias Holandesas, y que nunca fueron visitadas por los españoles. Por tal motivo un barco de guerra de aquel país visitó las islas e izó en ellas la bandera holandesa, manifestando que tomaba posesión de ellas en nombre del soberano de los Países Bajos y por orden del gobernador general de las Indias Holandesas. España mostró sus títulos sobre el archipiélago, y el conflicto se discutió por vía diplomática durante varios años, sin conseguir

⁹⁵Informe del gobernador político-militar de Ponapé sobre el interés o desventajas [82] que pudiera tener una colonización de japoneses en Carolinas, 19 de octubre de 1892, *AHAM*, R Ia.

ningún acuerdo positivo antes de vender las Carolinas a Alemania⁹⁶.

Como conclusión podemos señalar que las Carolinas españolas interesaron a las grandes potencias en el último tercio del siglo XIX, en primer lugar por su estratégica posición en el Pacífico -como puerta a Filipinas y al continente asiático y como enclave situado en el centro de rutas muy diversas, significativo cruce de comunicaciones-; en segundo lugar por el interés comercial que les prestaba el negocio de la copra, que hacía que los países hegemónicos quisieran defender los derechos y actividades de sus comerciantes y la libertad de comercio y explotación de las islas; y tercero por su valía en la carrera de expansión colonial como territorio que aumentaría la influencia de cualquier nación en la Micronesia, como base naval, telegráfica y de carboneo en el Pacífico, como espacio donde crear un colonia de poblamiento y explotación y como poseedoras de una importante misión religiosa norteamericana

Este interés que despertaron las Carolinas españolas en el ámbito internacional se manifestaría en toda su plenitud con ocasión de las negociaciones de venta del archipiélago en 1899, en las que se entrecruzaron los intereses de todas las potencias implicadas en las islas. [83]

Un símbolo de la estética del arte de Extremo Oriente (La flor de crisantemo en la literatura y pintura de finales del siglo XIX: Emilia Pardo Bazán y Alexandre de Riquer)

Sue-Hee Kim

Dept. de Historia del Arte III
Facultad de Geografía e Historia
Universidad Complutense de Madrid

Las pinturas tradicionales del Extremo Oriente son para ser contempladas como un conjunto de símbolos, y sus temas característicos como los árboles, las rocas, las nubes, los animales, los insectos, las hierbas, las flores, etc., deben tomarse y comprenderse no sólo por ellos mismos, sino también por su significado. Ellos significan algo simbólico interpretado en un sentido y al mismo tiempo, en el otro, relacionado estrechamente con el concepto de la naturaleza diferente de lo occidental. Y la pintura y los escritos en la pintura extremo-oriental se complementan mutuamente y se intercalan en el mismo espacio del cuadro, particularmente en las pinturas de paisaje, de Corea, China y Japón, los países de la tradición cultura confuciana y sobre todo del ámbito de «caracteres chinos», letras milenarias de uso común en estos países aun hoy en día. Por esta razón, la frase de «aprender a escribir en China se conexas estrechamente como el aprendizaje de pintar» ha sido aceptada para la mejor comprensión de la pintura del Extremo Oriente por parte de los occidentales.

Los pintores y literatos europeos del fin del siglo XIX eran los admiradores entusiastas del arte de Extremo Oriente y con la llegada de las estampas japonesas a Europa a través de las exposiciones universales celebradas en las principales ciudades europeas, en Viena, París, Londres y, Barcelona, ellos se convertían en los coleccionistas y defensores fervorosos del arte del Extremo Oriente, representado en la ocasión por el arte japonés. Consecuentemente este entusiasmo y la curiosidad sentida en el conocimiento y la contemplación de las cosas y el arte de aquel lejano mundo se quedaron reflejados en sus obras de clara influencia extremo-oriental⁹⁷.

⁹⁶AMAE, Sección Política, Ultramar, Carolinas, Leg. 2.953.

* Hoy Kosrae.

⁹⁷La influencia del arte del Extremo Oriente en el fin del XIX se la podría denominar con el «Extremorientalismo», el término que he acuñado para distinguirla de las otras influencias o corrientes artísticas como el Orientalismo, que abarca al ámbito del mundo árabe, India y el Extremo Oriente inclusive, y el Japonismo, que se limita a la influencia japonesa estrictamente localizada. Véase «La presencia del arte del Extremo Oriente

Y es innegable la influencia del arte de Extremo Oriente en el [84] panorama artístico del fin del siglo, en las obras y manifestaciones artísticas tanto pictóricas como literarias, derivadas de la curiosidad y el entusiasmo por lo extremo-oriental y, sobre todo, las estampas japonesas de la escuela Ukiyo-e causaron un gran impacto en los pintores y escritores finiseculares⁹⁸.

Y entre las obras influenciadas podemos observar la predilección por el tema floral y animalístico, no como el motivo u objeto decorativo y accesorio, sino como el principal y como el propio tema del cuadro. Un ejemplo notorio sería que hemos encontrado muchos cuadros con el tema del árbol de almendro en flor, muy frecuente en la pintura de paisaje de los pintores finiseculares. Son muchos los que plasmaron en sus cuadros el tema de almendro florecido en más de una ocasión a lo largo de su trayectoria artística. Este árbol de almendro en flor nos lleva directamente al cerezo Sakura florecido del Extremo Oriente como el símbolo de la temprana primavera.

Sin embargo, la flor de crisantemo fue conocida como el símbolo representativo del Japón, cuyo arte e industria fueron presentados y divulgados a través de su participación importante y frecuente en las exposiciones universales desde la década de 1870, siendo una de ellas celebrada en Barcelona en 1888⁹⁹. El crisantemo es una de las cuatro plantas consideradas nobles en el Extremo Oriente junto al ciruelo, la orquídea y el bambú, y es también considerado como la flor de otoño, del noveno mes del calendario lunar¹⁰⁰. Y a pesar de que el crisantemo simboliza la larga vida y lo duradero en el ámbito extremo-oriental, los pintores y poetas europeos lo plasmaron con el significado de la muerte y de la tristeza melancólica, en contraste de que había sido y es una de las flores preferidas de los pintores extremo-orientales en la estética y concepto de la escuela tradicional. Es precisamente la posibilidad infinita de poder expresar la belleza de sus pétalos de líneas volátiles, como de esparcir su fragancia a través de ellos igual que las hojas lánguidas de la orquídea trazando las líneas curvadas y a veces quebradas, que son ejecutadas o pintadas con el pincel de punta fina y en ejecución instantánea y de un solo trazo irreplicable, condicionado por el soporte tradicional de pinturas extremo-orientales. [85] Estos pétalos del crisantemo trazan unas líneas sutiles en el espacio movidos por el mínimo soplo del aire como si se tratasen de la caligrafía hecha con delicadeza y con temor¹⁰¹.

Y un ejemplo de esta delicadeza volátil fue realizado por Alexandre de Riquer i Inglada (1856-1920), pintor y poeta español, en la portada de su libro de poesías titulado *Crisantemes*, publicado en 1899. Antes de hablar de este libro, tenemos que anotar que existen muchos escritos

en España a fines del siglo XIX y principios del siglo XX», de la autora del presente artículo, publicado por la Editorial Universidad Complutense de Madrid, en 1988.

⁹⁸Los pintores como Monet, Manet, Van Gogh, entre otros, reflejaron la citada influencia en sus obras en mayor o menor grado. Es muy conocida la colección de estampas japonesas de Monet, y el entusiasmo por éstas sentido por el escultor A. Rodin, manifiesta la moda extremo-oriental del último tercio del siglo XIX, en el ambiente artístico y social. Véase JUDRIN, C., y LAURENT, M.: *Rodin et l'Extrême Orient*, Musée Rodin, París 1979.

⁹⁹Sobre la participación del Japón en la Exposición Universal de Barcelona de 1888 véase: GARCÍA LLANSÓ, A., *Dai Nipon* (El Japón), Manuales Gallach, Barcelona, sin fecha.

¹⁰⁰Según la simbología del Extremo Oriente, la flor de peonía simboliza la Primavera; la de loto, el Verano; la de crisantemo, el Otoño, y la de ciruelo, el Invierno. Respecto al calendario lunar, véase Kim, S.-H., *La Antigua China*, Historia 16, n.º 17 de la serie Historias del Viejo Mundo, Madrid 1989, pp. 84 y 85.

¹⁰¹La abundancia y la variedad de la flor de crisantemo han sido conocidas en Europa únicamente a través de las pinturas o dibujos, los bordados y las descripciones hechas por los que han podido viajar al Japón a finales del siglo XIX. Consecuentemente, ello contribuyó en la imaginación la añoranza, el sentido de lo lejano y el ensueño que están reflejados en las obras poéticas.

u obras pictóricas con el tema de la flor de crisantemo en fechas anteriores y, sobre todo, el arte y la estética del Extremo Oriente fueron presentados y divulgados a través de las publicaciones periódicas como la *España Moderna*, la *Ilustración Española y Americana*, el *Álbum Salón*, la *Joventut*, etc., bien en artículos, poesías, ilustraciones o grabados como en crónicas y críticas. Algunos ejemplos son los siguientes: R. Becerro Bengoa escribió un artículo dedicado al crisantemo titulado «Flores de oro» en la *Ilustración Española y Americana* de 1890 y dijo entre otras cosas que: «Como esa mujer excepcional ha llegado de nuevo con su imaginación hasta las soledades de Asia pérsica, otras muchas, muchísimas, nada excepcionales, han recorrido de memoria los jardines del Japón en estos días, con sólo visitar las exhibiciones de hermosas y variadísimas crisantemas, flores de oro, que los amateurs elegantes han puesto de moda este año... El crisantemo simboliza la larga vida, y es objeto de especial culto en el Japón, donde se le dedica un día de fiesta: el noveno del noveno mes de cada año...»¹⁰².

Y E. Martínez de Velasco mencionó al crisantemo como «la flor oriental» al hablar sobre el cuadro del pintor inglés Frederick D. Miller, presentado en la sociedad española, y dijo que: «Crisantemos..., una joven está bordando, en terso cañamazo y en sedas de colores, un ramo de crisantemos, es a dedicar Flor Oriental que hay precioso adorno de los salones europeos...»¹⁰³.

Lo que reflejan estos escritos relacionados con el Extremo Oriente es que el crisantemo introducido y revalorizado en Europa se convirtió en el elemento decorativo que simbolizó el exotismo japonizante en la sociedad finisecular española y europea indistintamente. Entre los literatos y pintores, defensores del arte y las cosas del Extremo Oriente, se destaca la figura de la escritora Emilia Pardo Bazán, quien escribió un ensayo dedicado al crisantemo y a la cultura japonesa titulado *Crisantemos* en 1899, ilustrado por el dibujante Passos. En las páginas del *Álbum Salón* la insigne [86] escritora dijo entre otras cosas lo siguiente: «Los ‘crisantemos’, pues, y nunca ‘crisantemas’, son la tardía flor de noviembre y diciembre; la flor de la helada rigurosa... los crisantemos han soltado, sin temor a la escarcha, su cabellera de pétalos flexibles, finos, que huelen a manzanilla silvestre y almendra amarga... su aparición triunfante, la moda que lo aclimatava en adornos y en sombreros de señora, que lo agrupaba en los centros de mesa de los fastuosos banquetes, que lo sacaba del cementerio para entronizarlo en el foco mismo de la vida mundana, señalaba una fecha en la evolución de las ideas estéticas. El crisantemo representaba el advenimiento del arte japonés.

»Japonés por excelencia es el crisantemo. Le veréis flotar lánguidamente sobre el paisaje de papel de arroz de los abanicos; resaltar, bordado con delicadeza, sobre las fajas y las túnicas de crespón y sobre la tirante seda de los «kakemonos»; brillar, esmaltado en oro, en las tazas, platillos y floreros de Satsuma; decorar, esculpido, los puños de sable, de marfil y las cajas y pebeteros de bronce... Lo que suelen llamarse floripones, en los pañuelos de Manila, no son sino crisantemos...

»Posee el crisantemo doble, una escala de matices para seducir a un acuarelista. El crisantemo tiene el aire peculiar de los objetos de arte japonés, que han hecho una revolución en el gusto europeo...»¹⁰⁴.

La sensibilidad, la observación y el criterio lúcido de la escritora están reflejados en el ensayo que es comparable a otros escritos y manifestaciones motivados por el conocimiento y el encuentro del arte de Extremo Oriente de Gauguin, Goncourt y José Masriera, etc. Emilia Pardo

¹⁰²«Ilustración Española y Americana», Sección titulada «Ambos mundos», 15 de diciembre de 1890, p. 366.

¹⁰³*Idem*, 22 de marzo de 1892, p. 175.

¹⁰⁴«Álbum Salón», 1 de enero de 1899, p. 6.

Bazán habló en más de una ocasión sobre el «japonismo» de los escritores o pintores de aquel entonces y también fue la traductora e introductora de las obras de los hermanos Goncourt, los escritores franceses que pertenecieron al grupo de los más fervientes defensores de lo extremo-oriental. También eran coleccionistas de objetos artísticos llegados a aquel lejano mundo, vinculados igualmente al círculo de tertulias en torno a la revista de moda *Revue Blanche*. Y respecto al ámbito español, destacaríamos a la figura de Apel.les Mestres y de Alexandre de Riquer, el primero, como poeta, pintor, dibujante, compositor y amigo y colaborador de Pardo Bazán, y el segundo relacionado estrechamente al círculo de Mestres y a la familia Masriera de pintores y joyeros¹⁰⁵. La conocida escritora de aquel entonces Victor Catalá escribió un artículo titulado «Las crisantemas» en la revista *Joventut*, en 1901, como una poesía dedicada a la flor, el símbolo de la estética del país del sol naciente:

«El jardí n'és tot blanch de crisantemas...

Sembla un cel estrellat d'estrelles pàlidas

*a la claror del día...*¹⁰⁶. [87]

Todos los escritos y las manifestaciones pictóricas sobre la flor de crisantema tienen su culminación artística en la portada del libro de Alexandre de Riquer anteriormente citado. Riquer fue poeta, pintor, dibujante, en fin, un «artista total» en la Barcelona finisecular, comparable a la figura de William Morris en el ámbito inglés. Su libro es de un formato alargadísimo como si fuera un biombo japonés de varios paneles doblados y está lleno de las poesías dedicadas a su mujer fallecida. Y la flor de crisantemo, cultivada amorosamente por su amigo Mestres y llamada por Riquer «la flor exótica», está dibujada en la portada del libro con delicadeza y adoración. La portada es una obra muy bella por sí sola. Es como si fuera «el alma japonesa» dibujada en un panel del biombo de poesías escritas en caligrafía extremo-oriental. Riquer escribió una dedicatoria así para el libro: «A tu, regalin murmurador d'aygua puríssima que relexas les celesties á l'ombra del boscatge; clar mirall de nereydes, filles d'un raig de lluna y un petó de les boyres; á tu dedico aquest ram de Crisantemes»¹⁰⁷.

Alexandre de Riquer dibujó las formas delicadas de los pétalos de la flor, finos y alargados, como los rayos del sol irradiados desde su centro. El colorido tenue y suave del crisantemo fue tema muy querido por los pintores y dibujantes del fin del siglo XIX, buscadores de una «nueva belleza», de diferente estética, de lo exótico y de lo lejano y lírico, escapándose del prosaísmo dominante de la realidad social pesimista de aquel fin del siglo español y europeo. Asimismo, los mencionados pétalos largos y curvados del crisantemo dieron la posibilidad de poder dibujar

¹⁰⁵Kim, S. H., *Presencia del Arte de Extremo Oriente en España a fines del [87] siglo XIX y principios del siglo XX*, Universidad Complutense, Madrid 1988, pp. 255 ss.

¹⁰⁶CATALÁ, VÍCTOR, «Los crisantemas», «Joventut», 28 de noviembre de 1901, pp. 786 y 787.

¹⁰⁷RIQUER, ALEXANDRE DE, «Crisantemes», Barcelona 1899. Y para la comprensión de la cultura japonesa desde el punto de vista occidental, véase: BENEDICT, R., *El Crisantemo y la espada (Patrones de la cultura japonesa)*, Alianza Editorial, Madrid 1974. Citamos unas frases del libro:

«... Un estudio de la antropología cultural sobre las normas y valores de la sociedad japonesa... Se trataba de descubrir el sistema de coordenadas vitales dentro del que cobraban su pleno sentido la actitud económica, la estratificación social, la participación política, la estructura familiar, los métodos educativos, las creencias religiosas, las ideologías y las costumbres cotidianas de los súbditos del Mikado -las paradojas del estilo de vida japonesa- simbolizadas por la antinomia entre «el crisantemo y la espada», esto es el culto simultáneo a la estética y a la guerra.»

(El libro fue escrito en 1944 por la antropóloga norteamericana.)

las líneas sutiles de «vuelo» que son comparables a los vuelos imaginarios de las figuras aladas de Mestres, de alas de libélulas o de mariposas y sus líneas de vuelo imaginadas en un espacio vacío. Y por añadidura, las expresiones contenidas en el libro de «Crisantemes» son comparables a las poesías de los poetas extremo-orientales y a las poesías de Mestres, «el poeta [88] oriental», con sus obras inspiradas en la naturaleza y en la propia poesía china. Riquer dijo: «los lotus somniadors», «tota una vida contemplant en lo cel la nau del liri», «las dones d'aygua», «Rossinyo endressa la balada», etc., en sus poesías y ello explica el retrato que le hizo el pintor Ramón Casas. Es un retrato que está ejecutado sobre un fondo de flores de crisantemo de colores tenues, junto a unos fragmentos del texto del libro de Riquer. El fondo de color verde claro y suave y los pétalos volátiles del crisantemo dibujados en él representan el mundo de ensueño del poeta-dibujante.

Asimismo, la ilustración de las páginas interiores encaja también dentro de la línea riqueriana. En ellas abundan las flores y las plantas como el crisantemo, el cardo, el loto, el bambú, las hierbas, las flores de cerezo y almendro, en resumen, los elementos de la naturaleza que están dibujados por Riquer en la técnica lineal y de silueta en la estilización y en el formato alargado de tiras decorativas. El «Crisantemes» de Riquer es una joya de los libros de bibliófilos que se hacían en el fin del siglo, uno de los más apreciados por los coleccionistas bibliófilos y por los artistas admiradores de lo japonés. Entre éstos, el poeta Francisco Villaespesa, autor de libros titulados como «Flores del almendro» o «Intimidades», escribió así:

*«... de tu kimono de seda
color de cereza, bordado
de crisantemos de oro...»¹⁰⁸*

De una túnica o kimono de seda bordado de crisantemos dibujó Riquer a la musa representando a la poesía y a la música. Sus plafones decorativos titulados «Música» y «Poesía» y realizado en 1897 del tema floral con lirios, hierbas silvestres y los crisantemos en la túnica de las figuras femeninas que sostienen un lirio y un instrumento musical en el formato alargado como si fuera de paneles de biombo. [89]

La creación de instituciones benéficas filipinas: El Monte de Piedad, de Manila

Leoncio Cabrero

Universidad Complutense de Madrid

INTRODUCCIÓN

Haremos una breve introducción sobre el proceso histórico de esta piadosa institución en Europa y España, antes del estudio concreto de la creación del Monte de Piedad de Manila.

La aparición de estas instituciones se remonta a los siglos medievales; de los primeros que se tienen noticia aparecen vinculados a la orden franciscana. Los franciscanos introdujeron, en la ciudad italiana de Perugia, con el nombre de Monte de la Misericordia, el sistema de «empeño» para ayudar a los pobres o a aquéllos que habían sufrido algún revés de fortuna. A cambio de dinero, los necesitados depositaban algún objeto de valor o, simplemente, algo de tipo personal, como ropas, por ejemplo.

Posteriormente, este servicio piadoso pasó a Roma, siendo su impulsor fray Juan de Calvi, quien contó con el apoyo y la protección del papa Paulo III. En 1539 ya funcionaba en Italia con una normativa: préstamos a seis meses y 6 por 100 de interés.

¹⁰⁸VILLAESPESA, F., *Poesías completas*, Tomo 1, Madrid 1954.

A finales del siglo XVI esta institución, que había sido exclusiva en Italia, fue establecida en otras ciudades europeas como Brujas, Amberes, Gante, etc. En el año 1618 se fundó en Bruselas, y en 1684, en Montpellier.

En España, a comienzos del siglo XVIII, el padre Piquer¹⁰⁹, imbuido de piedad y misericordia hacia los más desvalidos, sintió la necesidad de [90] crear un Monte de Piedad, en Madrid. Este sacerdote ya había realizado sus primeras experiencias en la serranía de Teruel, manteniendo permanentes contactos con los labriegos, la mayoría de ellos de humilde condición; trasladado a Madrid, descubrió que la ciudad tenía muchos menesterosos.

Los biógrafos del padre Piquer, y especialmente por las minuciosas investigaciones realizadas por el profesor José López Yepes, señalan como fecha de la fundación del Monte de Piedad, de Madrid, el 3 de diciembre de 1702. Según los documentos, ese día el padre Piquer depositó un real de plata, ante testigos, en un cepillo de ánimas «para sufragio de las ánimas y el socorro de los vivos». Parece que esas fueron sus palabras exactas.

El tesón del sacerdote y su constante preocupación por los necesitados poco a poco fueron dando resultados. Así, con fecha 13 de enero de 1712, el Consejo de Castilla aprobó los Estatutos del Monte, que habían sido redactados por el padre Piquer.

Nace una nueva entidad: la Caja de Ahorros

En el siglo XIX, también en Madrid, y siguiendo el ejemplo de entidades establecidas en Europa en el último tercio del siglo XVIII, especialmente desde 1787, con Cajas de Ahorros en Berna, Hamburgo, Kiel y Tottenham, entre otras, se crea la Caja de Ahorros madrileña, publicándose el Real Decreto del 31 de octubre de 1838. Como ha reseñado don Manuel Martínez Feirol en su trabajo «La Caja de Ahorros y Monte de Piedad, de Madrid, en la prensa del siglo XIX»¹¹⁰, dos publicaciones madrileñas, el diario *El Correo Nacional* y el *Semanario Pintoresco*, que dirigía don Ramón de Mesonero Romanos -gran defensor de las Cajas de Ahorros-, dieron cabida a los 23 artículos relativos a su funcionamiento, también ya publicados por *La Gaceta*, de Madrid. Tanto *El Correo* como el *Semanario Pintoresco* glosaron la importancia de esta entidad bancaria como apoyo al Monte de Piedad, haciendo hincapié en los deseos de la Regente, la reina María Cristina: «Persuadida por cuanto me habéis expuesto, de lo conveniente que sería establecer en Madrid una Caja de Ahorros en la que puedan las clases menos acomodadas depositar sucesivamente ciertas cantidades, percibiendo réditos, con facultad de retirarlos siempre que les convenga; deseosa de mejorar la suerte y las costumbres de estas clases, tan dignas de mi maternal solicitud, estimulando la laboriosidad, economía y previsión, he venido a decretar, como Reina Gobernadora, en nombre de mí augusta hija, la Reina doña Isabel II: Artículo único: ‘Se establecerá en Madrid una Caja de Ahorros y Previsión, con sujeción al reglamento, formado por el jefe político de la provincia, [91] en 9 del presente mes. Tendréis entendido y dispondréis lo necesario a su cumplimiento. En Palacio a 25 de octubre de 1838’».

Con fecha 22 de abril de 1869, las dos entidades, Monte de Piedad y Caja de Ahorros, se

¹⁰⁹El sacerdote Francisco Piquer y Rodilla nació en el pueblo de Valbona, Teruel, en 1666. Ejerció su apostolado en los pueblos de la serranía aragonesa, antes de llegar a Madrid, en 1700, prestando sus servicios espirituales como capellán en un convento de monjas franciscanas, conocidas por entonces como «Las descalzas reales», denominación que llega hasta nuestros días. En 1713, como comisionado del rey Felipe V, se hizo cargo de la institución, declarándose al monarca como protector de la misma. Ese año el fondo del capital asciende a la cantidad de 400.808 reales.

¹¹⁰Comunicación presentada en el I Simposio de Historia de las Cajas de Ahorros y Montes de Piedad, Madrid, en febrero de 1989 (en prensa).

fusionaron.

Estos son los antecedentes históricos de ambas instituciones en la península.

Las primeras entidades bancarias en Filipinas

A mediados del siglo XIX, agricultores e industriales residentes en el archipiélago comprendieron que para potenciar la economía era necesario recurrir al apoyo de la banca; también así lo entendieron las autoridades y los particulares.

Para facilitar las operaciones bancarias, por R. D. de 11 de agosto de 1851 fue creado el Banco Español Filipino, que funcionó desde 1852. Las funciones mercantiles que realizó desde su fundación fueron descuentos de letras, pagarés y documentos de la Caja de Depósitos, giros sobre la península y el extranjero, cobranzas, cuentas corrientes, préstamos con garantías de alhajas de oro, plata y piedras preciosas, préstamos sobre depósitos de letras aceptadas, hipotecas sobre fincas e hipotecas sobre buques asegurados. Su capital inicial fue de 60.000 pesos, con un fondo de reservas, también, de 60.000 pesos. Se le autorizó a emitir billetes al portador, con un tope de 1.200.000 pesos.

Además del Banco Español Filipino, desde mediados del siglo se establecieron otras entidades bancarias: el Chartered of India, Australia and China y el Hong-Kong and Shanghai Bank Corp., ambos con sede en Manila.

Pero ninguna de las tres entidades bancarias cubrió las necesidades económicas de las clases humildes. Los apuros pecuniarios de éstos habían propiciado la aparición de infinidad de casas de prestamistas que aplicaban intereses usurarios. Esta triste situación del trabajador, agobiado por los elevados intereses que imponían las casas de empeño y préstamo, fue lo que indujo a las autoridades, civiles y eclesiásticas, a intentar crear un Monte de Piedad en Manila, basando su propuesta en los resultados que tenía el de Madrid y el de La Habana, éste siguiendo los estatutos de la entidad madrileña.

El primer intento de creación del Monte de Piedad, en Manila

El 23 de diciembre de 1858 se acordó la creación del Monte, utilizando como borrador de los Estatutos el reglamento del de La Habana, con algunas correcciones acordes con la idiosincrasia filipina. [92]

El Monte debería hacer frente, únicamente, a los gastos de mantenimiento, considerándose suficiente el cobro de un 2 por 100. Para iniciar sus tareas era necesario contar con un capital inicial, por cierto, libre de gravámenes. Se pensó que la cantidad necesaria podrá provenir de los «fondos de la comunidad», que se destinaban a socorrer a los necesitados de los pueblos indios, ya que éstos, en esos momentos, tenían un excedente económico.

También se acordó que tanto al director como al contador se les exigiese la misma fianza, dado que tenían responsabilidades similares. A los empeñantes no se les exigía ningún tipo de aval personal, considerándose suficiente con las prendas entregadas para la obtención del préstamo. En el artículo 23 se añadía la responsabilidad criminal que se exigiría a los empleados, y en la cláusula 5.^a del artículo 34 se interpretaba que convendría señalar que «los precios acordados los fijaría el tasador, asumiendo éste la correspondiente responsabilidad».

El 23 de octubre de 1859, el Consejo de Estado, tras las consultas evacuadas en informe manifestando que, a tenor de lo expuesto en el Reglamento enviado desde Filipinas, no era oportuno que el Monte de Piedad estuviese bajo la inspección de la superintendencia de la Real Hacienda, pues una institución benéfica como pretendía ser el Monte debería estar bajo la tutela del gobernador. Se autorizaba hacer uso de los fondos de la comunidad para su constitución y, finalmente, acordaba el nombramiento de una Junta, integrada por personas de reconocida solvencia.

Este primer intento de creación de un Monte de Piedad quedó en el olvido hasta que veinte

años más tarde, nuevamente, se consideró la importancia de esta institución benéfica.

El Monte de Piedad de 1880

En marzo de 1880 el gobernador Moriones finalizaba su Memoria Secreta sobre el gobierno en Filipinas¹¹¹. En ella señalaba la importancia del establecimiento de un Monte de Piedad en las islas. «Deseoso de implantar en este pueblo dos grandes instituciones hijas de la civilización y del adelantamiento en moral de las sociedades modernas, pensé en llevar a cabo la creación de un Monte de Piedad y Caja de Ahorros, fundación que será de gran importancia por todas las condiciones especiales de la localidad, pues permitirá sin el menor riesgo para los capitales que constituyan el fondo adquirir sumas de dinero a las clases necesitadas, mediante un módico interés, librándolas del rédito enorme que deben pagar para la adquisición de los que necesitan y que piden a préstamos bajo las garantías de sus propiedades tangibles»¹¹². [93]

El gobernador Moriones, preocupado por el bienestar del indígena, no había vacilado en recabar fondos para el establecimiento del Monte de Piedad. Pensó que esos fondos podían ser los de la Casa de la Misericordia, que llevaban años sin ser utilizados. Pero ¿qué era la Casa de la Misericordia? Esta hermandad se había fundado en 1594 con el objeto de practicar la caridad entre los más necesitados; sus fondos se habían ido engrosando con las limosnas entregadas por los socios. Entre las actividades realizadas por los siglos XVII y XVIII estaban las de recoger niñas huérfanas y desvalidos, hijos de españoles. Para atender a la educación de las niñas con fondos de la hermandad se creó el Colegio de Santa Isabel. Desde 1861, con cargo al Estado, se señalaron consignaciones tanto para el Colegio de Santa Isabel como para el de Santa Potenciana; por lo tanto, desde 1861 los fondos no se habían utilizado.

El gobernador, además, hizo otras indagaciones sobre diversos fondos inmovilizados. Así, por ejemplo, 1.555,03 pesos procedentes de los intereses acumulados durante 21 años, del tramo de Censor y Capellanías. Tampoco se había utilizado la cantidad de 10.433,42 pesos, destinados a limosnas para los pobres. Estos fondos, por orden del gobernador, fueron destinados a la creación del Monte¹¹³.

Al darse estos primeros pasos se consultó al general 2.º cabo, al comandante de marina y al arzobispo, todos contestes en la importancia del establecimiento del Monte, no así de la Caja de Ahorros, por lo que se solicitaron nuevos pareceres antes de volver a discutir este punto. En marzo de 1880, Moriones, con todos los informes favorables, decretó:

1. Creación del Monte de Piedad, con capital propio, procedente de las obras pías.
2. Que dicho establecimiento se regiría por los Estatutos de Madrid, que fueron aprobados en su totalidad, y
3. Hacer uso del capital procedente de las obras pías, que ascendía a la cantidad de 33.959,67 pesos, cantidad en la que estaba incluida el legado extraordinario del abate Sidoti, con destino a los misioneros:

«Señaló el gobernador que los fondos que constituyen el capital, que asciende a 33.959,67 pesos, procedente de obras pías para limosna a pobres y manutención de misioneros, se destinan a cubrir los gastos de instalación. Que el director de la Casa de Misericordia haga entrega al

¹¹¹PANIAGUA, JESÚS: «La Memoria Secreta del gobernador Moriones», Universidad de León, León 1988. [Véase RESEÑAS].

¹¹²Véase *Memoria*.

¹¹³A.H.N. Sección de Ultramar, Legajo 5323.

* Este trabajo fue avance de un proyecto ya finalizado sobre *Economía y entidades financieras en Filipinas, siglo XIX*.

director gerente del Monte de Piedad de las cartas de pago correspondientes a los precitados precios y ponga a su disposición las distribuciones que anualmente se verifiquen de las obras pías que se destinen a este objeto para que con ellas atienda a los gastos de instalación, en el primer año y, en los siguientes, al pago de las operaciones del establecimiento».

Entre el gobernador y la dirección de la administración civil se entabló una pugna por la competencia sobre la recién creada entidad. Moriones [94] mantuvo que era competencia del Vice-Real Patrono, cargo unido al de gobernador, que tenía el control de todas las obras pías.

La inauguración oficial

En telegrama fechado el 20 de julio de 1882, en Manila, se comunicaba que el Monte de Piedad se había inaugurado coincidiendo con el santo de S.M. la Reina. Desde su establecimiento se fueron modificando algunos artículos del Reglamento para ajustarlos a las necesidades y peculiaridades de la población filipina.

La primitiva sede del Monte de Piedad fueron unos locales del Colegio Santa Isabel. Con el paso del tiempo, el volumen de las operaciones había aumentado y las instalaciones se hicieron estrechas, por lo que el secretario de la junta, señor Marzano, en una gestión desinteresada, renunció a su sueldo de 50 pesos mensuales, como colaboración al pago del nuevo alquiler. También, con este objeto, el nuevo gobernador don Emilio Terrero hizo un generoso donativo.

Tras largas gestiones se localizó un terreno en el puente de Santa Cruz, junto al estero Tetuán, con fachada a las calles de Goiti y Escolta. El 24 de julio de 1887 se colocó la primera piedra, inmueble en propiedad. El arzobispo, como presidente del Consejo de Administración, y deseoso de ver finalizadas las obras, depositó en el Banco Español Filipino la cantidad de 8.000 pesos, transferidos a la tesorería del Monte. Este dinero procedía de la contribución pública para el buque de guerra «Filipinas», y que no habían sido utilizados; no era una inversión a fondo perdido, ya se condiciona su uso a su devolución cuando las condiciones económicas del Monte lo hicieran posible.

El Ayuntamiento encargó al arquitecto don Juan de Hervás los planos y la ejecución de las obras, que realizó gratuitamente. Apenas se habían iniciado las obras cuando ocurrió la muerte del arzobispo Pedro Payo, en enero de 1889.

El 4 de julio de 1894, el nuevo arzobispo, Bernardino de Nozaleda, inauguró el edificio, de estilo seudorrenacentista. Por fin, la institución tenía una sede digna y cómoda.

Los sucesos políticos y bélicos ocurridos en el archipiélago, desde 1896 hasta la ocupación norteamericana, repercutieron negativamente en la actividad económica de las dos entidades, aunque lograron sobrevivir. Ya en el siglo XX, la institución española del Monte de Piedad y Caja de Ahorros ha continuado en Manila. En la actualidad, ambas, son entidades bancarias, económicamente muy fuertes en las islas Filipinas; sus operaciones corresponden a las necesidades de nuestro tiempo, aunque todavía conservan algo del pasado hispánico: la ayuda al necesitado mediante la entrega de objetos, el empeño, que en el año 1702 estableció en Madrid el padre Piquer. [95]

Filipinas y las publicaciones periódicas madrileñas de la 2.^a mitad del s. XIX: Notas para un análisis estadístico

Carlos García-Romeral Pérez

Universidad Complutense

INTRODUCCIÓN

El campo de estudio se ha restringido, en lo cronológico, a la 2.^a mitad del s. XIX y en lo geográfico a Madrid. La primera acotación no sólo se ha realizado desde un punto de vista pedagógico, sino histórico, ya que la segunda mitad del siglo XIX es la época más conflictiva de la historia de España y que desemboca con la pérdida de las últimas colonias ultramarinas; la

segunda lo es de tipo geográfico, ya que Madrid es el epicentro en el cual confluyen todos los conflictos peninsulares y ultramarinos, su prensa es centro de opinión y controversia.

La elección de las publicaciones periódicas se ha basado en varios factores: tipo de publicación, tiraje, duración en el tiempo, tendencia o corriente de opinión política, significación social... Son publicaciones editadas en Madrid y distribuidas por casi toda España. Así, pues, se han seleccionado los siguientes diarios:

- La España: diario moderado (1845-69).
- La Época: diario moderado (1848-69).
- La Nación: diario progresista (1849-56).
- El Fénix: diario progresista (1849-56).
- El Fénix: diario liberal (1857-59).
- El Pensamiento Español: diario católico (1860-68 y 1870-74).
- La Correspondencia de España: diario noticioso (1870-82 y 1884-89).
- El Mundo (1874).
- El Siglo Futuro (1875-78 y 1881-85).
- El Imparcial (1875-99).
- El Heraldo de Madrid (1890-99).

Las referencias periodísticas elegidas intentan destacar no sólo calidad de los redactores, sino su valor cultural y su influencia sobre la opinión de los lectores. La cantidad total de referencias seleccionadas es de 123 pertenecientes [96] a las 10 publicaciones antedichas, las hemos agrupado en 7 grandes grupos temáticos:

- bibliografía;
- cultura;
- economía;
- educación;
- general;
- opinión;
- política.

No se ha establecido una clasificación por el periodista (escritor-periodista), aunque sí tendremos en cuenta las secuencias de artículos que tengan una unidad temática intrínseca o bien una colección de artículos que puedan tener vida propia fuera de la publicación diaria en que han sido publicados. Asimismo, se diferenciarán las noticias por la tendencia de las publicaciones, estableciendo comparaciones entre tipo de referencia y corriente de opinión o tendencia política de las publicaciones seleccionadas.

Un problema terminológico: noticia, artículo o referencia periodística

Se ha planteado un interrogante al iniciar el trabajo de recopilación de los datos existentes en

las publicaciones periódicas, ¿cómo denominar dichos datos?; en un principio opté por tres términos básicos del lenguaje periodístico: noticia, artículo y referencia periodística. Cada uno de ellos puede integrar al otro y alguno puede integrar los significados anteriores sin debilitar el propio. Así, pues:

Noticia, en una de las acepciones a esta entrada la Academia de Lengua Española¹¹⁴, dice: «divulgación o publicación de un hecho». No hace referencia al medio sino al acto mismo, ve el término como una palabra abstracta que necesita de un medio, oral o escrito, para realizarse.

Artículo, en una de las acepciones que da a esta entrada José Martínez Sousa¹¹⁵, dice: «texto unitario de regular extensión, consagrado a una información, una explicación o un comentario, en el que el autor sostiene determinadas opiniones, desarrolla una idea o comenta un hecho, y que aparece en las publicaciones periódicas». Esta definición nos ofrece tanto un aspecto comunicativo, en donde se muestra una opinión o se da una información, o sea, se divulga una noticia, como un medio de comunicación de masas, en donde dicha noticia toma forma de un artículo. Por lo tanto, el artículo puede dar noticias, pero no todas las noticias, ni todas las colaboraciones que edita una publicación periódica son artículos. [97]

Referencia periodística, en contraste con los demás términos analizados, que por sí mismos no dan una idea exacta del examen y posterior recopilación de los datos; he intentado explicar mediante un sintagma compuesto por un sustantivo abstracto que abarque la mayor cantidad de conceptos sin excluir casi ninguno: *referencia* que, según el glosario de A.L.A.¹¹⁶, se define como «conjunto de elementos bibliográficos que cita o se refiere a una obra y lo suficientemente completo como para dar una identificación única de esa obra para una particular función bibliográfica». Si a este primer elemento del sintagma le añadimos un adjetivo: *periodístico*, lo referido a los «periódicos», que según el glosario de A.L.A.¹¹⁷ se define: «publicación periódica que aparece a intervalos regulares (por lo común, a diario, semanal o bimensualmente) y que contiene noticias, opiniones, anuncios y otro tipo de información de actualidad, con frecuencia local». La suma de ambos términos crea un sintagma que recoge exactamente aquellas referencias que hemos recogido.

Por lo tanto, podríamos redefinir el sintagma *referencia periodística* como el conjunto de elementos bibliográficos que se encuentran insertos en publicaciones periódicas y tienen un tema en común, en este caso Filipinas, independientemente de la categorización interna dentro de la publicación.

Si al sintagma *referencia periodística* lo acotamos con sólo aquellas referencias que lo sean de *índole cultural*, ya que el conjunto de éstas forma un marco general de los modos de vida, costumbres, grado de desarrollo..., en un cierto momento histórico, que a su vez es susceptible de analizar.

Así pues he recogido 123 referencias periodísticas que nos intentan mostrar lo que es Filipinas y cómo se puede conocer a través de las publicaciones periódicas diarias.

Notas para un análisis estadístico

Las referencias periodísticas seleccionadas pueden ser reducidas a datos numéricos, o sea, se puede establecer con ellas un cálculo de medidas y cantidades derivados de estos datos,

¹¹⁴Vigésima edición del Diccionario de la Lengua Española, acepción segunda, p. 959.

¹¹⁵*Diccionario de bibliografía y ciencias afines*, 1989, acepción segunda, p. 35.

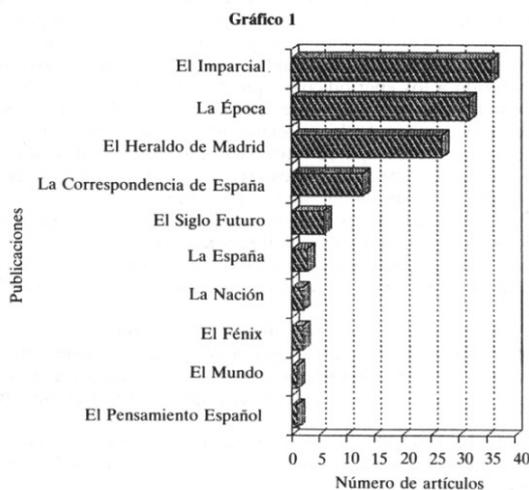
¹¹⁶*Glosario A.L.A. (The American Library Association)*, 1988, p. 286.

¹¹⁷Op. cit., p. 232.

mostrándolos para su análisis en forma de gráficos o de tablas. El método estadístico relaciona los datos con modelos teóricos; en este caso, establece una relación con el momento histórico en el cual se insertan las publicaciones y que nos permite individualizar y a su vez relacionar entre sí la información recogida. Así pues, he de mostrar algunas notas de lo que podría ser un análisis estadístico de las referencias periodísticas sobre Filipinas. [98]

Evolución de las referencias periodísticas sobre Filipinas e historia de España

Las publicaciones periódicas madrileñas de la segunda mitad del s. XIX no dan la misma importancia a las informaciones sobre Filipinas:



Con relación al gráfico anterior que muestra la relación entre número de noticias y publicación periódica. A continuación quiero detallar la relación existente entre número de noticias sobre Filipinas, tendencia del diario y número de ejemplares remitidos fuera de Madrid:

1. **El Pensamiento Español** (1860-68 y 1870-74), de tendencia católica, con una tirada media anual, fuera de Madrid¹¹⁸, de 4.915 ejemplares, 1 noticia.

2. **El Mundo** (1870), tendencia moderada, 1 noticia.

3. **El Fénix** (1857-59), tendencia liberal, tirada media anual fuera de Madrid de 1.926 ejemplares, 2 noticias.

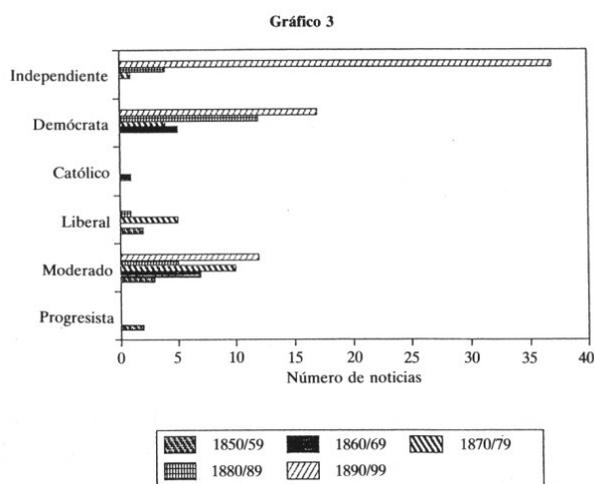
4. **La Nación** (1849-56), tendencia progresista, 2 noticias. [99]

Se ha pretendido reflejar todas las corrientes de opinión política española del s. XIX. Los extremos antagónicos representados por católicos (0,8 %) al lado derecho y progresistas y liberales (8,1 %) al izquierdo no representan más que el 8,9 % de las referencias sobre Filipinas; quizá estas corrientes se encuentren más interesadas en la política interior que en las posesiones ultramarinas del Pacífico. En cambio, los independientes (32,5 %), demócratas (29,3 %) y moderados (29,3 %) representan a amplios sectores de la población, no sólo se encuentran entre sus receptores: intelectuales, clases trabajadoras, en general..., sino también industriales, capitalistas, militares..., a quienes les interesa por diferentes motivos noticias, tanto socio culturales como económicas de las Islas Filipinas.

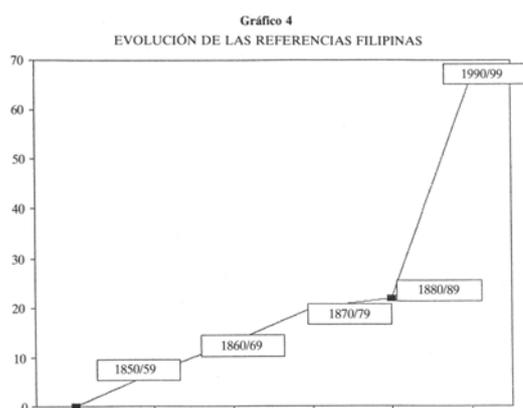
Asimismo, se puede observar cómo están repartidas el número de referencias periodísticas,

¹¹⁸Los datos sobre tiradas medias de algunos periódicos madrileños son aproximativas para aquéllos que se enviaron a provincias. No damos la tirada media en Madrid ya que es muy difícil saber el número de ejemplares de tiraje. La fuente de dichos datos: *Prensa y Sociedad*, Madrid, 1975.

teniendo en cuenta tanto la tendencia de las publicaciones como el año de publicación.



Se vuelve a corroborar el mayor número de publicaciones de los diarios independientes, pero una mayor regularidad en la prensa moderada y en la demócrata, así como una atención menor y más puntual en las demás tendencias. Hemos de tener en cuenta que las publicaciones independientes, aunque no faltas de contenido político, representan un cambio en la forma de informar, ya no es la opinión, ni artículo de fondo [100] generalmente encargado a escritores-periodistas, sino empieza a transformarse en información más opinión a cargo de profesionales del periodismo, ya el escritor en las publicaciones pasa a un segundo plano, encargándose de secciones muy determinadas: culturales, folletines, crítica... No informativas. Este cambio no termina en el s. XIX, sino que se va realizando paulatinamente internándose en las tres primeras décadas del s. XX, en donde comienza a realizarse el periodismo tal y como lo entendemos hoy en día.



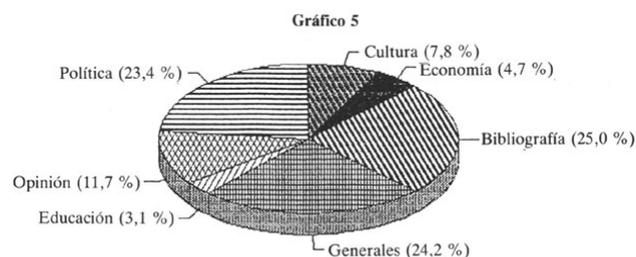
Al analizar las referencias periodísticas he marcado cinco etapas, la primera de ellas comienza en 1850 y la última finaliza en 1899. Desde un punto de vista cronológico, partimos de la década moderada (1844-1854); ocupa el bienio progresista (1854-1856); el restablecimiento de la constitución de 1845, época de dominio de la Unión Liberal (1856-74); y terminando con la época de la Restauración (1875-1902). Con tal convulsión política las referencias a Filipinas según nos muestra el gráfico 4.

Observamos la progresión de referencias y su coordinación con la historia de España si de

1850 a 1869 se ha seleccionado 20 noticias en un momento de especial virulencia en la Península: la huelga general de Cataluña (1855), la guerra de Marruecos (1859), las guerras carlistas, la primera guerra de Cuba, etc., son noticias, entre otras, que preocupan más [101] a los españoles. Entre 1870 y 1889 se duplican las del período anterior, 42 noticias, pero sigue siendo ésta una época igualmente virulenta: la continuación de las guerras carlistas, promulgación de la 1.ª República (1873)... En cambio, la década de 1889 a 1898, con 66 noticias, representa el 57 % de las referencias sobre Filipinas, el interés de los diarios por Filipinas coincide con las épocas de guerra y el posterior derrumbamiento del imperio de ultramar.

Independientemente de la progresión de referencias periodísticas relativas a Filipinas no llega a la importancia que en este medio de comunicación tuvo las diferentes crisis cubanas. Oriente está lejos y máxime cuando la política exterior española va cambiando hacia el Norte de África, relegando a las Islas Filipinas a un segundo o tercer plano.

El hipotético «olvido» de las posesiones españolas en Oriente se hace más evidente al dividir las noticias dependiendo de su organización temática, según nos muestra:



Las referencias políticas, opinión, económicas y generales, representan el 64,0 %. Así como las bibliográficas, o sea, aquéllas que hacen referencia a las nuevas publicaciones de libros sobre las Islas Filipinas, el 46,0 %. Lo mismo ocurre con las noticias culturales en donde he sumado todas aquellas referencias, en donde Filipinas se ve o bien desde una perspectiva histórica, costumbres..., o como tema de un folletín (muy normal en el s. XIX), está contemplado desde una perspectiva intrínseca, aquello que pertenece a Filipinas, y desde una perspectiva extrínseca aquello que los demás creen que es Filipinas y que es lo que realmente va a trascender a la opinión pública. En el apartado educación se han recogido artículos de personajes que están relacionados directamente con Filipinas.

Otro aspecto importante radicaría en conocer cuál es la referencia periodística dominante, dependiendo del tipo de noticia. Así pues, tenemos que las tendencias representadas reflejan los datos siguientes:

1. **Independientes**, con un 32,5 %, está integrada por: 2 culturales, 7 bibliográficas, 8 de opinión, 7 políticas, 16 generales. [102]

2. **Demócratas**, con el 29,3 %, está integrado por: 2 economía, 4 educación, 2 opinión, 5 bibliografía, 5 cultura, 5 noticias, 13 político.

3. **Moderados**, con el 29,3 %, está integrada por: 1 opinión, 3 cultura, 4 economía, 6 noticia, 6 político, 16 bibliografía.

4. **Liberales**, con un 6,5 %, está integrada por: 1 de opinión, 2 bibliográficas, 5 noticias.

5. **Progresistas**, con el 1,6 %, está integrada por: 1 noticia, 1 bibliografía.

6. **Católicos**, con un 0,8 %, está integrada por: 1 político.

Tan sólo los demócratas tocan todos los temas en que he dividido las referencias periodísticas, seguidos de moderados e independientes. El grupo temático al que todos hacen referencia, a excepción de la prensa católica, son los anuncios de venta de obras sobre Filipinas, la tendencia más destacada en este tipo de anuncios.

Las colecciones de referencias periodísticas

Me refiero a aquellas referencias periodísticas que pueden existir fuera del contexto de la publicación periódica en la cual aparecen, o sea, que tienen una unidad argumental prefijada por el escritor-periodista; para ello he señalado una extensión mínima de tres referencias sobre una misma base temática y un mismo autor: **La Época** publicó en 1862 seis artículos de don Antonio G. del Canto, bajo el título «España en la Oceanía», en un momento en que España inicia su penetración en Joló y Mindanao; es una reflexión sobre el pasado, presente y futuro de España en el Pacífico.

El Heraldo de Madrid publicó en 1895 cuatro artículos de don Pablo Feced y Temprano agrupados bajo el título: «Croquis filipinos», en donde se hace una llamada a los españoles a colonizar Mindanao; esta serie de artículos está en línea con los de Antonio G. del Canto; aunque hay una separación de 33 años, se sigue haciendo una política gubernamental de llamada de colonos a colonizar Filipinas.

La Iberia publica entre 1896 y 1897 una serie de diez artículos de Manuel Alhama agrupados bajo el título: «Mis viajes por Filipinas» o «Mis notas de Filipinas». Nos cuenta sus impresiones años antes de su emancipación de España.

El Heraldo de Madrid vuelve a publicar entre 1896 y 1897 una serie de artículos de Santiago Mataix, donde nos cuenta sus viajes e impresiones de Filipinas; éstos se realizan desde una perspectiva distinta de los artículos colonialistas de 1895; al igual que los de La Iberia, nos muestra una Filipinas en guerra contra España.

Estos cuatro escritores-periodistas representan al núcleo principal de aquellos que escribieron en los diarios sobre Filipinas. Observamos que en el hueco informativo existente (referido a este tipo de artículos) entre [103] 1862 y 1895 estos 33 años se llenan con informaciones diversas, pero que no tienen la coherencia informativa de estos cuatro grupos.

Escritores-periodistas filipinos

Tan sólo he reconocido a Pedro Alejandro Paterno; hay cuatro artículos que hacen referencia a él; dos en **La Época** y dos en **El Imparcial**. Tres de ellos son anuncios de sus actividades editoriales, la edición de una novela (Ninay) y los otros dos conferencias sobre Filipinas. En **El Imparcial** publicó la letra para la música de un antiguo canto filipino, titulado: «Comintana».

Se puede destacar en este apartado el uso de pseudónimos que pueden sonar al lector a nombres filipinos como es el caso de Pablo Feced y Temprano, que se hacía llamar **Quiouqiap**.

Bibliografía: referencias de prensa utilizadas

Se han seleccionado 123 referencias, las cuáles se han organizado por orden alfabético de autores, y cuando éstos no existían, por título. Cada referencia recoge los siguientes datos: autor, título, publicación periódica, lugar de publicación, fecha.

Bibliografía: referencias de prensa utilizadas

ABELLA, VENANCIO M. (1984), «La libertad de siembras de tabacos en Filipinas», en *La Época*, Madrid, 10-3-1875.

ALAS, GENARO, «Reunión ordinaria de la Sociedad Geográfica». Dará su primera conferencia sobre la dominación en Mindanao, en *El Imparcial*, Madrid, 2-12-1894.

ALAS, GENARO, «Mindanao: la victoria de Marahuit», en *La Correspondencia de España*, Madrid, 1-6-1895.

ALAS, GENARO, «Java y Filipinas. Comparación», en *La Correspondencia de España*, Madrid, 4-6-1898.

ALAS, GENARO, «Comentario de Filipinas», en *La Correspondencia de España*, Madrid, 10-6-1898.

ALCÁZAR, JOSÉ, Publicación de una «Historia de Filipinas» que se utilizará como libro de texto en el Archipiélago, en *La Correspondencia de España*, Madrid, 17-6-1896.

ALHAMA, MANUEL, «Los sucesos de Filipinas: resumen de impresiones», en *El Imparcial*, Madrid, 6-10-1896. [104]

ALHAMA, MANUEL, «Desde Filipinas. La nueva conjura, descubrimiento de un katipunán, revelaciones sorprendentes, otro plan de degüello general katipunans a granel, los cuerpos de vigilancia indígena», en *El Imparcial*, Madrid, 26-1-1897.

ALHAMA, MANUEL, «Mis viajes por Filipinas: por qué hay filibusteros», en *El Imparcial*, Madrid, 3-6-1897.

ALHAMA, MANUEL, «Mis notas de Filipinas: por qué hay filibusteros», en *El Imparcial*, Madrid, 11-6-1897.

ALHAMA, MANUEL, «Mis notas de Filipinas: por qué hay filibusteros: los Ayuntamientos, logias», en *El Imparcial*, Madrid, 17-6-1897.

ALHAMA, MANUEL: «Mis notas de Filipinas: los frailes», en *El Imparcial*, Madrid, 6-7-1897.

ALHAMA, MANUEL, «Mis notas de Filipinas: la situación de los españoles, una vergüenza y un error», en *El Imparcial*, Madrid, 10-7-1897.

ALHAMA, MANUEL, «Mis notas de Filipinas: la situación de los españoles en provincias», en *El Imparcial*, Madrid, 16-7-1897.

ALHAMA, MANUEL, «Mis notas de Filipinas: nuestros amigos los japoneses», en *El Imparcial*, Madrid, 27-7-1897.

ANTÓN, FERNANDO DE, «Exposición Filipina», en *El Imparcial*, Madrid, 11-1-1898.

ARENAL, JUAN, «Desde Manila», en *El Heraldo de Madrid*, Madrid, 15-3-1897.

ARGÜELLES Y VALLEJO, A. M., Dentro de pocos días se estrenará en el teatro de La Cruz la pieza en un acto «A Manila con dinero y una esposa», en *La Época*, Madrid, 7-6-1854.

BARRANTES, VICENTE, «La instrucción primaria en Filipinas», en *El Imparcial*, Madrid, 17-1-1869.

BARRANTES, VICENTE, «La instrucción primaria en Filipinas», en *El Imparcial*, Madrid, 16-2-1869.

BARRANTES, VICENTE, «La instrucción primaria en Filipinas», en *El Imparcial*, Madrid, 12-3-1869.

BARRANTES, VICENTE, ha publicado un interesante estudio sobre «La instrucción en Filipinas», en *El Imparcial*, Madrid, 1-5-1869.

BARRANTES, VICENTE. Ha propuesto del ministro de Ultramar se le ha concedido la gran Cruz de Isabel la Católica a V.B. por los servicios que prestó a la instrucción pública en Filipinas en 1866 y 1867, en *La Época*, Madrid, 11-4-1871.

BARRANTES, VICENTE. Anuncio de libro: «Guerras piráticas de Filipinas», don V. B., Francisco de A. Pacheco, en *El Imparcial*, Madrid, 14-4-1879.

BARRANTES, VICENTE, «La situación de Filipinas», en *El Imparcial*, Madrid, 13-6-1887.

BARRANTES, VICENTE. Se ha recibido la obra con el título *El teatro tagalo*, que acaba de ser publicada por V.B.; contiene interesantes noticias: la parte histórica contiene datos muy interesantes sobre el *Mozozo* de la Pasión que cantan los indios en Semana Santa y el estudio bibliográfico que hasta hoy se ha hecho de los dialectos de Filipinas, en *La Correspondencia de España*, Madrid, 16-3-1890.

BLANCO ASENJO, RICARDO, «La última semana: ¿han venido los filipinos a Madrid, o Madrid se ha trasladado a Filipinas?», diálogos en *La Correspondencia de España*, Madrid, 10-7-1887. [105]

BLANCO ASENJO, RICARDO, «La última semana: un viaje imaginario. En la exposición filipina, espantosa tragedia», en *El Imparcial*.

BRAVO, FELIPE, «Diccionario geográfico-estadístico-histórico de las Islas Filipinas» por los MM.RR.PP. Misioneros Agustinos Calzados, Fr. Manuel Buceta y Fr. F. B., en *La Época*, Madrid, 28-8-1851.

BRAVO Y MOLTO, Emilia, «Dos fiestas en Manila», en *La Época*, Madrid, 20-8-1885.

CABALLERO, MANUEL M.^a, crítica del libro de viajes titulado *Las Islas Filipinas y más allá*, de don M. M.^a C., en *La Correspondencia de España*, Madrid, 19-4-1872.

CABALLERO, MANUEL M.^a, crítica a *Las Islas Filipinas y más allá*, del señor don M. M.^a C., en *La Época*, Madrid, 28-4-1872.

CAÑAMAQUE, FRANCISCO, «Recuerdos de Filipinas», en el *Imparcial*, Madrid, 3-2-1879.

CAÑAMAQUE, FRANCISCO, *Recuerdos de Filipinas, cosas, casos y usos de aquella isla, visto, oído y contado*, por F.C., segunda parte. Madrid, imprenta y estereotipia de Aribau y Compañía, 1879, en *La Época*, Madrid, 30-6-1879.

CAÑAMAQUE, FRANCISCO, La Academia Judo-China de Francia ha puesto en venta en París, traducido por M. Taylor, el libro de la Isla las Filipinas de F.C., en *El Imparcial*, Madrid, 31-1-1882.

CÁNOVAS DEL CASTILLO, A. La Real Academia de la Historia, en la sesión celebrada anoche, se leyó un informe sobre la historia de Filipinas, en *La Correspondencia de España*, Madrid, 6-10-1883.

CANTO, ANTONIO G. DEL, «España en la Oceanía: nuestro pasado, II», en *La Época*, Madrid, 20-2-1862.

CANTO, ANTONIO G. DEL, «España en la Oceanía: nuestro presente en Mindanao y Joló», IV, en *La Época*, Madrid, 14-3-1862.

CANTO, ANTONIO G. DEL, «España en la Oceanía: conquista y dominación de Mindanao», en *La Época*, Madrid, 8-4-1862.

CANTO, ANTONIO G. DEL, «España en la Oceanía: nuestro presente en Mindanao y Joló», en *La Época*, Madrid, 8-4-1862.

CANTO, ANTONIO G. DEL, «España en la Oceanía: medios de arbitrar recursos para llevar a cabo la conquista y dominación de Mindanao», en *La Época*, Madrid, 18-4-1862.

CANTO, ANTONIO G. DEL, «España en la Oceanía: nuestro porvenir», en *La Época*, Madrid, 9-5-1862.

CARO Y MORA, JUAN, «Los de Manila», en *El Heraldo de Madrid*, Madrid, 28-5-1897.

CASAL Y OCHOA, P. Anuncio del libro *Estudio político-social de Filipinas*, por don P. C. y O., en *El Imparcial*, Madrid, 25-1-1889.

CASTROVIDO, Roberto, «La Campaña de Mindanao», en *La Época*, Madrid, 1-12-1895.

CAVADA MÉNDEZ DE VIGO, A. Se ha publicado el primer tomo de la obra *Historia geográfica, geológica y estadística de Filipinas*, en *La Época*, Madrid, 14-9-1877.

CHÁPULI NAVARRO, JOSÉ A.: «Siluetas y matices», serie de artículos que tratan de Filipinas, en *La Época*, Madrid, 23-5-1894.

DULCET Y GRANDE, GASPAS, crítica de *Reseña histórica de la guerra al sur de Filipinas*, por don Emilio Bernáldez, en *La Época*, Madrid, 22-5-1859

ESTRADA, LUIS, «Carta sobre la cuestión de Manila», en *La España*, Madrid, 3-11-1865.

FECED Y TEMPRANO, PABLO, *Filipinas: esbozos y pinceladas*, en *El Heraldo de Madrid*, Madrid, 5-4-1891. [106]

FECED Y TEMPRANO, PABLO, «Croquis filipinos», en *El Heraldo de Madrid*, Madrid, 23-4-1895.

FECED Y TEMPRANO, PABLO, «Croquis filipinos», en *El Heraldo de Madrid*, Madrid, 7-5-1895.

FECED Y TEMPRANO, PABLO, «Croquis filipinos: colonos a Mindanao», en *El Heraldo de Madrid*, Madrid, 15-5-1895.

FECED Y TEMPRANO, PABLO, «Croquis filipinos», en *El Heraldo de Madrid*, Madrid, 15-5-1895.

FECED Y TEMPRANO, PABLO, «Oro en Filipinas», en *El Heraldo de Madrid*, Madrid, 20-8-1895.

FERNÁNDEZ ARIAS, fray E., *Paralelo entre la conquista y dominación de América y el descubrimiento y pacificación de Filipinas*, en *La Época*, Madrid, 4-4-1893.

FERNÁNDEZ ARIAS, fray E., *Paralelo entre la conquista y dominación de América y el descubrimiento y pacificación de Filipinas*, en *La Época*, Madrid, 16-7-1888

FERNÁNDEZ GINER, JOSÉ, *Manual de los jueces de paz*, por don José Robles Lahera, juez de primera instancia de la provincia de la Isla de negro, en *La Época*, Madrid, 16-7-1888

FERNÁNDEZ GÓMEZ, «De Filipinas: carta desde Manila al director del 'Imparcial'», en *El Imparcial*, Madrid 14-6-1891.

FERNÁNDEZ, HIPÓLITO, De su viaje a Filipinas a traído un documento adquirido en el templo de Buda en Ceilán (...), en *El Mundo*, 23-2-1874.

GARCÍA COMBA, ANDRÉS, «Noticias sobre Joló», en *La Nación*, Madrid.

GARCÍA DEL CANTO, ANTONIO. Ha comenzado ha publicarse *El misterio de Filipinas*, en *La España*, Madrid, 20-1-1859.

GARCÍA DEL CANTO, ANTONIO. Se anuncia la publicación del *Misterio de Manila* de A.G.C., autor también de una leyenda malayo-musulmana, titulada *La isla del amor*.

GARCÍA DEL CANTO, ANTONIO. En breve publicará un folleto que analizará las causas que motivan los terremotos en Manila, en *El Imparcial*, Madrid, 18-8-1863.

GARCÍA DEL CANTO, ANTONIO. Anuncia el libro *Los piratas de Filipinas*, en *La Correspondencia de España*, Madrid, 13-8-1888.

GONZÁLEZ PARRANDO, JULIÁN. Libros nuevos: *Las islas Filipinas (Mindanao)*, en *La Época*, Madrid, 11-2-1899.

GRAU Y FIGUERAS, CASIMIRO, *Memoria sobre la población y riquezas de las Islas Filipinas*. Un profundo estudio de las materias económicas y un exacto conocimiento del país a que se aplica, en *La Nación*, Madrid, 13-4-1855.

LA POULIDE, JUAN L., «Los héroes de Mindanao», en *La Correspondencia de España*, Madrid, 24-7-1894.

LA POULIDE, JUAN L., «Cosas de Mindanao», en *El Imparcial*, Madrid, 7-8-1894.

LA POULIDE, JUAN L., «Cosas de Mindanao», en *El Imparcial*, Madrid, 14-8-1894.

LAGUNA, MÁXIMO DE, publica un folleto titulado *Apuntes sobre un nuevo roble de la flora de Filipinas*, en *La Época*, Madrid, 18-9-1875.

MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, J., «Estadismo de las Islas Filipinas», en *La Época*, Madrid, 15-3-1894.

MATAIX, SANTIAGO, «A borde de Yarra: camino de Manila, páginas de mi diario», en *El Heraldo de Madrid*, Madrid, 14-11-1896.

MATAIX, SANTIAGO, «Desde Manila», en *El Heraldo de Madrid*, Madrid, 14-2-1897.

MATAIX, SANTIAGO, «Desde Manila», en *El Heraldo de Madrid*, Madrid, 23-3-1897.

MATAIX, SANTIAGO, «Desde Manila», en *El Heraldo de Madrid*, Madrid, 28-2-1897.

[107]

MATAIX, SANTIAGO, «Desde Manila», en *El Heraldo de Madrid*, Madrid, 1-3-1897.

MATAIX, SANTIAGO, «Desde Manila», en *El Heraldo de Madrid*, Madrid, 6-3-1897.

MATAIX, SANTIAGO, «Soldados de Filipinas», en *El Heraldo de Madrid*, Madrid, 3-4-1897.

MATAIX, SANTIAGO, «Soldados de Filipinas», en *El Heraldo de Madrid*, Madrid, 4-4-1897.

MATAIX, SANTIAGO, «Desde Parañaque», en *El Heraldo de Madrid*, Madrid, 5-4-1897.

- MATAIX, SANTIAGO, «En campaña», en *El Heraldo de Madrid*, Madrid, 7-4-1897.
- MATAIX, SANTIAGO, «Carta de Filipinas», en *El Heraldo de Madrid*, Madrid, 16-4-1897.
- MATAIX, SANTIAGO, «Desde Parañaque», en *El Heraldo de Madrid*, Madrid, 17-4-1897.
- MATAIX, SANTIAGO, «Desde Parañaque», en *El Heraldo de Madrid*, Madrid, 20-4-1897.
- MATAIX, SANTIAGO, «Desde Manila», en *El Heraldo de Madrid*, Madrid, 29-4-1897.
- MONTERO Y VIDAL, JOSÉ: «Costumbres filipinas: el gobernadorcillo», en *El Imparcial*, Madrid, 5-9-1881.
- MONTERO Y VIDAL, JOSÉ: «Las colecciones de tabaco en Filipinas», en *El Imparcial*, Madrid, 9-1-1882.
- MONTERO Y VIDAL, JOSÉ: «Lectura en la Real Academia de la Historia de una obra sobre el Archipiélago filipino», en *La Correspondencia de España*, Madrid, 4-4-1897.
- MONTERO Y VIDAL, JOSÉ. Se ha publicado el t. I de la *Historia General de Filipinas*, en *La Correspondencia de España*, Madrid, 28-4-1887.
- MONTERO Y VIDAL, JOSÉ. Libros nuevos *Historia de la piratería malayo-mahometana*, en *El Imparcial*, Madrid, 13-8-1888.
- MONTERO Y VIDAL, JOSÉ. Se han puesto a la venta los tomos 2 y 3 de la *Historia de Filipinas desde el descubrimiento hasta nuestros días*, en *La Correspondencia de España*, Madrid, 22-6-1895.
- MONTERO Y VIDAL, JOSÉ. Anuncio, acaba de publicarse *Historia General de Filipinas* (...), en *La Época*, Madrid, 24-6-1895.
- MONTERO Y VIDAL, JOSÉ. Acaba de publicarse *Historia General de Filipinas*, en *La Época*, Madrid, 7-7-1895.
- NAVARRO Y REVERTER, JUAN. Revista científico-literaria *Apuntes sobre un nuevo roble de la flora filipina*, en *El Imparcial*, Madrid, 29-10-1875.
- PALETA, V., «Intereses españoles en Filipinas», en *El Imparcial*, Madrid, 15-9-1875.
- PATERNO, PEDRO ALEJANDRO, «Conferencia en el Ateneo sobre sus libros inéditos», en *El Imparcial*, Madrid, 18-5-1884.
- PATERNO, PEDRO ALEJANDRO, *Ninay*, novela sobre costumbres filipinas, en *La Época*, Madrid, 12-7-1885.
- PATERNO, PEDRO ALEJANDRO, letra para la música del antiguo canto filipino *Comintana*, en *El Imparcial*, Madrid, 4-7-1887.
- PATERNO, PEDRO ALEJANDRO, *Crítica de la antigua civilización de Filipinas*, en *La Época*, Madrid, 12-7-1887.
- REPÁRAZ, GONZALO, «Para Filipinas. El general Polavieja como gobernante, su mando en Cuba», en *El Heraldo de Madrid*, Madrid, 26-9-1896.
- REPÁRAZ, GONZALO, «Campaña de Filipinas», en *El Heraldo de Madrid*, Madrid, 24-3-1897.
- RETANA, WENCESLAO EMILIO, anuncio del *Catálogo de la Biblioteca filipina*, en *La Época*, Madrid, 3-4-1893.
- RETANA, WENCESLAO EMILIO, crítica a la *Bibliografía de Mindanao*, en *La Época*, Madrid, 5-9-1894. [108]
- RETANA, WENCESLAO EMILIO, «De actualidad: cosas de Filipinas», en *El Heraldo de Madrid*, Madrid, 27-8-1896.
- RETANA, WENCESLAO EMILIO, «De actualidad: cosas de Filipinas», en *El Heraldo de Madrid*, Madrid, 16-9-1896.
- RETANA, WENCESLAO EMILIO, «Cosas de Filipinas: para el 'Standard'», en *La Época*, Madrid, 19-9-1896.
- RIVILLA Y RAMIRO, fray J., Discurso pronunciado en la apertura anual de los estudios de la Universidad de Manila, en *El Siglo Futuro*, Madrid, 22-4-1879.

RIVILLA Y RAMIRO, fray J., Discurso pronunciado en la apertura anual de los estudios de la Universidad de Manila, en *El Siglo Futuro*, Madrid, 23-4-1879.

RIVILLA Y RAMIRO, fray J., Discurso pronunciado en la apertura anual de los estudios de la Universidad de Manila, en *El Siglo Futuro*, Madrid, 24-4-1879.

RIVILLA Y RAMIRO, fray J., Discurso pronunciado en la apertura anual de los estudios de la Universidad de Manila, en *El Siglo Futuro*, Madrid, 26-4-1879.

RODRIGO, ADOLFO, «Las noticias de Filipinas», en *El Siglo Futuro*, Madrid, 6-9-1896.

ROMERO, MANUEL, crítica al *Romancero filipino*, en *El Imparcial*, Madrid, 24-8-1893.

SAJADERO Y JERO, R., «La producción forestal en Filipinas», en *La Época*, Madrid, 4-2-1875.

SAJADERO Y JERO, R., «Excursión forestal al N.O. de la Isla de Luzón», en *La Época*, Madrid, 27-2-1875.

SALCEDO, crítica *Colonias españolas*, numerosos documentos referentes a las islas de Mindanao y Joló, en *La Época*, Madrid, 19-4-1894.

SÁNCHEZ, FELIPE, «La colonización de Mindanao», en *El Pensamiento*, Madrid, 10-8-1860.

TABOADA, LUIS. En broma: ahora que se comienza a arreglar lo de Filipinas, sale diciendo un sabio que el mundo se acabará en agosto (...), en *El Imparcial*, Madrid, 5-4-1897.

URIOS, SATURNINO, «Misión en Mindanao», en *El Siglo Futuro*, Madrid, 6-2-1884.

VALLS Y MERINO, *De España a Filipinas*, libro de viajes, en *La Correspondencia de España*, Madrid, 29-10-1895.

VÁZQUEZ DE ALDANA, A., «Cartas Oceánicas: intereses materiales en Filipinas», en *La Época*, Madrid, 15-9-1876.

WALS Y MERINO, B., *Lo de Filipinas*, en *El Imparcial*, Madrid, 24-12-1892.

YAÑE, ANTOLÍN, en *El Imparcial*, Madrid, 9-1-1886. [109]

Taiwán y el medio ambiente: El «dragón» que devora su futuro

Pedro Costa Morata

La isla de Taiwán, llamada oficialmente República de China, es un singular enclave sometido a todas las contradicciones típicas de un modelo de desarrollo disparatado en un entorno político artificial e histórico. Desde que los derrotados seguidores del Partido Guomindang llegaron a la isla tras ser expulsados por Mao Zedong, la opción desarrollista, basada en una economía exclusivamente orientada a la exportación y en un casi exclusivo *partenaire* comercial (Estados Unidos), ha convertido la maravillosa isla (bautizada *Formosa* por los portugueses) en solar contaminado, con atmósfera y aguas envenenadas por la feroz actividad industrial y la casi nula vigilancia oficial. Tras la desaparición del caudillo nacionalista Jiang Jieshi (llamado en Europa Chiang Kai-Shek) y de su hijo y sucesor, la situación política ha ido mejorando lentamente, permitiendo la acción *in extremis* de un activo movimiento ecologista que combate sin reparo al sistema productivo contaminador.

VARIABLES SOCIOECONÓMICAS DRAMÁTICAS

Taiwán está habitada por 20 millones de personas, que se acumulan en la costa y los estrechos valles de un mundo insular de 36.000 km² de superficie que, además, está accidentado, con una espinaza montañosa de alturas que superan los 3.900 m. Sobre tan reducido espacio vital se desarrolla una actividad industrial febril, con incrementos medios del PIB del 8-10 por 100 anual, mínima inflación del 1-2 por 100 y alta renta *per capita* de unos 7.500 dólares. Las reservas en divisas acumuladas ascienden a 75.000 millones de dólares, que sitúan al país en el tercer puesto mundial.

Aunque la industria de mayor valor añadido es la exportación de productos electrónicos, la isla acoge todo tipo de actividades económicas *pesadas*, o básicas: refinerías, plantas petroquímicas, grandes astilleros, centrales nucleares, etc. Junto a Corea del Sur, Hong Kong y Singapur forma el famoso cuarteto de los «dragones» del desarrollo en el Extremo Oriente, afirmados todos ellos en situaciones políticas a cuál más peculiar. [110]

Escalafón/explotación étnica

La población de la isla está formada por un elemento étnico predominante, de tipo chino, que ocupó la isla en el siglo XVI y supone actualmente el 80 por 100 del total. Son los taiwaneses los que han sufrido tradicionalmente la colonización y la invasión de sus poderosos vecinos (Japón, sobre todo), y también de las potencias europeas. La actual mayoría se impuso, en su día, a la población aborigen, de tipo malayo-polinesio, que actualmente supone un 2 por 100 del total, y vive arrinconada y humillada, soportando el implacable castigo del desarrollo y la marginación.

Pero en 1948-49 llegaron a la isla los chinos del Guomintang, que siendo minoría se impusieron y han gobernado como colonialistas la isla y los recursos. Esta invasión «política» ha sido siempre rechazada, en mayor o menor grado. Con la apertura política y los primeros pasos democráticos las reivindicaciones taiwanesas se han estructurado en torno al Partido Demócrata Progresista (PDP), que ya cuenta con el 30 por 100 de los votos. El propio presidente actual, Lee Teng Hui, sucesor de la saga de los Chiang, es taiwanés de origen, lo que ha supuesto toda una revolución mental en las filas del partido en el poder.

Frente al irredentismo nacionalista del Guomintang, que sigue pretendiendo «unificar» la madre patria con la homogeneización de las tierras continentales y de la isla, los taiwaneses del PDP aspiran a la «independencia», es decir, al establecimiento de una separación política e ideológica total con la actual República Popular China. Dado que estas aspiraciones siguen siendo «tabú» en el mundo político controlado por el montaraz Guomintang, el PDP administra con prudencia esta pretensión que, además, divide a sus miembros entre radicales y moderados (partidarios de un entendimiento con Pekín). Sus actuales líderes pertenecen a la facción moderada y se impusieron a finales de 1988 a los partidarios de la independencia de la isla.

La ruina de los recursos naturales

En esta República nacionalista insular parece como si los dirigentes hubieran decidido, tras su expulsión y derrota por los comunistas, construir un Estado superdesarrollado sobre la endeblez de una ideología irredentista. Especialmente agresivo ha sido el desarrollo económico tras el reconocimiento de Pekín por los Estados Unidos, momento en que el Guomintang y su fanfarria política sufrieron un serio golpe. La frustración encontró salida mediante la aceleración del desarrollo y la conquista del mercado estadounidense, que absorbe actualmente el 80 por 100 de las exportaciones de la isla.

Los años 80, efectivamente, han supuesto una etapa de destrucción medioambiental sin precedentes, habiéndose alcanzado situaciones irreversibles [111] a lo largo y lo ancho de toda la isla. Esto es especialmente dramático en lo que se refiere a la cubierta forestal tropical, aniquilada por la invasión del espacio rural por la industria y por la necesidad de incrementar las plantaciones de arroz, ocupadas, a su vez, por la expansión urbana. Las ciudades se comen los campos de arroz; éstos corroen el bosque; y éste desaparece y se ve sustituido por especies de coníferas de crecimiento rápido. La espléndida fauna del bosque tropical retrocede y perece: ya no se detecta la presencia de esa maravilla zoológica que era el leopardo manchado.

El bosque ha sido triturado, también, por la política de descentralización de industrias, que ha implicado, también, innumerables carreteras y, en consecuencia, una creciente exposición a la erosión de un suelo que, en general, posee altas pendientes y resulta muy vulnerable a las lluvias. La construcción de numerosos pantanos en las cuencas altas de los ríos resulta en cierta

medida inútil, al estar sometidos a un alto grado de colmatación por los sedimentos que arrastran las fuertes lluvias.

Los cultivos intensivos de arroz absorben, por otra parte, cada vez más fertilizantes. Se ha triplicado su consumo en 30 años, mientras que la superficie cultivada solamente ha aumentado en un 3,5 por 100. La ineficiencia es, pues, creciente, en unos suelos que ya no son los de óptima calidad que durante siglos abastecieron de arroz a toda la población. El exagerado consumo de abonos nitrogenados y fosfatados ha llevado a la contaminación de los acuíferos. Se asegura que un 20 por 100 de las aguas continentales no son ya aptas para el consumo.

Al problema que generan los fertilizantes hay que añadir el de los pesticidas, también usados en exceso en los arrozales. Las medias de estos *inputs* son de 4 kg/ha, de las más altas del mundo. El resultado es el envenenamiento frecuente de los trabajadores y los consumidores, así como la infertilización por contaminación de los suelos. Muchos agricultores se abstienen de consumir sus propios productos cultivados con estos compuestos agroquímicos, a la vez que denuncian este modelo de explotación intensiva del campo típicamente occidental y abiertamente contrario al seguido tradicionalmente en Oriente. Una de las manifestaciones más sonadas de los últimos años agrupó a miles de campesinos que exigían más defensa sanitaria frente al envenenamiento por pesticidas y fertilizantes.

Aire insano, aguas pestilentes

Taibei, con un quinto de la población total de la isla, es una de las ciudades más contaminadas del mundo, con cielos irrespirables y aguas pestilentes. Muy pocas ciudades depuran sus vertidos, que se mezclan con los procedentes de las industrias esparcidas por todo el territorio. Taiwán posee uno de los índices más altos del mundo de hepatitis contraída vía aguas insalubres o alimentos contaminados (el 30 por 100 del arroz está [112] afectado por metales pesados tóxicos). De algunos ríos, en su curso bajo, se dice que además de llevar aguas impuras, son flujos de líquido combustible, por los vertidos industriales que los alcanzan.

Los ciclistas urbanos con máscara anticontaminación son parte del paisaje de la atormentada ciudad de Taibei, con medias de contaminación del aire usualmente dos o tres veces por encima de las habituales (o permitidas) en las ciudades europeas. Hasta 1983 no empezó a funcionar la primera institución oficial medioambiental, la Agencia de Protección Medioambiental, que muchos consideran llegar demasiado tarde. En consecuencia, es casi total la ausencia de datos concretos sobre la contaminación y la evolución a lo largo de los últimos 20 años.

Uno de los reflejos más claros del caos económico- ambiental en que se desenvuelve la isla son los desastres que con frecuencia afectan a las instalaciones de acuicultura, uno de los orgullosos «espejos» del desarrollo nacional. La contaminación de las aguas que se emplean produce mortandades ingentes, además de inducir crecientes conflictos de uso del agua entre agricultores y acuicultores.

Contra la energía nuclear

Como no podía ser menos, la economía de Taiwán se dotó en los años 70 de un ambicioso programa nuclear, que llevó a la instalación de tres centrales que suministran más del 50 por 100 de la energía eléctrica de la isla. Sin embargo -y de forma no menos típica-, el excesivo ardor nuclearizante de los gobernantes generó una respuesta contundente, mitad ecologista, mitad política, que impidió la construcción de una cuarta planta. Por supuesto que el ambicioso programa de 20 centrales ha quedado sin efectos prácticos.

El orgullo desarrollista del Guomindang ha sufrido este agravio mientras las sospechas de que el programa nuclear buscaba, adicionalmente, utilizaciones atómicas menos pacíficas ocasionaba, además, problemas internacionales. En dos ocasiones, al menos, las presiones de Estados Unidos han forzado a abandonar instalaciones «críticas» que, subrepticamente, las autoridades iban

desarrollando al amparo de los centros de investigación civil. De todas formas, algunos observadores consideran que Taiwán posee acuerdos secretos con Israel y Sudáfrica en relación con la disponibilidad de la bomba, que esas otras potencias poseen con casi total certidumbre.

El movimiento antinuclear se fundamenta en el pésimo emplazamiento de las centrales existentes, construida una en un área volcánica y otra sobre el borde del llamado «Cinturón de fuego del Pacífico», sobre el que, en realidad, se asienta la isla entera. Pese a la opacidad informativa, se han detectado diversas fugas de agua radiactiva en los últimos años, y actualmente atrae toda la atención de los antinucleares el programa de [113] selección de un emplazamiento definitivo para los residuos de alta actividad (combustible irradiado).

Mensaje radical de los ecologistas taiwaneses

Algunas encuestas señalan que más de la mitad de la población (de origen taiwanés, sobre todo) prefiere anteponer el medio ambiente al desarrollo económico implacable. De ahí que en los últimos años las manifestaciones se hayan producido casi con periodicidad diaria, a partir de que (julio de 1987) se levantara la ley marcial vigente desde el establecimiento del Guomintang en la isla...

De esta forma, gigantescos y orgullosos proyectos industriales han sido rechazados, como la factoría Dupont de dióxido de titanio o la planta petroquímica de ICI. Miles de manifestantes airados han llegado a asaltar las numerosas plantas del área petroquímica de Linyan para exigir medidas anticontaminación.

El profundo sentimiento antidesarrollo en Taiwán se ve favorecido por el hecho de que no existe desempleo en la isla, por lo que el fantasma del paro apenas es utilizable por los defensores de la industria o los propios gobernantes (los sindicatos empiezan ahora su acción). En consecuencia, algunas firmas industriales intentan instalarse fuera de la isla: Filipinas, Corea del Sur y la propia China continental son ahora el objetivo de una colonización industrial de origen político y medioambiental.

La oposición ecologista, muy politizada, ha entroncado con el sentimiento anti-Guomintang de gran parte de la población. El reproche en la lucha medioambiental es claro: «Vosotros -viene a decir-, chinos continentales, estáis aquí pensando siempre en volver al continente; es lógico que no os preocupe la degradación medioambiental de nuestra isla.» Ahí se produce la conjunción activista de los ecologistas y de los militantes del PDP, partido en cuya creación subyace la oposición de los taiwaneses a los chinos del continente.

Malos tiempos para el Guomintang

La evolución de los acontecimientos en Taiwán parece unívoca, y viene determinada por la progresiva normalización democrática y la mutación palpable de las condiciones socioeconómicas. Ya no es posible mantener los bajísimos salarios que han sustentado la competitividad de sus producciones, ni tampoco resulta fácil mantener el modelo de desarrollo económico con las mismas pautas de destrucción veloz de recursos y calidad de vida.

Todo parece indicar que, próximamente, la fuerza del Kuomintang dejará de ser mayoritaria, con el avance de las fuerzas del PDP, de carácter taiwanés. Esto abre algunas incógnitas, evidentemente, pero impone [114] un horizonte político netamente distinto al que ha rodeado la isla durante 40 años.

La agresividad de Estados Unidos, por otra parte, con respecto al dinamismo exportador de la isla, la revaluación continua de la moneda y el mayor protagonismo social y sindical acabará trasladando al pasado la imagen de una isla-Estado ferozmente anticomunista e implacablemente antiecológica. [115]

Belén Bañas Llanos
Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Centro de Estudios Históricos

El gran esfuerzo español para estudiar y fomentar las especies vegetales útiles en América y sus colonias ultramarinas durante el siglo XVIII, y muy especialmente en el reinado de Carlos III, indujo a Humboldt a escribir «que ningún gobierno europeo había hecho tan considerables gastos como el de España para adelantar el conocimiento de los vegetales»¹¹⁹. Efectivamente, la labor desarrollada en este sentido fue tan amplia que hoy participa de un lugar destacado dentro de la historia de la ciencia española.

No obstante, y desde el descubrimiento de América, en 1492, siempre hubo quien se interesó por la flora de aquellos, entonces desconocidos, territorios, y por ello se escribieron numerosos libros sobre la misma. Generalmente fueron religiosos que titularon sus obras «De la historia natural...». Estos libros fueron escritos por personas que carecían, en general, de formación botánica, aunque hoy son de gran utilidad.

España, en el siglo XVI, organizó un viaje científico a México con la intención de conocer la flora de ese país. Lo realizó el doctor Francisco Hernández, protomédico de Felipe II, que efectuó una gran labor, aunque la mayoría de sus escritos se quemaron en el incendio de la Biblioteca de El Escorial.

Durante el siglo XVII, el interés de España por la flora americana decayó. Este siglo vio a la Metrópoli replegada sobre sí misma y en letargo permanente, hasta el punto que Cadalso llegó a escribir que, a la muerte de Carlos II, no era ya sino el esqueleto de un gigante.

El siglo XVIII trajo nuevos vientos a España, entre otros: la entronización borbónica, el auge de la fisiocracia y el afán de renovación de los ilustrados. Por todo ello, este siglo generó, sobre todo en su segunda mitad, varias expediciones científicas botánicas a América y Filipinas, con el fin de estudiar su flora, para posteriormente utilizarla en la industria, la medicina o el comercio. La labor desarrollada por España en este sentido es muy amplia, aunque hemos de reconocer que estuvo a la [116] zaga de otros países europeos que, como Inglaterra, Francia u Holanda, habían estudiado los vegetales de algunas de sus colonias ultramarinas a través de expediciones científicas. Recordemos las expediciones del inglés Cook o la de los franceses La Pérouse y Jussieu, entre otras.

¹¹⁹SARRAILH, JEAN: *La España Ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*. F.C.E. Madrid 1985. Página 450.



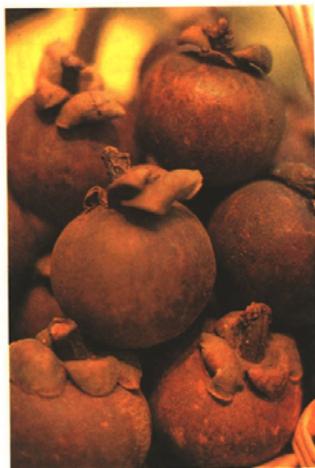
Árbol y hoja de rima

Así pues, en el siglo XVIII, España no fue la que «creó» ni la que «dirigió» la gran corriente civilizadora, cuya fuente se encontraba en Londres y más tarde en París. Estos países la arrastraron, según Sarrailh, hacia un destino mejor, pues sintieron la necesidad de incorporarla al movimiento del despotismo ilustrado y de enseñar a España cómo abrirse a la corriente europea¹²⁰. Así, en la segunda mitad del siglo XVIII, en física experimental se siguen las orientaciones de las Memorias de la Academia de Ciencias de París; en instrucción náutica, los viajes del inglés Cook; en filosofía, las transacciones de Londres; y en botánica, comienza a imponerse el sistema del sueco Linneo.

A imitación de Inglaterra o Francia, en esta misma época de Carlos III, España también realizó un gran esfuerzo por el intercambio de especies vegetales útiles entre América y Oceanía, como, por ejemplo, la rima y el mangostán. Esta es la historia:

El 4 de noviembre de 1786, Samuel Morc, secretario de la Sociedad de las Artes, Manufacturas y Comercio de Londres, y Juan Virio, funcionario [117] de Carlos III en calidad de secretario de su ministro en aquella Corte, el Marqués del Campo, se reunieron en Las Casas de Adelphi, en Londres, y trataron de un asunto de suma trascendencia en aquel momento para ambos países. Se trataba de la aclimatación del árbol de la rima o del pan y el mangostán.

¹²⁰SARRAILH, JEAN: *La España Ilustrada en la segunda mitad del siglo XVIII*. F.C.E. Madrid 1985. Página 116.



Mangostán

El inglés, a cuya petición se reunieron, le comentó, antes de explicarle los motivos de dicha reunión, algunos datos relativos al árbol de *rima* o del pan¹²¹ y el *mangostán*. Sobre el primero, dijo, se sabe que suministra una parte considerable del sustento de los naturales de las islas del Mar del Sur¹²². Y por consiguiente, añadió, si estos árboles se transportaran a las islas del mar Atlántico que, según él, se hallaban en la misma latitud «que aquella donde naturalmente se crían», no podía dudarse de las ventajas que resultarían de ello.

Hasta entonces sólo se habían intentado transportar dichos vegetales por el Cabo de Hornos o por el de Buena Esperanza, pero los rigores del clima del primero y la lejanía del segundo imposibilitaban el logro de los fines deseados. En este estado, el inglés propuso a Virio un medio por el cual podía facilitarse su transporte a América en buen estado, y para ello [118] era necesario que España expidiese órdenes para que algunos de sus buques que navegaban por el Mar del Sur recalasen en dichas islas, recogiesen algunos pies de los expresados árboles y, colocados dentro de cajones, envueltos en musgo, los condujesen vivos a Panamá u otro puerto de la costa occidental de América, y desde allí, por tierra, a Portobelo, desde donde sería muy fácil trasladarlos a las islas de Cuba y Jamaica, o alguna otra del Caribe. Y como en toda esta travesía pasarían por climas calientes, no dudaba «se conseguiría un feliz arribo al paraje destinado».

La realidad de esta petición era que la Sociedad de las Artes, Manufacturas y Comercio de Londres, y de la cual Morc era el secretario, había intentado infructuosamente, desde 1777 hasta 1780, y a través de diversos premios, conducir al puerto de Londres plantas de las dos especies

¹²¹Este árbol, según Morc, se halla descrito en el tomo II, página 80, de los viajes del Dr. Hawkesworth, publicados por orden del Almirantazgo de Inglaterra. Pero no da la fecha.

¹²²Hoy Océano Pacífico.

mencionadas en estado de prender¹²³. También la Sociedad de Hacendados y Comerciantes de las Indias Occidentales tenía instaurados premios con el mismo fin y hasta el momento sin ningún resultado. Inglaterra lo que realmente pretendía era conseguir su frustrado objetivo con la ayuda de España.



Mangostán

El español Virio, que no era un experto en el asunto de los vegetales, le solicitó más datos sobre los citados árboles y Morc, al día siguiente, le [119] hizo llegar el extracto de una obra que había escrito el caballero John Ellis, de la Real Sociedad de Londres¹²⁴. En ella decía lo siguiente:

¹²³Al que lo consiguiera se le entregaría una medalla de oro o cincuenta libras esterlinas.

¹²⁴Titulada: *Descripción del mangostán y del fruto del pan o rima, de los cuáles el primero pasa por el más delicioso y el otro por el más útil de cuantos frutos produce la India oriental*. Como comprobaremos en el texto, solamente aporta datos sobre la rima.



Mangostán

«El árbol de pan¹²⁵, en comparación de mangostán¹²⁶, ha merecido poca atención, aunque, atendido su uso, se le debe notable preferencia. El mangostán aprovecha a los enfermos y es agradable para todos¹²⁷; pero [120] el fruto del pan o Rima suministra a muchos el artículo muy necesario y grato de su subsistencia. Pudiera fácilmente cultivarse en nuestras islas de América y constituir una parte esencial del alimento de sus naturales de cualquier rango y condición, *especialmente a los negros*. El fruto crece entre las hojas, tiene la forma de corazón, llega al grueso de la cabeza de [121] un muchacho. Su superficie, o cáscara, es delgada, verde y cubierta por todas partes de unas verrugas de cuatro o seis ángulos a manera de diamantes labrados, bien que sin puntas. Cuanto más llanas y lisas son dichas verrugas, tanto menor número de semillas contiene el fruto y tanto mayor es la cantidad de meollo y de más glutinosa naturaleza. La parte interior de la cáscara la forma una sustancia carnosa llena de fibras entretrejidas, que se asemejan a la lana fina; éstas adhieren a ella y hasta cierto grado la constituyen. La parte carnosa de este fruto se percibe más blanda hacia el centro, donde se halla formada cierta cavidad pequeña sin huesos ni semillas, a excepción de una especie, que sólo tiene muy pocas y ésta no es buena a no ser que se cueza en el horno, o prepare de algún modo; pero si se separa la cáscara y se seca la carne fibrosa, y se cuece luego con la comida, como lo hacemos con la berza, entonces tiene el sabor de alcachofa.

¹²⁵ *Artocarpus altilis* (A. communis; A. incisa), amoráceas. Según Robert W. Scheryt «son árboles hermosos, monoicos, con grandes hojas lobadas y coriáceas, producen las grandes y ásperas frutas (ovarios más receptáculos) parecidas a las manzanas de seto norteamericano (Maclura). La fruta es feculenta, normalmente con el 30 al 40 por 100 de glúcido, y suele comerse cocida, hervida o frita. En consistencia y sabor se parece a la patata. Se conocen clases con semilla y sin ella. La forma con semilla tiene poco uso, aun cuando las semillas, hervidas o fritas, son comestibles. La propagación de los tipos sin semilla suele efectuarse por retoños de la raíz». De su libro: *Plantas útiles al hombre*. Salvat editores, S.A. Barcelona 1956, página 650.

¹²⁶ *Garcinia mangostana* (guttiferae).

¹²⁷ Estos son los únicos datos que da Morc a Virio sobre el mangostán, en el siglo XVIII. Nosotros hoy podemos aportar alguno más; se trata de la *Garcinia mangostana* de Linneo Guttiferae. «Es un árbol polígamo, de crecimiento lento, [120] de unos 5 a 10 metros de alto. Hojas coriáceas, opuestas, elíptico-oblongas de unos 15 a 25 centímetros de largo, más o menos acuminadas y con numerosos nervios secundarios conspicuos y más o menos paralelos. Flores masculinas agrupándose en fascículos terminales paucifloros. Flores hermafroditas solitarias o en pares de 5 a 6 centímetros de diámetro; 6 sépalos, persistentes en el fruto; 4 pétalos, redondeados, gruesos en la base y de color rosado; estambres numerosos; estigma sésil de 4 lóbulos. Fruto más o menos globoso de 5 a 8 centímetros de diámetro, de color rojizo púrpura, de cáscara gruesa cubriendo de 5 a 7 segmentos blancos y comestibles. Semillas pequeñas y a veces ausentes. Nativo de la Península Malaya y hoy en día es cultivado en casi todas las regiones tropicales». Del libro de Ludwig Schnee: *Plantas comunes de Venezuela*, de la colección Ciencias Biológicas, Universidad Central de Venezuela, Caracas 1984, página 449.

Robert W. Schery, en su libro: *Plantas útiles al hombre*, Salvat Editores, S.A. Barcelona 1959, página 665; dice lo siguiente: «... es un árbol pequeño, oriundo de la región malaya; da una fruta purpúrea de piel gruesa, y con un núcleo que contiene de cuatro a seis semillas y arilos blancos de exquisito sabor. Se le llama, desde hace mucho tiempo, la reina de las frutas tropicales, pero su establecimiento en el Nuevo Mundo ha encontrado dificultades ecológicas que han limitado su éxito. La especie es muy susceptible al frío...».



Mangostán

[120]

»Se halla este árbol en la parte oriental de Sumatra, y en la lengua Malaya le llaman Soccus y Soccus Capas¹²⁸. Críase igualmente en la isla de Java, en las inmediaciones de Bantano y en Balega y Madura, donde le conocen con el nombre de Soccum.

»Hay dos calidades del fruto del Pan en la India Oriental; la una sin huesos o semillas, y la otra con gran número de ellas; ambas especies se aprecian por buenas, pero la primera pasa por la más excelente. Aquélla se propaga de semillas y la otra por acodos o renuevos.

»Modernamente se ha descubierto criarse este árbol en la Isla del Príncipe, en el Estrecho de la Sonda, donde recalán para hacer agua nuestros navíos de la India Oriental a la ida y a la vuelta de sus viajes a la China.

Este fruto no está sazonado durante a lo menos los cuatro meses de septiembre, octubre, noviembre y diciembre¹²⁹».

Finalmente, el caballero Ellis describió la construcción de «un cajón hecho de intento para transportar plantas delicadas en toda su perfección»; cuyas noticias se hallaban igualmente en el impreso español que se publicó en 1779 de orden del Rey y su Ministerio de Indias con el título

¹²⁸Juan de Cuéllar lo clasifica, según *Rumph*, como *soccus lanosus: soccus capan*. Tomo 1, página 110, capítulo 27, tabla 32. Y añade «en Filipinas y Marianas se llama rima. En lengua malaya soccus solamente o soccus capan por la sustancia lanuginosa o carne de su fruto que se asemeja al algodón».

¹²⁹Archivo General de Indias (Sevilla). Indiferente General. Legajo 1.546.

de «Instrucción sobre el modo más seguro y económico de transportar plantas vivas por mar y tierra a los países más distantes»¹³⁰.

Toda esta información se la envió Juan Virio a Casimiro Gómez Ortega, director del Real Jardín Botánico de la Corte, y éste, a su vez, al Marqués de Sonora, el 17 de abril de 1787. Con ella, Ortega propuso que, una vez estudiada, resolvieran «si conviene dar orden a los directores de la Real Compañía de Filipinas¹³¹ en Manila, para que, sirviéndose de [122] Juan de Cuéllar¹³², se trajesen dichos frutos de Guam, una de las islas de los Ladrones¹³³, de Amat o Tahití, y posteriormente se trasladen a América, donde se intentarían aclimatar y, una vez propagadas allí, se llevasen a las costas meridionales de España por la vía de Panamá o por otra. Además, Gómez Ortega añadió que el *mangostán*¹³⁴ era uno de los frutos orientales más deliciosos y la rima un fruto que produce harina todo el año¹³⁵.

El escrito de Gómez Ortega produjo sus efectos, pues Gálvez, Ministro de Indias a la sazón, dio el 4 de mayo de 1787 orden a los directores de la Real Compañía de Filipinas en Madrid para que, por medio del botánico Cuéllar, residente en aquel archipiélago, se solicitasen y consiguiesen en las islas de los Ladrones los citados árboles del *mangostán* y del pan para procurar su propagación¹³⁶.

En cumplimiento de esta orden, la dirección de la Real Compañía de Filipinas en Madrid lo comunicó a la de Manila y ésta a su vez al Virrey de Nueva España, conde de Revillagigedo¹³⁷, responsable de dichas plantas en suelo mexicano en su trayecto hacia España, pues llegarían por la Nao de Acapulco. Los directores de la Compañía en Manila pusieron a bordo del navío «San Andrés», al mando del brigadier de la Real Armada José Bermúdez de Castro, cinco cajones con nueve macetas del árbol *rima*, mangas y otras frutas, para que a su llegada a México las entregase al Virrey para «darles el destino que sea conforme a las miras que el Ministerio se propone».

Seis meses después¹³⁸, José Bermúdez de Castro, desde Acapulco, comunicó al Virrey la pérdida de las plantas que traía de Filipinas, a pesar de traerlas colocadas dentro de su cámara

¹³⁰Y cuyo autor fue Don Casimiro Gómez Ortega, director del Real Jardín Botánico de Madrid.

¹³¹Fundada en 1785. Para más información sobre la misma ver *La Real [122] Compañía de Filipinas* de Lourdes Díaz-Trechuelo, publicada en Sevilla por la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, en 1965.

¹³²Naturalista de la Real Compañía de Filipinas, Botánico Real y gran amigo de Gómez Ortega. Llegó a Manila en 1786 y murió en las islas en 1802.

¹³³Hoy Marianas.

¹³⁴Que según Gómez Ortega, y en esta carta que le envía al marqués de Sonora, es observado y descrito por «nuestro Cristóbal de Acosta».

Después de localizado el libro en la biblioteca del Palacio Real de Madrid, no sin gran esfuerzo, pues hay escasísimos ejemplares en nuestro país, titulado *Tractado de las drogas y medicinas de las Indias Orientales, con sus plantas debuxadas al bivo por Cristoval Acosta, médico y cirujano que las vio ocularmente*. Burgos, año MDLXXVIII, comprobé la inexistencia del árbol del mangostán en dicho libro y sí el del mango, por lo que es posible que Gómez Ortega los confundiera.

¹³⁵AG.I. (Sevilla). Indiferente General, legajo 1.546.

¹³⁶Ibidem. Aranjuez, 4 de mayo de 1787.

¹³⁷Ibidem. Manila, 10 de julio de 1789.

¹³⁸Ibidem. Acapulco, 4 de enero de 1790.

y galería de popa «a fin de tenerlas siempre a la vista y proporcionarles el cultivo y temperamento que más le conviniese y a pesar del más vigilante cuidado y abundante [123] riego... tuve el disgusto de no haber podido conservar ni una sola, habiendo perecido todas antes de llegar a los rigores de mayor altura».

El virrey dio cuenta de ello al ministro Antonio Valdés el 10 de enero de 1790¹³⁹. En consecuencia, y a pesar de este primer fracaso el Rey, que estaba sumamente interesado en la propagación de este árbol en tierras americanas, dictó una nueva real orden sobre el asunto¹⁴⁰ que envió a los directores de la Compañía de Filipinas y al virrey de México¹⁴¹ para que lo intentasen de nuevo.

SEGUNDO INTENTO

Como consecuencia de esta segunda real orden, los directores de la Real Compañía de Filipinas gestionaron con el comandante de la fragata «Concepción» de la misma Compañía que les trajera de los Estrechos de Sonda árboles de *mangostán*. Dicho comandante, al llegar a Manila, el día 5 de agosto de 1790, se los entregó a Juan de Cuéllar, que observó cómo la mayor parte de ellos estaban en muy mal estado, y escribió: «...los reconocí y encontré que estaban cautelosamente puestos por la malicia de los malayos, y no eran otra cosa que ramas del árbol *mangostán* envueltas en unas hojas grandes con alguna tierra que las cubría...»; de este envío, Cuéllar solamente pudo salvar tres vástagos que tenían raíces. El botánico comunicó el suceso al ministro Antonio Porlier y le advirtió que tomara precauciones para que no se repitiese el engaño; no obstante, encargó a Batavia, y por otros medios, plantas o los huesos del fruto del mangostán dentro de tierra¹⁴².

A continuación, y en otra carta, el naturalista de la Real Compañía de Filipinas, Cuéllar, participó al ministro la pérdida de dos plantas de rima debido a un «bagoío»¹⁴³, ocurrido la noche del 16 de noviembre de 1790, así como de una planta de mangostán, de las tres que logró salvar de la fragata «Concepción»; las dos restantes intentó aclimatarlas en Manila y no se arriesgó a enviarlas a Nueva España¹⁴⁴, aunque, por otra parte, consideraba sumamente dificultoso el propagar los árboles de rima en las islas Filipinas, porque, según él, no cuajaba la semilla dentro del fruto «ni barbando las ramas de árboles grandes». Por todos estos motivos, Cuéllar solicitó al comandante del navío «San Andrés» que, a su vuelta de Acapulco [124] y al pasar por las islas Marianas, le trajera árboles y raíces del árbol rima que abunda en dichas islas¹⁴⁵.

TERCER INTENTO

¹³⁹Ibídem.

¹⁴⁰Ibídem. Aranjuez, 30 de mayo de 1790. En ella se hace patente la confusión que reinaba en España sobre dichos árboles, pues el ministro escribe: «... sin embargo, de la pérdida que padecieron las nueve plantas del árbol rima, llamado el mangostán y del pan...».

¹⁴¹Marqués de Franciforte, sucesor del conde de Revillagigedo.

¹⁴²A.G.I. (Sevilla), Audiencia de Filipinas, legajo 723. Manila, 27 de junio de 1791. Cuéllar a Porlier.

¹⁴³Tifón, huracán.

¹⁴⁴Por eso en 1791 no llegó ninguna a México.

¹⁴⁵A.G.I. (Sevilla). Audiencia de Filipinas, legajo 723, Manila, 27 de junio de 1791. Cuéllar a Porlier.

Cuatro años después, en 1794, y en cumplimiento de otra real orden¹⁴⁶, los directores de la Real Compañía en Manila¹⁴⁷, y por encargo del naturalista Juan de Cuéllar¹⁴⁸, volvieron a embarcar en el navío «Fernando de Magallanes», al mando del teniente de navío Luis de la Concha, cuatro macetas con 12 arbolitos de mangostán consignadas al Virrey de Nueva España, y así se lo comunicaron el 22 de julio de 1794¹⁴⁹.

El comandante Luis de la Concha escribió desde México, el 10 de enero de 1795, una comunicación al virrey en la que decía que las plantas de mangostanes se habían perdido debido a que

«se levantó un viento fresco del S.O. picando la mar en tales términos que yo mismo en una falúa forcejeé toda la mañana para tomar la fragata surta en Cavite, tres leguas distantes de la capital, habiendo llegado a bordo muy mojados cuantos íbamos en ella. La propia suerte tuvieron dichas plantas y aún algo peor por conducirse en embarcación más pequeña; por consiguiente, las partículas salitrosas que se impregnaron en todas sus hojas las fueron conduciendo lentamente a una total desecación a pesar del cuidado de su colocación en la galería de popa y de haberles destinado uno de los más racionales individuos de la tripulación con solo objeto de su riesgo».

Por tal motivo, el 12 de enero, Luis de la Concha escribió a Diego Gardoqui, comunicándole el fracaso de este tercer intento¹⁵⁰.

CUARTO INTENTO

Desde Aranjuez, el 20 de junio de 1795, se expidió de nuevo una real orden a los directores de la Compañía de Filipinas para que «no sólo en la nao¹⁵¹, sino en cualquier otro buque que navegue, ya sea a Acapulco o [125] a San Blas, remitan macetas de mangostán y rima, hasta que se tengan noticias de su plantío y arraigo»¹⁵². Tres días más tarde contestaron los directores de dicha Compañía a Diego Gardoqui afirmativamente, añadiendo un nuevo dato al respecto: Juan de Cuéllar ya no sería el encargado de buscar las preciadas plantas, pues la Compañía lo había sustituido por dos factores, Francisco Crispao y Juan Francisco Urroz. El día 15 de febrero de 1797, dichos factores, desde Manila, contestaron diciendo que habían recibido la real orden¹⁵³ por el bergantín «Activo» del departamento de San Blas, y que no les era posible cumplirla por el momento, porque no tenían arbusto alguno de mangostán, aunque lo tenían pedido a Malaca hacía tiempo, con el encargo de que se las remitieran antes de mayo para que las pudieran embarcar en la nao de Acapulco.

¹⁴⁶Con fecha 30 de mayo de 1790, expedida desde Aranjuez.

¹⁴⁷Patricio Darvin y Juan Manuel Arrieta.

¹⁴⁸A.G.I. (Sevilla), legajo 723. Manila, 22 de julio de 1794, Cuéllar a Acuña. En esta misma carta comunicaba que no enviaba plantas de rima pues las que tenía en Manila se encontraban en mal estado.

¹⁴⁹A.G.I. (Sevilla). Indiferente General, legajo 1.546.

¹⁵⁰A.G.I. (Sevilla). Indiferente General, legajo 1.546.

¹⁵¹Nao de Acapulco, de China, o de Manila. Ver *The Manila Galleon*, de William Lytle Schurz, Historical Conservation Society, Manila 1985.

¹⁵²Esta misma real orden se la comunicaron con la misma fecha al virrey de México.

¹⁵³La de 20 de junio de 1795.

Efectivamente, Rafael María de Aguilar, gobernador de las islas Filipinas en este momento, decía en comunicación de 8 de agosto de 1797¹⁵⁴ al virrey de Nueva España, marqués de Branciforte, que por la nao de Acapulco, fragata «Magallanes», se conducían dos cajones de plantas de rima oriundas de las islas Marianas que Diego Gardoqui mandó recoger a los factores de la Compañía, y que le remitía para su remesa a España; añadía el mismo documento que: «también ha embarcado el botánico de S. M. en estas islas, en la misma fragata, otro cajón con las plantas vivas y semillas que contiene la adjunta relación, el cual debe enviarse al Real Jardín Botánico de Madrid». Este fue, tal vez, el último intento de Juan de Cuéllar de enviar plantas vivas y semillas para el Real Jardín Botánico de Madrid, antes de morir en 1802.

La relación dice como epígrafe:

«Plantas vivas y semillas que contiene el cajón que don Juan de Cuéllar remite a don Vicente Cervantes, catedrático de botánica en México, para el Real Jardín Botánico de Madrid: 1 urtica alvea, planta de cuya fibra se teje el liencillo de China. 2 amomum cardamomum. 3 fut.palm. avecca. 4 cúrcuma. 5 amomum zingiber. 6 prancratium zeylamieum. 7 crimum zeylamieum. Amarillis zeylanica. 8 jacca littorea. 9 san frutt arbor mangifer. 10 panax fruticorum. 11 crotón variegatum. 12 guilandinan moringa. 13 amarillis belladona».

Estas plantas llegaron vivas a Acapulco, y desde Orizaba, con fecha de 14 de enero de 1798, el virrey dispuso que se diera orden al catedrático, de botánica del Real Jardín Botánico de México, Vicente Cervantes, para [126] que formase una instrucción acerca del modo y cómo habían de ser transportadas dichas plantas, primero a México y luego a Veracruz, para su embarque a España. Cervantes respondió lo siguiente:

«en contestación al oficio de V.E. de 16 de enero del corriente, sobre las plantas vivas y semillas que trae la fragata procedente de Manila para el Real Jardín Botánico de Madrid, hago presente a V.E. que para su mejor transporte a esta capital sólo hay que prevenir, al que se hiciere cargo de conducirlos, que vengan derechos y en la mejor situación los cajones que las contienen; que las lías o reatas con que se ajusten no toquen de ningún modo al tronco principal ni a las ramas; que al cargarlas y descargarlas se manejen con cuidado y tiento, a fin de evitar que la tierra no salga de los cajones ni mude de situación, en cuanto fuere posible, y, finalmente, que sólo se rieguen cada ocho o quince días, con muy corta cantidad de agua, procurando que la tierra conserve sólo la humedad necesaria para conservarse unida, a fin de que el sol no los disipe demasiado ni perjudique tampoco a las ramas más tiernas. Pueden colocarse en dichos cajones algunos arcos de madera para poner sobre ellos un petate que defienda a las plantas con su sombra; si fuese del agrado de V.E. que pase un jardinero de este jardín botánico a Acapulco para hacerse cargo de dichas plantas y conducir las con toda seguridad a México, se pondrá, desde luego en camino, dándole los auxilios necesarios, tanto para la manutención como para las bestias que hubieren de emplearse».

Esta carta la envió Cervantes al regente Baltasar Ladrón de Guevara, desde México, el 18 de enero de 1798. Después de no pocos trámites, se acordó conceder la cantidad necesaria para los gastos de un jardinero que fuera a recoger las plantas, siendo designado José Morro, que hizo el viaje, y que, según su relación jurada, gastó en él, entre ida y vuelta, 126 pesos y real y medio. El viaje duró desde el 9 de febrero hasta el 10 de marzo.

Al llegar, según dice, se encontró con que las plantas de rima y mangostán se habían perdido en la travesía del mar¹⁵⁵, y el cajón de semillas que había enviado Cuéllar había llegado bien, pero como estuvo detenido en Acapulco hasta que resolvieron enviar a dicho jardinero, se pudrieron

¹⁵⁴En esta misma fecha, Juan Nepuceno Miciano avisa conducirse en el mismo navío dos cajones con tres plantas vivas de rima, y en otro cajón varias plantas y semillas; aquéllas de real orden para remitirse a S.M. y éstas con dirección al Real Jardín Botánico de Madrid. Archivo General de la Nación (A.G.N.), México, Secretaría de Cámara.

¹⁵⁵Tal vez no fuera del todo cierto, pues en un documento del A.G.N. de México, Secretaría de Cámara, caja 262, se encuentra lo siguiente: «... se remitieron a Orizaba los que tratan del mangostán».

casi todas las semillas «a excepción de seis o siete saquitos que daban muestra de venir nacidos; los que quedan sembrados en este jardín por si llegaren en disposición de lograrse». Esto lo comunica Cervantes el 24 de marzo de 1798, y además incluye una relación de gastos y pide una gratificación¹⁵⁶.

Del fracaso de las pérdidas de estas plantas se acusó al comandante del buque, y éste contestó con un amplio y detallado informe en el que incluía los trabajos hechos para que las plantas se conservaran. También [127] los ministros de Acapulco hicieron un escrito donde se justificaban. Además, el fiscal de Hacienda dio un amplio informe donde declaraba que el comandante de la nao «Magallanes» y los ministros de Acapulco habrían obrado correctamente, y añadía que se transmitiera a la dirección de la Real Compañía de Filipinas la orden de que continuaran remitiendo plantas. Este acuerdo está fechado en México a 17 de enero de 1799, y firmado por el señor Bodega, con la conformidad del virrey Asanza.

El comandante de la nao «Magallanes», en su escrito fechado, como ya dijimos, en México, a 24 de septiembre de 1798, dice entre otras cosas: «si el contador Velasco, que me saca el referido cargo, supiera los diversos fuertes temperamentos que se experimentan en el viaje de Manila a Acapulco; *si no ignorase que los ingleses han hecho sin fruto tres expresas expediciones a la isla de Tahití* para llevar a Europa la misma rima o árbol del pan, que no ha mucho lograron conducir bueno en la cuarta¹⁵⁷..., no haría tal acusación». El comandante continuó su escrito relatando los cuidados que tomó para conservar las plantas vivas, sin lograrlo¹⁵⁸.

Hasta hoy, no hemos encontrado datos de otras expediciones con el objetivo de transportar y aclimatar la rima y el mangostán, por todo lo cual es probable que este buen propósito y esfuerzos se perdieran del todo, como otros muchos, sin haber logrado alcanzar el fin propuesto. De todos modos, la iniciativa del director del Real Jardín Botánico de la Corte, Casimiro Gómez Ortega, y la atención que a ella prestaron los gobernantes, la Real Compañía de Filipinas y su naturalista, los capitanes de la Nao de Acapulco y demás personas implicadas son dignas de recordar.

P.D. Las fotos del árbol de la rima o del pan pertenecen a la colección de láminas de Juan de Cuéllar, dibujadas entre 1786 y 1802, existentes en los fondos del Jardín Botánico de Madrid y se publican por primera vez. Las del mangostán pertenecen a Emilio Blanco, del Jardín Botánico de Madrid.

[129]

¹⁵⁶También consta en el expediente que el jardinero, José Morro, ganaba quince pesos mensuales.

¹⁵⁷Esta expedición es famosa en todo el mundo por el drama que provocó y que relatamos a continuación; pero consiguieron introducir el árbol del pan desde Tahití a las Antillas.

El capitán William Bligh, de la «Bounty», iba al mando de la misma. La tripulación, encantada con la manera de vivir de Tahití, se amotinó en el viaje y regresó y puso a Bligh en un pequeño bote con dieciocho seguidores fieles y los abandonó en el mar. Bligh y sus hombres sobrevivieron cuarenta y un días hasta arribar a las Indias Orientales. El capitán mandó una segunda expedición y consiguió introducir la fruta del pan en las Antillas. Los marineros amotinados, en compañía de cierto número de tahitianos, emigraron a la isla Pitcairn, donde establecieron una colonia utópica que no prosperó.

La fruta del pan no resultó ser lo que se esperaba en las Antillas, cuyos residentes siguieron prefiriendo la banana. Sin embargo, la fruta del pan sigue siendo un artículo fundamental en la dieta de los pueblos de las islas del Pacífico y su cultivo se ha difundido en los trópicos del Nuevo Mundo.

¹⁵⁸A.G.I. (Sevilla). Indiferente General, legajo 1.546.

Un enigma de la historia antártica: El descubrimiento de las islas Shetland del Sur **Jorge Berguño**

Una versión anterior de este ensayo apareció en el Boletín del Instituto Antártico Chileno. En ella se indicaba que ningún nombre evocaba en la Antártida a Gabriel de Castilla. Afortunadamente esto ya no es exacto: un refugio que usan las expediciones españolas ha sido bautizado con el nombre ilustre del primer navegante antártico. En este trabajo se publica por primera vez la pieza documental más importante sobre la navegación austral de una flotilla española en el año 1603, obtenida gracias al empeño de mi distinguido amigo, el embajador Francisco Utray, en el Archivo Real de Holanda.

LA EXPANSIÓN HOLANDESA

La derrota de la Gran Armada española, las incursiones de Hawkins y de Drake habían asestado fuertes golpes a la supremacía marítima de España. Sin embargo, el relevo no iba a corresponder a la Inglaterra de los Estuardos, adormecida sobre sus laureles, sino a una pequeña, agresiva y descentralizada república que, junto con contemplar su emancipación de España, iba a plantear el mayor desafío al monopolio hispano de los mares y del comercio con las Indias. Usurpando la posición de una Liga Hanseática en decadencia en el Mar Báltico, los holandeses lograron casi eliminar la concurrencia inglesa y apropiarse monopólicamente de las maderas del Báltico y de otros productos esenciales para la construcción naval. Con naves construidas a un tercio del costo de las Inglesas y tasas moderadas de interés que les permitían capitalizar sus empresas, los Países Bajos obtuvieron rápidamente el control de los mares septentrionales. El paso siguiente sería la adquisición de bases terrestres estratégicas en ambos hemisferios y la presencia en los mares meridionales donde se jugaba la suerte de todas las grandes aventuras coloniales¹⁵⁹.

En 1570, el tonelaje total de la flota mercante holandesa era aproximadamente equivalente al de las marinas mercantes de España y de Portugal combinadas. Durante la mayor parte del siglo siguiente, el volumen físico de las flotas holandesas eran tan grande como el que alcanzarían los británicos en el siglo XVIII. En 1600, alrededor de un millar de navíos mercantes eran holandeses o controlados por intereses de los Países Bajos, lo que les aseguraba el control del transporte comercial en Europa. Pero la razón profunda de esta supremacía no radicaba únicamente en factores [130] cuantitativos, ni en una excelente organización bancaria y mercantil, sino en los progresos técnicos alcanzados en la construcción naval¹⁶⁰.

Después de 1590, ni España, ni Inglaterra, ni Francia realizaron cambios importantes en el diseño de sus naves. Los holandeses, en cambio, experimentaban constantemente y sus nuevos modelos, el transporte conocido como «bus», la pinaza o «jacht» y las «fluyts» o naves de fondo plano iban a penetrar, más allá del Atlántico y del Índico, en pleno Mar del Sur. Pero las sucesivas expediciones holandesas no buscaban únicamente un paso libre a las islas de la especiería, sino la consolidación definitiva de un poder naval y comercial y, lo que es más significativo para nuestro estudio, el asentamiento territorial en las regiones australes. Con razón, el fraile agustino Miguel de Aguirre prevenía al Rey de España que los Países Bajos aspiraban

¹⁵⁹John Lothrop Motley: *The rise of the Dutch Republic. A history*, Londres 1853. 3 v. Admiral De Brossard: *Histoire Maritime du Monde*, París, 1956. Gerald S. Graham: *Empire of the North Atlantic. The Maritime Struggle for North America*, University of Toronto Press, 1950.

¹⁶⁰Sobre el predominio de Amsterdam como centro financiero a partir del siglo XVI: R. Eherenberg: *Capital and Finance in the Age of the Renaissance*, Londres, 1928. C. Wilson: *Anglo-Dutch Commerce and Finance in the Eighteenth Century*, Cambridge University Press, 1941.

al dominio sobre la Tierra Austral, invocando las exhortaciones contenidas en el párrafo final de las Adiciones de Hondius a las Tablas de Mercator, dadas a luz en 1638 en Amsterdam:

«Por tanto, debe excitarse y conmovirse el valor e industrias de las Repúblicas Cristianas a emprender estas gloriosísimas conquistas de la Parte Austral, de cuyas empresas sacaron siempre colmados frutos y renombre de fama y gloria inmortal, y no hay para que les acobarde dificultad alguna, por grande que sea, pues las ventajas conocidas de su ganancia relevarán las arduidades y afanes de empleo. Mayores emolumentos sacarán de *esta parte Austral, después del Estrecho, que las que han buscado en Septentrión*»¹⁶¹.

Es preciso retener que la Tierra Austral, como concepción cartográfica, era una creación eminentemente holandesa. Por tanto, en la visión de sus exploradores, marinos, comerciantes y guerreros, que aspiraban a dominar en el Océano Pacífico, como culminación de una expansión marítima en los demás océanos del mundo, la existencia de tierras meridionales aún no descubiertas ni subyugadas por ningún príncipe cristiano constituía un factor significativo.

Durante el siglo XVI y la mayor parte de la centuria siguiente, existirá una gran identidad entre los intereses de los Estados europeos, guiados [131] por una política mercantilista y colonizadora, y los grandes negociantes y banqueros. Las Provincias Unidas llevan este ideal de identificación de los intereses públicos y privados a un nivel inalcanzable para los Estados nacionales más antiguos, como España, Inglaterra y Francia, que por tradición y doctrina tienden a separar ambos aspectos. Si esta conjunción de la banca, las compañías de seguros, las compañías mercantiles y los armadores de naves, ha producido un extraordinario crecimiento económico, no es menos importante la acción multiplicadora de los factores espirituales e intelectuales, especialmente de la religión, la imprenta y la ciencia puesta al servicio de fines eminentemente pragmáticos.

Un ejemplo destacado de esta mancomunidad es la forma liberal en que los navegantes holandeses eran provistos de las cartas más modernas, producidas por los cartógrafos oficiales de la Compañía Unida de las Indias Orientales (Petrus Planclus, Hessel Gherritsz y Willem Jansz Blaeu, en orden sucesivo) con la sola condición de devolverlas, una vez usadas con las correcciones que sus observaciones dictaban. Este proceso de revisión se efectuaba también en Batavia, desde donde se enviaban informes y mapas, que alimentaban esta especie de cuartel general central que constituían las oficinas y los talleres de los cartógrafos de las grandes compañías¹⁶².

Holanda buscaba, en primer término, disminuir la presión que los Tercios de España ejercían en Flandes, en forma que el ataque contra las posesiones americanas del Imperio venía a representar una obvia maniobra de diversión. Sin embargo, en la medida en que las primeras incursiones fueron mostrando flancos débiles en las defensas hispanas y, sobre todo, después que los holandeses hubiesen consolidado una presencia en la fachada atlántica, instalándose en Pernambuco, el imperativo de dominar la ruta austral apareció como fundamental.

Cuando llegan por primera vez a la costa chilena, cruzando el estrecho de Magallanes, las escuadras holandesas, los Países Bajos luchaban desde hacía muchos años contra la dominación

¹⁶¹Fray Miguel de Aguirre: *Població de Baldivia. Motivos para aquella fundación. Defensas del Reino del Perú. Paces pedidas por los indios rebeldes de Chile y estado que tienen hasta nueve de abril del año 1647*, Folio de 57 p. Para apreciar la importancia de las «Anotaciones» de Hondius debe subrayarse el aporte de dicho cartógrafo a la elaboración intelectual de la Terra Australis. También es significativa la exhortación de Jan-Isaac Pontanus *-Rerum et urbis Amstelodanensium historia*, Amsterdam, 1611, in fol. p. 217- para que los holandeses explorasen el hemisferio austral y descubriesen las «tierras situadas en los inmensos mares colindantes al Estrecho de Magallanes».

¹⁶²R. A. Skelton: *Explorers Maps. Chapters in the cartographic Record of Geographical Discovery*, Londres, 1958. Part IV: «The Spiece Islands and Cathay».

española. Las expediciones depredatorias contra las posesiones de España fueron una prolongación allende los mares de la guerra de la independencia holandesa; no obstante, también tuvieron el carácter de empresas coloniales y formaron parte del poderoso movimiento de expansión imperialista generado por la burguesía ascendente de las ciudades de Flandes, dotadas de capitales, conocimientos tecnológicos y un poder naval que momentáneamente iba a superar a las armadas tradicionales de España, Inglaterra y Francia.

Por este motivo, señala Ives Javet, que las expediciones holandesas de este período tuvieron un carácter mixto de empresas coloniales y de corso contra posesiones enemigas que se encontraban en precario estado de defensa, así como de empresas mercantiles; el objetivo estratégico estaba constituido por las costas occidentales de la América Española, mientras [132] que la finalidad comercial se concentraba en las Molucas, codiciadas por todas las potencias europeas de la época. La finalidad de descubrir nuevas tierras, incluyendo el continente austral, sólo emerge más tarde y no aparece en forma conspicua, salvo en la expedición de Jacob Le Maire. Pero la posibilidad de un asentimiento territorial ha debido ser contemplada desde el inicio del asalto holandés contra el Imperio Español, como complemento en la Mar del Sur de sus establecimientos en la costa atlántica de América¹⁶³.

Las primeras expediciones holandesas hacia las islas de la Especiería habían seguido la «ruta de los portugueses», doblando el cabo de Buena Esperanza, cuyo secreto fue arrancado a los lusitanos por el viaje pionero de Cornelis Houtman hacia aquella región. Entre 1597 y 1600 se crearon en los Países Bajos varias compañías para el comercio con el Oriente, dos de las cuales eligieron la ruta del estrecho de Magallanes. La primera escuadra holandesa que eligió el paso austral fue la de Simon de Cordes, seguida en breve plazo por la de Olivier van Noort, apodado «El Tabernero» por los españoles. Las dos armadas zarparon en 1598 con el objetivo que hemos descrito, esto es, recorrer las costas de América para saquearlas y contrabandear con los naturales, para proseguir en dirección al Asia, donde encontrarían las especies y otros valiosos productos.

La escuadra que llegó a Chile en 1599-1600, bajo el mando de Simon de Cordes, constaba inicialmente de cinco navíos armados por algunos comerciantes de Rotterdam que constituían la Compañía de Pieter Verhagen. Las naves eran la *Esperanza*, de 500 toneladas, con 28 piezas de artillería y 130 hombres de tripulación; el *Amor*, que desplazaba 300 toneladas, armado con 26 piezas de artillería y 110 hombres a bordo; la *Fe*, de 320 toneladas, 109 hombres y 20 cañones; la *Fidelidad*, de 220 toneladas, armada con 18 piezas de artillería y tripulado por 86 hombres, y, finalmente, el *Ciervo Volante*, al cual otras relaciones llaman *Buena Nueva*, con 150 toneladas, 16 cañones y 112 hombres de tripulación¹⁶⁴. [133]

¹⁶³Debido al *statu quo* político europeo, la base holandesa de Nueva Amsterdam, a pesar de su privilegiada ubicación geopolítica, dominando el río Hudson y conectada al San Lorenzo, no tenía grandes perspectivas de expansión. Juriaen Arnoutz, oficial de marina holandés, se apoderó de la Acadia francesa, pero sus autoridades no aprobaron su incursión en los dominios de un monarca aliado. En cambio, el Caribe, Brasil y Chile podían constituir la base de un imperio colonial americano.

¹⁶⁴Sobre los viajes de Mahu y Olivier van Noort, la historiografía holandesa es fundamental: Arthur Wichmann: *Ein Beitrag zur Entdeckungsgeschichte des 16ten und 17ten Jahrhunderts. Dirck Gherritsz*, Groninga, 1899. J.W. Ijzerman: *Dirck Gherritsz pomp, alias China, de eerste Nederlander die China en Japan bezocht (1544-1604)*, Linschoten Verciniging, Tomo IX, La Haya, 1915. Dr. F.C. Wieder: *De Reis van Mahu en de Cordes door de Straat van Magalhaes naar Zuid- Amerika en Japan, 1598-1600*, Linschoten Vereining, Tomos XXI, XXII, y XXIV, La Haya, 1922-25. Completan estas contribuciones el artículo de Sophus Ruge: «Das unbekannte Südland», *Deutsche Geographische Blätter*, Bremen, [133] 1985. Tomo XVIII; y Juriaen de la Gravière: *Le Anglais et les Hollandais dans les mers plaires et la Mer des Indes*, París, 1890, 2v. Como fuente bibliográfica: P. A. Tiele: *Mémoire Bibliographique sur les Journaux des navigateurs néerlandais*, Amsterdam, 1867. Reeditado en facsímil

En el curso del viaje se produjeron varios cambios en los mandos de las naves. La nave capitana, la *Esperanza*, era comandada por Jacobo Mahu, uno de los socios mercantiles de la expedición, pero al producirse su fallecimiento frente a la costa africana, el consejo de capitanes, solemnemente reunido e impuesto de las instrucciones de los directores de la compañía, procedió a reconocer a Simón de Cordes como almirante, a Van Beuningen como vicealmirante, y a distribuir nuevamente los comandantes en los buques, en forma que Sebald van Weert pasaría de la *Fidelidad* a la *Fe*, siendo reemplazado en la embarcación menor de la flotilla por Dirck Gherritsz¹⁶⁵.

Después de saquear las colonias portuguesas de África, llegaron los holandeses a la boca del estrecho el 6 de abril de 1599 anclando al atardecer de ese día ante la más pequeña de las dos islas de los Pingüinos, en la actual angostura de San Simón, a 14 leguas de la boca. Desconocedores de la climatología y geografía del estrecho, habían reunido la información cartográfica existente a la fecha y habían incluido en sus dotaciones a varios pilotos ingleses, algunos de los cuales habían acompañado a Drake y a Cavendish en sus correrías. Con todo y a pesar de la voluntad implacable de Simon de Cordes, innumerables padecimientos los esperaban en esta desolada parte de la América Meridional y terminarían por quebrantar a los expedicionarios.

El 13 de abril penetraron los hombres de Simon de Cordes en la bahía que sus predecesores ingleses habían bautizado con el nombre de las Almejas, [134] por la abundancia de dichos moluscos. Navegaron después por una bahía espaciosa, bautizada por ellos como Bahía Verde o de Cordes, donde hallaron tres islitas, árboles semejantes al laurel, almejas grandes, ánades y patos. Cometió allí el error, el almirante Cordes, de demorar la marcha, a fin de aprovisionarse de agua y leña, y construir una chalupa, con lo cual perdió la oportunidad de aprovechar los vientos del este y del noroeste que soplaron varios días, viéndose contenido después por fuertes vientos contrarios que paralizaron a su flota hasta el 23 de agosto, entrada ya la estación invernal.

En el ciclo de penalidades que comenzó entonces, los corsarios perdieron más de cien hombres, incluyendo al capitán de la *Fidelidad*, Juriaen van Bockolt, a quien sucedió Baltazar de Cordes, hermano del almirante. Se sucedían violentísimas tempestades, debiendo las naves garrar sobre cuatro anclas, de tal manera que las tripulaciones estaban en constante movimiento y les costaba bastante mantenerse. El hambre les hostigaba tanto como el frío, la lluvia, la nieve y el granizo. Mermado el ánimo de los hombres, fue inmensamente difícil para sus jefes imponerles una mínima disciplina. Recurrió Cordes al auxilio del Pastor, realizando el religioso un oficio público de gracias por haberles conservado la vida y pedir al Señor su ayuda para el porvenir.

por Israel en 1960. En la bibliografía de otros países son de interés los siguientes estudios: Engel Sluiter: *The Dutch on the Pacific Coast of America, 1598-1621*: Ph.D. thesis, University of California, Berkeley, 1937; y el artículo del mismo autor «New Light from Spanish Archives on the Voyage of Olivier van Noort: the Vice-Admiral Ship, the Hendrick Frederick, on the West Coast of the Americas (1660)», *Bijddragen voor Vaderlandsche Geschiedenis en Oudheidkunde*, ser. 7, VIII, Gravenhage, 1937, pp. 34-48. Ives Javet: «Los Primeros Holandeses en el Estrecho», *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* N.º 26, 1943, pp. 43-64. Peter Gerhard: *Pirates on the West Coast of New Spain, 1575-1742*, Glendale, Ca, 1960.

¹⁶⁵El cambio en la dotación de las naves interesa para establecer la historia fidedigna del viaje, que fue compuesta por Zacharias Heyns, poeta y literato de mérito, a base de las notas manuscritas del cirujano de la *Fe* Barent-Jansz Potgister. Por tanto, la única relación auténtica del viaje describe la navegación de la flota de Mahu en el Atlántico y luego de dispersadas las naves, se refiere exclusivamente al derrotero de la nave de Sebald van Weert. Nosotros hemos utilizado la traducción francesa incluida en la compilación *Recueil de Voyages qui ont servi a l'établissement et aux progrès de la Compagnie des Indes orientales formé dans les Provinces Unies des Pay Bas*, Amsterdam, 1702-1706 (La relación original fue publicada por M. Colijn en Amsterdam en 1617).

Para hacer perdurar la memoria de los sufrimientos, la muerte de sus compañeros y enaltecer la gloria de su hazaña, discurrió Cordes la idea de establecer una especie de cofradía, la Orden del León Desencadenado. En una ceremonia en tierra y en la parte oriental del estrecho, que denominaron la Bahía de los Caballeros, fueron admitidos a la Orden los seis principales oficiales de la flota y pronunciaron el siguiente juramento: «se comprometieron todos -dice la crónica holandesa- a no consentir jamás nada que fuera contra su honor, cualesquiera que fuesen los peligros, calamidades o temor de muerte en que pudiesen hallarse: ni a que nada pudiese tornar en desventaja de su patria, o perjudicar al viaje que habían comenzado, y que esperaban terminar. Protestaron de exponer libremente su vida contra los enemigos de su nación, y de hacer todos los esfuerzos para llevar y hacer triunfar las armas de los holandeses, en los países en donde el Rey de España sacaba los tesoros que empleaba desde hacía tanto tiempo para hacer la guerra a los Países Bajos, y para oprimirlos»¹⁶⁶.

La placa conmemorativa fue pronto destruida por los fueguinos y el intento de Sebald van Weert por recuperarla para trasladarla a un lugar más seguro que prosperó por el ataque de los indios. Con este último enfrentamiento culminó una relación de hostilidad latente, que había contribuido también a minar la moral de los holandeses en el estrecho. Con todo, los combates con los indígenas no habían concluido, pues otros choques se producirían a la salida del estrecho, donde los tripulantes de la [135] nave de Van Weert vivirían su propia espeluznante experiencia, separados del resto de la flota por los tempestuosos vientos del Pacífico.

La *Fidelidad* de Baltazar de Cordes y la *Fe* de Sebald van Weert se hallaban el 17 de septiembre a los 54 grados y medio de latitud, al sur de la boca occidental del estrecho, mientras el *Amor*, la *Esperanza* y la pinaza construida en el estrecho se desplazaban al norte hacia la isla Santa María y el pequeño *Ciervo Volante* era arrastrado por una tremenda tempestad hacia las latitudes australes. La separación de las naves marca el instante en que el desencuentro se convierte en leyenda y surge la tesis del descubrimiento de la Antártida por la nave de Dirck Gherritsz. Como veremos más adelante, sin fundamento alguno, pues los hombres de Gherritsz no hacían sino repetir la experiencia alucinante del «acabamiento de tierra» que vieron antes que ellos los tripulantes de la *San Lesmes* de Hoces en 1526, del *San Jerónimo* de Gallego en 1553, del *Golden Hind* de Drake en 1578 y del *San Francisco* de Lamero en 1579.

La *Fidelidad* y la *Fe* se vieron forzadas a buscar nuevamente refugio en el interior del estrecho, extraviándose en el laberinto de islas e islotes de la región occidental del paso transoceánico. Acabaron por separarse y la *Fe* de Van Weert logró abrirse paso en el mes de diciembre, por lo que su capitán creyó preferible, a esas alturas del año, emprender el regreso a Europa por el Atlántico. En su tornaviaje, la nave holandesa descubrió unas islas situadas en los 50 grados 40' latitud Sur, que los cartógrafos holandeses se apresuraron a bautizar como «Islas Sebaldinas» y que cabe identificar con las islas Jasón de la parte noroccidental del archipiélago de las Malvinas. El regreso fue tan penoso como la decisión de emprenderlo, adoptada después de haber intentado infructuosamente encontrar al buque de Baltazar de Cordes y de haberse cruzado en el trayecto con la escuadra de Olivier van Noort. Cuando llegaron a Holanda murió el 69º hombre de la tripulación, quedando únicamente 36 sobrevivientes para relatar la historia de veinticinco meses de sufrimiento, que habían puesto de relieve el indomable temple de los marinos holandeses.

¿Qué habían ocurrido a las naves que lograron pasar al Pacífico?

El *Amor*, del vicealmirante Van Beuningen, fue el primero de la escuadra que llegó a la isla Santa María, el 4 de noviembre, para esperar allí, tal como lo había dispuesto el jefe de la

¹⁶⁶James Burney: *A chronological History of the Voyages and Discoveries in the South Sea or Pacific Ocean*, Londres, 1803-1817. vol. II (Reeditado en facsímil por Israel).

expedición, a los demás buques de la flota. Pocos días antes, la nave se había detenido en la isla Mocha, con trágica suerte, pues el vicealmirante y 26 hombres que bajaron a tierra fueron masacrados por los isleños.

La *Esperanza* de Simon de Cordes, después de permanecer 28 días en los Chonos, donde los indios les prestaron ayuda y alimentos, remontó hacia la costa de Arauco. Engañados por los araucanos, los holandeses hicieron un desembarco en la punta Lavapié de la ensenada de Arauco y aquellos indígenas, creyéndoles españoles, dieron muerte en una celada a veintitrés tripulantes.

Mientras el *Amor* se perdía en la inmensidad del Pacífico, la *Esperanza* llegaba por fin a las playas del Japón, donde todos sus tripulantes [136] sobrevivientes fueron internados y, en forma inesperada, comenzó a brillar la estrella de una carrera prodigiosa: la del piloto inglés Will Adams, que se convertiría en gran personaje de la corte nipona¹⁶⁷.

La más extraordinaria aventura iba a ser vivida por los hombres de la *Fidelidad*. Cuando navegaban perdidos en los canales de Chiloé, luchando contra arremolinadas corrientes, los isleños de la península de Lacuy les ofrecieron llevarles a un puerto de los españoles. Precedido de una escuadra de embarcaciones indígenas, se presentó Baltazar de Cordes frente a Castro intimando rendición. Tomó posesión de la isla en nombre de los Países Bajos, fortificó la población con una guarnición de sus hombres y unos setecientos indígenas armados de picas.

Su gloria fue de corta duración, pues un destacamento de 150 soldados, enviados desde Osorno al mando del coronel Francisco del Campo y del capitán Luis Pérez de Vargas, derrotó a los corsarios y a sus aliados indígenas, cometiendo después tantas o mayores tropelías que las ya realizadas por los holandeses. Don Baltazar logró a duras penas alcanzar su buque y luego de consumir una peligrosa navegación, llegar a la isla Tidore, donde los portugueses confiscaron su nave y le enviaron cargado de cadenas a las cárceles de Malaca.

El *Ciervo Volante* no pudo encontrar, en consecuencia, a las demás naves, que habían seguido tan distintos derroteros. Tampoco pudo hallar la isla Santa María, de lo cual culparon a los autores de las cartas de Cavendish, y, frustrados en su empeño, con la antena y el mástil de proa rotos por las tempestades, entraba el barco en la bahía de Valparaíso el 17 de noviembre de 1599. La patrulla que observaba desde tierra pudo ver que el filibote, por la lentitud de sus maniobras, denotaba en su aparejo un serio descalabro o bien un ardid de guerra de sumo disimulo. Cuando divisaron que el barco echaba bote al agua, se embarcaba en él un oficial con unos cuantos marineros y que, batiendo bandera blanca, pretendían ganar la playa los españoles presintieron una celada. Rompieron el fuego, hiriendo los primeros disparos de arcabuz al capitán Gherritsz en una pierna. Sólo cuando le vieron llegar herido, penosamente sostenido en hombros de los suyos, comprendieron que los extranjeros venían a rendirse, «darse la paz», quedando sólo 23 hombres con vida de los 56 que habían zarpado esperanzados de su patria 16 meses atrás.

La expedición de Cordes había quedado totalmente desbaratada. No obstante, pisándole los talones, venía Olivier El Tabernero, quien iba a [137] asestar un durísimo golpe a las defensas españolas en el Pacífico, demostrando la vulnerabilidad del sistema colonial a los ataques corsarios. Su expedición, organizada por la flamante «Compañía de Magallanes», se proponía atravesar el estrecho, enseñorearse de alguna isla del gran océano y desde allí atacar las escuadras españolas y portuguesas, saqueando de paso las poblaciones costeras e isleñas si no podía comerciar con ellas. Con doscientos cuarenta y ocho hombres bien armados distribuidos en los

¹⁶⁷Sobre el piloto jefe de la expedición, William Adams, de nacionalidad inglesa, embarcado a bordo de la *Caridad* y del *Amor* y que jugaría un papel importante en el Imperio del Sol Naciente, se pueden consultar las siguientes obras: David Waters: *The Art of Navigation in England in Elizabethan and early Stuart times*, Londres, 1958; Jesús García Tolsa: *Navegantes y exploradores*, Barcelona, 1958. Adams publicó un diario que se encuentra en la obra *Memoirs on the Empire of Japan in the XVI and XVIIth century* editadas por T. Rindall para la Hakluyt Society, Londres, 1850.

buques *Mauritius* y *Hendrick Fredrick*, y en las urcas *Esperanza* y *Concordia*, la segunda oleada invasora era tanto o más amenazadora que la primera.

Las cuatro naves se dieron a la vela desde Gorea el 2 de julio de 1598, haciendo escala en Plymouth, cruzando el Atlántico, pasando por Río de Janeiro, para ir a recalar en la isla Santa Clara (Isla de los Franceses) frente a la costa brasileña. Repuestos ya de los estragos del escorbuto, se aprovisionaron de víveres y desarbolaron una de las urcas, que no estaba en condiciones de resistir el viaje. En esta forma, el 20 de septiembre de 1599 se detenían nuevamente en Puerto Deseado, que había pasado a ser la escala patagónica obligada para los navegantes que se aventuraban en el estrecho. Nuevo descanso, calafateo y reparación de las naves, que surgían el 4 de noviembre en las inmediaciones de cabo Vírgenes.

Soplaban vientos favorables y las estrellas guiaban su ruta. Los nautas hicieron observaciones pintorescas, de carácter antropológico y de historia natural, en que prima el sentimiento de curiosidad sobre el afán de saber y conocer. Su paso por el estrecho quedaría trágicamente marcado por un sangriento episodio, en el cual fueron fáciles víctimas aquellos indios que habían tenido en jaque a la expedición de Cordes. Desde tierra hacían señas a los españoles, que al almirante Van Noort se le antojaron ofensivas y despachó contra ellos una expedición punitiva. Las descargas indiscriminadas de los mosquetes holandeses sobre los indios, sus mujeres y sus niños dejaron escasos sobrevivientes, que fueron a su vez capturados como raros ejemplares de una raza desconocida.

Después de pasar la segunda angostura, bautizaron como Nassau al actual cabo San Vicente. Descendieron en Puerto Hambre, donde examinaron con curiosidad la destruida ciudad del Rey don Felipe, fundada quince años antes por Sarmiento de Gamboa. Anclaron en las bahías de Solano y de Mauricio, penetrando en la de Enrique. En la bahía de Guesen se produjo uno de los incidentes más reveladores de la dura personalidad de Van Noort, cuando ordenó bajar a tierra y abandonar al amotinado comandante del *Hendrick Fredrick*, el capitán Jacob Claasz van Ipendam. Poco después se cruzaría con Sebald van Weert, separado de la flota de Cordes, al cual no pudo o no quiso auxiliar.

Después de noventa y nueve días en el estrecho, las tres naves ingresaban al Pacífico el 24 de febrero de 1600. Cinco días después, uno de los buques, el *Hendrick Fredrick*, comandado ahora por Pieter Esaiaz de Lint, con un armamento de 17 cañones y la mitad de su dotación inicial de 60 hombres, desaparecía tragado por la fuerza de un vendaval que lo [138] arrastraba vertiginosamente. No había de sucumbir empero frente a las costas de Chile, sino que, eludiendo la persecución de las naves españolas, lograría arribar a la isla desierta de Coiba en agosto de 1600. Allí se reabastecería de agua, frutas y leñas, para iniciar la gran travesía del Pacífico, en la que iba a perderse irremediamente¹⁶⁸.

El buque insignia *Mauritius*, comandado por Van Noort, fuerte de 70 cañones, y la urca *Concordia*, reducidos ambos a un centenar de tripulantes, eran todo lo que quedaba de la poderosa escuadra holandesa. Las dos naves anclaron en la isla de Santa María, en cuyas cercanías lograron capturar al patache *Buen Jesús* o *Los Picos*, que había sido estacionado allí como «aviso» por la escuadra española de Gabriel de Castilla. En el barquito no halló nada, pero un negro esclavo, después de ser sometido a tormento, confeso que el capitán Francisco de Ibarra había ordenado arrojar al mar cincuenta y dos cajas llenas de oro, pesando dos arrobas cada una; barras de oro de ocho a doce libras, lo cual daba un total de diez mil cuatrocientas libras de oro.

Los dos navíos holandeses y el patache capturado siguieron un itinerario de sur a norte, con desembarcos fugaces, luchas con los indios araucanos, hasta caer sorpresivamente sobre el resto de la escuadra de Gabriel de Castilla, que se encontraba anclada en la rada de Valparaíso, sin

¹⁶⁸Engel Sluiter: *The Dutch on the Pacific Coast of America*, Ms., pp. 154-157.

soldados que la defendiesen, pues había desembarcado toda su infantería en Concepción. El Tabernero hizo quemar el galeón *San Jerónimo*, la *Nuestra Señora del Carmen* y otra embarcación de un particular, acuchillando a los escasos españoles que se encontraban a bordo de las naves. Pero la pérdida fue aún mayor, pues tardíamente se impuso que los españoles habían arrojado al fondo profundo del mar un tesoro aún mayor que el transportado por el *Buen Jesús*: barras de plata y de oro por tres millones, seiscientos mil pesos de harina, azúcar y miel, y otras mercaderías valiosas¹⁶⁹.

Como había sabido los aprestos navales del Virrey del Perú, modificó su ruta después de haber remontado la costa hasta Huasco, donde echó a tierra al capitán Ibarra, pero guardó consigo al piloto Juan de Sandoval y a dos negros. Desistió de remontar la costa hasta California, como había sido su plan inicial y tiró rectamente hacia las Molucas. Su crueldad no conocía límites, como lo demuestra la manera en que justifica su orden de arrojar al mar a Sandoval: «El 30 de junio, el general y su Consejo de Guerra sentenciaron al piloto español a ser arrojado al mar porque, comiendo [139] en la cámara y siendo muy bien tratado, se atrevió a decir en presencia de alguno de la tripulación que le habían dado veneno porque se sentía doliente. Tuvo además la imprudencia de sostener semejante impostura delante de los oficiales, y no sólo había pensado escaparse, sino que aconsejaba a los negros y a los muchachos que lo hicieran.» Uno de los negros escapó en una canoa y la crónica dice que «persuadido el general de la ingratitud de estas gentes, mandó se le saltaran los sesos al otro negro».

En Manila, en la rada de Cavite, se trabó el combate entre los navíos holandeses y dos barcos españoles que le salieron al encuentro. Uno de ellos rindió a la *Concordia* e hizo veinticinco prisioneros que después fueron ahorcados. El patache español *San Antonio* abordó al *Mauritius*, pero se incendió, consiguiendo desembarazarse el corsario holandés. Cuando se hundió el *San Antonio* y sus naufragos pedían socorro, eran abatidos por los holandeses. Narra Van Noort: «cuando descubrían la cabeza, les pegaban los holandeses y hundían cuantos podían». Los luctuosos sucesos ocurrieron el 14 de diciembre de 1600, pero todavía le quedaba al Tabernero un largo trecho por recorrer. Derrochando temeridad, astucia y crueldad, saqueando juncos chinos o japoneses, pasando junto a las Islas de Borneo, cruzando el Índico y doblando el cabo de Buena Esperanza, logró Olivier van Noort entrar a Rotterdam el 26 de agosto de 1601, con sólo ocho hombres de tripulación. Se había cumplido la sexta vuelta alrededor del mundo.

EL SECRETO DE LOS FLAMENCOS

Volvamos ahora al tema de lo ocurrido a los corsarios apresados en Chile por el capitán Jerónimo de Molina. Su suerte no fue siempre la misma. Dirck Gherritsz Pomp, alias China, uno de los grandes navegantes holandeses de su tiempo, sufrió una prolongada prisión en Lima, antes que se le permitiese regresar a su patria. De la correspondencia que Gherritsz sostuvo con Oliverio van Noort se desprende que los españoles habían prometido comprarle el *Ciervo Volante* en doce mil ducados y dejarle volver, con su gente, por el camino del Río de la Plata. La promesa no se cumplió o demoró en cumplirse. El contramaestre, el condestable y el carpintero se quedaron en América y retornaron a Holanda en circunstancias diferentes. Un cierto número de marinos holandeses se estableció definitivamente en Chile, Tucumán y Perú, y el Gobernador Alonso de Rivera fue acusado por emplearlos en su servicio. A pesar del latente temor a la infiltración extranjera y de reales órdenes excluyentes de los nacionales de otros reinos, no fueron

¹⁶⁹La versión de Olivier van Noort sobre el botín perdido difiere un tanto de la contenida en la declaración de Laurens Claesz, que se encuentra en el Archivo Real de La Haya y ha sido reproducida por Ijzerman, en su obra citada, pp. 159-161. Afirma Claesz que: «En el patache de Don Gabriel de Castilla llamado Los Picos se encontraba un millón y medio en oro. En el gran galeón *San Jerónimo* se encontraban barras de plata por un valor de tres millones...».

maltratados por las autoridades coloniales que apreciaban la utilidad de sus conocimientos y oficios¹⁷⁰. [140]

La derrota del *Ciervo Volante*, a partir del momento en que fue perdido de vista por el resto de la escuadrilla, sólo podemos conocerla por las declaraciones de Gherritsz y de sus hombres, formuladas ante la Audiencia de Santiago y, posteriormente, ante las autoridades del puerto del Callao. Rendidos en Valparaíso, fueron retenidos algunos como prisioneros en Chile, mientras que otros fueron despachados por el Corregidor de Valparaíso, con su navío y bajo la custodia del capitán Antonio de Ulloa, a la capital del virreinato para ser interrogados. A su vez, el capitán Gherritsz había hecho una relación de esta etapa de su viaje, en una deposición efectuada en Santiago, que es de gran interés:

«... estando fuera de él [del estrecho] en esta Mar del Sur, les dio una gran tormenta de vientos oestes por la proa, donde el navío, que traía a su cargo este declarante se le quebró el bauprés y el mastelero de proa y con la dicha tormenta se desapareció la capitana, y quedaron las otras cuatro naos juntas, y se tuvieron aquella noche con luminaria para ayudarle a reparar su nao hasta otro día, y entonces, habiendo abonanzado algo las tormentas le enviaron carpinteros, y estando aderezando la nao les dio otra vez la tormenta, y los esparció, y este declarante se quedó solo con su navío, y nunca más pudo ver los otros y tres veces le retiró la tormenta a altura de cincuenta y siete grados, *sin ver ninguna tierra a la parte sur del Estrecho ni en la costa que corre para norte* hasta veinte leguas antes del puerto de esta ciudad de Santiago...»¹⁷¹. [141]

El testimonio de Gherritsz, hecho en español o en portugués, pues había vivido algunos años en Goa, aparece confirmado por las declaraciones prestadas por algunos de los prisioneros holandeses y efectuadas ante un intérprete y un escribano en el Callao¹⁷². Salvo la latitud, en que

¹⁷⁰Según Rafael Antúnez y Acevedo (*Memoria Histórica sobre la legislación y gobierno del comercio de los españoles con sus colonias de las Indias Occidentales*, [140] Parte V. Art. 1, p. 968. Madrid, 1797), las primeras restricciones a los extranjeros aparecen en las instrucciones dadas el 17 de septiembre de 1501 a Nicolás de Obando, designado Gobernador de Tierra Firme. Sobre el tema vide Clarence H. Haring: *Comercio y Navegación entre España y las Indias*, México, 1939. Capítulo V: «La emigración y el intruso extranjero». El estudio de Tulia Piñero: «La infiltración de los flamencos en el sur a principios del siglo XVII», *Actas del Segundo Congreso de Historia Argentina y Regional*. Buenos Aires, 1974, Tomo I, pp. 263-271, contiene interesante correspondencia del gobernador Alonso de Rivera acerca de la llegada de los flamencos, su conocimiento del estrecho de Magallanes y las providencias adoptadas para que no puedan salir de América. No obstante, Gherritsz y J. Dirck fueron canjeados por prisioneros españoles: Claesz escapó desde Cartagena; y el carpintero A. Dirck (Adrián Diego o Rodríguez) se fugó a Holanda, regresó clandestinamente a Lima y fue acusado de pasar información al almirante L'Hermite, cuando éste sitió el Callao.

¹⁷¹*Declaración que dio en Santiago de Chile a 10 de febrero de 1600, de la navegación que hicieron desde su salida de Rotterdam hasta las islas de Cabo-Verde, donde murió el jeneral y de allí hasta desembocar el estrecho*, cte. Copia en Archivo de Indias, legajo 9. Buen gobierno de Indias. También en el Archivo Nacional de Chile. Citado asimismo por J.W. Ijzerman, *Dirck Gherritsz Pomp*, etc. pp. 111-123. El declarante (Rodrigo Girardo) afirma ser capitán del *Ciervo Volante* (*Ciervo Bermejo*, según el copista) no quedando así duda alguna acerca de su identidad; con lo que queda de manifiesto la exactitud de la información proporcionada por el condestable Dirck, de que fue el medio hermano del mismo nombre el que falleció frente a la bahía de Valparaíso, la noche del 17 al 18 de noviembre de 1599. Dirck Gherritsz Pomp había nacido en Enkhuizen ca. 1544 y falleció en el mar en 1608. Primer holandés que efectuó dos viajes a China y Japón, el segundo de ellos entre 1584 y 1588; y vivió 26 años en India, proporcionando abundante información sobre todos los países del Oriente conocido para el *Itinerario* de Linschoten y el atlas marino *Het Thressor der Zervaert* de Waghenauer. Como sabemos, participó en la expedición de Mahu en 1599, prisionero de los españoles en Lima liberado en 1604. Hizo aún otro viaje a las Indias Occidentales en 1606.

¹⁷²Las declaraciones de los prisioneros flamencos en el Callao, están reproducidas en el Tomo 45 de la Colección de Historiadores de Chile; Tomo 102 del Archivo Morla Vicuña; y Tomo 275 de los manuscritos de Benjamín Vicuña Mackenna, Biblioteca Nacional.

Gherritsz sobrepasa en un grado el cálculo hecho por el condestable y en dos la que estima el contra maestre, las relaciones calzan admirablemente. Dadas las circunstancias angustiosas de la tempestad que dispersó la flota de Cordes y dejó al *Ciervo Volante* entregado a su propia suerte, no hay en las deposiciones diferencias de substancia¹⁷³. Los declarantes muestran una perfecta coincidencia en todo lo concerniente a la organización y finalidades de la expedición, al derrotero seguido por su nave a la salida del estrecho de Magallanes, y a los aspectos más fundamentales de su empresa. Por cierto, difieren en materias que por su propia naturaleza se prestan a diversas interpretaciones¹⁷⁴.

La declaración del capitán, no obstante, contiene una aseveración adicional: que desde el momento de su separación del resto de las naves, no [142] vieron ninguna tierra, ni al sur del estrecho ni al norte, hasta muy poco antes de entrar a Valparaíso. Categóricamente está diciendo que no encontraron tierras desconocidas durante su navegación, que no alcanzó tampoco latitudes antárticas. La afirmación de que no vieron tierras al norte no puede ser interpretada como involucrando un supuesto conocimiento del desconocido cabo de Hornos, pues está referida a la costa chilena. Por otra parte, las declaraciones de los testigos del Callao dejan en claro que los holandeses ignoraban el carácter insular de la Tierra del Fuego.

En efecto, hay que considerar las declaraciones de Dircx y de Claesz en su intencionalidad propia, como informes de inteligencia a los cuales se confiere especial relieve incorporándolos a las instrucciones dispuestas para la gran armada de L'Hermite. Salvo un aspecto anecdótico, como es la identidad de nombres entre el capitán Gherritsz y su medio hermano fallecido, las afirmaciones de Dircx son impecables, detalladas en su narración de las latitudes más australes alcanzadas, de las cuales que les impidieron encontrar la isla Santa María y en todo consistentes con sus declaraciones en el Callao. La declaración de Claesz es bastante más compleja, pues, si se toma integralmente, advertimos que da cuenta de otras navegaciones, se refiere a personalidades coloniales de la época y da cuenta, en forma pormenorizada de características del poder naval, la economía, la construcción de naves, las islas y bahías, las minas y otras factorías, los salarios de los diferentes oficios, a la vez que proporciona una visión geográfica de la costa occidental de América desde el estrecho de Magallanes hasta el istmo de Panamá.

Se encuentran en la relación de Claesz afirmaciones geográficamente incorrectas; otras son dudosas, como las relativas a las Galápagos, que describe como pobladas por una población negroide; pero lo esencial, que es la identificación de los altos funcionarios coloniales como Gabriel de Castilla, el obispo López de Solís y Pedro Ozores de Ulloa, es positiva y enteramente exacto y proporciona una clave más segura acerca de valor probatorio de su información. Puede catalogarse la relación de Claesz con otros informes secretos que los flamencos de América

¹⁷³*Declaración de Jacob Dircx de Pumerlant*. Preservada en el Archivo Real de Holanda, Primera Sección, volumen titulado *Instructiën en Journaalen van Brasiliaansche en Oostindische Rijsen zeedert 21 April 1623 tot 28 augustus 1681 (Instrucciones para la expedición del almirante L'Hermite)*. Citado por Edwin Swift Balch. *Antarctica*. Filadelfia, 1802, p. 48. También por Ijzerman, *Dirck Gherritsz Pomp, etc.*, pp. 91-94. Nótese que Dircx se refiere al buque *Vliegende Hart (Ciervo Volante)* mientras que el contra maestre Claesz menciona el *Blijde Bootschap (Buena Nueva)* sin que quepa duda, no obstante, que se trata de la misma nave.

¹⁷⁴*Declaración de Laurens Claesz de Amberes*. Preservada asimismo en el volumen mencionado, en la Primera Sección del Archivo Real de Holanda. Citado por Balch, *Antarctica.*, pp. 40-51. También por Ijzerman. *Dirck Gherritsz Pomp, etc.*, pp. 159-161. Mientras el gran historiador de los descubrimientos, Sophus Ruge, en su artículo citado de la revista geográfica de Bremen (1895) aún aceptaba como plausible el presunto descubrimiento de Gherritsz. el notable ensayo del Profesor Wichman (*Ein Beitrag, etc.*, 1899) inició la demolición de la leyenda, dando a conocer los documentos del Archivo Real de La Haya. Pocos años después, Balch (1902) difundiría este hallazgo en la literatura anglosajona. Por su interés intrínseco, se ha reproducido como apéndice I la declaración de Claesz, con una nota crítica.

hicieron llegar a sus correligionarios de los Países Bajos y su experiencia en la Armada del Mar del Sur hispana fue tan útil para la planificación del viaje del almirante L'Hermite como los mensajes que, desde Lima, le hizo llegar a la escuadra holandesa atacante en 1624 un compañero de Claesz y de Dircx, el carpintero Adrián Diego (Adrián Rodríguez, según otros)¹⁷⁵. [143]

Por el momento, consideremos que uno de los secretos de los flamencos infiltrados en América fue la navegación de la Armada del Mar del Sur, bajo el mando de Gabriel de Castilla, «hasta los 64 grados donde tuvieron mucha nieve...».

LA RESPUESTA ESPAÑOLA

La información ordenada por el Virrey Velasco, una vez que los prisioneros holandeses llegaron al Callao no fue el único antecedente que tuvieron las autoridades españolas acerca de la incursión de Cordes y de Van Noort. El 23 de diciembre de 1599 llegó al Callao un barco despachado por el gobernador de Chile, que había salido de Concepción el 26 de noviembre, con el capitán Antonio Recio de Soto, quien relató la llegada a la isla Santa María de dos naves corsarias (el *Amor* y la *Esperanza* de la flota de Cordes), añadiendo que había inspeccionado a los navíos, a los cuales halló bien artillados y preparados, pero escasos de tripulación. Por sus conversaciones con los holandeses, supo Recio de Soto de los mortíferos choques contra los araucanos y de la existencia de una segunda flota holandesa, la de Oliverio El Tabernero.

Después de este aviso y de la deposición de los flamencos, el Virrey convocó un «acuerdo» con «todas las personas más pláticas y de experiencia de las cosas de la mar y de guerra». En el acuerdo de la Junta de Capitanes se decidió enviar dos galeones -la almiranta de la flota y una nave particular que se había aprestado para que sirviese a la Armada- y un patache. Las tres naves, el galeón *San Jerónimo*, la *Nuestra Señora del Carmen* y el *Buen Jesús* (patache conocido también por su apodo *Los Picos*) zarparon el 1 de enero de 1600 al mando del general Gabriel de Castilla y llevando como almirante a don Fernando de Córdoba, con 300 hombres bien pertrechados. Don Gabriel y el almirante Hernando Lamero viajaban en el galeón, don Fernando comandaba la *Nuestra Señora del Carmen* y Francisco de Ibarra a cargo del patache. Sus instrucciones eran navegar la costa de Chile en dirección al estrecho, afrontar a los flamencos si se consideraban superiores, o bien permanecer vigilantes en aquellas aguas hasta marzo, época en que deberían regresar recogiendo en Arica la plata para el Callao. [144]

El resto de la Armada se dirigió, pocos días después, hacia el cabo de San Gallán, situado a 40 leguas a barlovento del Callao, cerca de Pisco, para permanecer apostada allí; debía cerrar el paso a los corsarios si éstos tomaban la costa o se recibía alguna noticia acerca de sus movimientos. Al mando de esta flota iba el general Juan de Velasco y como almirante Pedro Ozores de Ulloa. Acompañaban a Velasco en la nave capitana Miguel Ángel Felipón y el maestre de campo Alonso García Ramón. Componían esta formación cuatro galeones, el *San Pedro* y *San Pablo*, el *San Andrés*, el *San Juan de los Reyes* y la *Nuestra Señora de la Visitación* (la antigua

¹⁷⁵ Además del informe de Claesz, pueden citarse como piezas notables de inteligencia, la obra de Jean Laet: *L'Histoire du Nouveau Monde, ou Description des Indes Occidentales*, Leiden, 1640; la *Descripción General del Perú* (edición contemporánea de Boleslao Lewin, 1958) sobre la cual puede leerse a Guillermo Lohmann Villena. «Una incógnita despejada: la identidad del judío portugués autor de la *Descripción General del Perú*», *Revista de Indias*, Madrid, enero-diciembre, 1970, núms. 153-154, pp. 315-387; y las relaciones, planos, mapas y dibujos de [143] Valdivia hechos por Elias Herckman, quien sucedió a Hendrik Brouwer en el mando de una de las expediciones holandesas. Entre los espías holandeses de este período, se menciona a un agente desembarcado por Van Noort en Arica, que ejerció su labor disfrazado de tabernero; y al carpintero del *Ciervo Volante*, Adrián Die o Adrián Rodríguez (Adriaen Dircx) que convirtiose a la religión católica, pero fue acusado de pasar información a L'Hermite en 1624 y procesado por la Inquisición. José Toribio Medina: *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Chile*, Santiago, 1890.2 V, Tomo II, cap. 2. Los militares en la Inquisición. La documentación se encuentra en el Archivo Nacional de España, Inquisición, vol. 1.647.

Dainty de Hawkins), y una lancha con sus tripulaciones y un complemento de guerra de 600 hombres.

Mientras se producían estas dos salidas, se preparó para la defensa del Callao otro galeón de gran tonelaje, el *San Francisco*, al igual que una galera allí existente. Se alistó gente de guerra de las ocho compañías de infantería, para reforzar el presidio a cargo del almirante Francisco Alderete Maldonado; se convocó a las compañías de caballería y se designó general, a cargo de la defensa del Callao, a Juan de Avendaño.

Don Gabriel navegó en dirección sur, piloteada su escuadra don Hernando Lamero Gallego de Andrada, probablemente el navegante más experimentado de toda la costa del Pacífico. Las primeras noticias le hicieron comprender que, más que las depredaciones holandesas, era necesario combatir la sublevación araucana que había adquirido proporciones aterradoras. Desembarcó 22 soldados en Concepción y prosiguió con sus tripulaciones reducidas a la dotación indispensable para operar las naves. En la isla Santa María dejó estacionado al patache, a fin que vigilase el paso o arribo de los corsarios. Tuvo noticia de la caída y saqueo de Valdivia; exploró la costa patagónica hacia el estrecho y no encontró rastro alguno de los piratas.

Volvió a remontar la costa, pasó junto al fiel Ibarra, que permanecía vigilante con el patache y ancló sus naos en Valparaíso. Ya sabemos que Oliverio van Noort iba a capturar el patache y hundir después las otras naves que se mecían desprevenidas en la rada de Valparaíso. La primera flota había sido totalmente destruida y el Virrey se propuso, luego de conocer los pormenores del desastre, la persecución del pirata hasta las costas de la Nueva España. Encomendó al general Juan de Velasco que, después de dejar los caudales en Panamá, continuase la Armada su búsqueda del enemigo hasta Acapulco. Desde allí remontó la Armada, sin éxito, hasta la costa de California. Los buques españoles habían cernido toda la ruta desde el estrecho de Magallanes hasta la península de California, sin lograr su objetivo¹⁷⁶. [145]

Al no encontrar a los flamencos, Velasco ordenó el regreso. Cuando la escuadra navegaba entre el puerto de la Natividad y Colima, les cogió un temporal que los derrotó y separó a las naves, perdiéndose para siempre la capitana. Desde Acapulco, la Armada volvió a explorar las costas septentrionales, sin encontrar ni a su comandante, ni a los piratas holandeses que jamás habían llegado a esos parajes. La flota volvió disminuida y frustrada en su afán, pero transportando un contrabando de mercaderías de China para el comercio de Lima, en febrero de 1601¹⁷⁷.

Persiguiendo al huidizo *Hendrick Fredrick* y otros buques fantasmas, que tal vez nunca existieron, los españoles efectuaron continuos desplazamientos en los sucesivos. El puerto de Arica había sido visitado por el buque de Pieter Esaias de Lint, que también se apoderó de un navío, que saqueó y luego abandonó a la altura del cabo de San Francisco. El Virrey envió al almirante Lamero hacia Paita, con tres navíos y una lancha, con el fin de recorrer aquella zona costera y vigilarla ante el eventual regreso de las naves de Panamá. Simultáneamente, partió del Callao el general Gabriel de Castilla con un galeón y tres navíos de particulares, que se habían

¹⁷⁶En el Archivo General de Indias, Sevilla, Patronato, 268 N.º 2, N.º 3, se encuentran la carta del capitán Jerónimo de Molina remitiendo los prisioneros flamencos al Virrey; las declaraciones prestadas por dichos prisioneros; y las providencias adoptadas por el Virrey Velasco, según carta (incompleta) dirigida por dicho alto funcionario al Rey con fecha 8 de mayo de 1600. Esta comunicación ha [145] sido publicada por Roberto Levillier: *Gobernantes del Perú. Cartas y Papeles. Siglo XVI. Tomo XIV (El Virrey Luis de Velasco, 1596-1600)*, Madrid, 1926, pp. 274-284. Fuentes Secundarias de interés son: Crescente Errázuriz: *Seis Años de Historia de Chile*, Santiago, 1908. Francisco Antonio Encina. *Historia de Chile*. Tomo 3, tercera parte, cap. I. Guillermo Lohmann Villena: *Historia Marítima del Perú, siglos XVII y XVIII*, Lima, 1972-75. Pablo E. Pérez Mallaína v Bibiano Torres Ramírez: *La Armada del Mar del Sur*, Sevilla, 1987.

¹⁷⁷El Virrey Velasco al Rey, 20 de febrero de 1601. Archivo General de Indias, Sevilla, Lima, Tomo 34.

armado para la emergencia, dirigiéndose al sur y regresando poco después sin ninguna novedad¹⁷⁸.

El Virrey Velasco había sufrido el durísimo revés de ver aniquilada su fuerza naval que mandaba Gabriel de Castilla y, más aún, la pérdida de su sobrino en aguas mexicanas. Adoptó dos medidas importantes para precaver futuros ataques, que revisten cierta importancia para nuestro estudio. La primera fue determinar que, desde los meses de noviembre a marzo, se mantendría Gabriel de Castilla en la costa chilena con dos galeones, pudiendo estas naves unirse al resto de la Armada después para transportar el tesoro a Panamá. La segunda, fue ordenar la construcción de nuevos galeones para restituir la escuadra a su nivel de combate y poder efectuar el patrullaje del Mar del Sur en condiciones apropiadas¹⁷⁹. [146]

La Armada del Sur se renovó con un gran galeón, el *Jesús María*, de 600 toneladas y 30 cañones, y con una reparación tan completa del viejo buque de Hawkins, el *Nuestra Señora de la Visitación*, que casi se hizo de nuevo. Con estas dos naves y el galeón *Nuestra Señora de las Mercedes*, de 400 toneladas, que debió comprarse a un particular, condujo Gabriel de Castilla el tesoro a Panamá en junio de 1602. A finales de ese año, cumpliendo la orden del Virrey, se dirigía a la costa de Chile, para estacionarse en Valparaíso. De allí emprendería, en marzo de 1603, el primer viaje de exploración antártica del cual tenemos prueba documental: la declaración de Laurens Claesz y la información dada por el Virrey a S.M. el Rey, indicando que la escuadrilla de Gabriel de Castilla patrullaría la costa chilena todos los años, desde noviembre a marzo...¹⁸⁰. [147]

¹⁷⁸El buque que Hernando Lamero y Gabriel de Castilla perseguían era el *Hendrick Fredrick* de la flota de Van Noort. Lamero tuvo noticias del corsario al recalar en Manta y salió en su búsqueda sin lograr darle alcance, regresando después a la bahía de San Mateo. Gabriel de Castilla navegó por la costa chilena hasta la isla Santa María, sin encontrar rastro alguno de los holandeses. Vide Ricardo Cappa: *Estudio crítico acerca de la dominación española en América*, Madrid, 1889-97, Tomo X, pp. 138-168.

¹⁷⁹Para entender la lógica de los desplazamientos navales españoles hay que [146] aceptar, como lo señalan P.E. Pérez Mallaína y B. Torres Ramírez: *La Armada del Mar del Sur*, pp. 255-256, que constantemente «se habían supeditado todos los intereses a salir con la planta a Tierra Firme, y con el fin de preparar los navíos para ello en la época determinada, se produce el regreso sin haber dado con los navíos extranjeros... Era muy difícil, por no decir imposible, guardar todo aquel inmenso mar con tan escaso número de embarcaciones, y sólo en determinados momentos se atendía a expediciones hacia las aguas del sur, ante noticias de nuevos corsarios por el estrecho». En tal forma, cuando se encarga a Gabriel de Castilla el patrullaje de la costa chilena, lo que hará a partir de 1601 durante varios años seguidos, se conjuga con la obligación de continuar transportando los caudales a Tierra Firme, lo que el general no pudo efectuar en 1601 por estar enfermo, pero sí lo hizo en 1602 y años posteriores.

¹⁸⁰Conviene introducir algunas precisiones acerca de la identidad de las naves presuntamente involucradas en las navegaciones a la Antártida. La primera cuestión concierne al destino dado al patache de Gherritsz, el *Ciervo Volante* o *Buena Nueva*, que algunos autores equivocadamente traspasan al mando de Gabriel de Castilla. Como hemos visto, la nave fue despachada desde Chile al Perú bajo la custodia del capitán Ulloa; se la incorporó a la flota de Juan de Velasco, llegando hasta las costas mexicanas, pero en años posteriores desaparece de las listas de la Armada, presumiblemente dado de baja porque «no servía para navegar a la bolina» en la costa sudamericana. La nave capitana de Gabriel de Castilla, en su navegación de 1600, había sido el galeón *San Jerónimo*, de tres cubiertas, 250 toneladas y 24 cañones, construido en los astilleros de Guayaquil para reemplazar a la nave del mismo nombre que fue con Gallego al estrecho y con Mendaña a la Oceanía. Este segundo *San Jerónimo* fue echado a pique por Oliverio van Noort en su ataque sorpresivo a Valparaíso. No pudo entonces, como equivocadamente sostuve en una publicación anterior («Chile y el descubrimiento de la Antártica». *Revista Diplomacia*, julio-agosto 1974, pp. 7-10), ser esa la nave que consumó la primera navegación antártica de la historia. Posteriormente, Gabriel de Castilla debió recurrir al requisamiento de tres mercantes para volver a la costa chilena a fines de 1600. Solo en 1602 estuvo pronto el nuevo buque insignia de la Armada, galeón *Jesús María I* (para distinguirlo de un gran navío de 1.200 toneladas construido a mediados del siglo XVIII). El *Jesús María I* desplazaba 600 toneladas y estaba artillado con 30 cañones. Bajo el mando de Gabriel de Castilla fue a la Antártida en 1603, participó en la batalla de Cañete contra

UNA TIERRA ALTA COMO NORUEGA

En 1622 se publicó en Amsterdam, en las prensas de Michael Colijn, una versión latina de la *Historia de las Indias Occidentales* de Antonio de Herrera, realizada por Casparus Barlaeus, bajo el título *Novis Orbis sive Descriptio Indiae Occidentalis*. En el siguiente párrafo de un apéndice añadido por Barlaeus bajo el título «De Navigatione instituta per Fretum Magellanicum à Iacobo Mahu et Simone de Cordes, Rotterdamo solventibus quinque navium classe Anno 1598» se dio la primera noticia de un descubrimiento antártico, verdadero o apócrifo, pero suficientemente convincente por los detalles que contenía para influir en la historia de la exploración antártica posterior, en tal forma que muchos navegantes iban a perseguir infructuosamente estas desconocidas tierras polares:

«Liburnica quae Theodorum gerardi vehebat, tempestatum vi versus Austrum propulsa fuit ad gradus 64, in qua altitudine posita ad Australem plagam solum montosum et nivibus portum eminens conspexit, qualis Norvvegiae esse solet facies. Versus insulas Solomonis exporrigi videbatur hinc Chilam petijt et ab insula S. Mariae, quo locifocios se reperturum purabat, aberrans, in portum S. Iacobi de Val Parayso se recipit, et cum humanitatis ac benevolentiae officia omnia negarent indigenae itinere longo confectis vestoribus, et commeatus indigna, in hostium manus se dedit. Non dubium...»¹⁸¹.

Como ya sabemos, la única relación auténtica del viaje, que proviene del cirujano Barent-Jansz Potgister no abarca este episodio, producido después de la separación y dispersión de la escuadra de Cordes. En las cartas que William Adams envió a su hogar desde Japón y en las que figuran algunos de los sucesos más importantes de esta navegación, tampoco hay referencia alguna a un descubrimiento antártico. Ahora bien, ni Adams ni Barent podían tener conocimiento de la derrota del *Ciervo Volante*, [148] pero Gherritsz, quien mejor que nadie sabía la verdad de lo acontecido, se abstuvo de hacer declaración alguna a su regreso a Holanda y si realmente escribió, como dice el Tabernero, varias cartas desde su prisión en Lima, tampoco mencionó en ellas ningún descubrimiento antártico¹⁸².

Por tanto, tomando en consideración el testimonio concordante del propio Gherritsz en Santiago, de Laurens Claesz y Jacob Dirx en Lima y en Holanda, forzoso es concluir que el *Ciervo Volante* sólo fue arrastrado hasta los 56 o 57° de latitud sur a la salida del estrecho hacia

Spilberg y sirvió en la Armada por casi tres décadas. En el viaje de 1603, la escuadra de don [147] Gabriel estuvo también compuesta por la *Nuestra Señora de la Visitación*, como almiranta y por la *Nuestra Señora de las Mercedes*, de 400 toneladas. La primera nave mencionada ha sido identificada con la vieja *Dainty* de Hawkins y su reparación, junto con la construcción del *Jesús María* costaron 770.797 reales a la Caja de Lima. Para el estudio detallado de la Armada del Sur, nos remitimos a las obras ya citadas de Pére-Mallaína y Torres Ramírez, De Cappa y al libro clásico de Cesáreo Fernández Duro: *Armada española desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón*, Madrid, 1895-1903.

¹⁸¹Extractado del capítulo «De navigatione instituta per Fretum Magellanicum à Iacobo Mahu et Simone de Cordes, Rotterdam solventibus quinque navium classe Anno 1598» de la traducción latina por Casparus Barlaeus de la *Historia* de Herrera, publicada en Amsterdam en 1622 por Michael Colijn. La *Historia* apareció en Madrid en 1601 y fue editada, en traducciones latina, holandesa y francesa en 1622 en Amsterdam. Por tanto, Barlaeus (Van Baerles) es incuestionablemente el autor del mito del descubrimiento de la Antártida por Gherritsz que Théodore de Bry y otros compiladores iban a popularizar.

¹⁸²Como se ha señalado, la adición de Barlaeus a la *Historia de Herrera no está confirmada por las demás fuentes impresas existentes: la relación de Barent-Jansz Potgister, las cartas de William Adams (Samuel Purchas. Hakluytus Posthumus, or Purchas His Pilgrimes. Londres, 1625, V. t, p. 130, Vol. v, p. 588 y p. 1391, nota) ni las cartas que Oliverio El Tabernero dice haber recibido de Gherritsz desde su prisión en Lima. Ponemos esta afirmación de Van Noort (Olivier van Noort. *Neu Schiffahrt*, etc. Amsterdam, Cornelis Claesz, 1602) en condicional porque, a pesar de haber desembarcado un espía en Arica, no hay explicación convincente de cómo llegaron las cartas a su poder.*

el Pacífico. Sin embargo, en la adición de Barlaeus a la *Historia* de Herrera hay dos referencias, cuya fuente ignoramos, pero que no pueden ser descartadas sin análisis, pues corresponden a una realidad: la latitud de 64° S. y la descripción de «una tierra alta y montañosa, cubierta de nieve, como el país de Noruega». ¿Quién proporcionaría una información tan precisa?

Sin hacer todavía la conexión con el viaje posterior de la escuadra de Gabriel de Castilla, examinemos estos parámetros en abstracto. En todos los anales de las navegaciones australes, no hay una sola mención de un descenso tan profundo, hasta los 64 grados, hasta la gran circunnavegación de Cook a fines del siglo XVIII. De tal manera y por la circunstancia de haberse prestado las declaraciones de Laurens Glaesz y de Jacob Dirckx, no simultáneamente, pero con breve intervalo entre una y otra; y por haber sido reunidas en un expediente único que serviría para preparar las instrucciones para el viaje del almirante L'Hermite, en una época coetánea con la edición de la obra de Herrera por Barlaeus, es muy probable que se hayan confundido ambos relatos. En todo caso, Claesz es el único navegante que conozcamos que haya declarado haber alcanzado los 64 grados de latitud Sur¹⁸³. [149]

Veamos el otro componente. La tierra nevada, alta y montañosa. Si se trata de los hombres del *Ciervo Volante*, ellos habrían podido divisar en el propio estrecho de Magallanes «unas sierras altas de nieve», según el tenor de la declaración de Gherritsz ante el capitán Jerónimo de Molina. Curiosamente, esta descripción no se reitera en los testimonios de los declarantes del Callao, aún al referirse al estrecho, acerca de cuya naturaleza y configuración son interrogados en interesante careo. Por otra parte, Barlaeus no ha tenido, obviamente, conocimiento de la declaración de Gherritsz, pues conociéndola no le habría atribuido la imaginaria gloria de descubridor antártico.

Es tan acentuada la semejanza de la descripción de Barlaeus con el paisaje antártico que el escritor norteamericano Balch ha opinado que «aun cuando no podamos estar jamás seguros del nombre del descubridor, no obstante, parece que debería darse por cierto que alguien avistó algunas de las islas antárticas occidentales antes del año 1622». Dumont d'Urville y la mayor parte de los historiadores antárticos han estimado que se trata de las Shetland del Sur. Tomando en cuenta las características de la tierra descrita y su avanzada latitud, Luis Risopatrón y el historiador noruego Bjarne Aagard han supuesto que pudo tratarse del actual archipiélago Palmer, mientras que Hugh Robert Mill opinó que no debía descartarse la posibilidad de un avistamiento de la Península Antártica¹⁸⁴.

Las opiniones se han dividido entonces acerca de la verdad de lo ocurrido. Siguiendo a Balch,

¹⁸³Una tabla de latitudes alcanzadas por diversos navegantes en los mares australes arrojaría las siguientes marcas:

John Davis	<i>Desire</i>	1593	62°
Hendrick Brouwer	<i>Amsterdam</i>	1643	61° 59'
Bartholomy Sharpe	<i>Trinity</i>	1682	58°
Ambrose Cowley		1688	62° 41'
George Shelvocke	<i>Speedwell</i>	1719	61° 30'
Fco. de Aróstegui	<i>Liebre</i>	1762	61°
Jacob Roggeveen	<i>Ticohover</i>	1772	62°
Pedro Colarte	<i>S. Pedro Alcántara</i>	1774	61° [149]

Sólo James Cook sobrepasó, recién en 1773, los 64 grados alcanzados por el galeón de Gabriel de Castilla en 1603, llegando ese año a los 71° 10' de latitud Sur.

¹⁸⁴Balch, *Antarctica*, 1902, p. 51, destaca la semejanza de los archipiélagos cercanos a la Península Antártica con los de la costa noruega, tales como las islas Lofoten, en la primavera, antes que se derrita la nieve... observación compartida por el gran historiador noruego de la Antártida, Bjarne Aagard: «Who Discovered Antarctica?», *Sixth Pacific Science Congress*. University of California in Berkeley, Stanford University, and in San Francisco, 24 VII-12 VIII 1939, pp. 675-707.

Hunter Christie y Pinochet de la Barra han sugerido que no fue Gherritsz sino Claesz quien navegó en las vecindades del círculo polar, no en una expedición holandesa, sino bajo el mando de un español «partido de la costa de Chile». Este replanteamiento riguroso del problema no suscita dificultades. Pero, la pregunta siguiente es: ¿descubrió la Antártida la flotilla de Gabriel de Castilla?¹⁸⁵. [150]

La verdad estricta es que Claesz no menciona tierra alguna en su deposición y que la documentación española no contiene más elementos de juicio sobre el viaje mismo de 1603, que la información de habersele encomendado la vigilancia de los mares de Chile hasta el estrecho a partir de 1601 y haber efectuado viajes hacia las latitudes australes por dos veces en 1600 y una en 1603. Si esta última es el viaje descubridor, no existiendo razón valedera para dudarlo y coincidiendo tanto la cronología como la intencionalidad de esta navegación con las instrucciones emanadas del Virrey, queda entonces consagrada la exploración antártica descrita por Laurens Claesz. Por su propia experiencia, cuando el *Buena Nueva* fue desplazado hacia el sur del estrecho de Magallanes, Claesz ha podido determinar con bastante exactitud los 64° S. alcanzados por la expedición. Ahora bien, es justamente esta concordancia de los datos conocidos la que genera la impresión de que en el viaje de 1603 no se descubrieron tierras en la Antártida.

Debemos ser prudentes, no obstante, aún para aventurar una conclusión negativa. Es conveniente tener presente que en este reconocimiento de 1603, practicado en el Océano Austral, la Armada del Mar del Sur está primordialmente interesada en conocer la posibilidad de irrupción y eventual asentamiento territorial del enemigo potencial. Si no se descubrían tierras, o si se avistaban islas desiertas, no aptas para ser utilizadas por el adversario, la misión quedaba igualmente cumplida. Al comenzar el siglo XVII ha desaparecido la obsesión de los primeros gobernadores de Chile por la conquista de la Tierra Austral.

Ocasionalmente las consideraciones estratégicas actuaban como catalítico de un impulso descubridor, que los requerimientos de la guerra de Arauco iban a anular reiteradamente. Al desembarcar don García Hurtado de Mendoza, designado Virrey del Perú, en nombre de Dios, resolvió organizar una fuerza expedicionaria, que transportaría por mar a los refuerzos mandados por sus capitanes Pedro Páez de Castillejo y Diego de Peñalosa Briceño. Zarparon entonces Gabriel de Castilla y Hernando Lamero en 1589, abordo del *San Francisco*, con la misión de trasladar las tropas y de efectuar simultáneamente un amplio reconocimiento de la costa meridional del Reino de Chile¹⁸⁶.

No sabemos si Lamero, que volvería a acompañar a don Gabriel a [151] Chile en 1591 y en 1600, también fue de la partida en la expedición de 1603. Pero, la avanzada latitud alcanzada

¹⁸⁵Siguen cautamente a Balch (1902): Hugh Robert Mill: *The siege of the South Pole. The Story of Antarctic Exploration*, Londres, 1905. E. Wm. Hunter Christie. *The Antarctic Problem. An historical and political study*. Londres, 1951; mientras que Aagard Bjarne, en la monografía citada, expresa sus reservas sin descartar totalmente la posibilidad de un descubrimiento español. Se inclinan a considerar descubridor a Gabriel de Castilla: Vladimir Lébedev. *Antárktika*, Moscú, 1957 (versión castellana, ed. Cartago, Buenos Aires, 1965). Ernesto Fitte: *El Descubrimiento de la Antártida*, Buenos Aires, 1962. Oscar Pinochet de la Barra: *La Antártica Chilena*, 4.ª ed. Santiago, 1976. Estudios especiales sobre el tema, Jorge Berguño: *Estudio histórico del descubrimiento de la Antártida Sudamericana*, [150] 1957 MS. José Miguel Barros Franco: «El Descubrimiento de la Antártida», *Boletín del Centro Naval*, Buenos Aires, 1971. N.º 686, pp. 1-90. Una curiosa evolución se observa en Ernesto Fitte, quien se pronuncia por Gabriel de Castilla, documentadamente, en su obra de 1962 y revierte a Dirck Gherritsz 12 años más tarde: *Crónicas del Atlántico Sur*, Buenos Aires, 1974, p. 432.

¹⁸⁶El envío del refuerzo de 1589 ha sido estudiado por Francisco Antonio Encina: *Historia de Chile*, Tomo III. Capítulo XX (Gobierno de Alonso de Sotomayor). La participación de Gabriel de Castilla ha sido documentada por Luis de Roa Urzúa: *El Reyno de Chile, 1535-1810. Estudio Histórico, Genealógico y Biográfico*, Valladolid, 145. (Artículo sobre don García Hurtado de Mendoza).

bien puede asociarse con la experiencia del único piloto de la costa occidental americana, que compartía con Drake el secreto de la insularidad de la Tierra del Fuego. Lo que Lamero no había podido realizar por las aprehensiones del timorato almirante Villalobos, estos es, avanzar hacia el ignoto mar que se abría al sur del Cabo de Hornos, tal vez pudo hacerlo bajo el mando de Gabriel de Castilla. Ignoramos si así ocurrió y desconocemos también la derrota de estas naves, pero sí sabemos que Martín Oñez de Loyola, Gobernador de Chile, antes de morir trágicamente en Curalava, había dejado instrucciones para un completo reconocimiento marítimo de Chile por don Gabriel¹⁸⁷.

Hay numerosos indicios en la cartografía de las regiones australes de un presunto descubrimiento antártico español, que podrían o no vincularse a Gabriel de Castilla, particularmente por su asociación con Hernando Lamero y Gallego de Andrade. El más revelador de esos mapas es, sin duda, el del padre Coronelli, dibujado en Venecia en 1696 y dedicado a Pietro Foscarini. En esta carta de gran nitidez, la isla Diego Ramírez está mejor situada que en otras; pero a su costado izquierdo y en el margen inferior, el cartógrafo ha escrito que Hernando Gallego, quien navegó estos mares en 1576 y 1578, por orden de S.M. el Rey de España, refiere que hacia el sur se dejan ver «Islas continuas y dispersas», pero que nadie se ha dado el trabajo de abordarlas. Por muchas razones de tiempo y lugar, es preciso concluir que la referencia a islas situadas muy al sur de Diego Ramírez, proviene de Hernando Lamero y no de Hernán Gallego «El Viejo»¹⁸⁸.

La descripción del cartógrafo se asemeja extraordinariamente a la que proporciona sesenta y cinco años después el Gobernador de Chile, Manuel de Amat y Junyent, en la autorizada *Historia Geográfica e Hidrográfica del Reino de Chile*. Después de enumerar hasta las más australes islas conocidas en el grado 57 de latitud Sur, escribe el cronista: «Y aunque más al sur se dejan ver muchas alturas, pero son despobladas y yermas, [152] por lo que se les da el nombre de islas desiertas y ninguno se ha embarazado en tomarles sus alturas». ¿Serán acaso estas *islas desiertas* del Reino de Chile, situadas al sur del archipiélago Diego Ramírez, las Shetland del Sur o las islas del archipiélago Palmer?¹⁸⁹

La respuesta no es fácil, pues no existen relaciones conocidas de «viajeros» que hayan denunciado la existencia de tales islarios; ni podemos tampoco inferir que haya sido Claesz quien haya señalado a Barlaeus haber divisado una tierra alta, nevada y montañosa, como la costa de Noruega. Como los navegantes españoles tenían instrucciones permanentes de denunciar descubrimientos de tierras, islas o peligros para la navegación, se ha concluido que

¹⁸⁷Carlos Morla Vicuña: *Estudio Histórico sobre el Descubrimiento y Conquista de la Patagonia y de la Tierra del Fuego*, Leipzig, 1903. Apéndice. Primera Memoria dirigida por el Secretario de la Legación de Chile en Francia al Ministerio de Relaciones Exteriores en 1873. Pruebas de Jurisdicción Marítima, p. 199.

¹⁸⁸La cuestión de si Hernando Lamero pudo acompañar a Juan Fernández en su expedición a la Oceanía y si en algún momento navegaron juntos por las costas de la Patagonia Oriental, o si estas referencias que coinciden con las leyendas en mapas antiguos («aquí se perdió Hernán Gallego») más parecen referirse a Gallego «El Viejo», es muy intrincada y tangencial para el tema que nos ocupa, pues pertenece al ciclo de las navegaciones oceánicas. Martín Fernández de Navarrete: *Colección de los Viages y Descubrimientos*, etc., Tomo IV, 1837, pp. XIII y 220; así como J.G. Kohl: *Geschichte der Entdeckungsreisen und Schiff-fahrten zur Magellan's-Strasse... mit acht Karten*, Berlín, 1877, pp. 70-71, se refieren a este asunto.

¹⁸⁹Manuel de Amat y Junyent: *Historia geográfica e hidrográfica con derrotero general correlativo al plan del Reyno de Chile (Ayala) que remite a Nuestro Monarca el Señor Don Carlos III que Dios Guarde, Rey de las Españas y de las Indias, su Gobernador y Capitán General Don Manuel de Amat y Junyent*. Se encuentra en el Tomo 66 del Archivo Morla Vicuña. Ha sido reproducida en la Revista Chilena de Historia y Geografía. N.º 53, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 61 y 62, 1924-1928. Lamentablemente el plano que debió acompañar esa relación se ha perdido.

necesariamente debió haber un informe de Gabriel de Castilla, en caso que se hubiesen avistado islas antárticas o subantárticas en 1603.

Tal vez nunca sepamos la verdad. Es un hecho cierto que la instrucción real no se cumplía en muchas oportunidades, como ocurrió en 1579, cuando Hernando Lamero comprobó que la Tierra del Fuego tenía una configuración enteramente diferente a la que los cartógrafos de fines del siglo XVI habían acostumbrado a diseñar. Un descubrimiento que, en la perspectiva de la época, era de mucha mayor trascendencia que el avistamiento de algunas islas desiertas y heladas, como era la presunta insularidad de la Tierra del Fuego, solo fue conocido por el cronista Acosta y pasaron varios años antes que Lamero, atormentado por su hallazgo, se atreviese a escribirle al Rey. Aun entonces, la carta parece haber sido ignorada¹⁹⁰.

Con todo, el pleito Dirck Gherritsz-Gabriel de Castilla tiene una importancia capital para la historia antártica. Simboliza un enfrentamiento de pretendientes a título de descubridores que, por un aciago azar, se [153] repetirá muchas veces en el futuro. Si Gherritsz dejó su huella en la cartografía antártica y sirvió de acicate a la exploración geográfica posterior, Gabriel de Castilla vino a incorporar una dimensión nueva del mundo conocido a los anales de la exploración española. En efecto, la exploración de la Armada del Mar del Sur en 1603 no es sólo el primer descenso hasta una latitud polar, hasta el umbral del Círculo Antártico, sino también el primer viaje de reconocimiento efectuado en ejercicio de una jurisdicción marítima que las armadas del Rey de España hacían efectiva en los confines más apartados de sus dominios^{191 y 192}. [154]

¹⁹⁰Lamero informó al Padre Acosta «que la tierra que está de la otra parte del estrecho, como vamos por el mar del Sur, no corría por el mismo rumbo que hasta el estrecho, sino que hacía vuelta hacia levante, pues de otra suerte no fuera posible dejar de zamborrear en ella con la travesía...» Vide Joseph de Acosta: *Historia Natural y Moral de las Indias en que se tratan las cosas notables del cielo, y elementos metales, plantas y animales dellas: los ritos, y ceremonias, leyes y gobierno, y guerras de las Indias*. (Edición Moderna, México, 1940). Cap. VII-VIII. En carta dirigida al Rey desde Panamá, el 22 de abril de 1583, Lamero explica que el almirante Villalobos le impidió continuar navegando hacia el Atlántico. Copia de este último documento en la Biblioteca Medina, Expediciones al Estrecho, Tomo 252, N.º 7284, p. 15.

¹⁹¹Es interesante la coincidencia de Behrens y de Fanning, en su manera de abordar la cuestión del continente austral. Escribe Carl Friedrich Behrens en 1721 «... puede fácilmente verse que los témpanos no crecen en el mar, como tampoco que un mar tempestuoso y de tanta extensión pueda congelarse, pero en verdad los hielos por la fuerza de la corriente y de los vientos son desprendidos de los golfos y las tierras» (Citado por Edwin Swift Balch, *Antarctica*, p. 72). El capitán Fanning, en 1819, «estaba en posesión de la rectificación hecha por la corbeta española *Atrevida* de la posición de las islas Auroras, del manuscrito del capitán Dirck Gherritsz acerca de su descubrimiento de tierra al sur del Cabo de Hornos en el barco *Buena Nueva*, en el año 1599. El autor había estado anteriormente en la primavera de ese año en Georgia del Sur, cuando se quiebra el hielo invernal, pocos días después del comienzo de una ventisca west-sud-veste; verdaderas formaciones de islas de hielo arribaron desde ese costado y, al pasar hacia el este, fueron arrumbadas contra la costa suboccidental del Georgia del Sur, dando así decisiva prueba de la existencia de grandes tierras en esa dirección». Edmund Fanning, *Voyages Round the World*, etc., New York, 1933, pp. 427-428.

Esta hipotética «Tierra de Gherritsz» no fue identificada como tal por los cartógrafos del siglo XVII y es solo a fines del siglo XVIII, que figura en el mapamundi de Mathieu Albert Lotter, publicado en Augsburg en 1778. Tendrá que transcurrir otro siglo más para que Ludwig Friedrichsen publicase su carta de la Antártida Occidental, en 1895, bautizando como «Archipiélago de Dirck Gherritz» a todo el conjunto de las Shetland del Sur. Otro autores, como S. Ruge en la monografía citada «Das unbekante Südland» (1895), Karl Fricker, *Antarktis* (traducido como *The Antarctic Regions*, Londres, 1900) y Georg Neumayer en su famosa exhortación *Auf zum Südpol, 45 Jahre Wirkung zur Förderung der Erforschung des Südpolar-Region*, 1855-1900. Berlín, 1901, adoptaron también esta denominación. Ningún mapa, monumento, plaza evoca, en cambio, la verdadera hazaña de Gabriel de Castilla.

¹⁹²Respecto de la personalidad de Gabriel de Castilla se han dado contradictorias noticias por José Toribio Medina: *Diccionario Biográfico Colonial de Chile*, Santiago, 1896; y Manuel de Mendiburu: *Diccionario histórico-biográfico del Perú*, Lima, 1896. Afirma Medina que don Gabriel «había servido en México de capitán de artillería,

APÉNDICE I

DECLARACIÓN DE LAURENS CLAESZ DE AMBERES

Laurens Claesz de Amberes, de aproximadamente cuarenta años, contraamaestre jefe del barco de la Compañía de Magallanes llamado *Buena Nueva*, salió, junto con otros barcos, la noche de San Juan de 1598 del puerto de Gorea bajo el [155] almirante Mahu y ha navegado bajo el almirante don Gabriel de Castilla con tres barcos a lo largo de las costas de Chile hacia Valparaíso, y desde allí hacia el estrecho, en el año de 1603; y estuvo en marzo en los 64 grados. Y allí tuvieron mucha nieve. En el siguiente mes de abril regresaron de nuevo a la costa de Chile; ha navegado en 1604 con el señor Obispo de Quito, don Fray Luis López de Solís, de la orden de los agustinos, y con don Pedro Ozores de Ulloa hacia la islas Cognitas (Galápagos): son al menos tres islas: la primera se llama San Nicolás de Tolentino, la segunda Santa Verónica y la tercera San Antonio de Padua, situadas a la altura meridional de 4 grados, a 400 millas de la costa del Perú, según los cálculos de los españoles, y 300 millas españolas según sus cálculos, se encuentran a corta distancia al este y al oeste; de la primera a la segunda isla hay que navegar

pasando al Perú en 1595, en donde luego el Virrey Velasco, cuñado y deudo suyo, le nombró general del Callao cuando solo tenía poco más de dieciocho años». Mendiburu es algo más afortunado al relatar la secuencia de los servicios militares de Gabriel de Castilla, pero en alguna medida contradice a Medina al fijar como 1602-03 el año en que don Gabriel fue designado teniente de gobernador por el Virrey Velasco. Entre los historiadores chilenos, Crecente Errázuriz fue el primero en destacar la importancia de la contribución de Gabriel [154] de Castilla a la guerra de Arauco (*Seis Años de la Historia de Chile*, Santiago, 1908, p. 198). Francisco Antonio Encina: *Historia de Chile*, Tomo III. Cap. XX, y Fernando Campos Harriet: *Alonso de Ribera, Gobernador de Chile*, Santiago, 1973. p. 54, recogen la versión de la juventud de don Gabriel y lo identifican como sobrino del Virrey Velasco. Con bastante razón ha podido escribir José Miguel Barros en la monografía citada («El Descubrimiento de la Antártica», p. 220, n.) que «resta por investigar la vida de don Gabriel de Castilla en toda aquella parte del siglo XVII en que actuó en América del Sur».

Haciendo un esfuerzo de reconstrucción, indicaremos que Gabriel de Castilla, hijo de don Alonso de Castilla y Cárdenas (se incluye como apéndice una genealogía confeccionada con útiles indicaciones del distinguido historiador y genealogista Juan Mújica) había nacido en Palencia ca. de 1570. Su padre era hermano de doña Ana de Castilla, natural también de Palencia, casada en la iglesia de San Lázaro en 1533 con don Luis de Velasco, después Virrey de Méjico, cuyo hijo ocupó el mismo cargo y también el virreinato de Lima. Por tanto, don Gabriel era sobrino de Luis de Velasco (1511-1654) y primo hermano de Luis de Velasco II (1539-1617). Se presume que haya podido servir en México antes de pasar al Perú, no en 1596, sino en una fecha muy anterior, pues ya sabemos que el Virrey Hurtado de Mendoza le encomendó una misión de pacificación y reconocimiento geográfico de Chile, que cumplió con Hernando Lamero en 1589. En 1591 pasó nuevamente a Chile y en 1596 llevó un contingente de 215 hombres desde el Perú para socorrer el Gobernador Oñez de Loyola. Este último designó a Gabriel de Castilla su Maestre de Campo, condición en la cual don Gabriel batió a los araucanos en Lumaco y Purén, levantando en este último punto el fuerte San Salvador de Coya. Con grandes sacrificios, trajo consigo en noviembre de 1597 un nuevo contingente de 140 soldados, pólvora, artillería y mosquetes, insuficientes a la postre para evitar el desastre de Curalava.

Como sabemos, don Gabriel aportó un nuevo contingente de 224 soldados, que desembarcó en febrero de 1600 en Concepción, para proseguir en dirección al estrecho de Magallanes en busca de los corsarios holandeses. Reanudó esta búsqueda en noviembre de 1600, con resultado igualmente negativo. En 1601 estaba enfermo y no pudo conducir a Tierra Firme los galeones, lo que hizo al año siguiente. Desde una fecha posterior a la desaparición de don Juan de Velasco de Barrio, sobrino del Virrey, en el mar, pasó Gabriel de Castilla a tener la responsabilidad máxima de la Armada del Sur, junto con el encargo especial de patrullar las costas de Chile en la estación estival; cumpliendo esta instrucción efectuó en 1603 un viaje hasta Valparaíso, de allí al estrecho y luego hasta los 64° de latitud Sur. Don Gabriel de Castilla era vecino de la parroquia de San Sebastián en Lima, donde contrajo matrimonio en 1605 con Genoveva de Espinosa y Lugo de Villasante, con la cual tuvo seis vástagos. El Virrey le premió con la encomienda de Huarochirí, por lo cual se le formularon cargos en su juicio de residencia. Se [155] sostiene que don Gabriel fue acusado por la Inquisición, pero no hemos encontrado constancia de ello en la obra cit. de José Toribio Medina (*Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Chile*, 2 v. Santiago, 1890) ni en la bibliografía histórica peruana. Según Medina, don Gabriel habría fallecido antes de 1629, pero creemos que es posible fijar la fecha alrededor de 1620, siendo probable que su hijo menor Jusepe Lázaro, nacido en mayo de ese año, haya sido póstumo.

cuatro horas. En la primera isla hablan el idioma de los peruleros de Lima, en la segunda hablan otro idioma y son de color más negro. En la tercera isla son aún más negros.

La primera isla mide 30 millas de longitud; la segunda 23 o 24 millas y la tercera 40 millas, llenas de bosques. En la primera isla encontraron una madera dura y azul, en la segunda hallaron un poco de oro de 14 quilates. Laurens Claesz calcula que las islas de Juan Fernández se encuentran tan sólo a 40 millas alemanas de la costa. Tienen buenas posibilidades de anclaje; los del Perú sacan de allí mucha madera para la construcción de barcos y casas; se encuentran allí muchas ovejas, cabras, gallinas, pescado en abundancia, agua buena, mástiles buenos aunque pesados, que siendo muy coriáceos pueden ser utilizados sin cordaje; los del Perú en Virginia efectúan allí mucha pesca; y existe allí una especie de cáñamo, llamado cabuya, con el que fabrican el aparejo. En la isla Santa María hay un trigo bonito, se encuentran allí tan sólo seis españoles, cuatro o cinco negros, y 300 indios tributarios, que son hombres de 18 a 60 años.

Desde la llegada de nuestros navegantes al estrecho de Magallanes, los españoles han sido expulsados dos veces de Valdivia, donde continúan dominando los chilenos y donde existe mucho oro.

Los españoles construyen barcos en Guayaquil, en las islas de Puna y Santa Clara, Taboga, Kuker, Islas de los Leones, que son las islas de los peruleros, cerca de Panamá. De Panamá a San Martín y las nuevas minas hay 40 millas.

De Panamá a la capital de Veragua, llamada Nuestra Señora de Guía, hay 80 millas, a una distancia de dos millas del Mar del Sur, en el Río de los Ostiones.

En el año 1607 había allí en la rada 14 barcos. Crecen allí bonitos cedros, Marías, vicias, robles, mangles. En la madera de la María no se dan los barrenillos; el robleo es una madera de roble bonita y blanca. La María es utilizada debajo del agua, los cedros encima del agua.

De Quito a Pasto hay 50 millas del este al oeste, teniendo que cruzar cuatro ríos peligrosos. De allí a Popayán hay 36 millas. Sin embargo, se cuentan de Quito a Popayán tan sólo 80 millas. Villaviciosa está al sur de Pasto; de Pasto a Cartago hay 16 millas. En el camino que sigue después de Popayán a Cartago, comienza el país de Popayán. De Popayán al Río, donde se encuentran los barcos, [156] hay 30 millas de españolas, y de allí al mar hay 20 millas. La bahía mide media milla. Los árboles mangles tienen madera dura, utilizada para mástiles. En los manglares, pequeñas abejas negras producen una miel blanca y cera amarilla. De Popayán a Perina de Rowies hay 18 millas en la carretera del Nuevo Reino.

Perma llaman a los fríos picos de las montañas.

El río Santiago corre cerca de Cartago y termina en la bahía de San Mateo, y separa el Perú de Popayán. El río Buenaventura termina en la bahía de Gorgona y es también muy grande, pero la de Santiago es más grande. Las salinas de los indios son llamadas Barbacoas, y desde allí hacia Pasto crece el maíz en la costa.

En el patache de don Gabriel de Castilla llamado *Los Picos* se encontraba un millón y medio en oro. En el gran galeón San Jerónimo se encontraban barras de plata por un valor de tres millones, aparte de mucho dinero y muchas mercancías valiosas, entre las cuales seiscientos mil pesos de harina, azúcar y miel, y en procura de éstos Olivier van Noort hizo hundir a ambos.

Los barcos ponen un ancla en la tierra y otra en el mar en la isla de Perico, en ocho brazas de agua; está situada a dos millas de Panamá y a media milla de la tierra firme. Del cabo de los Papagayos a Nicaragua hay tan sólo 12 o 13 millas, y se encuentra en una bahía del Mar del Sur; allí existen tres farallones llamados Los Lobos.

Un carpintero gana en el Perú 4 pesos al día, con las comidas, así como también el herrero, el albañil y el picapedrero; un zapatero y el aprendiz de sastre ganan 12 reales y la comida.

NOTA CRÍTICA SOBRE LA DECLARACIÓN DE CLAESZ

A diferencia del testimonio de Dirckx, la declaración de Claesz no tiene fecha. Dado que el

declarante manifiesta haber visto 14 navíos en la bahía de Panamá en 1607, puede deducirse que este documento es posterior, aunque no mucho, a esa fecha.

El historiador Ijzerman identificó las *Islas Cognitas* con las Galápagos, en atención a que no existe ningún otro grupo importante cercano a la costa sudamericana. La latitud, la descripción misma de las islas y la alusión a raza e idiomas de los presuntos pobladores es incorrecta o dudosa.

El historiador Ijzerman identificó las *Islas Cognitas* con las Galápagos, en atención a que no existe ningún otro grupo importante cercano a la costa sudamericana. La latitud, la descripción misma de las islas y la alusión a raza e idiomas de los presuntos pobladores es incorrecta o dudosa.

Sin embargo, la información no difiere de la que proporcionan los descubridores, cronistas como Cieza de León y Sarmiento de Gamboa, y el filibustero Edward Davis que visitó este archipiélago varios años después de Claesz. La presencia de Ozores de Ulloa en esta expedición armoniza con sus funciones en la Armada del Sur y la del Obispo de Quito ha podido corresponder a un comprensible afán evangelizador.

La época de la expedición antártica de Gabriel de Castilla coincide cabalmente con el tenor de la instrucción del Virrey Velasco y revela, además, un buen conocimiento de las limitantes climáticas para la navegación austral.

La única frase descriptiva es que «... allí tuvieron mucha nieve». Tal como la ha señalado José Miguel Barros («El Descubrimiento de la Antártica, etc.», p. [157] 221) la frase «aldaer hadden zij veel sneeus» significa que la nieve no estaba allí, sino que la recibieron, como se recibe la lluvia o el granizo. No puede, por tanto, deducirse ninguna referencia al «pack-ice» u otras condiciones antárticas que no se desprenden del texto mismo de Claesz.

Tampoco hay ninguna referencia a tempestades, vendavales o corrientes que hubiesen desviado a los barcos de su derrota.

La latitud, la más austral alcanzada por navegante alguno a esa fecha, ha sido estimada por un marino que calculó conservadoramente en 56 grados la deriva de su capitán Gherritz. Tomando en cuenta el radio bastante amplio de esta expedición, que Claesz describe en 3 hitos: Valparaíso, el estrecho y los 64 grados, se trata incuestionablemente de la más importante exploración hacia el sur hasta el periplo de James Cook.

Claesz no afirma haber navegado hasta Juan Fernández, pero su descripción es fundamentalmente correcta. La de la isla Santa María parece corresponder a un testigo presencial.

Los datos acerca de la industria de construcción naval son fundamentalmente exactos. En la época de Claesz, Guayaquil, que nombra en primer lugar, era indiscutiblemente ya el primer centro; pero, además de las islas de los peruleros cercanas a Panamá, existían astilleros más al norte, en Centroamérica y más al Sur, en Chile, que Laurens Claesz no menciona.

Ijzerman ha realizado una prolija labor para restituir al texto su racionalidad geográfica y nosotros hemos completado algunas denominaciones, subsistiendo otras como la Perna de *Rowies* que no resulta fácil ubicar en la cartografía de la época. Es significativo que el grueso de la información de Claesz versa sobre la región de Popayán, dejando la impresión que vivió o traficó más duramente su período americano en ese sector.

Los antecedentes que da Claesz sobre el hundimiento del patache *Los Picos* y del galeón *San Jerónimo*, de la escuadra de Gabriel de Castilla, así como del tesoro que se encontraba a bordo en estas naves, concuerdan totalmente con los proporcionados por el Virrey Velasco, otras autoridades coloniales españolas y el propio Oliverio van Noort.

Es interesante la referencia a los salarios devengados por los diferentes oficios, así como a la mención de la ocupación de Valdivia, en dos oportunidades por los holandeses. La referencia a los chilenos, en este contexto, debe entenderse hecha a los aborígenes americanos.

La mención detallada de los distintos tipos de madera utilizados en la construcción de naves

interesó particularmente a Ijzerman que anotó prolijamente las equivalencias, nombres científicos y características que pudo derivar de la obra *Botany of H.M.S. Herald 1852-1857*.

APÉNDICE II GENEALOGÍA DE GABRIEL DE CASTILLA

- I. El Rey *Pedro I de Castilla* contrajo tres matrimonios, con *doña Marta de Padilla*, con *la Reina Blanca de Borbón* y con *doña Juana de Castro Ponce de León*. De tercer enlace nació:
- II. El Infante *Don Juan de Castilla*, designado heredero de la Corona en caso de fallecimiento de los hijos del primer matrimonio, pero hecho prisionero [158] por su tío el Rey Enrique II, como garantía de la paz con el Duque de Lancaster. Contrajo matrimonio con *doña Elvira de Eril y Falces* y tuvieron dos hijos, el mayor de los cuales fue:
- III. *Pedro de Castilla*, Obispo de Osma y de Palencia, quien tuvo en *María Fernández Bernal* varios hijos, el mayor de los cuales fue:
- IV. *Sancho de Castilla*, primer Señor de Herrera y ayo del Príncipe don Juan. Casó con *Beatriz de Mendoza y Enríquez*, hija de Juan Hurtado de Mendoza y Ruiz, el Bueno y de Inés Enríquez, hija del Primer Almirante de Castilla, hijo de ambos fue:
- V. *Diego de Castilla*, Señor de Gor, que casó con *doña Beatriz de Mendoza*, Dama de la Reina Isabel la Católica, hija del primer Duque del Infantado Diego Hurtado de Mendoza y Suárez de Figueroa y de Isabel Enríquez de Noroña. Fruto de esta unión fue:
- VI. *Sancho de Castilla*, Señor de Gor, quien casó tres veces, con *doña Margarita Manrique*, con *doña Ana de Cárdenas* -natural de Madrid y Dama de la Reina de Francia- y con *doña Ana de Cepeda*. De la primera unión tuvo a Diego de Castilla, Señor de Gor y de la segunda a:
- VII. *Alonso de Castilla y Cárdenas*, natural de Palencia, caballero de la Orden de Alcántara en 1542 y de la Orden de Santiago en 1577. Casó con Leonor de la Mata y fue padre, entre otros, de:
- VIII. *Gabriel de Castilla*, natural de Palencia, Maestre de Campo y cuartel general en la guerra de Arauco, General del Callao, Teniente de Gobernador en el Virreinato del Perú, quien casó con *Genoveva de Espinosa y Lugo de Villasante*, con la cual tuvo como descendencia a los siguientes:
 - Diego de Castilla, b. 20-III-1606.
 - Lorenzo de Castilla, b. 8-X-1609.
 - Isabel de Castilla, b. 14-II-1610.
 - Ana de Castilla, b. 26-VII-1611.
 - María de Castilla, b. 3-II-1613.
 - Jusepe Lázaro de Castilla, b. 18-V-1620. [159]

Notas

[161]

Octava conferencia de la Asociación de Historia del Pacífico

Guam, 4-7 de diciembre de 1990

El escenario escogido para esta reunión fue la bella isla de Guam, en el Archipiélago de las Marianas, cuyo nombre tiene una amplia resonancia en la Historia del Pacífico español. Primera tierra descubierta por la expedición de Magallanes y Elcano, fue también, durante más de doscientos años, punto de escala obligado de los galeones que cubrían el trayecto entre Acapulco y Manila.

Pese a todos los avatares históricos, la huella hispánica es perfectamente visible, no sólo por el profundo arraigo de la religión católica, sino por la lengua, las costumbres, la idiosincrasia, e, incluso, la arquitectura, a pesar de que los edificios españoles sufrieron un destrozo terrible en la guerra del Pacífico, y ahora se procura reconstruirlos en su mismo estilo o en el más parecido al que tuvieron antaño. De todas formas para cualquier español una visita a Guam significa volver un poco al pasado, escarbar en las raíces de una historia común que todavía, pese a enormes dificultades, sobrevive. Personalmente, jamás podré olvidar la procesión religiosa que contemplé el 8 de diciembre, día de la Inmaculada Concepción, Fiesta Mayor en el Archipiélago, en la que, en algunos momentos, creí que me encontraba en algún pueblo de España.

El discurso inaugural corrió a cargo del historiador P. Francis Hezel, S.J., durante el banquete de apertura del Congreso. Expuso las intenciones y propósitos de la Conferencia, y su satisfacción por haberse logrado que ésta se celebrase en Guam, lugar pequeño en comparación con otras regiones del Pacífico, pero de gran importancia histórica y cultural.

El Gobernador de la isla, José Ada, también pronunció unas palabras, dando la bienvenida a los congresistas, y haciendo hincapié en la necesidad de asociar a Guam con las conmemoraciones del Quinto Centenario del Descubrimiento de América. A este tenor, al día siguiente, el Gobernador nos recibió en su despacho a los dos españoles asistentes, junto con Mrs. Driver, representante de la Asociación Española de Estudios del Pacífico (AEEP) en Guam, mostrando un extraordinario interés por todo lo que se piensa realizar en 1992, y, también, por la AEEP y sus proyectos y publicaciones.

En otras dos ocasiones hubo también discursos: el del vicepresidente de la Universidad de Guam, Dr. Robert Underwood (en la comida ofrecida por ese organismo), y el del presidente de las islas Cook, Sir James Davis (en el banquete de clausura). [162]

El presidente de la Asociación de Historia del Pacífico, Robert Langdon, tuvo también numerosas intervenciones, y justo es destacar sus referencias a España y su continua cordialidad con los dos españoles. Por cierto que un aspecto muy importante de todas las reuniones fue la magnífica atmósfera de simpatía y franca cooperación que siempre existió entre todos. No cabe duda de que el acogedor ambiente de la isla y su tradicional hospitalidad ayudó mucho a ello.

Aunque el tema central de la Conferencia parecía, según el programa, que versaría principalmente sobre Micronesia, no fue así en realidad, pues se trataron asuntos de todo el Pacífico. Hay que lamentar la ausencia de Filipinas y de México, dos países de estrecha vinculación histórica y cultural con el área. Igualmente el Perú y Chile hubiesen completado debidamente una mejor representación hispanoamericana.

A continuación damos, de forma esquemática, los detalles más importantes de la Conferencia.

Número de participantes por lugares geográficos de origen

Guam, 48; Australia, 28; Saipan, 12; Hawaii, 11; Estados Unidos, 10; Nueva Zelanda, 10; Palaos, 9; Ponapé, 4; Yap, 3; Japón, 3; Cook, 2; Chuuk, 2; Marshall, 1; Alemania, 1; Papúa-Nueva Zelanda, 1; Indonesia, 1; Francia, 1; Bairiki, 1; Fidji, 1; Samoa, 1; España, 2.

Total: 152.

Hasta no tener la lista definitiva no es posible dar un detalle exacto de los participantes. No todos asistieron, pero sí la mayor parte. Además, hay que añadir otros que se agregaron una vez que la Conferencia se había iniciado, y numerosos estudiantes de la Universidad de Guam, cuyos lugares de origen son otras islas de la Micronesia, y las Salomón, Papúa-Nueva Guinea, Tonga, Cook, etc.

TEMAS DE LAS PONENCIAS

Historiografía isleña

1. Estudio de las tradiciones orales para conocer el pasado. Caso de Papúa-Nueva Guinea y Vanuatu.
2. Etnohistoria de las islas Wallis y Futuna, y el valor que se da a la historia oral.
3. Historia de las Marianas antes de la llegada de los españoles. Intentos para estudiarla y comprenderla.
4. Defensa de su propia identidad y de su continuidad histórica de los habitantes del atolón de Enewetak.
5. La devoción católica de los chamorros: la canonización del P. Luis de Sanvitores, jesuita español del siglo XVII que comenzó la evangelización en las Marianas, y la devoción a la Virgen del Camarín (en chamorro: Santa Marian Camalin).
6. Desarrollo moderno de una conciencia histórica en la región del río Sepik en Papúa-Nueva Guinea.
7. Examen crítico de los métodos seguidos por los antropólogos al estudiar las tradiciones de Ponapé.
8. Las deficiencias de las Escuelas Públicas en la enseñanza de la Historia en las Marianas del Norte. [163]
9. Sobre las interpretaciones que acerca de la unidad y diversidad de la Polinesia han dado los historiadores, antropólogos, etc.
10. Crítica del libro de Luelen Bernart sobre la historia de Ponapé y su relación con otras historias sobre el pasado de las islas del Pacífico.
11. Defensa de la historia genealógica como soporte para estudiar el pasado: el caso de las islas Tonga.
12. Sobre los ritos nupciales en Rotuma.
13. Canciones del atolón de Kapingamarangi: sus normas de composición, usos y su importancia como formas de la tradición oral.
14. El arte de la «faiva» en Tonga: manifestación artística que engloba música, poesía y danza.
15. Tradiciones orales en Ponapé.
16. Historiografía sobre los inmigrantes melanesios en Australia, 1847-1990.
17. Crítica sobre la excesiva importancia dada a las fuentes escritas sobre las orales. Necesidad de historias regionales y no solamente locales. Los lazos históricos no escritos entre Yap y Palao.
18. Los intentos de los pueblos indígenas del Pacífico de escribir su propias historia, eliminando el punto de vista de los colonizadores: el caso de Papúa-Nueva Guinea.
19. Las canciones autóctonas de Hawaii. Canciones nacidas de la naturaleza y forma de protesta del pueblo contra el deterioro político, cultural, ecológico, etc., producido en su tierra.
20. Los mitos como variación o invención de la historia en el Pacífico, especialmente en Ponapé.
21. Comentarios y consideraciones sobre algunos escritores, principalmente etnógrafos.
22. Puntos de vista locales y extranjeros sobre el pasado de Micronesia.
23. Dicotomía entre tradiciones orales y documentación escrita en Micronesia.

Preservación frente a Desarrollo

1. Las recientes excavaciones en Gongga Cove, en la bahía de Tumon en Guam, han puesto al descubierto restos humanos de individuos que vivieron entre los años 950 y 1550. Los análisis antropológicos los lleva a cabo la Micronesian Area Research Center, y se ha abierto nueva luz sobre la apariencia física, expectativa de vida, estado de salud y prácticas funerarias de los antiguos chamorros, lo cual ayudará a comprender mejor su origen y así compararlo con otras poblaciones prehistóricas de Micronesia.

2. El futuro del pasado de Micronesia. El Programa de Preservación Histórica comenzó a trabajar en 1970. Problemas que padece: falta de ayuda financiera, política y legal; falta de personal adecuado, conservación de archivos, etc.

3. El rápido desarrollo de la Commonwealth de Marianas del Norte está produciendo un avance en los recursos culturales, históricos y arqueológicos en Saipan, Rota y Tinian. Se examinan los programas y la legislación encaminados a potenciarlos.

4. Examen de la Bibliografía sobre Australia y el Pacífico que lleva a cabo Alan Ives.

5. El desarrollo de Micronesia pone en peligro la labor de preservación histórica. [164]

6. Desarrollo y preservación de las tradiciones, cultura y estilo de vida en Yap.

7. El museo como guardián de la tradición. Concepto de lo que es o no es tradicional.

8. Esfuerzos nacionales y gubernamentales para preservar la herencia cultural de Samoa.

Nuevos movimientos históricos

1. La inestabilidad política en algunas zonas del Pacífico, especialmente en Palaos, Fidji y Papúa-Nueva Guinea. Se examina la situación en Tonga, donde la oligarquía de avanzada edad se ve amenazada por las jóvenes generaciones. Sin embargo, se concluye que esta situación no es de una aspiración a la democracia, sino más bien el deseo de un gobierno más honrado y limpio, pero todo dentro de la especial idiosincrasia de la historia de Tonga y de otros pueblos del Pacífico.

2. Espectacular desarrollo de una secta religiosa en las islas Cook, reconocida por su gobierno, que se ha extendido a las regiones vecinas, originando un gran debate.

3. Estudio del movimiento religioso Baha'i y su extensión en numerosas sociedades del Pacífico.

4. Análisis de los movimientos prodemocracia en Tonga.

5. La institucionalización política de ciertos cultos religiosos en Papúa-Nueva Guinea, islas Salomón y en la República de Vanuatu.

Perspectivas geopolíticas y regionales

1. Las relaciones de Nueva Zelanda con otras regiones del Pacífico.

2. Los intereses de los Estados Unidos en el Pacífico, según el reciente Informe de Stephen J. Solarz, presidente del Subcomité de Asuntos para Asia y el Pacífico, y sus posibles implicaciones frente a la posición de Australia.

3. La estabilidad y seguridad política en el Pacífico. El peligro de las tensiones raciales en Fidji y de los sentimientos secesionistas en Papúa-Nueva Guinea.

4. Análisis de los cambios políticos y económicos en las Salomón desde su independencia. Comparación con las regiones vecinas.

5. Cambios constitucionales en países del Pacífico, especialmente en Fidji y Papúa-Nueva Guinea.

6. Examen de la actitud de las grandes potencias en el Pacífico: las pruebas nucleares francesas; la política pesquera del Japón; el interés militar de los EEUU en Micronesia; y la situación de los habitantes de Nueva Caledonia, Australia y Papúa-Nueva Guinea. Se hace necesario un mayor respeto a la dignidad humana y a la soberanía regional de los pueblos del

Pacífico.

7. Ante el fin de la guerra fría entre los EEUU y la URSS se examina sus posibles implicaciones en el Pacífico, ante lo que parece un nuevo orden político internacional.

8. Desarrollo de las organizaciones laborales en Fidyi.

9. Las relaciones de Nueva Zelanda con los pequeños Estados de Oceanía y las posibilidades de una Comunidad del Pacífico. [165]

10. La explotación de fosfatos en Nauru y el futuro de esta nación cuando las reservas se agoten.

11. La importancia estratégica de Micronesia para los EEUU y su futuro.

12. El colonialismo o neocolonialismo australiano en Nauru.

Contactos culturales, históricos y políticos

1. Los supervivientes de los naufragios españoles y sus posibles descendientes en el Pacífico.

2. Interpretaciones sobre Papúa-Nueva Guinea escritas por los europeos a principios de este siglo y su valor como fuentes del pasado del territorio.

3. Concepto antropológico del contacto cultural en el Pacífico.

4. La Sociedad Misionera de Londres en Polinesia en el siglo XIX.

5. Milenarismo en Rapanui (isla de Pascua): el culto religioso dirigido por Angata en 1914.

6. Versiones indígenas y occidentales sobre un mismo suceso: británicos en las Palaos en 1860.

7. Reclamación de la propiedad de un terreno, en manos de los misioneros, por uno de los jefes de Rarotonga.

Imágenes de la mujer en el Pacífico

1. La influencia femenina en Ponapé en el siglo XIX.

2. Perspectivas históricas de las mujeres chamorras.

3. Estatuto actual de las mujeres en Palaos.

4. El papel de la mujer en el desarrollo del atolón de Kiribati.

5. El colonialismo norteamericano y las activistas femeninas en Micronesia.

6. Las relaciones hombre-mujer en Fidyi.

Conferencia especial

Sobre el significado que la tierra tiene para el pueblo de Hawaii, como lugar donde viven sus familiares y reposan sus antepasados, es decir, como evocación permanente de su pasada historia.

Ponencias españolas

Florentino Rodao presentó una sobre la actuación española en la Guerra del Pacífico, a través de su política exterior y sus relaciones con el Japón y los Estados Unidos.

La Ponencia de Rafael Rodríguez-Ponga acerca de la influencia del idioma español en la fonología, morfología, sintaxis y vocabulario de la lengua chamorra, aunque figuraba en el programa, no fue leída porque nuestro asociado no pudo asistir a la Conferencia.

Igualmente, la presentada por José Luis Porras sobre los sucesos del primer año de la misión de las islas Marianas, relato basado en un manuscrito de 1669 [166] escrito en Manila, tampoco se leyó, ya que, aunque enviada por correo con suficiente antelación, no había llegado cuando comenzaron las sesiones.

Esperemos, no obstante, que las tres sean publicadas en la edición de las Actas.

Conclusión

Aunque no hay espacio para una reflexión más profunda, que habrá que dar en otro momento,

creemos que los rasgos más significativos de la Conferencia, de acuerdo con el contenido de las Ponencias, fueron los siguientes:

1. Algunos pueblos intentan buscar su propia identidad, tratando de buscarla fuera de los patrones establecidos por la visión histórica europea y americana.
2. Se observó, en general, poca aportación documental de primera mano.
3. Es evidente la agitación política y social en ciertos territorios.
4. Los reproches a la política de las grandes potencias.
5. Excepto en el caso de Australia y Nueva Zelanda, se nota un cierto «separatismo» insular y una falta de colaboración entre los territorios que no creemos pueda beneficiarles. Esto lo hemos observado más de cerca en el caso de Micronesia.

En fin, queda para otro artículo, como antes decíamos, un estudio más detallado, pero, sobre todo, un análisis de la posible aportación hispánica para esclarecer muchos sucesos históricos que permanecen aún desconocidos. La historia del gran océano todavía no ha sido escrita, y nos parece que la Asociación Española de Estudios del Pacífico, con los trabajos ya iniciados por algunos de sus miembros, puede y debe completar el conocimiento histórico de ese área, en beneficio principalmente de sus propios habitantes.

JOSÉ LUIS PORRAS

Diciembre 1990 [167]

Aproximación a los estudios sobre Japón en España y Portugal

193

Portugal en 1543 y España en 1584 fueron las primeras naciones europeas en llegar a Japón. Su interés entonces por Japón fue muy parecido, se les identificó con el mismo nombre «Nambanji» y después de los primeros contactos, la evolución de sus relaciones y sus conocimientos, hasta la actualidad, ha sido paralela. Por este motivo en este trabajo vamos a tratar conjuntamente ambos países, aunque entre los propios ibéricos nunca se ha sentido esta identidad. Especialmente en el Oriente, los unos han estado a espaldas de los otros. La primera vez que se encontraron españoles y portugueses en el Oriente, en 1527 (en las Molucas, unos tras llegar bordeando el Océano Índico y otros después de cruzar el Océano Pacífico) lucharon entre ellos, y la rivalidad ha continuado después, aunque entre 1580 y 1640 ambos estuvieron unidos políticamente bajo la Unión Ibérica.

Durante el primer período de contactos con Japón, el conocimiento de Japón y de su cultura que alcanzan los ibéricos, durante lo que algunos llaman la «Era Cristiana», tarda en ser igualado. La razón es sencilla: para los misioneros era necesario estudiar el pensamiento cultural y religioso de la población que iban a intentar convertir al catolicismo. Surgieron grandes conocedores de Japón, como João Rodrigues, y los primeros estudios y diccionarios sobre la Lengua portuguesa, de forma que no se volvió a conocer tan profundamente hasta la época Meiji. El intento de convertir a los japoneses al cristianismo fracasó y fue prohibida en el Archipiélago la entrada de españoles, primero, y después de portugueses. Así, Japón inició una nueva etapa en su Historia casi ausente de contactos con el exterior, pero las relaciones también decayeron por la propia evolución interna de las naciones ibéricas. A partir del comienzo del siglo XVII España abandonó sus intenciones expansionistas en Oriente fuera de las Islas Filipinas y se dedicó a su ocupación interior; Portugal, por su parte, en estos mismos años también perdió

¹⁹³El presente artículo es la versión en lengua española del publicado en japonés bajo el título «supein oyobi porutugaru ni okeru nihon kenkyu: sono gaikan», traducido por Tateishi hirotaka, en el libro *Gaikokujin no mita nihon* (Japón visto por los extranjeros), Kinokuniya, Tokio 1991.

mucho impulso, tras la llegada de la competencia holandesa en el comercio.

Cuando Japón vuelve a abrirse a los contactos exteriores, las naciones ibéricas mantienen aparentemente las mismas posibilidades para relacionarse con Japón: Macao sigue bajo el dominio portugués y el Archipiélago Filipino bajo el español. El contexto de la situación, no obstante, había cambiado radicalmente. Ya no [168] quedaba nada de la vitalidad de los siglos XVI y XVII, y la política de ambas naciones en la Era Meiji ya no era extender sus posesiones en el Asia Oriental, sino, antes al contrario, defenderlas de las ambiciones de las demás. Macao pierde su antiguo esplendor ante la competencia de su vecina Hong Kong y las autoridades españolas empiezan a temer la pérdida de las Islas Filipinas, tal como había ocurrido con las posesiones en América. En consecuencia, el principal interés de España hacia Japón en el último tercio del siglo XIX no tendrá carácter cultural, sino militar. La Marina de Guerra Japonesa, por ejemplo, será uno de los temas centrales de estudio: los buques de Guerra para proteger Filipinas eran tan pocos que la Marina Japonesa podía derrotar provisionalmente a la española en un ataque sorpresa. Aunque con la llegada de refuerzos desde España se podría vencer a los japoneses en el mar -pensaban las autoridades de Madrid-, antes de llegar más refuerzos los nipones podrían provocar una insurrección entre los tagalos que acabara definitivamente con el dominio español en las Filipinas. Así, estudios sobre la Marina Japonesa fueron constantes y un ejemplo de ello es el estudio de Carlos Íñigo: *La Marina del Japón* (Madrid, 1898). El mismo temor ocurre respecto a la inmigración japonesa en el sur de las Filipinas y en las Islas Carolinas: los japoneses son un peligro potencial para la dominación española y se intenta limitar lo más posible su entrada. La «Unión amarilla» entre tagalos y japoneses era un temor constante en los últimos años del siglo XIX. Aparte de esta preocupación oficial, el desconocimiento hacia Japón es casi absoluto. Durante estos años, los únicos libros que se publican en España sobre el «Imperio del Sol Naciente» serán libros de viajes, normalmente escritos por diplomáticos y con una gran cantidad de ilustraciones: Enrique Dupuy de Lôme, por ejemplo, escribe *Estudios sobre el Japón* (Madrid, 1895), después de dos años de estancia en Japón. El resto de lo que se conoce de Japón son traducciones de autores europeos.

En 1898 España pierde el dominio del Archipiélago Filipino, las Marianas y las Carolinas. Esta pérdida supone un fuerte revés para las relaciones con Japón, porque desaparece el punto intermedio que justificaba los contactos. Ya no se piensa en mejorar las relaciones con Japón con el fin de beneficiar el estado de las Filipinas. El escaso interés que había en el siglo anterior se reduce aún más y se piensa en Madrid, incluso, en suprimir la Embajada en Japón: «Con una [representación] en el Extremo Oriente es suficiente». Portugal mantiene su presencia en Macao y Timor, pero ello parece más una situación casual que producto de un interés real. En 1926 publica en lengua inglesa C.A. Montalto de Jesús el libro *Historic Macao* (Macao 1926): en él propone, ante la imposibilidad manifiesta de gobernarlo desde Portugal, que sea cedida a la Sociedad de Naciones su administración.

Japón pasa a ser un país excesivamente lejano, tanto geográfica como culturalmente -el Extremo Oriente- para dos naciones que están inmersas en sus problemas internos y cuya mirada al exterior no va más allá de sus colonias en África. Parece que los dos primeros países europeos en llegar al Asia Oriental son también los primeros en salir de ésta. El Exotismo, en consecuencia, será el principal motivo que centra el interés por Japón en España, como el de Enrique Gómez Carrillo: *El Japón heroico y galante* (Madrid 1912?) o de Luis de Oteyza: *En el remoto Cipango, Jornadas Japonesas* (Madrid 1927), y dentro de interés por lo desconocido está una moda de japonésismo entre artistas modernistas españoles, principalmente en Cataluña. El poeta Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez y otros se sienten atraídos por lo poco que se conoce de la cultura oriental, y en revistas culturales como «El Mercurio» o «La España Moderna» se incluyen algunos artículos sobre la cultura japonesa, siempre traducciones de lenguas extranjeras. El conocimiento, [169] no obstante, no trasciende a un nivel más científico y la influencia real

de lo oriental sobre los artistas no pasa de lo anecdótico.

El interés por Japón no acaba en la moda modernista; en los primeros años del régimen de Franco, entre 1938 y 1942, hay de nuevo una moda de «japonesismo»: eran los años del Pacto anticomunista con Italia y con Alemania, y en España se veía a Japón como el otro pueblo que luchaba contra la URSS en el otro lado del mundo, en China. Se produjo un sentimiento de identidad entre ambos pueblos: la *caballerosidad*, el *valor*, etc.; prueba de ello es la reedición en 1942 de *El Bushido*, de Nitobe Inazo (1.^a ed. en español en 1909), con un prólogo de uno de los generales más célebres de la España de entonces, Millán Astray. Este sentimiento, no obstante, acaba pronto, e igual que apareció por razones políticas, cuando éstas se volvieron diferentes, la simpatía se trancó inmediatamente en enemistad: el temor al «Peligro Amarillo» se vuelve a desempolvar cuando es necesario entablar amistad con los Estados Unidos al final de la Segunda Guerra Mundial.

No ha faltado, por tanto, interés hacia Japón en España, sino que quizá se ha adolecido de un problema estructural: no ha habido capacidad para recoger el impulso de lo esporádico y convertirlo en permanente, no se ha pasado del interés por el país a poner los medios para que este interés profundice y quede establecido. En definitiva, ha faltado una Universidad o un Instituto o siquiera una personalidad con suficiente fuerza para impulsarlos, tal como ocurrió con el «Istituto Universitario Orientale» de Nápoles, en Italia. En España no se han podido realizar estudios orientales: la falta de un centro para realizarlos ha reducido el número de gente que quisiera estudiarlo, y al ser tan escaso el interés por el estudio, no ha habido presión para la creación de un centro. No se ha podido romper este círculo vicioso y al faltar un núcleo para el estudio de Japón, este país ha sido conocido, en su mayor parte, a partir de traducciones de libros en lenguas extranjeras. Los viajeros españoles, sin conocimiento del idioma, no han podido hablar sino superficialmente de lo que veían, como el famoso novelista que llegó a Japón poco después del Gran Terremoto de 1923, Vicente Blasco Ibáñez: *La vuelta al mundo de un novelista* (Valencia 1924-25). Además, hay otro problema que puede ser considerado estructural: en comparación con otros países europeos se nota también la falta de españoles que hayan permanecido largas temporadas en Oriente. Por ejemplo, si bien hay nacionales de casi todos los países europeos trabajando para compañías comerciales europeas o para los estados independientes en Oriente -China, Japón y Siam- durante la época contemporánea, los casos de portugueses o españoles han sido extremadamente raros. Han faltado, en consecuencia, la gente que hubiera podido servir de intermediaria entre los dos países, como los aventureros o los comerciantes, y hasta la llegada de los misioneros, los únicos que han conocido Japón algo extensamente han sido los diplomáticos.

Tras acabar la Segunda Guerra Mundial el tipo de gente que dará a conocer Japón en España cambia progresivamente. Tras la ocupación por los Estados Unidos, vuelven las intenciones misioneras del siglo XVI: se piensa que «es la hora de evangelizar Japón» y una gran cantidad de religiosos llegan al Archipiélago. Así, se formará a partir de los años 50 la primera remesa importantes de españoles y portugueses que llegan a poseer un buen conocimiento de Japón y de su idioma. La pertenencia a alguna orden religiosa en el momento de la llegada a Japón es la característica principal de esta generación, que por primera vez ha profundizado en el estudio sobre Japón desde muy diversos campos. Dentro de la Historia Japonesa están algunos de los mejores especialistas sobre los primeros contactos con los europeos, como José Luis Álvarez (el único que no ha pertenecido a [170] ninguna orden religiosa) o Diego Yuuki, así como Manuel Teixeira desde un punto de vista más general con respecto a Portugal. Entre los diccionarios, han sido publicados el de Juan Calvo en 1937 (los dominicanos volvieron a Japón desde 1905) y el de Vicente González en 1986. En el campo de la Lingüística, Antonio Alfonso ha publicado en inglés *Japanese Patterns* (Tokio, 1966), considerada por el profesor Kuno, de la Universidad de Harvard como «la mejor gramática que jamás se ha escrito sobre cualquier lengua del mundo».

En el estudio del arte japonés el principal estudio hasta la actualidad es el de Fernando García Gutiérrez, *El Arte del Japón* (Madrid 1967), y entre la Literatura, Fernando Rodríguez Izquierdo ha escrito *El Haiku Japonés* (Madrid 1972). También se han publicado estudios sobre la religión, como el de Jesús López-Gay, *La Mística del Budismo* (Madrid 1974). Además, la Revista anual de la Asociación Española de Orientalistas, editada desde 1964, ha publicado frecuentemente trabajos científicos relativos a Japón.

Después de la Segunda Guerra Mundial, no obstante, ha seguido faltando un centro, tanto en España o Portugal, con una importancia suficiente como para impulsar los estudios sobre Japón. Peor aún, los antiguos misioneros que volvían a España no han tenido dónde enseñar lo que ellos han aprendido en Japón y sus conocimientos se han desvanecido ante la falta de una Institución que los recogiera e impulsara. La filosofía, el arte o la historia de Japón y del resto del Oriente han sido siempre estudiadas en base a traducciones de libros extranjeros y su importancia ha sido disminuida, identificando el término «Universal» a lo «Europeo».

Finalmente, a mediados de la década de 1970 se crean en España los primeros departamentos para el estudio de la lengua japonesa en las Escuelas Oficiales de Idiomas de Madrid y de Barcelona. En 1982 se ha creado el Centro de Estudios Orientais en la Universidade Nova de Lisboa con el mismo fin. Y es a partir de esta década de 1980 cuando la situación de los estudios sobre Japón ha cambiado sustancialmente, impulsado por el crecimiento económico japonés. Los libros sobre economía de Japón y sobre las razones «Por qué ha triunfado Japón» han proliferado. Impulsados por instituciones financieras han sido editados diversos estudios conjuntos centrados en la situación económica, como *Japón hoy, nuevo modelo* (Madrid 1983) o *Japón. Estudio Económico* (Madrid 1985).

Influido por este auge económico el estudio de la lengua japonesa también ha progresado. Se ha extendido su enseñanza a otras ciudades, como Granada, y ha pasado a ser enseñado también en las universidades, como el Instituto de Estudios Orientales y Africanos de la Universidad Autónoma de Madrid, donde hubo un intento frustrado de crear la primera cátedra de japonés en España (1986). También ha sido publicado el primer libro para el aprendizaje extensivo del idioma japonés dedicado a los españoles, aunque sólo ha podido aparecer en caracteres romanos, por Ramiro Planas y José A. Ruescas: *Japonés hablado. Introducción a la lengua y cultura de Japón* (Madrid 1984).

Desde 1988, el interés sobre Japón va pasando a ser dominado por las universidades y a tener un enfoque cada vez más científico. La primera reunión científica relativa a la presencia ibérica de Japón en Asia Oriental fue celebrada en este año de 1988: «*El Oriente Ibérico. Investigaciones y Estado de la Cuestión*». En la reunión se ha realizado una labor de recopilación de datos que tenía que haber sido hecha desde hace algunas décadas: se han dado a conocer los documentos sobre Japón y otros países orientales que hay en los diversos Archivos Españoles; se han hecho estudios sobre la bibliografía que hasta ahora se ha publicado. Por último, se ha realizado un estado de la cuestión: lo que hay investigado hasta ahora, las tendencias y lo que falta por estudiar. Publicado el libro resultado de [171] las conferencias bajo la coordinación de Francisco de Solano (Madrid 1989), con este congreso como punto de referencia se ha agrupado una generación de investigadores jóvenes que están desarrollando sus estudios en relación con Japón, tanto en Portugal como en España. También se ha fundado la Asociación Española de Estudios del Pacífico en 1988 agrupando a los dispersos especialistas en España entre el área del Pacífico. En el mismo año de 1988 realizó su primer congreso, siendo el tercero sobre *Las relaciones entre España y Japón en torno al Pacífico*. Por primera vez se ha realizado un congreso en España cuyo tema central es Japón. Los estudios se han centrado en las relaciones diplomáticas, pero es de suponer que se extenderán a otros campos. Ya se han publicado los libros correspondientes a los dos primeros congresos; el relativo a las relaciones entre España y Japón se publicará en 1992, coordinado por Luis Togores, y está previsto un nuevo congreso de

la Asociación en noviembre de 1991. Se ha creado recientemente, por último, la primera Asociación dedicada en exclusiva a Japón, Instituto Español de Japonología, que ha tenido capacidad para organizar una actividad importante, el *Congreso Español de Japonología* celebrado en abril de 1991 con asistencia de profesores japoneses y de otros países europeos.

En lugar de desvanecerse, como en las ocasiones anteriores, el interés por Japón últimamente se ha acelerado y todo parece indicar que se crearán varios centros próximamente para impartir en España los estudios sobre Japón. El surgimiento de iniciativas dispersas por parte de diferentes Universidades -incluso, dentro de ellas mismas, en distintas facultades- permite suponer que en el futuro los estudios sobre Japón se pondrán a un nivel correspondiente con las necesidades de España y de Portugal. La Universidad Complutense de Madrid por ahora es la más adelantada y en 1990 por primera vez se ha creado una cátedra referente en exclusiva a Extremo Oriente: *Expansión ibérica en el Pacífico*, ostentada por Leoncio Cabrero, que se ha venido a sumar a la asignatura sobre *Arte de Extremo Oriente*, en la que recientemente ha incorporado una profesora especializada en arte japonés. En 1991 se ha implantado un seminario en la Facultad de Sociología y Políticas, *Antropología de Japón*, y para 1992 comenzará otro sobre *Política de Extremo Oriente*. Dentro de los Cursos de Verano de 1991, por primera vez hay uno relativo a Japón, *El Japón de ayer y de hoy*, organizado en Tokio por el profesor Masuda, de la Universidad de Tokio. En Cataluña el interés sobre Japón ha sido estimulado por las excelentes relaciones mutuas. En la Universidad Autónoma de Barcelona ha sido creado el «Centre d'Estudis Japonesos», que planea la inauguración de un *máster* sobre *Estudios Japoneses* para el curso 1992-93. En Lisboa, tras crearse el Centro de Estudios Orientais bajo la dirección del antiguo embajador en Tokio, Armando Martins Janeira, autor de *O Impacte português sobre a civilização japonesa* (Lisboa, 1970), se ha creado también un grupo de investigadores sobre la presencia portuguesa en Oriente en los siglos XVI y XVII bajo la dirección del profesor Luis Philippe Thomaz. La importancia de estos ejemplos que señalamos no es sólo por ser las Universidades más prestigiosas, sino porque son la punta del iceberg del progreso que están adquiriendo los estudios sobre Japón en toda España, como muestran la gran cantidad de acuerdos bilaterales entre Universidades españolas y japonesas que se están produciendo recientemente: Tenri (Nara) y Salamanca, Universidad Autónoma de Barcelona y la Kioto gaikokugo daigaku, etc.

La última década también ha sido pródiga en publicaciones sobre Japón, que demuestran el interés que existe a nivel popular: las obras de Mishima Yukio son muy conocidas, con un estudio de un popular escritor español, Juan A. Vallejo-Nágera: *Mishima o el placer de morir* (Madrid 1978). También han sido traducidas [172] las obras de Endo Shuzaku: *Samurai y Silencio* (Barcelona 1988), ésta del japonés directamente por Jaime Fernández, y la de Matsubara Hisako. Entre las traducciones directas del japonés destacan las de Antonio Cabezas: *Cantares de Ise* (Madrid 1979), una selección de Haikus y de poemas de Manioshu, y *Hombre lascivo y sin linaje*, de Saikoku Ihara (Madrid, 1982); Justino Rodríguez: *Ocurrencias de un ocioso*, de Yoshida Kenko (Madrid 1986), y Jesús González Vallés: *Yo soy un gato*, de Soseki Natsume (Tokio 1974).

Como vemos, recientemente el estudio sobre Japón en España está floreciente, dentro de la inmadurez. Lo más interesante es que parece que no será una moda pasajera, las carencias del pasado están desapareciendo y es de esperar que pronto se crearán varios centros de estudios japoneses en España. El Círculo Vicioso, por fin, está empezando a romperse.

FLORENTINO RODAO [173]

Reseñas

[175]

HILDER, Brett: *El viaje de Torres*, Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid 1990, 254 págs.

La obra está dividida en dos partes. La primera es «El viaje de Torres de Veracruz a Manila», con el descubrimiento de la costa meridional de Nueva Guinea y del Estrecho que lleva su nombre. La traducción, magnífica por cierto, se debe a Rocío Utray.

La segunda parte, edición de Francisco Utray, comprende los «Documentos de la época de la travesía», acompañados de notas aclaratorias, grabados y mapas.

Se trata de una espléndida publicación, quizá una de las mejores que el Ministerio haya publicado hasta ahora. Reproduce varios mapas, algunos en color, y la sobrecubierta lleva un grabado de Brueghel, del siglo XVII, con unos galeones.

En el Prefacio, el autor nos relata su vida de marino y el interés que, desde sus primeros viajes, despertó en él el paso por el dificultoso estrecho de Torres. Nos cuenta todas sus investigaciones, la ayuda que recibió del gran historiador franciscano P. Celsus Kelly. Su conclusión más importante es dejar bien claro que fue Luis Báez de Torres quien primero cruzó por aquel paso y no el capitán Cook, como hasta no hace mucho tiempo se pretendía mantener por algunos historiadores anglosajones.

La obra de Hilder es realmente exhaustiva, resultado de su Tesis Doctoral, avalada con importantes Apéndices documentales y una Bibliografía anotada. La aportación cartográfica es interesantísima y claramente expuesta.

En la segunda parte, Francisco Utray, que fue embajador de España en Australia (1983-86) y profundo conocedor del tema, nos presenta una completa documentación: cartas de Torres a Felipe III; la relación Sumaria de Diego de Prado; carta de Torres a Quirós; consulta del Consejo de Estado en 1608; cartas de Prado al Rey de 1613; acuarelas de nativos de la costa sur de Nueva Guinea (enviadas por Torres al Rey, con los cinco mapas de la travesía); leyenda de los cuatro mapas conocidos de Diego de Prado; el mapa de la Nueva Jerusalem de Manuel Godinho de Eredia; y, finalmente, el mapa de la Australia del Espíritu Santo.

Lo aportado por Utray completa aún más el trabajo de Hilder, especificando en sus notas detalles y circunstancias de los documentos y de los lugares geográficos que se mencionan en ellos.

Como conclusión podemos repetir las palabras que Carlos Fernández-Shaw escribió para el prólogo a la edición inglesa de este libro: «tras la lectura de la obra de Hilder, el lector comprobará que Torres se acercó a 190 millas de las costas orientales de Queensland, que contempló el continente australiano durante [176] dos o tres días en las proximidades del cabo York, que ancló en una serie de islas del Estrecho que lleva su nombre, y que desembarcó en algunas de ellas como Dungeness, Turtle Backed, Long, Twin de East, todas ellas pertenecientes a Australia. Según ello, puede afirmarse, por tanto, que Torres y sus hombres, y con ellos España y los navegantes españoles, surcaron las aguas australianas y desembarcaron en sus costas nada menos que en el año 1606».

Creemos que este epílogo es la mejor prueba de la importancia de esta obra, fundamental desde ahora pasa el conocimiento de los descubrimientos españoles en el Pacífico.

JOSÉ LUIS PORRAS

MALASPINA, Alessandro: *En busca del paso del Pacífico*, Historia 16, Madrid 1990, Crónicas de América, n.º 57, 219 págs.

Se recoge aquí el texto de una parte de la crónica del viaje de Alessandro Malaspina -militar y viajero italiano al servicio de España, uno de los grandes de la exploración marítima del siglo XVIII- por la costa americana del Pacífico norte.

A partir de las informaciones recogidas por un viajero español del siglo XVI, Malaspina trata de hallar un paso entre el Pacífico y el Atlántico bordeando América del Norte. En 1791 parte

de Acapulco, bordea la costa mexicana y estadounidense y alcanza Nutka, en Canadá. El paso no se encuentra y la expedición vuelve a Acapulco.

La obra pertenece a la excelente serie de textos de cronistas de América de Historia 16; Andrés Galera Gómez ha escrito la Introducción, una biografía de Malaspina y la cronología del viaje.

C. A. CARANCI

FERNÁNDES DE QUEIROZ, Pedro: *Memoriales de las Indias Australes*, Madrid 1991, Crónicas de América, n.º 64, 444 págs.

En 1986 Historia 16 publicó, en su serie Crónicas de América, el *Descubrimiento de las regiones australes*, en edición de Roberto Ferrando, en el que se narraba la expedición del viajero portugués al servicio de España por el Pacífico. Ahora, la misma editorial publica los 54 memoriales (otros 20 aproximadamente se han perdido) del viajero portugués, nunca antes reunidos en un solo volumen, en edición del estudioso chileno Óscar Pinochet.

Los memoriales son documentos protocolarios enviados a diversas personalidades e instancias oficiales, entre otras al virrey del Perú Velasco, al piloto chileno Juan Fernández..., pero la mayor parte (40) van dirigidos al rey Felipe III de España. En ellos expone sus ideas los «descubrimientos» de tierras nuevas, sus planes de viajes «hasta el Polo», o a través del Pacífico. Los memoriales permiten conocer mejor la responsabilidad de este viajero «casi fracasado», como alguien lo llamó, sus ideas generales y científicas, sus argumentos para convencer al Rey de la viabilidad de sus proyectos de expedición por ese océano «maravilloso» que era el Pacífico.

Queiroz (o Quirós, como prefieren llamarlo los españoles) había participado en las expediciones españolas a las islas Salomón, lo que lo llevó a planear otros [177] viajes por el Pacífico en busca de las tierras australes de cuya existencia estaba seguro: con el apoyo del virrey del Perú organizó una expedición que fracasó en su meta inicial, pero que le permitió arribar a las Tuamotu en Polinesia, y luego a las Nuevas Hébridas, hoy Vanuatu, y entonces bautizadas Australia del Espíritu Santo. Creía haber llegado al continente austral -que, por otra parte, ya visitaban los indonesios con cierta regularidad-.

Los siguientes intentos de organizar expediciones al Pacífico fracasan: muchos de los memoriales enviados el Rey tienen esta finalidad. Por fin, mientras preparaba una nueva expedición Quirós muere, o más exactamente desaparece, en 1615 en Panamá.

C. A. CARANCI

Varios autores: *España y el Pacífico*, Agencia Española de Cooperación Internacional/AEEP, Madrid 1989, 344 págs.

Resultado de las II Jornadas sobre *Filipinas y el Pacífico* celebradas en el Colegio Mayor «África» entre los días 5 y 9 de junio de 1989 es el presente volumen que, prologado por el profesor Leoncio Cabrero, recoge las comunicaciones presentadas a la citada reunión interdisciplinar.

Con el ánimo de seguir impulsando los aún escasos estudios sobre un área geográfica prácticamente olvidada, la Asociación Española de Estudios del Pacífico (AEEP) ha logrado dar continuidad a la tarea comenzada tras la celebración en 1988 de las I Jornadas sobre el Pacífico español, reuniendo a diferentes especialistas que se han acercado al tema a través de distintas disciplinas como historia, lingüística o antropología, y dentro de un amplio marco cronológico que se extiende desde el siglo XVI hasta la época actual.

Una parte de los dieciocho trabajos incluidos en el libro se dedican al estudio de diferentes aspectos de lo que fue el Pacífico español; así, José Luis PORRAS analiza una serie de *Documentos básicos para la Historia del Asentamiento español en Filipinas en el siglo XVI*; Ana

María PRIETO, acercándose al mundo espiritual del pueblo filipino, estudia las *Supersticiones y creencias mágicas en Filipinas a través del Padre Alcina*.

También sobre religión, si bien sobre el catolicismo, es el trabajo de Marta María MANCHADO, que aborda el tema de *La «Concordancia de las religiones» y su significado para la Historia de la Iglesia en Filipinas*; por su parte, Luis Ángel SÁNCHEZ describe la *Estructura de los pueblos indios en Filipinas durante la etapa española*.

Uno de los archipiélagos de la Micronesia es objeto de tres estudios; así, Antonio EGEA LÓPEZ hace un recorrido histórico por *Las Islas Marianas, provincia española: una introducción a su estudio*, mientras que Belén POZUELO se centra en *El final de la presencia española en las Islas Marianas*. Desde el análisis lingüístico, Rafael RODRÍGUEZ-PONGA escribe sobre *Huellas de la lengua española en Micronesia*.

La década de los años 90 del pasado siglo fue clave en lo que se refiere al Pacífico español, tan descuidado por las autoridades peninsulares de la época. No obstante, hubo un importante grupo de españoles, entre los que destacaron algunos miembros del ejército, así como diferentes economistas y geógrafos, que plantearon la necesidad de conservar para España aquellas lejanas tierras; fueron, al [178] tiempo, dignos estudiosos y conocedores de todo el Asia Oriental, como estudia Luis TOGORES al hacer un repaso de lo que bien puede denominarse *La Escuela Española de Orientalistas Ochocentistas*.

En esa misma época un nuevo y poderoso país asiático, el Japón Meiji, comenzó a inquietar a España por lo que se refiere a la seguridad de las posesiones oceánicas. Dicha problemática es abordada por M.^a Dolores ELIZALDE, que se centra en *Las relaciones entre España y Japón en torno a las Carolinas*, y por Agustín RODRÍGUEZ, quien desde diferente óptica estudia *El peligro amarillo en el Pacífico español, 1880-1898*.

Los años 40 de la presente centuria sirven de marco a Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA para hacer un estudio sobre *La Delegación Nacional del Servicio Exterior de Falange Española en las Islas Filipinas (1936-1944)*.

Durante los siglos modernos, la presencia española no se redujo única y exclusivamente a lo que se conoce como Pacífico español, sino que se extendió por diferentes zonas, como destacan Florentino RODAO en su propuesta de investigación sobre *Restos de la presencia ibérica en las islas Molucas*, y Francisco MELLÉN, que realiza un trabajo sobre *Expediciones al Pacífico Sur durante el Virreinato de Amat, 1770-1776*.

Como nexo de enlace desde el punto de vista histórico entre los siglos modernos y la época actual, José U. MARTÍNEZ CARRERAS escribe sobre *El equilibrio internacional en el Pacífico Sur-Oceanía, del Colonialismo a la Descolonización*; a pesar de haber sido un proceso relativamente exento de tensiones por lo que a las potencias colonialistas se refiere, lo cierto es que en determinados momentos se han producido situaciones conflictivas entre las poblaciones indígenas por situaciones generadas en la propia época colonial, como estudian tanto Francisco UTRAY en el caso de *Las Islas Fidyi: actualidad política y económica*, como Carlo A. CARANCI, que se refiere a las *Poblaciones autóctonas y alógenas: conflictividad étnica en la Oceanía actual*.

Para concluir, queda citar dos últimos trabajos centrados en el campo antropológico; por un lado, José M. GÓMEZ-TABANERA detalla algunos *Aspectos de la expansión polinesia a la luz de la Antropología*, y, por otro, José A. NIETO realiza un trabajo de documentación sobre el tema de la *Antropología de la Sexualidad: una bibliografía polinesia*.

BELÉN POZUELO MASCARAQUE

Varios autores: *Australasie*, La Découverte, París 1989, *Hérodote*, n.º 52, I/1989, 195 págs.

Hérodote, revista francesa «de geografía y geopolítica» dirigida por Yves Lacoste, dedica este

número, monográfico como todos, a «Australasia». Este término tuvo mucha difusión en el mundo anglosajón, y pese a su inconsistencia científica, de la que es consciente, Lacoste, en el editorial, justifica su recuperación para aplicarlo a un conjunto geopolítico «nuevo», que tendría sentido sobre todo proyectado «hacia el futuro», formado por dos países asiáticos y dos oceanianos (Indonesia y Filipinas, Papúa-Nueva Guinea y Australia), que componen en cierto modo un *continuum* geográfico insular, pero poco más. Uno de ellos, Australia, es un país desarrollado, los otros tres, no; pertenecen a áreas culturales diferentes, y sus respectivas historias pocas veces los han acercado, y sus relaciones son mínimas [179] hoy, aunque, como dice Lacoste, «van a aumentar en un futuro próximo»: razón, pues, para desempolvar el término «Australasia».

Sea como sea, el sumario es interesante. Cuatro trabajos sobre Indonesia: «El sistema político indonesio: ¿qué futuro?»; «Indonesia: estrategias japonesas»; «Aceh, o el retorno de un bastión del Islam en Indonesia»; y «Los musulmanes indonesios: aspiraciones de ayer y frustraciones de hoy». Tres trabajos sobre Filipinas: «¿Cuál es la situación de las Filipinas?»; «La crisis de las Filipinas»; y «Los moros: berberiscos de los mares orientales». Uno sobre Papúa-Nueva Guinea: «Melanesia, Nueva Guinea: algunas vías después de la independencia». Y tres sobre Australia: «¿Cuál es la situación de Australia?»; «¿Cuál es la situación de los aborígenes de Australia?»; y la breve nota «Carta de Australia».

Especialmente interesantes son el estudio de P. Lorot sobre la penetración económica, política y estratégica japonesa en Indonesia, y el de R. de Koninck sobre el resurgir de un antiguo sultanato sumatrense precolonial, Aceh -famoso en tiempos de la penetración portuguesa y holandesa de los siglos XVI y XVII-, impulsado por el actual renacer islámico y por su envidiable situación estratégica en el estrecho de Malaca. Complementario es el trabajo de F. Raillon sobre el Islam Indonesio -mayoritario, como es sabido, y religión oficial-, con interesante información y numerosos cuadros.

En cuanto a Filipinas, G. Loyre y A. Rey elaboran una panorámica histórica y política sobre lo que los autores llaman los «piratas berberiscos» del mar de China y de Célebes, los moros, y en general sobre el Islam filipino.

Con Maurice Godelier, entrevistado por Lacoste, nos introducimos en Oceanía, concretamente en Papúa-Nueva Guinea y sus problemas nacionales, lingüísticos, económicos y, sobre todo, étnicos; Godelier ilustra dos aspectos particularmente interesantes: el contraste entre los habitantes de la montaña y de la costa y, sobre todo, la utilización, viable y operativa, de las estructuras políticas y económicas tradicionales en la vida política actual del país.

Las aportaciones de J. Ch. Victor y de B. Moizo se complementan: el primero nos hace la presentación de la «nueva» Australia cada vez más integrada en el Pacífico, más oceaniana. El segundo es entrevistado sobre la situación de los aborígenes australianos, y nos explica cuál es la reacción a la aculturación, su vuelta a la tradición o, más exactamente, la adaptación de esa tradición a las necesidades actuales, con éxito sorprendente, lo que desbarata las teorías de la «incapacidad» de las culturas locales para sobrevivir si no es diluyéndose en la cultura europea.

C. A. CARANCI

PONS, Xavier: *Le Géant du Pacifique*, Ed. Económica, París 1988, 350 págs.

Partiendo de unos antecedentes históricos que avanzan hasta la época actual, Xavier Pons, profesor de la Universidad de Toulouse-le-Mirais, especialista en temas australianos, analiza profundamente el papel que ha jugado y juega Australia en una zona geopolítica de gran importancia como es el Pacífico.

La tesis que se plantea es que dicha área se ha transformado en el nuevo centro del mundo (antes lo fueron el Mediterráneo y posteriormente el Atlántico), destacando tanto por su potencial

industrial y comercial como por su posición estratégica, siendo escenario del enfrentamiento entre Occidente y el mundo comunista.

En esta perspectiva, el autor estudia el papel concreto de Australia, geográficamente [180] tan alejada de Europa y América, tan próxima a Asia, pero políticamente tan cercana al mundo occidental.

Esta joven nación de grandes recursos en materias primas, sobre todo en minerales que se exportan a los países industrializados, especialmente a Japón, no obstante ha mantenido también relaciones con toda la cuenca del Pacífico.

Ello sirve de punto de partida para dividir el libro en tres partes que se corresponden con las tres fases de estas relaciones, desde los tiempos coloniales hasta nuestros días.

La primera parte, «El período expansionista, 1770-1920», abarca toda la época del colonialismo británico en la región para culminar en la gestación y consolidación del propio imperialismo australiano, favorecido por el Tratado de Versalles.

La segunda parte, «Interludio, 1920-1971», se correspondería con una fase de estancamiento, interrumpido exclusivamente por la Segunda Guerra Mundial. Es un momento de equilibrio en la región, aunque algo alterado por el hecho de pasar las colonias japonesas a manos de los Estados Unidos.

Es entonces cuando Gran Bretaña, Australia y Nueva Zelanda controlan prácticamente todo el Pacífico Sur, salvo algunas zonas que poseen tanto norteamericanos como franceses. Se consuma el afianzamiento de Australia en el bloque occidental, resurgiendo como bastión anticomunista; el Pacífico Sur se convierte en un «lago Anzus».

La tercera parte del libro, «El período contemporáneo», arrancarían entre 1969 y 1971 cuando se anuncian cambios derivados, por ejemplo, de la «doctrina Guam» enunciada por Nixon en 1969, y que obligaba a Australia a tomar las riendas de su propia defensa y seguridad tras la retirada de los contingentes militares estadounidenses; ello significó que Australia finalmente saliera de su letargo y tomara la iniciativa en cuestiones de índole exterior.

Desde el punto de vista interno, si hasta 1972 gobernaron los conservadores, desde la fecha asumió el poder el Partido Laborista hasta 1975, lo cual derivó en una serie de transformaciones en la proyección exterior de Australia. Así, se produjo el reconocimiento de la República Popular de China, la retirada de las tropas australianas de Vietnam (guerra que, por otro lado, había suscitado una fuerte oposición en distintos sectores de la sociedad australiana), se condenaron los ensayos atómicos franceses en Moruroa (Francia es para Australia y Nueva Zelanda lo que el profesor Pons considera el «intruso por excelencia»), e incluso se aceleró el proceso de independencia de Papúa-Nueva Guinea.

En este sentido, no hay que olvidar que en la evolución política del Pacífico Sur se produce también el fenómeno de la descolonización, clave para dilucidar las nuevas relaciones internacionales de Australia, ese «gigante del Pacífico», con los pequeños países recientemente independientes.

BELÉN POZUELO MASCARAQUE

LAFFIN, John: *The Australian Army at War (1899-1975)*, Osprey, Londres 1989, Men-at-Arms Series, n.º 123. Ilustraciones de M. Chappell, 42 págs.

Estos breves cuadernos ilustrados y extraordinariamente cuidados, originariamente destinados a los amantes de los uniformes, insignias y pertrechos militares, superan, en realidad, con mucho, su finalidad. En efecto, se trata de una muy útil documentación sobre los ejércitos de todo el mundo y de todas las épocas, de su historia, de los conflictos en los que participaron, de la organización militar, etc., [181] con textos debidos a especialistas, datos muy correctos, excelentes ilustraciones en blanco y negro y en color. Así, pues, los cuadernos pueden ser

utilizados también por el historiador ajeno a los temas militares, como información y documentación complementarias sobre un campo considerado marginal y que el historiador tradicional no suele considerar, o que incluso suele ignorar, cuando no despreciar.

En este título que reseñamos se hace la historia del surgimiento y organización y de la participación en diversos conflictos del Ejército australiano. A remolque en todos ellos -salvo en Vietnam- del Reino Unido, los australianos participaron con entusiasmo y cierta «inocencia» en guerras «limpias» y «sucias».

La primera fue la Anglo-Bóer (1899-1902), una guerra muy «sucias», donde la suciedad salpicó incluso a oficiales australianos, como Harry Morant, acusado de fusilar a prisioneros bóers.

El segundo conflicto en el que participaron, considerado «limpio», fue la I Guerra Mundial (1914-1918). En ella el Australian and New Zeland Army Corps (ANZAC) fue utilizado profusamente por los británicos -se ha dicho que como carne de cañón- desde Palestina a Flandes, pasando por Gallípoli, sufriendo serias pérdidas. En la II Guerra Mundial se empleó a los australianos en buen número de frentes, pero de manera más orgánica y racional, y las pérdidas fueron mucho menores: en Birmania, en Nueva Guinea, en el norte de África y en Europa.

Después de la Guerra Mundial los australianos participan de nuevo en guerras «sucias». En Corea (1950-1953), junto a las fuerzas de Estados Unidos; en Malaya (1948-1955) contra las guerrillas nacionalistas y comunistas; en Borneo (1963) para impedir que Indonesia se anexionara Sarawak y Sabah y garantizar el nacimiento como Estado de ese «monstruo» neocolonial que fue Malaysia. Finalmente, los australianos aparecen en Vietnam (1962-1975), de nuevo junto a los norteamericanos; 42.000 soldados en total, en tandas nunca superiores a 8.000 hombres.

C. A. CARANCI

HARCOMBE, David: *Solomon Islands. A Travel Survival Kit*, Lonely Planet, South Yarra (Vict., Australia) 1988, 245 págs.

Otra de las magníficas guías de esta editorial australiana, cuyo subtítulo reza modestamente «A travel survival kit». Pero, como los demás títulos, es mucho más que una simple guía.

Se trata -como, repitámoslo, los demás títulos anteriores- de panoramas completos sobre diversos países oceanianos y asiáticos: historia, geografía, lingüística, política, etc., dedicando la mayor parte de los volúmenes, obviamente, a la descripción de regiones, localidades y lugares diversos, con profusión de ilustraciones, fotografías y mapas muy exactos, de gran ayuda también para el estudioso.

En este caso se trata de las islas Salomón, país melanesio independiente desde 1978. El autor nos hace su historia, en una buena síntesis; describe la geografía, la flora y la fauna; la forma de gobierno, la política exterior, la economía, la población y lenguas, la cultura, la religión, el arte, etc.

Luego pasa a informar a quien viaja al archipiélago sobre visados, alojamientos, moneda, compras, etc., para entrar de lleno en la descripción minuciosa del país, provincia por provincia, isla por isla y casi localidad por localidad.

C. A. CARANCI [182]

KAY, Robert F.: *Tahiti & French Polynesia. A Travel Survival Kit*, Lonely Planet, South Yarra (Vict., Australia) 1988, 166 págs.

Esta excelente guía ofrece una panorámica completa sobre la Polinesia francesa, uno de los pocos territorios coloniales que todavía existen en el Pacífico (y en el mundo).

El autor, experto en Oceanía, nos introduce en el territorio a través de su historia, su geografía, la vida política, el arte, la religión y la lengua, y a continuación presenta los datos útiles para el turista.

En una segunda parte describe los diferentes archipiélagos -muy distintos entre sí- que componen este Territorio de Ultramar francés: las Islas de la Sociedad, la más importante de las cuales es Tahití, sede del gobierno colonial y la más famosa y conocida en Europa; las islas Taimado, las Marquesas, las Australes (o Tubuai) y las Gambier.

C. A. CARANCI

Varios autores: *El Extremo Oriente Ibérico. Investigaciones históricas: metodología y estado de la cuestión*, Centro de Estudios Históricos (CSIC)/Agencia Española de Cooperación Internacional, Madrid 1989, 661 págs.

Esta extensa y densa obra reúne las ponencias del I Simposium Internacional sobre la presencia de España y Portugal en el Extremo Oriente, celebrado en Madrid entre el 7 y 10 de noviembre de 1988.

Las aportaciones, 47 en total, se deben a estudiosos españoles, portugueses, filipinos, japoneses y latinoamericanos, y cubren un amplio espectro, con tres secciones.

La primera incluye trabajos sobre fuentes documentales: sobre los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores español (F. Rodao), los archivos portugueses (L. E. Togores), los de la Marina (A. R. Rodríguez González), sobre la presencia española en Japón (T. Yanaguida), sobre los documentos españoles en el MARC de Guam (J. L. Porras), las Marianas en el siglo XIX (B. Pozuelo), las Molucas (B. Bañas), etc.

La segunda incluye trabajos sobre fuentes bibliográficas: sobre la historia del Asia oriental (J. U. Martínez Carreras y J. Moreno), el Extremo Oriente en los boletines del Instituto Libre de Enseñanza (J. Paniagua), la historia de la Iglesia en Extremo Oriente (L. Tormo) y otros.

La tercera incluye trabajos sobre lo que se denomina Estado de la cuestión: presencia portuguesa en Extremo Oriente (J. P. Azevedo de Oliveira e Costa), historia económica y relaciones internacionales en el Pacífico (V. Valdés Lakowsky), la crisis del Noventa y Ocho y Filipinas (R. de la Torre), España y las guerras del opio (S. Rodicio), las Carolinas españolas (M. D. Elizalde), etnohistoria de la sociedad colonial filipina (L. A. Sánchez), entre otros.

La edición estuvo a cargo de Francisco de Solano, Florentino Rodao y Luis E. Togores.

C. A. CARANCI [183]

GONZÁLEZ ALCANTUD, José Antonio: *El exotismo en las vanguardias artístico-literarias*, Editorial Anthropos, Barcelona 1989, 382 págs.

La investigación y el estudio, exhaustivo y entusiasta, del autor tienen su culminación en esta obra necesaria para el conocimiento más profundo de nuestra época, ya que su estructuración o su formación ha sido el resultado de todo lo ocurrido socioculturalmente, abarcando a los campos diversos de la literatura, el arte, la filosofía y, sobre todo, la antropología, desde los tiempos remotos, pero mucho más acentuado desde el siglo XVIII con el desarrollo de los medios de comunicación entre las distintas partes del mundo. Desde la obra monumental de J. Needham y las de M. Edwards, S. Wichmann, etc., que abrieron nuevas perspectivas de los estudios comparativos de las culturas del mundo, existen algunas obras, más bien escasas, aunque no podemos olvidar la obra de Van Tieghem sobre la literatura comparada, el estudio «comparativo» o la investigación de las influencias mutuas entre el mundo occidental y el no-occidental que se planteó, con motivo de la exposición artística en Munich, S. Marchan Fiz en la década de los setenta de este siglo.

El autor de esta obra desarrolla el tema de su investigación en siete grandes capítulos: El nacimiento de la vanguardia. Intelectualidad finisecular; Los simbolistas ante el exotismo; El Pacífico, de Pigafetta a Gauguin; Descubrimiento de África; El expresionismo alemán o la búsqueda de la expresión en el primitivismo; Surrealismo-De la magia al exotismo, y La

vanguardia en Latinoamérica. Y debemos resaltar, sobre todo, el capítulo dedicado al estudio del proceso histórico y la influencia de las culturas del Pacífico desde el conocimiento de éste por Occidente, que incluye los subcapítulos siguientes: «El Pacífico visitado: de Pigafetta a Bougainville», «Oceanía en la literatura: de Melville a Loti», «Etnología del Pacífico: de J. Cook a M. Mead» y «Clausura de Oceanía: de Gauguin a Segalen». En el epílogo el autor define el término de «exotismo» pese a su complejidad y a su difícil determinación debido a su diversificación y sus varias etapas.

Reconocemos la dificultad y el gran esfuerzo de realización de esta obra de investigación, y, sobre todo, la complejidad y la amplitud derivadas del obligado conocimiento de las culturales occidentales y no-occidentales e igualmente sus filosofías, religiones, etc., todo lo que se puede incluir en el contexto de la antropología socio-cultural. Y también era necesario una visión conjunta y global del autor para llevar a cabo esta obra que recomendamos a los estudiantes de filología o historia del arte como el libro básico de conocimientos para sus investigaciones en la literatura y el arte.

SUE-HEE KIM

SCHEURLEER, Pauline Lunsingh, y otros: *Asiatic Art in the Rijksmuseum*, Meulenhoff y Landshoff en colaboración con Verenig van Vrienden der Aziatische Kunst y Rijksmuseum, Amsterdam 1985 y ss., 192 págs.

Bajo el título de *Asiatic Art* el Museo más importante de Holanda, Rijksmuseum, edita el catálogo de su gran colección de las obras artísticas del Extremo Oriente, de países como China, Japón, Corea, India, Nepal, Tíbet, Thailandia, Camboya, Indonesia, etc. El libro contiene no sólo fotografías excelentes sino [184] también los estudios y las investigaciones sobre cada pieza artística, además de la visión global y científica del concepto y la historia del arte de cada país. Son varios autores especialistas encabezados por P. L. Scheurleer.

Se incluye la breve pero concisa historia de la colección y la creación del museo dedicado al arte de Extremo Oriente, desde su apertura en el Museo Municipal en 1932 hasta la culminación de uno de los más importantes museos de la colección de obras artísticas de Oriente. La colección de las porcelanas de Oriente, una de las más bellas ya significativas en la historia, está minuciosamente estudiada en este libro. La importancia de la citada colección, que evoca la historia del comercio y las relaciones entre el Occidente y el Oriente, y, sobre todo, los navegantes y comerciantes holandeses que han contribuido grandemente al intercambio cultural entre ambos mundos es innegable. Este catálogo sirve de base para el futuro estudio comparativo de obras de arte europeas influidas por el Extremo Oriente y las asiáticas por el Oriente, que han producido los fenómenos artísticos de la «chinoiserie» o del «japonismo» en el Occidente y el arte «Namban» en el Extremo Oriente, por citar algunos ejemplos. Antes de concluir esta reseña resaltamos, una vez más, la característica de este libro que no se limita a un simple catálogo «clásico» sino a un libro de estudio sobre el arte de Oriente.

SUE-HEE KIM

Varios autores: *Australia*, Historia 16, Madrid 1989. Cuadernos Historia 16, n.º 187, 40 págs.

En la colección Cuadernos, de Historia 16 -que representa un gran esfuerzo de divulgación histórica- han aparecido algunos títulos sobre Oceanía y el Pacífico en general. Uno de éstos es el que reseñamos. Se trata de un breve pero profundo y renovador recorrido por la historia de Australia. Una rápida introducción de G. Zaragoza da paso a un muy buen resumen de J. M. Solé Mariño de la historia de este país desde la llegada de los europeos hasta hoy («Dos siglos de historia»).

El segundo trabajo («Aborígenes frente a europeos. Historia de una usurpación», de H. Reynolds) estudia la brutal agresión europea contra los habitantes originarios -que en algunas zonas, como en Tasmania, fueron extinguidos- y su lenta recuperación.

«Una sociedad nueva», de L. Ryan, estudia el origen y composición de la población de origen europeo que dará lugar a una nueva sociedad. «El comienzo de la sabiduría», de M. Clark, quizá el trabajo más interesante, analiza la mitología histórica australiana, su falseamiento constante (Australia sería una sociedad «idílica», «tranquila», «aburrida», «pacífica», etc.) y los intentos actuales por reinterpretarla desde una perspectiva crítica, no eurocéntrica, revolucionaria: al contrario de lo que afirma la historia oficial, la llegada de los británicos «fue la ocasión de tres grandes males», la violencia contra los habitantes originarios, la violencia contra la primera fuerza de trabajo europea, los presidiarios, y la violencia contra la tierra misma.

El último estudio se centra en los viajeros que hicieron conocer a los europeos y a los propios australianos este enorme país-continente («Haciendo caminos», de P. Carter). [185]

Completa esta pequeña obra, como es habitual en la colección, una antología de textos sobre Australia, seleccionada por G. Zaragoza.

C. A. CARANCI

SPENCE, Jonathan D.: *The search for modern China*, Hutchinson, London-Sidney-Auckland-Johannesburg, 1990, 876 págs.

Eminente especialista de renombre internacional, Spence nos ofrece en esta obra, fruto de treinta años de trabajo, un estudio completo de la Historia de China, desde finales del siglo XVI hasta los sangrientos sucesos de la plaza de Tiananmen en junio de 1990.

El autor mantiene la tesis de que la Historia de China es tan rica y tan singular como la de cualquier otro país, y su destino está ya unido al de las demás naciones en los mismos objetivos comunes, como la necesidad de materias primas y recursos energéticos de que carece, y del intercambio comercial y cultural con todos los pueblos. Sin embargo, China durante mucho tiempo ha permanecido desconocida para Occidente, e incluso todavía parece permanecer apartada quizá por la influencia de su idioma, costumbres y talante. Pero ahora, con más de mil millones de habitantes, está sufriendo muchas tensiones internas que solamente podemos vislumbrar: los vaivenes de su vida política, las actitudes en su comportamiento cultural, las terribles sacudidas de su economía, y el hecho de que su periódica hostilidad a la influencia extranjera se ve acompañada por sonrisas de bienvenida, hace que todo ello nos mantenga en un estado de desconcierto acerca de la naturaleza real de China.

Para Spence, esa nación no es más difícil de entender que cualquier otra, lo que ocurre es que en el caso de China vale la pena intentarlo porque su historia es asombrosa y tiene mucho que enseñarnos. Con una historia de cerca de cuatro mil años, y con una sociedad que ha conservado su vitalidad y su propia conciencia histórica perfectamente documentada, se hace muy difícil elegir un punto de partida para narrarla, pues en cualquier fecha ya existen sucesos, personalidades y acontecimientos culturales e históricos. Por ello el autor comienza su relato a fines del siglo XVI, porque piensa que a partir de esa época es más fácil examinar y dar sentido a los problemas de la China actual, ya que muchas situaciones parecen, con los debidos cambios, repetición de hechos ocurridos anteriormente. Por ejemplo, lo ocurrido en 1644 aparece en 1911, y de nuevo en 1949, y en las tres circunstancias la desilusión con el presente se combina con una cierta nostalgia del pasado y una apasionada esperanza por un futuro, en el que desapareciera el viejo orden y se abriera paso uno nuevo e incierto. El autor estima que el conocimiento de ese pasado, factor constante en la historia de China, nos ayudará a comprender las fuerzas que allí se enfrentan y podemos examinar las oportunidades que existen a favor y en contra para que China alcance su lugar en un mundo moderno.

En el comienzo de su relato, al analizar la decadencia de la dinastía Ming, Spence estudia la enorme incidencia que la importación de la plata mexicana procedente de Filipinas tuvo en la economía de China. Desde 1570, en que los españoles se establecieron en Manila, una numerosa colonia china se fue agrupando en la ciudad con el fin de comerciar con aquéllos. En muy pocos años, a medida que el tráfico del Galeón con Acapulco se desarrollaba, el flujo de plata aumentó de forma impresionante ocasionando en China graves problemas: inflación, especulación y un errático crecimiento económico en algunas ciudades que [186] destruyó los tradicionales modelos económicos. La situación fue realmente grave, pagando sus consecuencias la población campesina obligada a pagar sus impuestos en plata, mientras que sus cosechas las vendían obligatoriamente en monedas de cobre. Todo esto ocasionó corrupción, evasión de impuestos, etc., precipitando la caída de los Ming.

Hemos mencionado este asunto de la plata porque creemos que es un aspecto poco estudiado de la repercusión que el comercio del Galeón de Manila tuvo en la economía de China, pues los trabajos que se han hecho son todavía insuficientes dada la importancia del tema.

Spence va desarrollando su obra de forma magistral hasta llegar a nuestros días. El panorama que presenta de la historia de China, en los últimos cuatrocientos años, es completo, abarcando todos los aspectos que le han dado forma, y casi ninguna faceta escapa a su erudición. Su estilo es claro y sugestivo, pese a la gran cantidad de cifras, datos y nombres que utiliza.

La obra se completa con los siguientes Anexos: notas con bibliografía específica; bibliografía ampliatoria para cada uno de los 25 capítulos; vocabulario onomástico, histórico y geográfico; ilustraciones en color; fotografías; un índice de extraordinario valor para la investigación; y, finalmente, una explicación sobre el sistema Pinyin para leer el idioma chino.

JOSÉ LUIS PORRAS

LEROI-GOURHAN, Arlette y André: *Un voyage chez les Aïnous*, Albin Michel, París 1989, 156 págs.

En el verano de 1938 dos arqueólogos y antropólogos franceses, André (1911, que luego se hará famoso por sus estudios sobre la prehistoria europea y asiática) y Arlette Leroi-Gourhan permanecen en la isla japonesa de Hokkaido, donde se concentra la más numerosa población ainu del área. Quieren estudiar lo que se considera una población en vías de extinción, absorbida por los japoneses.

Poco se sabía sobre los ainu en Europa, sobre su origen étnico, su lengua y su historia, un poco más sobre sus manifestaciones culturales y estructura social. Hoy se sabe más, los conocimientos sobre los ainu han aumentado apreciablemente, pero no todo lo que cabría esperar (basta dar una ojeada a obras recientes, como *Las religiones en los pueblos sin tradición escrita*, volumen 11 de la *Historia de las religiones Siglo XXI*, en el capítulo «Las religiones de los pueblos árticos», apartado «Los ainu»; o a *Civilizaciones extinguidas*, tomo 2 de la *Historia de las civilizaciones* de Alianza Editorial/Labor, para darnos cuenta de lo que decimos).

Pero no cabe duda de que la misión etnológica de los Leroi-Gourhan hizo conocer bastante mejor a los ainu, resolvió algunos problemas pendientes y aireó una situación de declive y opresión étnica de la que eran víctimas los ainu por parte de los japoneses, que les negaban (y niegan) todo derecho y trataban y tratan de asimilarlos y hacer desaparecer su cultura.

En tiempos del estudio los ainu que todavía hablaban su lengua no eran más de dos mil, sobre una población de unos 16.000 largos en total. Su cultura estaba ya en declive, sus costumbres se desvanecían y estaban mestizados en buena medida a causa de la colonización japonesa. Con todo, sus tradiciones pervivían en parte, y con fuerza suficiente como para poder apostar por su supervivencia.

Cuando los Leroi-Gourhan llevan a cabo su estudio todavía una porción relativamente

apreciable de la población ainu seguía viviendo según las normas y formas [187] tradicionales, conservaban sus rituales -en particular, el culto del oso-, los tatuajes de las mujeres, la caza, la agricultura, la filosofía, cte. Esto es lo que nos describen, a través de unas páginas claras y densas a un tiempo.

Inician su estudio introduciéndonos en el «ambiente» de Hokkaido de los años 30, para pasar a plantear los problemas más arduos que plantean los ainus desde el punto de vista histórico y antropológico: *cuántos son*: en 1938 habían desaparecido casi de Sajalín y de las Kuriles, y sumaban unos 16.000, como se ha dicho; *quiénes son*: los autores enumeran las teorías sobre su origen: la mongoloide, la australoide, la caucasoide o «blanquista» (esta última parecería ser, hoy por hoy, la más plausible); *la lengua*: hasta hoy no se ha podido relacionar su lengua con ninguna familia conocida.

En los siguientes capítulos se describen la vestimenta y adornos, la vivienda, los utensilios, los usos sociales, el lugar de la mujer en la sociedad, la familia, el modo de producción (la agricultura, tarea de las mujeres, junto a la confección de telas y ropas; la caza de la ballena, del oso, del ciervo, la pesca del atún, tarca de los hombres), el arte, el trabajo de la madera, etc.

Posteriormente se describe su vida espiritual, la ceremonia del oso, la danza ritual, la religión.

Los dos últimos capítulos son especialmente interesantes, pues trazan la historia de los ainu. Los ainu serían los habitantes primitivos del archipiélago japonés y de las tierras cercanas: la importante cultura Jomon del Japón primitivo ha de atribuirse, sin duda, a los ebisu o antepasados de los ainu. La aparición de poblaciones mongoloides provenientes del sur, los antepasados de una parte de los japoneses actuales, va empujando a los ainu hacia las islas septentrionales, las «islas del frío», al tiempo que se establecen relaciones diversas y que se inician conflictos de los que resultarán vencedores los recién llegados, que acabarán ocupando todo el archipiélago.

C. A. CARANCI

CAMPBELL, Joseph: *Las máscaras de Dios: mitología oriental*, Alianza Editorial, Madrid 1991, trad. de B. Urrutia, 594 págs.

Este volumen es el segundo de una obra en cuatro tomos, cuyo título de conjunto es *Las máscaras de Dios* (los demás son *Mitología primitiva*, *Mitología occidental* y *Mitología creativa*), y cubre lo que en Occidente, de forma abusiva, suele llamarse «Oriente» -desde el Próximo Oriente al Extremo Oriente- y que refleja más una exclusión que una definición.

El presente volumen cubre, en efecto, el Egipto antiguo, Mesopotamia, India, China, Japón..., todo ello en el mismo saco, pese a sus grandes diferencias objetivas. El autor justifica esta reunión sobre la base de la separación, «en algún momento», de las mitologías y, por ende, de las psicologías, de Oriente y Occidente.

Así, Campbell estudia la mitología del antiguo Próximo Oriente, Mesopotamia, el Egipto faraónico, etc., en un largo y complejo capítulo.

Pasa luego a estudiar las mitologías de la India, desde las primeras civilizaciones del Indo, preindoeuropeas, hasta las arias (la edad védica, la época budista, el período de las grandes creencias, después de la era cristiana, hasta la invasión musulmana). [188]

La última parte comprende la mitología china -especialmente interesantes son las secciones correspondientes a la China antigua-, la japonesa y la tibetana.

C. A. CARANCI

HOMS I GUZMÁN, Antonio: *Sinibaldo de Mas*, Caixa de Barcelona, Colección Gent Nostra, Barcelona 1990, 50 págs.

Cuando llegó a mis manos esta biografía de D. Sinibaldo de Mas, diplomático, publicista,

político (iberista), viajero incansable, pero sobre todo hijo de su tiempo, la sorpresa y el agrado llegaron con igual intensidad. Sorpresa, al leer este libro de A. Homs, pues nunca hubiera podido imaginar que fuera del muy reducido grupo de investigadores y estudiosos de las cuestiones relacionadas con la presencia española en Extremo Oriente, alguien pudiese interesarse por Sinibaldo de Mas. Agrado, por ver una biografía que demuestra cómo el mundo cultural español es menos «castizo» de lo que puede a simple vista parecer, superando fijaciones por la represión en Belchite o el reparto del pan en Madrid, comenzando de esta manera una singladura que se aleja del desprecio historiográfico a lo que no sean estas «grandes cuestiones». Trabajo doblemente interesante no sólo por lo antes dicho, sino también por referirse, en gran medida, a cuestiones relacionadas con Asia, siendo éste uno de los grandes temas olvidados por nuestra historiografía, y más en los momentos que se desarrolla la actuación de este español, etapa histórica en el que los Mares de China absorbían en buena medida la atención de todas las grandes cancillerías de la época.

Esta biografía de Sinibaldo de Mas es la primera que aparece en España -tras algunas publicaciones contemporáneas al personaje, durante el pasado siglo-, publicada en catalán, al amparo de la iniciativa regionalista de la Caixa de Barcelona, que bajo la colección «Gent Nostra», que cuenta ya con casi cien títulos dedicados a glosar catalanes ilustres. Entre éstos se encuentra el libro en cuestión. Dado que Mas nació en Barcelona en 1809, lo que afortunadamente le ha hecho acreedor de un estudio sobre su vida y obra.

A lo largo de su azarosa vida cubrió las dos grandes facetas de las figuras del siglo XIX: fue hombre de letras con notable grado de erudición, al tiempo que aventurero de primera fila, de categoría similar al mítico Ali Bey, también de origen catalán. Esta obra, a pesar de su brevedad, cubre con profundidad la vida de Mas. Analizando inicialmente su etapa de diplomático, la faceta sin lugar a dudas más importante de su personalidad, narrando entre otros temas su gran viaje desde el Próximo Oriente hasta Filipinas, que discurrió entre 1834 y 1842, sino también su primer viaje a Macao como representante de España entre 1843 a 1844, y los posteriores a China entre 1848 a 1850 y 1863 a 1868, respectivamente, en los que logrará la firma del primer tratado entre España y el Celeste Imperio.

El trabajo de A. Homs analiza igualmente su obra como político, con especial reseña a su faceta iberista, al tiempo que presenta su amplia producción escrita con trabajos tanto sobre cuestiones lingüísticas, como de índole científico -«Empolladura artificial de huevos de gallina en Egipto», publicado en el *Seminario pintoresco de Madrid* en 1834-, literarios o políticos, o sobre la acción colonizadora de los europeos en Asia -«A Iberia», publicado en Lisboa entre 1851 y 1852; «Informa sobre el estado de las islas Filipinas, en 1843, «L'Angleterre, la Chine et l'Inde», texto en francés publicado en 1858, etc.-. Destacando finalmente su carácter de hombre «del renaixement», con su cuidada cultura, su capacidad [189] para hablar los más importantes idiomas europeos, junto a varios asiáticos como el persa, urdu, y algo de chino..., en combinación casi enfermiza por su pasión por la pintura, afán coleccionista que le llevó varias veces al borde de la ruina, al tiempo que habilidad con la que se ganó la vida en Bombay y la India cuando los recursos del Ministerio de Estado no llegaban, cosa por otra parte muy común.

La obra de A. Homs deja algunos estadios y facetas de la vida de Mas que podrían haber sido cubiertos, al parecer por desconocer algunas fuentes documentales el autor. Carencias que podrían haber sido subsanadas con la consulta del expediente personal de Mas en su calidad de diplomático, que se encuentra depositado en el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de Madrid, así como con los diversos legajos sobre China en los que la presencia de Mas es constante. También se echa en falta en la lista de publicaciones algunos de los trabajos de Mas sobre la India o los publicados para la Sociedad de Orientalistas de París, como el referente a la cuestión de Borneo, entre otros.

Para finalizar, destacaría el interés de esta obra, no sólo para los estudiosos de la historia de

las relaciones internacionales, para quienes la vida y la actuación diplomática de Mas pueden descubrir muchas cuestiones hasta ahora olvidadas, sino también para aquéllos que quieran comprender mejor la historia de España y de los países de Asia Oriental en las décadas centrales del pasado siglo. Curiosidad que a través de esta biografía puede quedar suficientemente perfilada, y llevar a una mayor profundización de la cuestión. Finalmente, señalar que en esta obra se une el interés histórico con una forma agradable y rápida en la narración, junto a una «trama» propia de una novela de aventuras, de la que la vida de Mas está repleta, demostrándose una vez más que en muchos casos la realidad supera con creces a la ficción.

LUIS EUGENIO TOGORES

KNIGHT, Ian: *Queen Victoria's Enemies (4): Asia, Australasia and the Americas*, Osprey, Londres 1990, Men-at-Arms Series, n.º 224, ilustrac.: R. Scollins, 48 págs.

Dentro de la serie Men-at-Arms se incluye la subserie «Los enemigos de la Reina Victoria» (el primer volumen se dedica a las campañas británicas en África Meridional; el segundo, a las de África del Norte; el tercero a las de la India). El presente volumen cubre las campañas emprendidas por los ejércitos de la Reina Victoria en Asia, América y Oceanía.

En Asia estudia las campañas en China -Guerras del Opio, Rebelión de los Taipings, la Guerra de los Boxers-, las campañas de Bhután (1864-65) y Tíbet (1903, que cae cronológicamente fuera del reinado de Victoria, pero dentro de los planes coloniales decididos durante éste), las de Birmania a lo largo del siglo XIX, las de las Indias Orientales (Borneo).

En América estudia las campañas de Canadá contra los fenianos (1866-71), contra los mestizos franco-indios (1870), y en Jamaica contra los esclavos negros rebeldes en 1865.

La parte dedicada a Oceanía recoge las Guerras Maoríes y las resistencias de los aborígenes australianos.

Las primeras cubren las guerras contra la penetración británica en Nueva Zelanda y contra el robo de tierras por parte de la administración colonial, en los años 40, en los 60 y finalmente en los 70 del pasado siglo. La derrota maorí pone [190] fin a la independencia de las entidades políticas locales, y abrirá el país a la inmigración británica masiva.

En Australia el robo de tierras pertenecientes a los aborígenes se inicia ya en el siglo XVIII con la llegada de los primeros colonos europeos, y con él los conflictos armados. Robos y conflictos prosiguen durante todo el siglo XIX, e incluso se incrementarán: costarán la vida a 2.000 europeos y a 20.000 aborígenes, y reducirá a éstos a las peores tierras (desérticas), pero nunca cesarán las reivindicaciones, que llegan hasta la actualidad.

Se incluye también, en Australia, la lucha contra los *bushrangers*, a caballo entre el bandolero y el héroe popular, que asaltaban a viajeros y caravanas en el interior del país, el más famoso de los cuales fue, en los 70 y 80, Ned Kelly.

C. A. CARANCI

Varios autores: *Jornadas sobre «Las relaciones entre España y Japón en el Pacífico»*, Asociación Española de Estudios del Pacífico/Dpto. de Historia Contemporánea de la Fac. de Geografía e Historia/Centro Estudios Históricos del CSIC, UCM, Madrid 1990, 460 págs.

Organizadas por la Asociación Española de Estudios del Pacífico, en colaboración con los respectivos Departamentos de Historia Contemporánea de la Facultad de G.^a e H.^a de la U.C.M. y del Centro de Estudios Históricos del CSIC, se han celebrado en Madrid, entre los días 24 y 25 de mayo de 1990, unas Jornadas sobre las relaciones entre España y Japón en la época contemporánea.

Coordinadas por Luis E. TOGORES, se presentaron nueve comunicaciones que abarcan el período cronológico comprendido entre 1868 y los años 30 del presente siglo, abordándose

aspectos tanto históricos como sociológicos y culturales.

La reunión hay que enmarcarla en el conjunto de estudios que actualmente se están llevando a cabo sobre un campo tan amplio como es el Pacífico, donde la presencia española, sabido es, ha sido secular, continuando así la tarea que la propia AEEP, presidida por D. Francisco UTRAY, puso en marcha con la organización del I Simposium Internacional «El Extremo Oriente Ibérico: investigaciones y estado de cuestiones», y las I y II Jornadas sobre «Filipinas e Islas del Pacífico».

En la mañana del jueves día 24 se trató el tema de las relaciones hispano-japonesas a lo largo de los años comprendidos entre 1868 y 1898; ambas fechas son muy significativas, y así la primera señala los primeros contactos diplomáticos entre España y Japón, mientras que la segunda representa la retirada española de la zona y el impulso al expansionismo japonés.

En esta sesión se expusieron las siguientes comunicaciones: Luis E. TOGORES: *El inicio de las relaciones hispano-japonesas en la época contemporánea, 1868-1885*; Luis ÁLVAREZ GUTIÉRREZ: *Las relaciones hispano-japonesas en los informes alemanes de Tokyo*; Belén POZUELO: *España y Japón en la era del «nuevo imperialismo»*; M.^a Dolores ELIZALDE: *Japón y el sistema colonial español en el Pacífico*, y Agustín RODRÍGUEZ GONZÁLEZ: *España y Japón ante la crisis de Extremo Oriente, 1895*.

En la sesión de la tarde se trataron diferentes temas, presentándose dos comunicaciones que enlazan, desde el punto de vista histórico, con las de la sesión de la mañana: José U. MARTÍNEZ CARRERA: *Relaciones entre España y Japón: del fin [191] de la presencia de España en Asia a 1931*, y Estrella CALLEJA: *España en la Sociedad de Naciones ante la crisis del Manchukuo*.

Desde una perspectiva sociológica, M.^a Dolores RODRÍGUEZ DEL ALISAL habló sobre 1868. *Encrucijada en la historia de Japón y España. Análisis comparado de un cambio*. Por su parte, Sue-Hee Kim abordó la temática del arte en su comunicación sobre *La presencia de Japón en la Exposición Universal de Barcelona de 1888 y su repercusión en la sociedad española finisecular*.

El día 25 se organizó una mesa redonda, presidida por el profesor Juan Carlos PEREIRA, con objeto de analizar cuestiones tales como el balance de la historiografía sobre Japón disponible en España, centros de documentación, fuentes para el estudio de las relaciones hispano-japonesas, incidencia de la cuestión de Extremo Oriente en la política exterior de la España contemporánea, etc.

El resultado de las Jornadas, lejos de llegar a conclusiones definitivas, permitió, al menos, sacar a la luz un tema muy descuidado por la historia de las relaciones internacionales, sobre el que el vacío historiográfico es manifiesto.

Finalmente, hay que señalar que se evidenció la limitación existente a la hora de analizar las relaciones entre dos países consultando únicamente las fuentes de uno de ellos, España en este caso. Ello, sin duda, hace que se dé una visión parcial de la cuestión. En cualquier caso, es un primer acercamiento al tema a través del análisis de la documentación diplomática española.

BELÉN POZUELO MASCARAQUE

ORTIZ ARMENGOL, Pedro: *Dolores Armijo. Historias viejas de Manila*, Ediciones Otero, Madrid 1991, 458 págs.

«En este relato todo es verdad y el narrador de él huye de ser un novelador, se niega a serlo o a parecerlo», estas palabras del autor revelan la esencia de esta obra magistral. Utilizando como hilo conductor la figura de Dolores Armijo, la amante o amada de Larra, enviada a Manila por su familia cuando el escritor se suicidó, para que se reuniese con su esposo, José María Cambronero, que allí tenía un alto cargo en la administración, Ortiz Armengol nos introduce en la vida de Manila de 1837 a 1840.

Todos los personajes son reales y están colocados con total exactitud de tiempo y lugar. La documentación utilizada por el autor ha tenido que ser enorme y en muchos casos inédita o poco conocida. Ejemplo de esto último son las memorias del capitán general García Camba, gobernador del Archipiélago, que sirven de cimiento a toda la narración.

El gran conocimiento que el autor tiene de la historia de Filipinas y, naturalmente, de la de España, le permite introducir en su relato a toda una serie de personajes históricos que en aquellos años se encontraban en Manila, una casi-capital de provincia española, cuya viva atmósfera de liberales y carlistas, de generales y obispos, de frailes y visionarios, se retrata de forma admirable.

Sin embargo, este libro tiene, a nuestro juicio, un mérito aún mayor: el de contar mucho de la historia de la presencia española en Oriente, sus logros y fallos, de una manera sencilla, narrativa, casi sin darle importancia, pero que, sin duda, ha significado un enorme esfuerzo de síntesis. Ortiz de Armengol ha volcado en su obra no sólo sus conocimientos, sino su larga experiencia en aquel país.

Para los que amamos a Filipinas y conocemos algo de su devenir histórico, de su tierra y de sus gentes, constituye un verdadero placer leer este libro. Los comentarios [192] y opiniones que expresan algunos de los protagonistas, las descripciones de la ciudad, de sus monumentos, de sus paisajes, de sus habitantes, y de todo el conglomerado de razas, de tipos diversos, costumbres, etc., vale más que cualquier historia puramente científica.

Así pues, el autor nos describe incluso el calor y el ardiente sol de Filipinas como componentes fundamentales de la vida de sus habitantes; las torres de algunas iglesias, octogonales por influencia china; las Milicias pampangas, flor de la fidelidad filipina; lo que significaba aquel país, «masa fermentada en tres siglos de talentos y heroísmos»; los mestizos, «lo que une y liga a españoles y filipinos»; el temor al creciente número de clérigos indígenas; la no aplicación de la Constitución española en el Archipiélago; la maravilla del crepúsculo en la bahía de Manila; las tensiones entre el poder eclesiástico y las Autoridades; el heroico papel de los párrocos en los pueblos; la influencia y el poder de los chinos; el despertar de las apetencias inglesas y francesas sobre Filipinas; los barruntos de un inminente nacionalismo; y nos deleita también cuando nos explica Intramuros, la vieja ciudad murada de Manila, bárbaramente destruida en la última guerra mundial, y a la que también dedicó una obra memorable publicada en 1958.

Finalmente deseamos transcribir literalmente un párrafo, en el que nos parece que Ortiz Armengol resume espléndidamente lo que constituyó, en esencia, la presencia española en las islas de poniente; cuando nos relata la fundación y desarrollo del Hospital de San Juan de Dios dice «el lego Juan Clemente, el que recibía a los leprosos, a los paralíticos, a los ciegos en la portería del convento, a todo malayo o chino, malabar o japonés, ¿no sería el arma secreta principal de la conquista? Que un tagalo enfermo y hecho una ruina recibiera de ese español afecto y cuidado, amor y atención, trato y tiempo, debió de atraer hacia esos barbudos blancos -de cabeza monda y de faldas como las mujeres castilas- la adhesión instantánea de los miles y miles que lo presenciaran o que lo supieran. No puede comprenderse de otro modo que poco más de doscientos españoles -y muchos años después todavía menos de mil- pudieran establecerse en siete mil islas durante un tercio de milenio, sin que hubiera un arma mágica muy superior a las tres o cuatro docenas de arcabuces de los hombres que desembarcaron, y hemos de apuntar que el arma empleada fue ésta sencilla de la caridad ejercida con el más débil. Los tagalos y después los demás se entregaron a la protección del barbudo y no despertaron de ella sino tres siglos más tarde».

Hermoso libro, denso, de impecable y particular estilo; obra, en suma, de un grande y culto escritor.

JOSÉ LUIS PORRAS

PANIAGUA, JESÚS: «*Memoria reservada de don Domingo Moriones sobre el Gobierno de Filipinas (1877-1880)*», Universidad de León, León 1988, 206 págs.

El origen de este libro es el informe realizado por el marqués de Oroquieta, aparecido en la biblioteca de la Fundación Sierra-Pambley de León.

El trabajo realizado por Jesús Paniagua es una muestra de un tipo de publicación realmente extraña en nuestro país. Es una edición universitaria, de corta tirada y no excesivo coste, encaminada a la difusión científica de una documentación de máximo interés; en nuestro caso el informe-memoria que da título al presente trabajo, en el que se hace relación a la situación y gestiones realizadas por el que fue capitán general del Archipiélago, Domingo Moriones.

El libro pretende, en primer lugar, difundir una documentación y dar una [193] introducción a su estudio, facilitar diversos datos fundamentales para su correcto análisis por los investigadores que posteriormente hayan de emplearlo en sus trabajos. Consta de tres grandes apartados: un primer bloque en el que se presenta una serie de información complementaria, que facilite la lectura del texto (I. Origen del manuscrito; II. Notas biográficas sobre don Domingo Moriones, marqués de Oroquieta; III. Situación de Filipinas de la década de 1870); para en la segunda parte hacer una Descripción del Documento (capítulo IV); finalizando el trabajo con la transcripción íntegra de la citada memoria.

Sin ser un trabajo de grandes pretensiones, ni de carácter bibliófilo o historiográfico, cumple sobradamente la misión para la que el profesor Paniagua lo diseñó: la difusión científica de una documentación determinada. La «Memoria reservada...» resulta una notable iniciativa que otras universidades, archivos, centros de investigación deberían adoptar para dar a conocer algunos documentos concretos que por su importancia e interés deberían ser de un relativo fácil acceso a los investigadores, sin necesidad de consultar los fondos archivísticos directamente -sobre todo en un país como el nuestro que carece de colecciones documentales de importancia-, que además con el modelo de trabajo presentado en esta reseña se facilita no sólo su conocimiento, sino su posterior comprensión y análisis.

LUIS EUGENIO TOGORES

MARÍN, Fermín: *El Japón Tokugawa*, Historia 16, Madrid 1991, Cuadernos de Historia 16, n.º 250, 40 págs.

El Japón Tokugawa abarca un período de más de dos siglos, de 1600 a 1868, es decir, hasta la Revolución Meiji. En este Cuaderno el autor sintetiza la historia de esta etapa tan compleja de la historia japonesa, a la que se considera habitualmente como «conservadora». El primer Tokugawa pone fin al «período de las guerras», unifica el país y refuerza los vínculos feudales que unían al shogun con los daimyo. Estos dos siglos se caracterizan por el aislamiento en todos los campos y la pervivencia del feudalismo, pero al mismo tiempo ve cómo aumenta la presencia europea en Japón. El país queda «congelado», lo que tendrá repercusiones negativas sobre el futuro.

Marín describe la estructura del Estado Tokugawa, la administración, la economía, la sociedad, la religión, la cultura y cómo se llega a la crisis del «modelo» y al fin del período.

Completan el Cuaderno una cronología, una bibliografía y una antología de textos sobre la época.

C. A. CARANCI

DE LA TORRE, Rosario y LANGA LAORGA, Alicia: *Japón: de los Meiji a hoy*, Historia 16,

Madrid 1991, Cuadernos de Historia 16, n.º 255, 40 págs.

Este Cuaderno complementa de hecho al dedicado al Japón Tokugawa. En su primera parte, De la Torre describe el período inicial de la historia contemporánea de Japón, el surgido con la Revolución Meiji de 1868, y que se prolonga hasta 1912. [194]

Es un período que ve surgir a Japón como gran potencia, competidora de las europeas y asiáticas, y que, en cierto modo, es como una reacción a la presión europea y norteamericana a su injerencia en los asuntos japoneses, y a la constatación de la debilidad del país y del atraso relativo respecto a los occidentales. Pone fin al período conservador Tokugawa y abre al Japón al mundo. La Revolución Meiji es obra del emperador y de una exigua oligarquía reformista, que va a iniciar la industrialización, desarrollar la economía, modernizar el ejército, reprimir a las fuerzas tradicionalistas, y que va a crear una estructura política más o menos formalmente occidental, parlamentaria, con partidos políticos, una Prensa (no libre), una Constitución (1889), una diplomacia «modernizada» y va a adoptar una política expansiva a costa de los países vecinos, que llevará a guerras con China y Rusia.

La segunda parte, debida a Langa Laorga, se centra en el Japón del siglo XX. Cubre los años anteriores al período Meiji hasta hoy: Primera Guerra Mundial -en la que Japón participa junto a la Entente-, expansión en China y en Manchuria, enfrentamiento económico y diplomático con Estados Unidos, que conducirá a la guerra en 1941-45 y al fin del imperio autoritario japonés. Cubre, finalmente, los años de la posguerra, la democratización del país, el espectacular crecimiento económico, la consolidación política y los primeros pasos del expansionismo renovado de los años 70 a 90.

C. A. CARANCI

SCURR, John: *The Malayan Campaign 1948-60*, Osprey, Londres 1990, Men-at-Arms Series, n.º 132, ilustrac.: M. Chappell, 40 págs.

Este título de la serie Men-at-Arms cubre la campaña de los británicos contra las guerrillas comunistas surgidas al calor de la lucha contra los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial, de los cambios políticos y descolonizaciones de la posguerra y de los éxitos de los comunistas en China y otros países, y que aspiraban a poner fin al colonialismo británico e instaurar regímenes de izquierda. La guerra se prolonga desde 1948 a 1960, con intermitencias, y presenta componentes anticoloniales, ideológicos y nacionalistas, y se extiende geográficamente por Malaya y Borneo septentrional británicos, que la potencia colonial quería convertir en un Estado único pero artificial, controlado neocolonialmente (y esto ocurrirá una vez derrotadas las guerrillas, y desviada la amenaza de anexión indonesia).

La guerra fue dura, trajo consigo grandes destrucciones y la muerte de miles de civiles, muchos pertenecientes a etnias minoritarias reclutadas por los británicos, y miles de muertos en combate (casi siete mil guerrilleros, amén de los capturados y rendidos; 615 británicos, incluidos 169 gurjas, 27 australianos y 16 neozelandeses, y 1.475 miembros de la fuerzas armadas y policiales malayas).

La obra se completa, como todas las de la Serie, con fotografías, ilustraciones y láminas en color con los uniformes y armamento de las tropas que participaron en el conflicto.

C. A. CARANCI [195]

RUBIO RECIO, José Manuel: *Pacífico iberoamericano, islas Galápagos y Pascua*, Anaya/Quinto Centenario, Madrid 1988, Biblioteca Iberoamericana, n.º 55, 127 págs.

En este volumen de la Biblioteca Iberoamericana de Anaya se describe la costa americana del Pacífico -excluida, aunque se podía haber incluido, la del noroeste de Estados Unidos y Canadá-. En primer lugar, se hace la historia de esta parte del océano, la de su exploración por los

españoles, y la de los posibles viajes precolombinos.

Se describen luego las costas americanas, desde California al sur de Chile, desde el punto de vista geográfico -incluidas las corrientes marinas-, económico -pesca, guano, etc.-, faunístico, etc.

Un capítulo entero se dedica a las islas Galápagos y a su excepcional flora y fauna. Finalmente, otro capítulo se centra en la isla de Pascua, isla polinesia anexionada por Chile, su peculiar historia y sus «misteriosas» esculturas de piedra.

C.A. CARANCI

DE LA TORRE DEL RÍO, Rosario: *Inglaterra y España en 1898*, Eudema Universidad, Madrid 1988, 344 págs.

Fruto de su Tesis Doctoral, y de la reflexión posterior y en continuada investigación en el tema se presenta este trabajo. El cual es, herencia directa de una tradición historiográfica del departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense de Madrid en el que la citada profesora se encuentra integrada. Herencia que se inaugura con el trabajo del profesor Pabón *El 98, acontecimiento internacional* (1952), se continúa -como ha señalado el profesor Martínez Carreras- con el trabajo del profesor Jover *1898. Teoría y práctica de la redistribución colonial* (1979), a los que ahora se une el presente título de Rosario de la Torre, el cual nos trae una nueva faceta imprescindible para la comprensión de aquellos sucesos de tanta trascendencia para la España de la Restauración.

El estudio realizado se centra en la actitud mostrada por el Reino Unido a lo largo del conflicto hispano-norteamericano de 1898, en el cual Londres declaró su neutralidad, al tiempo que apoyaba diplomática y logísticamente la agresión estadounidense contra las posesiones ultramarinas de España. Los sucesos de este conflicto se desarrollan en tres grandes escenarios: el antillano, en torno a la Cuba española; el europeo, centrado en las grandes cancillerías, y a los problemas surgidos en torno a Gibraltar; y finalmente el escenario situado en Extremo Oriente, en las posesiones españolas de Filipinas, y los archipiélagos del Pacífico, los cuales son valorados en su importancia en el índice del libro. Así, tras el prólogo del profesor Jover, nos encontramos un conjunto de nueve capítulos que en primer lugar tratan de crear un marco general, «Marco y objetivos de la política exterior británica», al que siguen un análisis de la situación antes del estallido del conflicto; «Inglaterra y la intervención de las potencias europeas en el conflicto hispano-norteamericano», para entrar en el núcleo principal del trabajo, el análisis de los caracteres que tomó la neutralidad británica durante la guerra; «La declaración de neutralidad británica ante el comienzo de la guerra hispano-norteamericana», «Los comportamientos», «Los comportamientos en el Lejano Oriente», «Las actitudes y las declaraciones», «Inglaterra y la preparación de la Paz», «Gibraltar y el [196] planteamiento del problema de garantías exteriores». Para ya terminar con el capítulo titulado «Valoración española de la neutralidad británica».

En lo referente a Extremo Oriente, en las páginas de este libro se hace una puesta al día de los conocimientos que hasta la actualidad se tienen sobre los sucesos allí acaecidos en 1898. Mostrando cómo en este marco geográfico del 98 se encuentran una serie importante de lagunas, lógicas si consideramos la tradicional desatención por parte de la historiografía española a esta parte del mundo, que resulta inevitable llenar en unos momentos en que se aproxima el primer centenario de estos sucesos, y dentro de un marco de creciente importancia de todo lo referente a la cuenca del Pacífico -en especial en su parte asiática-, interés general de la humanidad del que la sociedad española aun parece seguir marginado. Futuras investigaciones deberán demostrar esa cara oculta del conflicto, su parte asiática, que sin lugar a dudas llevarán a una revisión total de nuestros conocimientos sobre este suceso fundamental para la comprensión de la historia contemporánea de España.

CARANCI, Carlo A.: *El Imperio portugués*, Historia 16, Madrid 1990, Cuadernos Historia 16 n.º 215, 40 págs.

A principios del siglo XV, Portugal es una realidad política dotada de una base social y económica suficientemente estructurada. En el proceso de formación de las nacionalidades europeas, el occidente peninsular es capaz de presentar para entonces uno de los más acabados modelos existentes sobre el continente. Ahora, su propia realidad geográfica le empujará hasta los primeros planos de la historia universal. Encerrado entre una Castilla siempre temida y despreciada y el Océano Atlántico, Portugal se ve *obligado* a encontrar en este último su espacio de expansión natural.

Todo -tal como afirma el autor de este texto- predispone entonces a Portugal hacia la consecución de las aventuras marítimas. La pujante burguesía comercial impulsa el perfeccionamiento de las técnicas de navegación, que en muy pocos años permitirán a los marinos lusos los viajes de cabotaje por el litoral africano, para pasar luego hasta el extremo oriente asiático y, comenzada la carrera de Indias, establecer puestos de ocupación en las costas del Brasil.

Una verdadera *empresa de titanes*, enmarcada dentro de este deslumbrante y mitificado período de la apertura a la Historia occidental del Hemisferio que ocupa el continente americano. El expansionismo portugués presenta elementos de fuerte contraste con el castellano, sobre todo en lo que se refiere a la preparación de los métodos y acciones a desarrollar, y de los programas de intervención subsiguientes a la ocupación material de los nuevos territorios. Carlo Caranci consigue en este crucial punto aclarar muchas de las ideas -confusas y en general desconocidas- existentes sobre este aspecto de la historia del país vecino.

Portugal, independientemente de la postración que ha conocido durante siglos, presentaba en los inicios de la Edad Moderna una estructura socioeconómica mucho más perfeccionada que la castellana, solamente comparable a los modelos litorales de la Corona de Aragón, que han sido muchas veces mostrados como únicos en su género en la Península. Inmensos espacios físicos de África y de América, además de estratégicos -y beneficiosos materialmente- enclaves en las costas de Asia fueron escenario de la coordinada y racional acción de Portugal. [197]

Esta breve pero densa obra recorre de forma rigurosa toda esta prolongada trayectoria de cerca de seis siglos de duración. Una secuencia ésta que convierte al Imperio portugués en una de las estructuras de dominación suprarregional más prolongadas de la Historia. Carlo Caranci, gran conocedor de la realidad colonial en todas sus facetas, ha conseguido aquí establecer una notable síntesis de este complejo y rico período, que media entre los años 1415 y 1975, a través de cuatro continentes y tres océanos.

En el estilo directo y lineal que le caracteriza, Caranci entra con brevedad cargada de sugerencias a anotar y valorar todos los elementos presentes en esta formidable aventura de un país tradicionalmente olvidado, y aun menospreciado, por una Europa que mira hacia occidente saltando por encima de él. La realidad africana y sudamericana de hoy es inexplicable sin considerar estos antecedentes previos, tratados aquí con una forma sinóptica, obligada por las limitaciones de espacio, pero solamente posible para un perfecto conocedor de la materia considerada.

A destacar de forma muy especial la selección de textos y documentos referidos a las cuestiones estudiadas en este Cuaderno. Si la finalidad de esta serie es directamente didáctica, en este caso el objetivo queda plenamente conseguido. El autor ha conseguido reunir una breve pero muy ilustrativa selección de materiales, que abarca la práctica totalidad de los puntos observados en su texto. Los mapas y las ilustraciones contribuyen, finalmente, a hacer de este

breve Cuaderno un útil instrumento de conocimiento de una realidad -física y temporal- tantas veces ignorada.

JOSÉ MARÍA SOLÉ MARIÑO

HEADRICK, Daniel R.: *Los instrumentos del Imperio*, Alianza, Madrid 1989, Alianza Universidad-Historia, 187 págs.

Frente a las actuales tendencias de la historiografía española, en la que las investigaciones y estudios sobre el siglo XIX se encuentran en franco declive, ante una historia más reciente que sin rubor se puede calificar como «de moda» -la relativa al período 1945-1957-, aparece esta obra como un necesario «balón de oxígeno» para todos aquellos que aún centran sus trabajos en la pasada centuria.

En la actualidad muchos historiadores consideran el imperialismo como el resultado de muchas causas, sus interpretaciones difieren en el peso que asignan a cada una de ellas. El debate sobre el nuevo imperialismo es esencialmente fruto del conflicto en la valoración en la prioridad de las causas. Así, la hipótesis de este libro parece a primera vista un desafío abierto al axioma clásico de la historiografía occidental: la historia es el resultado de la interacción de las decisiones humanas. Aceptando la necesidad por igual de motivos y medios, entonces, el nuevo imperialismo pudo haber resultado de una de las tres siguientes posibilidades: existiendo medios adecuados fueron nuevos motivos los que desencadenaron los hechos; existiendo motivos suficientes, entraron nuevos medios que desencadenaron los hechos; y, finalmente, tanto los medios como los motivos cambiaron, lo que desencadenó los hechos. Sobre la base de la valoración de la historia social de la tecnología, que aspira a la comprensión de las causas, desarrollo y consecuencias de los fenómenos tecnológicos, Headrick formula su hipótesis en torno a la importancia de los cambios tecnológicos que hicieron posible que el imperialismo [198] tuviera lugar, en la medida en que posibilitaron que los motivos diesen lugar a hechos, reforzando así los propios motivos. El nuevo imperialismo no fue resultado de la simple superioridad, sino de la posibilidad de liberar una fuerza aplastante con costes mínimos.

El libro centra su marco temporal en el período inicial de la expansión imperialista. El autor formula tres etapas: la primera, de penetración y exploración, «Los barcos de vapor y la quinina, herramientas de penetración»; la segunda, la de la conquista y dominación de las poblaciones, «Armas y conquistas»; la tercera, antes de que los territorios ultramarinos se constituyan en ricas colonias bien asentadas, se centra en la necesidad de establecer una red de transportes y comunicaciones que unan las posesiones ultramarinas con sus metrópolis, «La revolución de las comunicaciones». En la fase de penetración, los barcos de vapor y la quinina se presentan como las nuevas tecnologías claves. En la segunda, se hace mención de las armas modernas -rifles de repetición, municiones, ametralladoras...-, y en el período final consolidación y comienzos de la explotación, conformado mediante la creación de las líneas regulares de vapores, los cables telegráficos submarinos, el Canal de Suez y los ferrocarriles coloniales. En estos factores se centra la presente obra.

La aparición de la obra de este historiador británico, impresa por primera vez en Oxford en 1981, nos muestra la vigencia y progreso que las investigaciones sobre el pasado siglo tienen en la actualidad, presentando un vigor historiográfico que hace posible que autores ya clásicos como Hobson, Fieldhouse, Brunschwig, Cameron o Langer se encuentren en la actualidad en vías de ser superados. El libro de Headrick servirá de guía y aliento para todos aquellos que, aún en la actualidad, piensen que los sucesos comprendidos entre la Revolución francesa y la Gran Guerra son un campo de investigación y trabajo repleto de preguntas todavía sin contestar.

LUIS EUGENIO TOGORES

CROSBY, Alfred W.: *Imperialismo ecológico. La expansión biológica de Europa, 900-1900*, Crítica, Barcelona, Crítica/Historia y Teoría, 1988, 350 págs.

Un nuevo trabajo sobre el «imperialismo» se viene a unir a la bibliografía que sobre este gran tema se puede encontrar en la historiografía hasta ahora traducida a la lengua castellana. El profesor Crosby de la Universidad de Austin (Tejas) nos presenta un nuevo y renovador enfoque sobre el éxito de los europeos en su proyección exterior -colonial e imperialista-, mostrando una nueva perspectiva para el estudio total del fenómeno «expansión europea» en la historia en general, y en la contemporánea de manera más concreta.

Hombres de ascendencia europea integran hoy la mayor parte de los núcleos de población que ocupan muchas de las zonas templadas del planeta. Trabajos habituales de consulta en nuestras universidades como los de Fieldhouse, Langer... analizan las causas económicas, políticas y militares de este fenómeno. Otros, aún poco difundidos, como el de Daniel R. Headrick -*Los instrumentos del Imperio*- hacen especial hincapié en la importancia del progreso de la tecnología industrial como factor clave para el avance en la dominación imperialista europea. Crosby se une a éstos analizando las razones biológicas que permitieron [199] y consolidaron las conquistas europeas en ultramar, haciendo posible el nacimiento de las «Nuevas Europas».

Analizando la vertiente biológica de esta expansión, Crosby muestra cómo los europeos se adueñaron de las zonas templadas del planeta con suma facilidad gracias al rápido triunfo alcanzado, de forma paralela al éxito de los humanos por animales, plantas y gérmenes que les acompañaron en su proceso de expansión y conquista.

Los europeos se beneficiaron del «éxito» de sus enfermedades en diezmar las poblaciones nativas carentes de defensas inmunitarias; de la rápida expansión de sus animales -cerdo, oveja, caballo, ganado vacuno- y de su total adaptación al nuevo medio; así como del asentamiento de sus cultivos, que permitieron recrear buena parte de su antiguo medio de vida, al tiempo que rompía la biota existente en aquellas tierras donde llegaban los colonizadores europeos, alterando así los modos de vida y las pautas culturales de los pueblos nativos, haciéndoles más vulnerables a la penetración del hombre blanco.

Sobre esta hipótesis de trabajo -¿el triunfo del imperialismo europeo tiene un componente biológico, un factor ecológico?- se construye este renovador y sugerente trabajo.

Estructurado en doce capítulos, nos encontramos que de forma aparentemente desordenada éstos se agrupan básicamente en los siguientes grupos temáticos.

En los capítulos 1 y 2 (Prólogo: Visitando de nuevo Pangea. El neolítico reconsiderado) se formula la hipótesis de trabajo, pasándose a hacer una breve introducción que nos remonta al inicio de los tiempos y la deriva de los continentes encaminada a explicar la diversidad de biotas (unión de especies animales y vegetales dentro de un modelo climático definido) existentes en la Tierra antes de la expansión europea.

En los capítulos 3, 4 y 10 (Los normandos y los cruzados; Las Islas Afortunadas; Nueva Zelanda) hace un pormenorizado análisis de distintos intentos de creación de colonias de poblamiento europeas en diferentes zonas geográficas y momentos temporales, unas cerradas con el fracaso y otras con el más rotundo éxito, que mediante la comparación permiten la formulación de un marco referencial sobre los factores determinantes que coadyuvan al establecimiento exitoso de una «Nueva Europa».

Será en los capítulos 5 y 6 (Los vientos; Accesible pero indómito) donde centre los factores tecnológicos y biológicos que han permitido que sean los europeos y no otras culturas las que se han extendido y colonizado todo el planeta.

Como cuarto punto a tratar, capítulos 7, 8 y 9 (Las malas hierbas; Los animales; Las enfermedades) analiza los aliados que los europeos llevan en su expansión y cómo estos colaboraron tanto en vencer la resistencia de los nativos y de la propia naturaleza, como a construir una nueva biota aceptablemente semejante a la que los colonizadores blancos habían

dejado en sus países de origen.

Finalmente, será en los capítulos titulados Explicaciones, número 11, y Conclusiones, 12, en las que se sintetice todo lo anteriormente expuesto: «El éxito de la biota mixta y de su miembro dominante, el hombre europeo, fue fruto del esfuerzo en equipo protagonizado por organismos que habían evolucionado en conflicto y cooperación desde hacía mucho tiempo. El período en el que se produjo esta evolución conjunta, de la mayor importancia para el éxito en ultramar de esta biota con velas y ruedas, transcurrió durante y después del Neolítico del Viejo Mundo, una revolución de multitud de espectros, cuyas repercusiones aún sacuden la biosfera.»

Analizando la expansión del hombre en América y Australasia, Crosby llega a [200] la siguiente secuencia; llegada -en un primer estadio- de amerindios, aborígenes, australianos y maoríes que habrían ocupado inicialmente los territorios despejándolos para la segunda gran oleada. Esta segunda oleada, netamente europea, se compondría de dos fases: una inicial compuesta por los primeros exploradores y restringidos grupos colonizadores que llegaron con las armas en la mano, realizando su acción colonizadora entre grandes luchas y sometidos a duras condiciones; para ser seguidos de una afluencia masiva -gracias al buque de vapor- de 50 millones de europeos a estas nuevas Europas ya parcialmente domesticadas por sus predecesores, los cuales, gracias a gérmenes, plantas y animales pronto sometieron y adaptaron las biotas primarias a sus necesidades para así crear las «Nuevas Europas» existentes en la actualidad.

El trabajo de Crosby es una nueva prueba de los diferentes enfoques e hipótesis de partida que aún necesita la historiografía para desentrañar la explicación de la evolución del hombre en la Tierra. Siendo al tiempo una muestra viva de cómo la historia de la pasada centuria sigue siendo motivo de atracción para muchos historiadores -en unos momentos en que las investigaciones y trabajos han caído, aparentemente, en desgracia en las actuales líneas de investigación de la historiografía europea-, permitiendo trabajos que asombran por su lucidez, frescura y novedad de planteamientos.

LUIS EUGENIO TOGORES

LUCENA SALMORAL, Manuel: *La flota de Indias*, Historia 16, Madrid 1990, Cuadernos de Historia 16, n.º 214, 40 págs.

«Las flotas de Indias fueron el mecanismo de funcionamiento del monopolio comercial español en América». Así describe el autor lo que constituyó uno de los pilares de la economía colonial española durante más de dos siglos (1561-1778) y lo que permitió conectar la metrópoli a América a través del Atlántico, y a Filipinas a través del Pacífico, cubriendo enormes distancias y vastísimas regiones, transportando mercancías de todo tipo -muchas de gran valor- y relacionando política y culturalmente a tres continentes y dos océanos.

A partir del siglo XVII las flotas de Indias decaen y se suprimen en el XVIII. El autor describe además su organización, los barcos que las componían, los cargamentos, las travesías, el tornaviaje, etc. Una pequeña antología de textos de la época completa esta breve obra.

C. A. CARANCI

MARÍN, Fermín: *Los últimos descubrimientos*, Historia 16, Madrid 1991, Cuadernos, n.º 263, 40 págs.

Los «últimos descubrimientos», es decir, los que quedan fuera cronológicamente de la gran avalancha de viajes de exploración de los siglos XV y XVI, es decir, los que los europeos llevan a cabo en los siglos XVII y XVIII.

Los europeos -explica Marín- habían penetrado ya en buena parte de América, en parte de África y Asia, y habían cruzado el Pacífico. Ahora, a partir del siglo XVII, van a primar las relaciones coloniales, los intentos de control de mercados y centros de producción de materias

primas, la ocupación de enclaves, puertos [201] y territorios que aseguren los monopolios comerciales -importantes serán las compañías comerciales-.

Pero también van a seguir siendo importantes los intereses religiosos y la investigación científica -se crearán compañías y asociaciones dedicadas al estudio de las nuevas tierras y pueblos-.

A partir de ahora Europa, concretamente algunas de sus potencias más sólidas o dinámicas, van a ir envolviendo al mundo en sus redes imperiales -y a competir duramente entre sí-, lo que servirá de base al imperialismo del siglo XIX. Entre el siglo XVII y fines del XVIII-principios del XIX los europeos penetran en el interior de América del Norte y del Sur, conocen mejor la costa africana y algunas regiones subsaharianas, penetran en el Asia continental y en el subcontinente indio -franceses y británicos se establecen en él-, y cruzan sistemáticamente el Pacífico, tocan Australia y se establecen en ella, y recorren los mares árticos y antárticos.

C. A. CARANCI

NOGUEIRA, Fernando: *Os grandes descobrimentos portugueses e a expansão mundial da Europa*, Verbo, Lisboa 1990, 174 págs.

Resultado de la continua tarea de documentadas investigaciones históricas realizadas por el profesor F. Nogueira a lo largo de su vida universitaria y científica es este libro que se presenta como un sólido trabajo de síntesis y de alta divulgación. Como indica el Dr. José H. Saraiva en el Prefacio del mismo, las expresiones «descubrimiento» o «expansión» designan un conjunto de hechos de naturaleza muy diversa que van desde actividades marítimas puramente mercantiles y expediciones de carácter militar a la conquista de islas y tierras, exploraciones y empresas colonizadoras, innovaciones en el arte de navegar y en la técnica de la construcción naval, así como acuerdos y tratados diplomáticos, junto con el recorrido y conocimiento geográfico de continentes y océanos, de África a Asia, y del Atlántico al Pacífico, desde el siglo XV hasta el XIX.

Así, el complejo de realizaciones y procesos conocido como los descubrimientos fue objetivamente importante no sólo desde el punto de vista de sus consecuencias en la evolución histórica portuguesa, sino también en el campo más general de la historia de la proyección de la civilización europea sobre el resto del mundo. De esta forma, Portugal, en nombre de Europa, influyó sobre el curso general de la historia de las relaciones entre Occidente y Oriente.

El libro se compone de IX capítulos a través de los cuales se hace una elaborada, completa y ordenada exposición de la expansión portuguesa y europea sobre el resto del mundo, del Atlántico al Pacífico, por África, Asia y América. Se inicia el trabajo con una Introducción sobre la expansión mundial de Europa en los siglos XV y XVI, y el mundo conocido a comienzos del siglo XV, para continuar con la narración de los grandes descubrimientos portugueses desde la acción del infante Don Enrique, y los posteriores a su muerte; así, Don Juan II y el camino hacia la India, la llegada al Océano Índico y la vía hacia Extremo Oriente, el conocimiento de China y de Japón, y el acceso al Océano Pacífico, a los que se unen los realizados por otros países europeos en esta misma época y sobre estos mismos espacios.

Se incluyen seguidamente los grandes viajes por tierras de África, Asia y América, y también la planificación, la ciencia y la técnica de los descubrimientos: la [202] náutica y sus instrumentos, los navíos, las rutas y las cartas, así como sus relaciones con la ciencia moderna: la práctica del método científico, los tratadistas, y la investigación y su aplicación tecnológica. Se estudia la organización de los «mundos» portugueses, desde Brasil al Océano Índico y Extremo Oriente; y se analizan las causas de la expansión marítima: geográficas, económicas, ideológicas, políticas, humanas y sociales.

Por último, se exponen las consecuencias de los descubrimientos portugueses y europeos,

entre las que destacan el desenvolvimiento de la ciencia náutica y su difusión, el progreso de la ciencia geográfica, los nuevos conocimientos en las ciencias naturales, las repercusiones económicas, las aportaciones espirituales y socioculturales, los nuevos intereses mundiales y su trascendencia para la historia de los siglos modernos.

El libro contiene, en sus páginas finales, una extensa bibliografía.

JOSÉ U. MARTÍNEZ CARRERAS

BATESON, Gregory: *Naven*, Júcar, Madrid 1990, Júcar Universidad, n.º 23, trad. de R. M. Castellote; 377 págs.

Gregory Bateson (1904-1980), antropólogo estadounidense, pasó varios años, entre 1927 y 1933, en la entonces Nueva Guinea británica, en compañía de su mujer, la no menos (e incluso más) famosa Margaret Mead. Fruto de esa estancia, entre otros, es *Naven*.

Naven es un clásico de la literatura antropológica, tardíamente traducido en España. Hoy quizá haya perdido un poco de su halo, incluso morbosos, de novedad, pero ha acabado ganando en consistencia científica, por sus elementos «precursores» y su actitud antiritórica y dubitativa, por su intento de rigurosidad, su crítica constante del techo epistemológico del propio antropólogo... todo ello contrario a la tradición malinowskiana y radcliffebrowniana, y fuera de los intereses y de las modas científicas de la época.

Bateson, además, fue el introductor de lo que en esos años era una novedad en los estudios antropológicos de campo: la fotografía y, sobre todo, el cine. Hizo además aportaciones conceptuales de relieve, en el ámbito de la psicología antropológica y de las relaciones individuo-cultura: fue el popularizador del término *ethos*, en el sentido de estandarización cultural de instintos y emociones, y de los estudios sobre este concepto. Estudió la personalidad desde una perspectiva antropológica y las alteraciones patológicas de aquella a causa de los factores culturales, lo que fue entonces una novedad. Estableció el concepto de *cismogénesis* (o formación de fracciones en el seno de un grupo humano, según, en términos generales, distintas formas de interpretar el mundo, o a causa de la influencia de los procesos de cambio cultural, o de aculturación, etc.) y el de *eidós*, relacionado con los aspectos cognitivos de la personalidad individual, con el pensamiento.

Posteriormente, Bateson se centrará en lo que llamó «ecología de la mente», considerando la mente de cada individuo como un sistema que reacciona en relación con otros.

Volviendo a *Naven*, se trata de un estudio sobre los iatmul, etnia de la región del río Sepik medio, en la actual Papúa-Nueva Guinea. Concretamente, Bateson estudia el ritual llamado *naven*.

Este ritual consistía en una ceremonia destinada a felicitar a los miembros de [203] la comunidad que habían conseguido algún tipo de éxito social en algún campo. En ella, entre otras cosas, se invertían temporalmente ciertas reglas sociales, por ejemplo la diferenciación entre los sexos, normalmente muy acentuada, representándose en el ritual comportamientos que podrían considerarse transvestistas u homosexuales.

A partir del ritual *naven* Bateson estudia la sociedad iatmul, su organización, su etnoideología, la relación hombre/mujer, las diferencias sociales por el sexo, la actitud ante la muerte, la competición social, la cismogénesis, el eidós. El ritual del *naven* reproduce el *ethos* social y, en particular, la diferenciación sexual... Bateson lleva a cabo una «construcción muy elaborada y compleja, no exenta, como reconoce él mismo, de errores e interpretaciones precipitadas, de la sociedad iatmul, construcción que a veces ha sido criticada, en particular hoy, por los propios habitantes de Sepik, y que en general ha sido considerada algo alejada de la realidad. Bateson da siempre la impresión, como subraya el prologuista, el antropólogo Joseba Zulaika, de que no le interesa demasiado los iatmul y sí, más bien, demostrar empíricamente sus intuiciones y teorías.

¿Será verdad, como se ha dicho alguna vez, con cierto sarcasmo, que cuando se termina la lectura de un estudio antropológico no se sabe mucho más de lo que se sabía sobre el grupo humano estudiado, e incluso menos?

C. A. CARANCI

DRIVER, Marjorie: *An account of the island of the Ladrones*, The Journal of Pacific History, vol. 26, n.º 1, 1991. 20 págs.

La profesora Marjorie G. Driver, directora del Departamento de Documentos Españoles del Micronesian Area Research Center de la Universidad de Guam, ha publicado la transcripción y traducción al inglés de la «Relación de las islas de los Ladrones». Este relato es una parte del manuscrito encontrado por el profesor Charles R. Boxer, renombrado historiador y orientalista, en Londres en 1947. El manuscrito, conocido ahora como el Códice Boxer, sobrevivió milagrosamente a los bombardeos alemanes sobre Londres durante la Segunda Guerra Mundial. Contiene unas 300 páginas manuscritas con 75 grabados en color de habitantes de Filipinas, Molucas, Nueva Guinea, Formosa, Camboya, Brunei, Siam, China, Japón y otros territorios.

Los primeros folios del manuscrito contienen una breve descripción de los sucesos ocurridos a la llegada de un galeón a las Ladrones, ahora islas Marianas, en su ruta entre Acapulco y Manila. Los grabados nos muestran a los habitantes, en pequeñas embarcaciones, intercambiando sus productos alimenticios por el hierro que les facilitan desde el galeón.

El profesor Boxer relata que dos barcos hicieron la carrera entre Acapulco y Manila en 1590, precisamente la fecha que lleva la «Relación», la capitana Santiago y su buque escolta. A bordo de la capitana iban el nuevo gobernador de Filipinas Gómez Pérez Dasmariñas y su hijo Luis. Boxer cree que el galeón que figura en el grabado era el Santiago y que bien el Gobernador o su hijo escribieron el manuscrito u ordenaron redactarlo.

El relato que transcribe la profesora Driver es muy interesante y completo; la situación geográfica del archipiélago; el suministro de agua a los galeones por parte de los habitantes; el tipo de embarcaciones que usaban; sus armas; aspecto [204] físico y comportamiento, etc... El trabajo va acompañado de notas, a pie de página, para aclarar algunas palabras y conceptos de difícil interpretación para los lectores de habla inglesa.

Este artículo es una prueba más de la gran labor que, desde hace años, lleva a cabo su autora, verdadera autoridad en las materias relacionadas con la presencia hispana en el Pacífico hasta 1899.

JOSÉ LUIS PORRAS

ORTIZ DE ARMENGOL, Pedro: *Topografía de la ciudad de Manila*, Madrid 1991, 10 páginas + grabado aparte.

El autor nos relata que «ésta es una visión de la vieja Manila, tal como eran su recinto amurallado y sus alrededores en los primeros años del siglo XVIII, según el admirable trabajo del piloto y cartógrafo canario don Antonio Fernández de Roxas, quien la delineó por los años 1714 a 1720».

Manila era entonces la más importante ciudad «europea» de Asia. Desde su fundación por Miguel López de Legazpi el 24 de junio de 1571, tuvo desde sus comienzos una personalidad y unas características completamente distintas a las de su entorno. Además, ni los asentamientos portugueses ni los holandeses, ni más tarde los ingleses y franceses, tuvieron importancia como nuevas formas urbanas europeas introducidas en el mundo asiático. Manila, sin embargo, fue una de las espléndidas urbes hispanas de las tierras ultramarinas. La ciudad fue el centro espiritual, cultural y comercial de una vasta red que fue extendiéndose hasta los archipiélagos malayo-musulmanes del sur, los de la Polinesia por el este, Taiwan, el Sudeste Asiático, China

y Japón hasta 1650.

Punto esencial para su desarrollo y mantenimiento fue el tráfico con Acapulco: el famosísimo «galeón de Manila», llamado también «la nao de Acapulco» o «nao de la China», la línea marítima regular más larga y antigua del mundo, que convirtió a la capital filipina en un verdadero emporio comercial, cuya influencia económica en el área asiática tuvo importancia decisiva. Precisamente el flujo de la plata mexicana alteró sensiblemente la estructura monetaria de China.

Todo el esplendor de Manila figura en el dibujo de Fernández de Roxas, Ortiz de Armengol nos presenta «una versión animada de la interesante obra dieciochesca, pues es una copia exacta, una ‘puesta en limpio’, del dibujo original». Con el fin de aclarar y precisar sus contornos, destacando los elementos que componen la espléndida panorámica, los dibujantes Cristina y Andrés Ortiz Molina han realizado un esmerado trabajo dándole mayor nitidez y añadiendo un leve fondo de color con el que todo resalta de manera admirable.

En el folleto o librito que acompaña el dibujo, Ortiz de Armengol explica todas las circunstancias históricas que rodearon al famoso trabajo de Fernández de Roxas; cómo fue grabado -«esculpido», se decía entonces- por fray Hipólito Jiménez, de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios; una pequeña biografía de Fernández de Roxas; el método de trabajo que se siguió; las vicisitudes que sufrió el dibujo; los motivos por los que se hizo: el robo efectuado por el almirante Draper durante la ocupación inglesa de Filipinas en 1762; y, finalmente, su destino actual en la Sección Cartográfica del British Museum de Londres, junto con otros mapas y grabados antiguos de Filipinas. [205]

En fin, una vez más, Ortiz de Armengol nos deleita con otra obra sobre Filipinas, en este caso con un homenaje al esforzado navegante, cosmógrafo, ingeniero y dibujante, que fuera don Antonio Fernández de Roxas.

JOSÉ LUIS PORRAS

RUIZ DE MEDINA, Juan: *Documentos del Japón 1547-1557*, Monumenta Historica Societatis Iesu, volumen 137, Roma 1990, 791 págs.

En el Prólogo, el autor nos aclara que en 1968 el Instituto Histórico de la Compañía de Jesús (IHSI) de Roma publicó la magistral *Introductio ad Historiam Societatis Jesu in Japonia 1549-1650* del Dr. Josef F. Schütte S.J., instrumento imprescindible de consulta para estudiar el *siglo cristiano* de la historia de Japón. Aunque está catalogada fuera de serie, *Introductio* es en realidad una obra que debe anteponerse a toda la serie de los *Monumenta Historia Japoniae* (MHJ), pues los datos geográficos, históricos y biográficos que proporciona, con un margen mínimo de error, hacen imprescindible su consulta para todo estudioso de los orígenes de cada iglesia local del Japón en los siglos XVI y XVII.

En 1975 apareció otro magnífico estudio del profesor Schütte: el volumen I de la serie MHJ, con el subtítulo de *Textos Calalogarum Japoniae*, en el que publica y analiza los Catálogos y textos análogos de la Compañía de Jesús de Japón, de interesante contenido histórico, conservados desde 1553. Se trata, también, de otro formidable archivo de datos, esencial para elaborar trabajos sobre los jesuitas, otros religiosos y figuras políticas japonesas o relacionadas con Japón desde 1547 hasta 1650.

El volumen que comentamos MHJ II ofrece en edición crítica la serie completa de textos relativos a la cristiandad japonesa escritos en la década de 1547 a 1557. Se incluyen los referentes a Japón, aunque fuesen redactados en Malaca, India, o en las islas de Sanshoan (donde murió San Francisco Javier) y Lampacao frente a Cantón, y que se encuentran dispersos en otras colecciones de Monumenta Historica Societatis Iesu.

El autor presenta los documentos en su forma original, lo cual es muy útil para conocerlos

directamente, sin tener que recurrir a las ediciones antiguas, por ejemplo las *Cartas* de Coimbra (1565 y 1570), las de Alcalá de Henares (1575), y en especial las de Évora (1598), edición preferida hasta ahora por los autores como fuente prioritaria.

En la Introducción, Ruiz de Medina presenta una perspectiva histórica del Japón en el siglo XVI. Se relatan los primeros contactos con los europeos cuando en 1542 un junco sin timón llevó a dos comerciantes portugueses a Okinawa. El 23 de septiembre de 1543 llegó la primera nave a la isla de Tanegashima. Siguieron varios viajes más, entre ellos el del español Pedro Díez en 1544, hasta que el 15 de agosto de 1549 pisaron tierra japonesa los primeros misioneros, los tres jesuitas españoles Francisco de Xavier, Cosme de Torres y Juan Fernández.

Igualmente se nos ofrece la situación política y social del país en aquellos tiempos y unas biografías sintetizadas de los autores de los Documentos y una extensa bibliografía de gran utilidad e interés.

La obra consta de 131 documentos. El primero es la información que da Jorge Álvarez sobre el Japón, escrita en Malaca en 1546-47, y su interés estriba en que es la primera información hecha por un europeo sobre tal país y en haber sido [206] redactada ex profeso, a petición de Xavier, para que éste fundamentase ante sus superiores de Roma y ante sus compañeros de la India su decisión de ir al Japón.

Cada documento lleva: introducción; fuentes; autores y ediciones; traducciones; sumario; texto. Pero un aspecto importantísimo de esta obra lo constituye las notas a pie de página que forman realmente, en su conjunto, un verdadero tratado geográfico, biográfico, histórico, bibliográfico, antropológico, sociológico, lingüístico, etc., en las que el autor ha vertido sus amplios conocimientos y sus muchos años de experiencia en el Imperio del Sol Naciente.

Aparte de un completo índice de materias, el libro se completa con cuatro Apéndices: la oración por la conversión de los gentiles compuesta por Francisco de Xavier en la India, en 1548; la Relación sobre Japón de García de Escalante Alvarado, navegante español en la flota de Ruy López de Villalobos en el viaje realizado de 1542 a 1546; comentarios sobre la institución de los *dojuku*, jóvenes que tuvieron una gran importancia en la expansión apostólica y en el cuidado pastoral de las comunidades cristianas en el Japón y en otros países; y, finalmente, un Glosario de términos orientales, con normas para la pronunciación japonesa.

Espléndido el trabajo de Ruiz de Medina, fundamental, desde ahora, para el estudio del comienzo de las relaciones entre Occidente y el legendario Cipango.

JOSÉ LUIS PORRAS

DE OTEIZA, Antonio: *Las islas Galápagos y el hombre*, Ediciones Tierra de Fuego, Madrid 1991, 228 págs.

Este libro narra un viaje por las islas Galápagos. A lo largo de un itinerario sin orden -pero no desordenado-, el autor lleva a cabo una descripción minuciosa, hecha con sencillez y lenguaje coloquial, alimentada por una gran curiosidad, por el amor a la naturaleza, por la pasión de viajar, por la tranquila admiración ante el descubrimiento de lo nuevo y de lo extraño. Todo ello salpicado por jugosas observaciones ecológicas, zoológicas, sociológicas o históricas, que hacen de este libro de viajes un agradable y sosegado paseo por una de las tierras más extrañas del planeta, todavía paraíso natural, pese al deterioro de las últimas décadas, todavía santuario de iguanas, gigantescas tortugas y aves únicas.

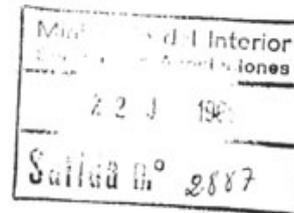
Oteiza hace una breve historia de este archipiélago ecuatoriano, para pasar inmediatamente a iniciar su itinerario, describiendo las islas, sus paisajes, sus gentes, sus personajes pintorescos o famosos, sus plantas y animales. Un buen libro de viajes, pero no precisamente una guía, sino, más bien, un recorrido personal, pero no intransferible.

C. A. CARANCI [207]



PA/jc

MINISTERIO DEL INTERIOR
DIRECCION GENERAL DE POLITICA INTERIOR



Con esta fecha se ha dictado por este Ministerio la siguiente resolución:

Vista la solicitud formulada por la "ASOCIACION ESPAÑOLA DE ESTUDIOS DEL PACIFICO" (A.E.E.P.)

de MADRID para que sea inscrita en los correspondientes Registros Públicos.

RESULTANDO: Que según el artículo 2º de los Estatutos son sus fines:

"a) Asociar a personas, grupos o instituciones interesadas en el desarrollo de los conocimientos sobre el área del Pacífico. Se entiende por tal el citado Océano y sus países ribereños.- b) Promover el conocimiento del área, tanto geográfico como político, económico, histórico, lingüístico, antropológico o de cualquier otra naturaleza científica.- c) Estudiar y dar a conocer los vínculos entre España y los países de la región.- d) Llevar a cabo actividades culturales (Congresos, Jornadas, Cursos, Reuniones, etc.) destinados a difundir las características de las naciones y pueblos del área.- e) Auspiciar el mejor conocimiento de España en el área.- f) Crear, mantener y ampliar un Centro de Documentación sobre asuntos y materias específicas de este área, abierto a sus miembros y al público en general.- g) Publicar trabajos e investigaciones en el marco de las más variadas disciplinas referentes al área.- h) Establecer vínculos con otras organizaciones, particularmente con las especializadas en la zona, así como con las Universidades y centros de cultura en general. Establecer contactos con las administraciones y cualquier otro tipo de instituciones, tanto públicas como privadas, nacionales o extranjeras, relacionadas con los fines del Instituto.- i) Realizar estudios o trabajos especializados que sean solicitados a la Asociación.- j) Coordinar investigaciones, trabajos prácticos y otras actividades de sus miembros, vinculadas con sus fines.- k) Cooperar con la administración pública en aquellos fines relacionados con los del Instituto.- l) Servir a la mejora de las relaciones entre los diversos países del área y España, a través de la investigación y los trabajos prácticos, y cualesquiera otras actividades relacionadas con los fines de la Asociación.- ll) Los demás que fijen estos Estatutos los reglamentos y las decisiones válidas de los órganos de dirección.- m) Facilitar e incentivar trabajos de investigación in situ".----

RESULTANDO: Que

el límite del presupuesto anual es de
y el ámbito territorial de actuación comprende todo el territorio Nacional.--

VISTOS: La vigente Constitución Española; la Ley de Asociaciones de 24 de diciembre de 1964; el Decreto de 20 de mayo de 1965; la Orden de 25 de junio del mismo año; la Orden de 26 de septiembre de 1977; y la Ley de Procedimiento Administrativo de 17 de julio de 1958.

CONSIDERANDO: Que con arreglo a las disposiciones citadas, este Ministerio es competente para resolver sobre la procedencia de la inscripción solicitada.

CONSIDERANDO: Que la asociación tiene carácter y estructura organizativa civil y sus fines y medios están señalados con claridad en los Estatutos, y que en éstos y el resto de la documentación presentada no se aprecian los supuestos de los números 2 y 5 del artículo 22 de la Constitución.

Esta Dirección General, por delegación del Excmo. Sr. Ministro, resuelve inscribir a la Entidad denominada "ASOCIACION ESPAÑOLA DE ESTUDIOS DEL PACIFICO" (A.E.E.P.), de Madrid y visar sus Estatutos.

con el número nacional: 86-9104

Lo que con devolución de un ejemplar de los Estatutos debidamente visados y Acta Fundacional, traslado a Vd. para su conocimiento.

Madrid, 22 JUN. 1989

EL JEFE DEL SERVICIO,



Fdo. Carlos Martínez Esteban.

